

DEL MISMO AUTOR

- 1900.—TAINÉ RELIGIOSO (folleto en francés).
» —CERVANTES, Ensayos sobre una Sociedad literaria internacional (folleto).
1902.—ENSAYOS DE CRÍTICA É HISTORIA Y OTROS ESCRITOS, libro de 309 páginas.
1904.—NUEVOS ENSAYOS DE CRÍTICA, libro de 257 páginas.
1906.—LA VIDA DEL ESTUDIANTE Y LA MORAL, conferencia.
» —ESTUDIO SOBRE JESÚS Y SU INFLUENCIA, libro de 80 páginas.
1907.—2.^a edición de los NUEVOS ENSAYOS DE CRÍTICA.
» —ENSAYOS DE CRÍTICA É HISTORIA, editadas por la casa editorial de Valencia, F. Sempere y C.^ª, 258 páginas.

EN PREPARACIÓN

- EL ÁRBOL, libro de lectura destinado á la Instrucción Primaria.
INTER OT POST PUGMAN, novísimos ensayos.
PSYQUIS, comedia en 4 actos.
EL CRISTIANISMO DESDE EL PUNTO DE VISTA INTELLECTUAL.

NUEVOS ENSAYOS DE CRÍTICA

— — — 2.^a EDICIÓN — — —
Por Alberto Nín Frías

— — — —
Precedida de Estudios de José E. Rodó,
Miguel de Unamuno, María C. Vaz Ferreira,
Santín Carlos Rossi, César I. Rossi
y Francisco Schinca sobre el autor y sus
libros

— — — —
«...Espero con ansiedad trabajos suyos, porque usted tiene para mí, en la literatura americana, el atractivo de un « merle blanc »; es usted un caso casi único, por su sentido religioso y cierta orientación que ahí falta de ordinario... »

MIGUEL DE UNAMUNO.

MONTEVIDEO
Imprenta de Dornaleche y Reyes
18 de Julio, 77 y 79
1907

NUEVOS ♦ ♦ ♦ ♦ ♦ ♦ ♦

ENSAYOS DE CRÍTICA

× × × × × LITERARIA Y FILOSÓFICA

POR ALBERTO NIN FRÍAS

Socio del Ruskin Hall, Oxford. Id. de la sociedad
Elleño-Latina, Roma. Id. del Ateneo, Guatemala.
Bibliotecario de la H. C. de Representantes. Se-
cretario de la Juventud Evangélica, Montevideo.
♦ ♦ ♦ ♦ Profesor de idiomas ♦ ♦ ♦ ♦

CON UNA CARTA DE J. E. RODÓ, UN
ESTUDIO SOBRE EL ÚLTIMO LIBRO DEL
AUTOR POR MIGUEL DE UNAMUNO,
UN APÉNDICE CON OPINIONES SOBRE
EL AUTOR, Y BIBLIOGRAFÍA.

A mi muy estimada
tía Alejandra
Homenaje de apego,
nuestros respetos.



ALBERTO NIN FRÍAS

NUEVOS ENSAYOS DE CRÍTICA

ALBERTO NIN FRÍAS



El *ex libris* del dorso representa la lucha que evoluciona los destinos humanos. El antagonismo entre dos principios que bregan por establecer la armonía, se observa en todas las cosas de la vida y en el maravilloso mecanismo de la naturaleza.

Estos Ensayos establecen muchos de esos términos encontrados en la acción social, en la poesía, en la vida religiosa, en el concepto de la muerte, en las actividades de la juventud y en la opinión sobre hombres eminentes.

La lucha es la vivificación de la materia: por ello la espiritualización ha de buscarse para acercarnos á la hermosa paz cuya sublime visión nos presenta de continuo el alma consciente: *el yo supremo*.

Precisamente, es la vida para aspirar á ese orden elevado de cosas, hasta que todo se ilumine de luz interna. Todo en el mundo trabaja para su perfeccionamiento final.

ÍNDICE

| | <u>Págs.</u> |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------|--------------|
| <i>Dedicatoria</i> | vii |
| <i>De una carta de J. E. Rodó</i> | xi |
| <i>Estudio sobre la última obra del autor, por M. de Unamuno</i> | xiii |
| Ensayo sobre las poesías de María Eugenia Vaz-Ferreira.. | 1 |
| Ensayo sobre la muerte..... | 35 |
| Ensayo sobre «El Arroyo», de Eliseo Reclus..... | 85 |
| Ensayo sobre la raza latina, el Catolicismo y el Protestantismo..... | 91 |
| Ensayo sobre un libro de Celedonio Nin y Silva..... | 109 |
| La revolución del 16 de Marzo de 1903 y la paz pública..... | 117 |
| Ensayo sobre la civilización y la vida inglesas..... | 141 |
| Ensayo sobre el libro del doctor A. Floro Costa: «La cuestión económica en las Repúblicas del Plata»..... | 151 |
| Ensayo sobre los libros que he leído..... | 173 |
| Ensayo sobre Zola..... | 199 |
| El teatro nacional: Una comedia de Florencio Sánchez..... | 209 |
| Carta sobre un poeta argentino, Pedro Naón..... | 213 |
| Alberto Nin Frías y su último libro..... | 216 |
| Sobre mi libro y mis escritos..... | 246 |
| Índice bibliográfico..... | 249 |
| Bibliografía..... | 251 |

El *ex libris* del dorso representa la lucha que evoluciona los destinos humanos. El antagonismo entre dos principios que bregan por establecer la armonía, se observa en todas las cosas de la vida y en el maravilloso mecanismo de la naturaleza.

Estos Ensayos establecen muchos de esos términos encontrados en la acción social, en la poesía, en la vida religiosa, en el concepto de la muerte, en las actividades de la juventud y en la opinión sobre hombres eminentes.

La lucha es la vivificación de la materia: por ello la espiritualización ha de buscarse para acercarnos á la hermosa paz cuya sublime visión nos presenta de continuo el alma consciente: *el yo supremo*.

Precisamente, es la vida para aspirar á ese orden elevado de cosas, hasta que todo se ilumine de luz interna. Todo en el mundo trabaja para su perfeccionamiento final.

ÍNDICE

| | Págs. |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------|-------|
| <i>Dedicatoria</i> | vii |
| <i>De una carta de J. E. Rodó</i> | xi |
| <i>Estudio sobre la última obra del autor, por M. de Unamuno</i> | xiii |
| Ensayo sobre las poesías de María Eugenia Vaz-Ferreira.. | 1 |
| Ensayo sobre la muerte..... | 35 |
| Ensayo sobre «El Arroyo», de Eliseo Reclus..... | 85 |
| Ensayo sobre la raza latina, el Catolicismo y el Protestantismo..... | 91 |
| Ensayo sobre un libro de Celedonio Nin y Silva..... | 109 |
| La revolución del 16 de Marzo de 1903 y la paz pública..... | 117 |
| Ensayo sobre la civilización y la vida inglesas..... | 141 |
| Ensayo sobre el libro del doctor A. Floro Costa: «La cuestión económica en las Repúblicas del Plata»..... | 151 |
| Ensayo sobre los libros que he leído..... | 173 |
| Ensayo sobre Zola..... | 199 |
| El teatro nacional: Una comedia de Florencio Sánchez..... | 209 |
| Carta sobre un poeta argentino, Pedro Naón..... | 213 |
| Alberto Nin Frías y su último libro..... | 217 |
| Sobre mi libro y mis escritos..... | 246 |
| Índice bibliográfico..... | 249 |
| Bibliografía..... | 251 |

DEDICATORIA 1822 1822

Dedico mi segundo libro á mis hermanas Helena, María Teresa, Matilde y Julia Isabel, cristianas é intelectuales en sus vidas, recordando los días plácidos de nuestra infancia. Entonces nacieron las ideas y los sentimientos que hoy tanto amamos juntos. Mucho de lo que ha encontrado aprobación en mis escritos, es fruto del amor fraternal que engrandece el alma.

Al escribir estas líneas de intenso afecto, tengo muy presente á María Teresa, que ha sido durante la impresión de este libro, mi mejor auxiliar y hasta puedo decir mi secretaria. ¡Qué útil puede ser la mujer á la sociedad de que forma parte! La joven, la esposa, la madre, pueden transformar al rico y hermoso Uruguay. A ellas, la labor paciente de convertir «el hogar» en un templo, en donde, como el pequeño Samuel, se eduquen los futuros ciudadanos. Hay indicios de que la Uruguay se inicia en esas nuevas tareas. Por una parte, las jóvenes se dedican á la enseñanza y al estudio superior; por otro, surgen poetisas de ideas elevadas, é intensifican todos esos esfuerzos, la actividad altruista de señoras como Pilar Herrera de Arteaga, que ha traducido la notable novela de la baronesa de Suttner. Nuestro espíritu se alegra de la gran influencia que puede ejercer «Abajo las armas» sobre las madres del Uruguay. Aplaudo la amistad que las une, queridas hermanas, á esa alma llena de expansión, de

altruismo y de ideas benéficas. Como ella, ustedes también pueden ser útiles á la comunidad, reflejando y utilizando la bondad ingenua del carácter, la inteligencia pronta á abarcar lo nuevo, el espíritu serio y reflexivo que les domina.

Sé que muchas de mis páginas, y creo sean ellas las más sinceras, les causarán tristeza. No me inquieto por ello, pues bien lo siento que sólo detalles nos separan.

Ustedes aman á Cristo; yo también le amo, y cada día más. Él supo comprender para perdonar con amor. Jesús y su vida vuelven á entusiasmar á la humanidad. He observado que tanto católicos como protestantes se unen para el bien, deponiendo esos apelativos, para llamarse sencilla y bellamente: «cristianos».

Lo fundamental para el cristiano es saber amar á su prójimo como á sí mismo. Si ello es vuestro ideal, somos hermanos en la fe, aunque distinta sea nuestra denominación.

Un sencillo, mas profundo filósofo, Harnack, ha dado su fórmula más precisa á esta insuperable finalidad del cristianismo:

«... el discípulo de Cristo debe estar siempre en condiciones de abdicar todo cuanto esté comprendido en su derecho y debe trabajar con empeño para que la humanidad llegue á ser una «NACIÓN DE HERMANOS», en la cual deje de afirmarse el derecho por la fuerza y funcione mediante la espontánea obediencia de los hombres al bien; sea, finalmente, «UNA SOCIEDAD NO SUSTENTADA GRACIAS Á INSTITUCIONES JURÍDICAS, SINO GRACIAS Á LA RECIPROCIDAD DEL DEBER Y DEL AMOR.»

Difiero de ustedes en que he ido al manantial de vida eterna, en vez de vivir en la ciudad, á donde lo conducen manos extrañas ó acaso indiferentes. Si leen los capítulos en que expongo mis ideas religiosas, sirvan ellos para instruir y quizá vigorizar su amor al autor común de nuestras respectivas creencias: Jesús.

Cuanto más las amo, tanto más experimento que sólo

en el seno del hogar se engendra la felicidad inmortal. Ustedes, que tanto me quieren, sentirán aquel verso profundo de Isabel Barret Browning:

«Y sonreí al creer que la grandexa de Dios flotaba alrededor de nuestra insuficiencia.

«En derredor de nuestra inquietud, su paz.»

En el camino de mi vida hay, como en el de ustedes, una luz que guía, fulgura y alumbrá; la discrepancia estriba solamente en que yo percibo con más nitidez «l'énorme noirceur vide ou pleine qui enveloppe le cercle étroit où vacile notre petite lampe.»

Quiéranme siempre; les prometo ser acreedor á ese cariño, que es cuanto más estimo...

Me parece contemplar á lo lejos la estancia donde viven: el campo ondulado, una casita rosada; es hora del amanecer y las brumas la envuelven: todo me aparece allí feérico, porque ustedes son hadas que, al toque de sus mágicas varitas, me inducen á desear y pensar lo grande y lo noble.



DE UNA CARTA  

.....
Su labor intelectual me interesa tanto más cuanto que me ofrece á menudo ocasión de ejercitar mi pensamiento, familiarizándolo con ideas distintas de las que le imprimen sello y carácter.

Nuestros puntos de partida son diferentes, casi opuestos. Usted procede del protestantismo, yo del helenismo. Usted espera ver salir el nuevo día de las biblias sin notas, de los templos de paredes desnudas; mientras que yo me atengo á las palabras de Juliano, que usted cita en su libro y que Ernesto Renán, moribundo, murmuraba en el delirio de la agonía: *Que salga el sol del lado del Partenón*. Pero nuestros espíritus se acercan más cada día; convergemos á un mismo término; porque toda grande ruta ideal, no importa cuál sea, lleva en dirección á la armonía, á la amplitud, á la comprensión de todo lo bueno, á la amistad con todo lo hermoso. Un culto de que ambos somos fieles nos reconcilia especialmente: nuestro culto por Taine, que supo unir en su gigante alma el amor de Atenas y la admiración de Inglaterra.

Por mi parte, á medida que vivo, siento mi espíritu más amplio y más sereno. Vinculo mi alma á nuevas cosas bellas. Venzo nuevas limitaciones dentro de mí mismo. Veo dilatarse, con nuevas y singulares perspectivas, el horizonte de la contemplación, de esa contempla-

ción que ambos tenemos por suficiente objeto de la vida... ¿Ha olvidado usted á Thomas Graindorge?

Tendemos, pues, á la armonía. No deseemos, empero, convertirla en identificación que anule toda peculiaridad individual, toda diferencia. Reservémonos del fondo de nuestras ideas algo propio é indeclinable con que se sustente el placer de la contradicción. *Las divisiones convienen*, dijo ya San Pablo, á quien usted debe de reverenciar, porque fué, por el espíritu, una especie de protestante profético. Sin alguna discordia y contradicción la vida del pensamiento sería una vida muy monótona y triste, donde al cabo la discordia renacería del seno del fastidio: nos pelearíamos entonces de puro fastidiados.

Su nuevo libro viene lleno de ideas. Hace pensar; hace sentir. ¿Conquistará usted con él muchas almas para su tierra santa y sus profetas? De esto no estoy seguro.

De lo que sí estoy seguro es del aprecio que tengo por su talento; de lo mucho que me complacen y animan su entusiasmo, no vano, sino equilibrado y consciente; la tendencia reflexiva y severa de su espíritu; su dedicación; el temple de su naturaleza intelectual, sana y fuerte, como educada en país de robustos y tenaces trabajadores.

Su labor de usted, tan sincera, tan progresiva, tan noblemente inspirada, merece citarse como ejemplo. Si yo tuviera autoridad para indicar ejemplos, la indicaría como tal.

Jose' Enrique Rodó.

ÚLTIMA OBRA DEL AUTOR

(POR MIGUEL DE UNAMUNO, RECTOR
DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA.)

Los Ensayos de crítica é historia y otros escritos de Alberto Nin Frías, publicados en Montevideo en este mismo año, son obra de un joven de veintitrés años, que ha leído y estudiado mucho.

Es entre los escritores de mañana, entre los que apuntan, uno de los más simpáticos y atractivos, para mí el más simpático acaso, por razones que expondré. El título del libro dice bien á las claras lo que es. El autor admira á Shakespeare, á Ibsen, á Smiles, á Taine, á Ruskin, á Guyau, á Renán, á Buckle, á Gladstone, al «inmortal» Bunyan, á Jorge Elliot, franceses é ingleses, como se ve. Y entre los franceses, sobre todo Taine, que es un francés fuertemente anglicanizado, y Renán el bretón, que tiene más hermanos allende que aguende el Canal de la Mancha. Á cada paso manifiesta Nin Frías su admiración por la literatura francesa y por la inglesa; pero la admiración de aquélla me parece en él más pegadiza que la que por la segunda tiene; la una parece influencia del ambiente en que vive, la otra le arranca más de sí mismo. Y es, á la vez, uno de los americanos que mayor y más honda simpatía muestra hacia España, uno de los que mejor la juzga y mejor sabe censurarla, uno de los que hablan con más tiento y conocimiento de causa, de nuestro espíritu y de nuestra literatura. Tal vez lo que le lleva á admirar la literatura inglesa, le mueve á apreciar la nuestra; el que gusta del «inmortal» Bunyan puede penetrar en muchas de aquellas de nuestras partes de que más huyen otros. Dice en uno de sus *Pensamientos*: «¡Quién nos diera ser ingleses en el fondo y *plusquam* latinos en la forma exterior!» He aquí una cosa que creo imposible, porque la forma brota del fondo y ha de adaptarse á él, ó brota el fondo de la forma y ha de adaptarse á ella, que para el caso es lo mismo. Su principal maestro es Taine, á quien llama «Hércules filosófico», «gigante talento de oceánico saber», y de quien dice que ha sido su padre espiritual. Tiene Nin Frías (y esto á la vez que le da tono y sentido propio entre los jóvenes escritores americanos, me le hace el más simpático de ellos), tiene Nin Frías la preocupación religiosa. Comenta con verdadera destreza aquella

hermosa y profunda frase de Taine, su maestro: «El único que no tiene religión es el que no se ocupa en ella.» Desde que en el prefacio de estos *Ensayos* leí que es el libro un esfuerzo de cuatro años de estudios (1897 1901) «para arribar á una concepción de la verdad en religión, en artes y en las ciencias, y por ende á un modelo más ó menos perfecto de civilización para el continente latino-americano,» me dije: ¡aquí está uno á quien buscaba! Y en efecto, Nin Frías es un escritor que echaba yo muy de menos en tierras sudamericanas. Ya en el ensayo sobre la «Vida Nueva» de José Enrique Rodó, se nos revela su autor al poner al precioso libro de su compatriota muy pertinentes comentarios. Y he aquí dos uruguayos movidos por altos y serenos ideales, más propenso á la concepción estética el uno, á la religión el otro. «Será á todas luces un completo renacimiento cristiano la base de la felicidad de los pueblos,» dice Nin Frías. Y por donde quiera se ve esta su obsesión que le libra de caer en el literatismo en que de ordinario caen no pocos literatos americanos. «El ideal religioso y la literatura que vendrá», se titula el segundo de los ensayos, y el tercero «Ensayo sobre Enrique H. Taine y sus ideas religiosas». En uno y otro alienta serena y reposadamente el mismo espíritu. En el segundo nos dice: «Desde muy joven tuve pasión por la literatura seria; fué la inglesa la que conocí primero, pues he pasado en Inglaterra la mitad de mi vida.» Y bien se le conoce con ventaja para él. Tomo de sus *Pensamientos* dos que mostrarán mejor que nada lo más personal y característico de la posición que Nin Frías ha de ocupar en la literatura sudamericana. Dice el uno: «Un hecho que demuestra que ciertos elementos de Sud-América están preparados para el protestantismo es la inmensa popularidad de que gozan los libros de Samuel Smiles. Las ideas de este filósofo moral son la expresión práctica de la religión reformada. Amando sus ideas, amaremos igualmente su causa.» Dice el otro: «Uno de los obstáculos con que se lucha moralmente en Sud-América, es la irreligión causada por el catolicismo, que ha dejado de satisfacer las exigencias de la ciencia y las necesidades del corazón moderno. El protestantismo se imponía en el siglo xvi. España contrarió esta revolución y por ello decayó. Instigada por su fe vetusta, hizo salir de su territorio á los judíos; expulsó á los mahometanos; con la Inquisición apagó la investigación; su intransigencia paró de golpe el progreso del espíritu. En las naciones católicas hay extraclericales ó ateos monstruosos: no existe término medio como entre los protestantes. Es ello de lamentar; la energía nacional pierde una fuerza activa y poderosa: el sentimiento religioso.» En otra parte dice que si la Iglesia, la católica, se entiende,

quiere vivir y estar á la altura de sus pretensiones, «elegirá un Papa de nacionalidad inglesa ó yanqui, Gibbs ó Vaughan, y en caso extremo á un Prelado francés: el Arzobispo de Albi ó el Obispo de la Rochelle, la última ciudadela de los inmortales Hugonotes.» Y añade: «En el cementerio de Melbourne yacen restos de católicos al lado de protestantes y de judíos. No existen, por lo visto, cementerios sectarios, tan odiosos é injustos. El católico, como el protestante, son ante todo hombres; la naturaleza, más tolerante y serena, los recibe con el mismo amor.» Y leía yo á Nin Frías y me decía: pero esto ¿viene de las mismas tierras de donde nos llega toda esa broza de decadentismo? Y recordaba nombres de escritores serios y reposados, de allí mismo, de las riberas del Plata; recordaba á los que allí piensan y sienten con calma y se expresan con serenidad, y concebía esperanzas de la cultura que allí se elabora. Porque estudian mucho más que nosotros, los españoles, y si hasta hoy se les nota mucho más las influencias extranjeras y aparece en ellos más á flor la imitación, acabarán por tener una cultura propia y verdadera originalidad, mientras nosotros nos quedaremos, á seguir como vamos, sin una ni otra. Es lástima que hayan metido aquí más ruido los de menos enjundia, y que los chillones gorgoritos de cuatro sinsontes no nos hayan dejado oír la voz reposada, grave y serena de los que allí hablan y cantan palabras y cantos dignos de atención. En más de una cosa tenemos que aprender de ellos, en más de una cosa nos dan ejemplo. Y no es que además de darnos ejemplo no se nos muestre simpatía. Basta leer en el libro de que trato, el *Ensayo sobre una Sociedad para propagar la cultura y la lengua española*, ensayo que me ha hecho pensar si acabará nuestro espíritu por refugiarse en América. «La América española — dice Nin Frías — tiene que apoyarse en España y Estados Unidos; la primera influencia debe calificarse de moral, propicia á la educación del corazón; la última, de intelectual, necesaria al desarrollo económico é industrial.» Y Francia ¿dónde queda? Declárase Nin «personalmente cristiano» y admirador de la civilización «según la entiende el pueblo británico», y quiere que América reforme su alma, personificada hoy «más en *Renán disolvente, que en Ruskin luminoso*.» De Inglaterra, de las costumbres inglesas y del culto que en ella se rinde á sus grandes hombres, á Shakespeare, ante todo, parte Nin Frías para trazar su proyecto de una *Sociedad Cervantes*; proyecto en que he de ocuparme con alguna extensión, pero no ahora. El *Ensayo sobre los cien libros mejores* tiene el grave inconveniente de su asunto, y no he de detenerme en él.

.....

El *Ensayo sobre la filosofía de la historia de España*, que el autor me ha hecho el honor de dedicar, contiene reflexiones muy dignas de tomarse en cuenta, aunque se ha fijado demasiado en Buckle. y delata que no conoce bien á España de impresión directa y personal, de haber vivido aquí. Es, en rigor, un estudio sobre Buckle. Mucho más me gusta la defensa que hace de los Estados Unidos al hablar sobre el *Ariel* de don José E. Rodó, precioso libro al que dediqué en esta Revista un examen, y cuyo lado flaco descubre muy perspicazmente Nin Frías al decirnos que «cuanto aconseja el noble Próspero á sus discípulos es bueno y es artístico, pero demasiado sutil para que pueda inspirar la acción, sin la cual nada vale la fe ó el ideal.» Es más Renán disolvente que Ruskin luminoso. Y de la sociedad en que vive, ¿qué nos dice este maestro futuro? «Poseemos talento y sólo nos falta la emulación y la preparación científica. La literatura sólo existe como juego de ingenio, y el esfuerzo individual priva en todo. A juzgar por las citas sabias se lee mucho, demasiado quizás, para tener ideas claras, justas y propias.» Luego nos dice que nunca ha encontrado «una sociedad más voluntariamente atea.» Esto justifica la labor que ha emprendido. En lo que me parece que se equivoca es en creer que los grandes centros no tienen allí de español «otra cosa que la arquitectura destrozada, algunos prejuicios sociales y detalles insignificantes.» Ráspese la capa de cultura francesa, y lo español aparece al punto. Y si no, véase este pensamiento: «El acicate de la ambición aquí es más bien la envidia que el legítimo cuanto noble deseo de independencia y de consideración.» Y esa envidia, esa plaga de nuestra casta, lo mismo aquí que en América, será siempre un obstáculo á «la transformación en tipo de gaucha noble, de americano primitivo idealizado, de un Santos Vega ó un Juan Moreira.»

Y ahora quedo esperando una nueva obra de Nin Frías, pendiente mi curiosidad de lo que un espíritu orientado como el suyo haga en aquel ambiente en que vive y de la reacción de este ambiente á sus enseñanzas. Sospecho que son muchos los que, á oírle, dirán alzando los hombros: «¿Qué dice este hombre?» Sus palabras sonarán á algo extraño. A mí me suenan á voz que echaba muy de menos por aquellos pagos.

De *La Lectura*, núm. 23, Noviembre de 1902.

DATOS BIOGRÁFICOS

DEL AUTOR

POR CÉSAR L. ROSSI

Nació en Montevideo, el 9 de Noviembre de 1879. Él puede repetir, respecto de sus antepasados, la frase de Marco Aurelio, el piadoso Emperador Romano: «recibí de mi abuelo costumbres apacibles, paciencia inalterable; de mi padre, vigor; y de mi madre, instintos piadosos, generosidad; no solamente no hacer nunca el mal, sino que tampoco pensarlo siquiera.»

En 1887, su padre, el doctor Alberto Nin, Presidente entonces del S. Tribunal de Justicia, fué nombrado Encargado de Negocios en Inglaterra, trasladándose á ese país con toda su familia. El joven Alberto continuó allí sus estudios primarios. La familia del doctor se trasladó á Windsor, preciosa ciudad donde residen con preferencia los reyes de Inglaterra. En este ambiente pintoresco, y poético, se deslizó la soñadora infancia de Nin Frías. La influencia del medio, de que nos habla Taine, — el gran maestro de Nin Frías, — determinó en éste una admiración muy pronunciada por las bellezas de la Naturaleza, de la cual ha sido siempre un observador amante y sagaz. Espiritu esencialmente religioso, las serias cuestiones del destino humano tenían un lugar preferente en su pequeña vida intelectual.

Á los 14 años hizo un viaje á Italia, en compañía de sus padres. Varias veces, en íntimas confidencias, nos ha hablado de ese viaje, y siempre notamos que guarda un recuerdo dulcísimo de aquel magnífico país: su libro de viaje es la mejor prueba de ello. Y notamos también que, aunque muy joven todavía, ya observaba las cosas de una manera seria á la vez que picaresca. Sin duda esas circunstancias tuvieron una gran influencia para su amor por la Historia y el Arte.

Algún tiempo después, volvió con su familia á Montevideo, donde permaneció seis meses. De nuevo en Europa, ingresó al Colegio Internacional de Ginebra (Suiza), donde hizo sus estudios de francés y siguió el curso de bachiller en ciencias. Pasó luego á Berna para estudiar el alemán, y continuar luego sus estudios superiores en Alemania. Su conversión al Cristianismo evangélico es una de las páginas más interesantes del libro de su vida, tan rico en experiencias morales é intelectuales. Las primeras manifestaciones que de la libertad para elegir el camino de su salvación eterna recibió, fué en Windsor, donde conoció la Bi-

blia. — Es sabido que en las escuelas inglesas las clases comienzan por la lectura de las Sagradas Escrituras.

Nin Frías, en su carácter de católico, fué privado de asistir á esas clases; pero él halló el medio de anular esa disposición, yendo á escuchar, detrás de la puerta, los cursos bíblicos de sus jóvenes condiscípulos. Su joven imaginación sintió ansias de esa lectura, y tanto habló de ella á sus padres, que éstos concluyeron por tolerar sus inclinaciones á la Biblia, regalándole un ejemplar de la Vulgata, — ejemplar que nuestro distinguido amigo conserva como un precioso tesoro de su infancia. Nos cuenta que su ocupación preferida, su diversión más amada, consistía en reunir, los domingos, á sus pequeños hermanos y enseñarles la historia del pueblo de Israel y los cánticos sencillos y conmovedores de los himnarios evangélicos.

Quizás sea por la comunión de ideas, pero podemos asegurar que la faz más interesante de este «joven filósofo» (como lo ha sancionado la crítica) la vemos en sus ideales religiosos. ¡Cuántas veces nos extasiamos, soñando en cosas lejanas, al escuchar á Nin Frías en sus conversaciones sobre el «más allá»... sobre su inmensa fe en una vida futura!...

Los gérmenes de Cristianismo recibieron su sazón en Berna, donde asistió con frecuencia á la Iglesia reformada; haciéndose bien pronto un espiritualista convencido. Desde entonces el espíritu de San Pablo y Lutero, — esa fortaleza de carácter que sólo el Cristianismo puede generar, — han impreso un sello característico en todos los numerosos y profundos escritos de Nin Frías.

En aquella época, su padre había sido nombrado Ministro Plenipotenciario de nuestro país en Bélgica y Suiza, además de Inglaterra; pero ciertas circunstancias de orden privado determinaron al doctor Nin á regresar al Uruguay.

Nin Frías, que había ingresado al Colegio de San Luis de Bruselas, se vió en la precisión de abandonar sus cursos y seguir á su padre á América.

El Director del Colegio Internacional de Ginebra había dirigido, poco antes de abandonar la Suiza, al doctor Nin, una carta que hemos leído y constituye una profecía, hoy hermosamente cumplida, sobre lo que sería el talento y el carácter de nuestro biografiado.

Definitivamente en su patria, Nin Frías ha ocupado distintos puestos, revelando en todos condiciones excepcionales. Ha sido encargado de sección en el Museo Pedagógico y hoy desempeña el puesto de Bibliotecario en la Cámara de Representantes, Profesor de idiomas en la Facultad de Comercio, sustituto de Filo-

sófia y catedrático de inglés en la de Preparatorios de nuestra Universidad. En este primer centro de enseñanza, Nin Frías es justamente muy solicitado: formó parte del tribunal examinador en el concurso para llenar la cátedra de Francés, y se le llama para todas las mesas examinadoras de idiomas y Filosofía.

El 28 de Octubre de 1905, inició con los jóvenes Juan Carlos Gómez Folle y Washington Paullier un Comité de juventud intelectual colorada, para manifestar al doctor Claudio Williman la simpatía con que era recibida su candidatura entre el elemento joven. Dicha iniciativa, como se sabe, tuvo el más franco y brillante éxito, recibíendose, desde un principio, numerosas adhesiones de los departamentos. Esos trabajos fueron continuados activamente y después de la Asamblea verificada por la Juventud Colorada en el Instituto Verdi, dió origen al actual Comité Pro-Williman de la Juventud.

Es socio corresponsal del Ateneo de Guatemala; corresponsal del «Mundo Latino»; de la Sociedad Heleno-Latino de Roma; del Ruskin Hall de Oxford; de la Revista Positiva de Méjico; de la Revista de Derecho, Letras é Historia de Buenos Aires; de la «Revue Américaine» de Bruselas, de la «Ilustración Sudamericana», etc., etc.

Ha publicado varias obras de aliento, entre ellas un «Ensayo sobre la Sociedad Cervantes» (de la cual es iniciador); numerosos estudios críticos, históricos y filosóficos, un estudio sobre la religiosidad de Taine, dos volúmenes de Ensayos de crítica é historia, varios estudios en las revistas más importantes de Sud-América, una conferencia sobre la vida del estudiante y la moral, «Estudios sobre Jesús y su influencia», un libro de lectura «El Árbol», y otros muchos escritos, en los que campea su maravilloso espíritu de pensador y observador.

Á la extensa lista de sus escritos, habría que agregar ahora el tomo de «Ensayos de crítica é historia» que la casa editorial Sempere, de Valencia, acaba de publicar. La importancia de esa biblioteca es de todos conocida: en los libros que ha publicado está el torrente de luz que iluminará la futura grandeza de Hispano-América. Un crítico justiciero ha señalado esta aparición en los siguientes términos:

«La obra de Nin Frías, bajo la etiqueta de la casa Sempere, recorrerá todos los países de habla castellana, llevando á ellos, por vez primera en esa encuadernación, una voz del pensamiento uruguayo.»

(Publicado en el *Trabajo*, de Canelones. — Año I, núm. 9.)

Si se me pidiera una fórmula que caracterizase en breves términos el espíritu del autor de los «Nuevos ensayos de crítica literaria y filosófica», diría simplemente: «Alberto Nin Frías es uno de los pocos orientales con quienes se puede mantener una conversación que dure más de diez minutos sobre puntos de filosofía, de literatura ó de arte.» Me explicaré, para que no se atribuya á mis palabras un sentido que no tienen. No significa esto negar que existan, y hasta abundan, entre nosotros, en relación con lo limitado del ambiente, los espíritus capaces de conversar con conocimiento, discreción y gracia, sobre esos ó parecidos temas. Lo que falta es la persistencia del interés. Si se inicia una conversación con un espíritu criollo, por culto que sea, sobre cuestiones de tal índole, al breve rato la inevitable tangente elude el círculo de la conversación con esta fuga desconcertadora: «—Y á propósito: ¿qué ha oído usted decir de Mariano Saravia?...» ó bien: «—¿Quién se llevará la senaduría por el departamento de Tal?» «—¿Qué harán los blancos en Noviembre?» etc., etc.

Alberto Nin Frías habla poco de Mariano Saravia y de lo que harán los blancos en Noviembre, y en cambio habla mucho, y muy bien, de libros nuevos; de ideas literarias, filosóficas y religiosas; de obras artísticas; de recuerdos de viaje, y de otras cosas de que no suele hablarse en los fogones de los campamentos ni en las tertulias de los clubs políticos.

No hace mucho tiempo que, comentando otro libro de Nin Frías, señalaba yo lo diferente, y aun opuesto, de nuestros respectivos puntos de partida, en nuestra orientación ideal. Él procede (decía) del protestantismo, yo del helenismo; pero después de notar esta diferencia, agregaba que, á pesar de ello, nuestros espíritus se aproximaban más cada día y convergían á un mismo término, porque toda gran ruta ideal, no importa cuál sea, lleva en dirección á la armonía, á la amplitud, á la comprensión de todo lo bueno, á la amistad con todo lo hermoso.

Y he aquí que ha llegado la ocasión de que luchemos juntos; porque ésta es la hora en que me ha tocado asumir, contra ciertas tendencias, la defensa de la tradición cristiana y del ideal cristiano, á pesar del paganismo de mi imaginación y de mi gusto artístico.

He explicado recientemente cómo cabe participar sin contradicción de ambas devociones. La obra de Grecia perdura en lo mejor de nuestra mente: es el sentido de lo bello, la investigación metódica, el pensamiento libre. Sin la persistencia de esta obra, el cristianismo sería un veneno que consumiría hasta el último vestigio de civilización. Las esencias más salutaras, los específicos más nobles, son terribles venenos, tomados sin medida ni atenuante. Es una gota de ellos lo que salva; pero no por ser una gota, deja de ser la parte esencial en la preparación en que se les administra. Lo que en la redoma del farmacéutico da el olor aromático, el color, la eficacia medicinal, la virtud tónica, es á menudo una gota diluída en muchas partes de agua. El agua fresca y preciosísima, el agua pura de la verdad y la naturaleza es lo que Grecia ha suministrado al espíritu de nuestra civilización. Agradezcamos esta agua; pero no desconozcamos por eso la gota de quinta esencia que la embalsama y le da virtud de curar y la guarda de que se corrompa.

Ambos principios han llegado á reunirse en la complejidad de nuestra alma, en nuestro concepto de la vida; pero no sin conflicto frecuente, no en síntesis perfecta y estable, sino más bien como mezcla que sólo se consigue por la tenaz agitación del vaso en que los dos elementos se contienen. La concordia definitiva, la unión íntima y segura, ¿es asequible y se producirá alguna vez? Cabe esperarlo de esta misteriosa alquimia que tiene por laboratorio el tiempo y por material las ideas y los sentimientos humanos.

Uno de los conductores de almas, que en nuestro ambiente pueden cooperar con más eficacia á esa tarea es, sin duda, Nin Frías. Pertenece al escaso número de los escritores que, en nuestro idioma, tratan con amor y conciencia el problema religioso (así lo ha reconocido Unamuno), y suyo es principalmente el mérito de haber atraído á ese alto objeto la atención de nuestra juventud. Su interpretación y comprensión del cristianismo es amplia, delicada y profunda, y no excluye un vivo y justo sentimiento del espíritu clásico. Este cristiano sabe el modo de sacrificar, sin inconsecuencia, en el altar de las Gracias. Tiene un hondo sentido moral y religioso, y tiene además un claro sentido de lo bello. Forma parte de ese simpático grupo evangelista que cuenta en nuestra juventud con espíritus tan generosos y bien dotados como los de Santín y César Rossi, Martínez Quiles, Nin y Silva, Núñez Regueiro, Emilio Gillardo, etc. Bien sabe Nin Frías—y no hay por qué callarlo aquí—que yo no creo en el acierto y eficacia de este movimiento, tal como está encauzado y supeditado á una ortodoxia religiosa. Comprendo y aplaudo el fondo cristiano; pero no me

explico el apego á dogmas que constituyen una «impedimenta» enorme para la propaganda racional, ni me place la vinculación con el carácter protestante, que creo que no se adaptará jamás—por razones étnicas invencibles—al ambiente de nuestros pueblos, y que, históricamente representa una tradición contraria á las raíces de nuestro espíritu, al genio de la raza, á las voces que gritan desde cada gota de la sangre de nuestras venas (1). Mucho más me agradaría un cristianismo puramente humanitario, á lo Channing ó á lo Tolstoy.

Pero como quiera que sea, Nin Frías y el grupo á que pertenece, constituyen una fuerza positiva y fecunda en el conjunto de nuestras energías intelectuales y morales. Tienen un ideal, un rumbo firme y generoso; y esto les da derecho al respeto y la simpatía de todos los que también aspiran á tenerlos. Hombres nuevos de entusiasmo é ideal necesitamos; hombres capaces de apasionarse por ideas y de convertir este entusiasmo en voluntad perseverante. Así habrá luz y fuerza en el espíritu de la juventud; lo mismo cuando la pasión del ideal se personifique en el socialista Frugoni, que cuando se encarne en el evangelista Nin Frías.

Yo, que no me considero extraño en ningún campo donde un sentimiento desinteresado vivifique cualquier alta concepción del bien y la verdad—porque debajo de estas «cortezas de las almas» que llamamos ideas, busco lo hondo, que es la voluntad y la intención y la fe,—entro hoy en el templo de paredes desnudas y escucho con recogimiento el coro de creyentes.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

(1) *Nota del autor.*—No concordamos con el ilustre crítico en esto, pues si ello fuese cierto, el Catolicismo no se avendría tampoco con el espíritu inglés, norteamericano y germano. Toda idea absoluta tiene en sí el germen de algún concepto erróneo. Y la idea irreductible de dividir á la humanidad en razas cerradas, ofrece amplio tema para discutir. Hoy día esta cuestión de las razas ha entrado en un período de rudos ataques, y con razón, pues se ha abusado de los elementos simples para generalizar de una manera equívoca y falsa.

A. N. F.

EUGENIA VAZ FERREIRA

Estimado amigo:

En la bulliciosa falange de los «nuevos», en su mayoría picafloras del pensamiento, sutiles divagadores de la idea, me ha sonado á oro vuestro último libro. Aún recuerdo la impresión novedosa que me produjo el otro por su acertada selección de ideas, por su amplia erudición, su invitación constante á todo lo que es noble, y, sobre todo, por su alto eclecticismo moral. Hoy persistís de nuevo en esos ideales, en forma más primorosa y exquisita.

leyendo vuestros libros no puedo menos de recordar un cuento bello y simbólico: era un país surcado de sendas trazadas por un genio protector, que conducían, en todas las ramas humanas, del punto de partida á la meta final, y á aquellos de sus habitantes que acertaban siempre á escoger la senda mejor, se les discernía el título de maestros de almas, y guiaban después á las irresolutas muchedumbres.

Si vos hubierais nacido allí, seguramente que hubierais sido uno de ellos. Sois oriental y os educaron en Inglaterra: esto explica quizá el conjunto feliz de vuestras cualidades; ser idealista espiritual, sensible como los latinos, siendo fuerte, pujante y sano como los sajones... qué ideal! Las cosas antagónicas pueden extinguirse ó completarse; y en vos, temperamento propicio á la paz y á la armonía, el consorcio de las razas se multiplica en una floración de virtudes; así sois inquieto en la investigación, sereno en los problemas, curioso en la filosofía, contemplativo en la belleza; sentimental y estoico, romántico, risueño, indulgente y austero. Si hubiésemos de trasladarnos al país de mi cuento, yo aceptaría que fueseis mi maestro, sólo que en una de las sendas no quisiera seguirlos hasta el fin: en aquella donde la fe incondicional tropieza con las exigencias de la moderna ciencia. No por eso intentaría reteneros conmigo, no; por mí, podríais proseguir el áspero camino, cruzando los valles luminosos y las selvas sombrías; podríais escalar como águila las cimas, las cúpulas y los astros, buscando los pros y contras del «ultra» rebelde; yo me quedaba al borde del camino, atrás, muy atrás, pensando que quizá

«Tous ces humbles qui sont aujourd'hui les derniers,
Finiront, Dieu l'a dit, pour être les premiers,»

y acariciando á la blanca paloma de las dulces misivas... Por fortuna, pese á las posteriores rebeldías de vuestra religión, bebemos en la misma fuente; vos, amáis mucho á Cristo, y no podáis ser de otro modo, puesto que sois artista y la suprema bondad es la suprema belleza. Sabéis que «altruismo», «caridad» y «amor» son palabras clásicas que no mueren; sabéis que, como entre las multiformes tentativas de los artifices modernos perduran las melodías impecables de los viejos maestros, entre todas las sectas, entre todas las innovaciones, resonarán siempre, inmarcesibles y serenas, las divinas armonías de Jesús, de ese gran poeta de corazón, autor y actor del poema único y eterno. Pero el castigo de los incrédulos es debatirse en el arduo problema, en la terrible «question» que hacía monologear al pensativo «Hamlet» y hará monologear aún á muchas mentes ilusas, tan poderosas como ingenuas, empeñadas en comentar la insuficiencia de la lógica celeste... Ay! todos quieren ser dioses! Aún ignoran el mecanismo de los círculos y quieren usurpar el gran secreto, y ante el variado kaleidoscopio de los prismas, se enredan y se confunden, mientras Jesús, con los ojos poblados de recuerdos, los mira tristemente desde su crucifijo...

En el «Ensayo sobre la revolución...» lleno de sabias exhortaciones, cifras y ejemplos ilustrativos, palpita el sincero horror que os inspira la guerra; el «crimen colectivo» que persiste después de tantos siglos de lucha civilizadora. La humanidad es fuerte, pero lo es aún con la fuerza de los débiles, cuya entidad superior, dominada por el instinto, el hábito ó el prejuicio, no es capaz de exteriorizar lo que resuelve en el inviolable y recóndito tribunal interior. Muchas veces, mirando á la turba uniformada alejarse al compás de las emocionantes marchas militares, como otras tantas esperanzas que se van, llevándose consigo su único caudal de suspiros, de quejas y de lágrimas, evoco una visión del porvenir: me parece ver las salas del futuro, adornadas con sables y tambores, trofeos de «nuestra» barbarie, como hacemos ahora con las flechas envenenadas y los penachos multicolores de los salvajes... pero quizá esto es una ilusión. Quién nos dice hasta cuándo marcha en ascenso el ciclo de la vida terrestre? Hasta cuándo les será permitido esperar á los que sueñan con las supremas perfecciones? Quién nos dice aún que no sean átomos de su esencia esos toques sombríos de la tragedia universal, donde, activa ó pasiva, perceptible ó secreta, cada uno de nosotros encarna una figura? No será fatalmente preciso amar la gracia épica de las luchas bizarras? No son de un altruismo virtuoso, digno de consistencia, muchas de esas ofrendas voluntarias de la vida, que nos conmueven con tristeza de hermanos

y admiración de artistas? No seré yo, ciertamente, quien me atreva á arrojar la primera piedra sobre esos héroes que van á ocultar sus hazañas en las tumbas solitarias y agrestes, sin más laurel que alguna flor silvestre, tributo del sol y de la tierra, padre y madre imparciales, sin odios ni rencores, que entre la vasta prole humana reparten por igual sus caricias y sus consuelos, en la gran apoteosis de la primera luz y en el seno piadoso de la última sombra... No os enojéis; divagar es mi eterna costumbre desde mi intrincada selva; ya sabéis cuánto alabo el «sursum corda» de vuestras prédicas, y si me hubiese cabido la misión de apóstol, sembraría como vos, á manos llenas, el germen de la santa esperanza.

Otro día conversaremos de la muerte, la pálida «quimera» á quien dulcificáis en tan hermosas páginas; páginas consoladoras, donde enseñando con qué calma evangélica supieron despedirse de la vida muchos espíritus esclarecidos, tendéis á unificar las almas en una luminosa idea de resurrección; conversaremos del «home», que con rasgo conciso y maestro sabéis sugerir; el «sweet-home» con sus muros tapizados de láminas artísticas, con sus mesas ornadas de libros con los que amáis meditar junto á la griega estatua de líneas musicales y entre el vago perfume de las «flores de Otoño», mientras el órgano sonoro interpreta los cantos del Norte majestuosos y serenos ó solloza el piano las melancólicas mazurcas donde danzan los sueños del lírico Chopin... Pero no quiero terminar esta impresión sin aludir á la dedicatoria de nuestro libro. «Quiéranme siempre» decís á vuestras amadas hermanas. Qué súplica tan bella! En esta época de decadencia afectiva, la ostentación de un vínculo sagrado es obra de valientes. Pero no, no quiero pensar que seáis un solitario sentimental, ni aun un vestigio de aquellos grandes corazones que inspiraron páginas inmortales: prefiero esperar que esa delicada prueba de simpatía fraternal pertenece al material con que se elabora el progreso del alma futura... Y por último, no olvidéis obsequiarme siempre con vuestras estimables ofrendas, á mí, que amo vuestros mismos ideales y os auguro un puesto de honor entre los que, con las luminosas videncias de su espíritu, ennoblecen y glorifican el pensamiento de América.

Acabo de cerrar, después de leerlo con avidez, el libro de un autor joven que apostoliza sublimemente sobre lo que William James llamara, en una célebre obra, « los ideales de la vida ». En el frío y lento descenso de este crepúsculo casi hiemal, una ráfaga del libro me trae la nostálgica tibieza del « home », en el cual los cerebros meditativos, hechos á las dolorosas abstracciones del pensamiento, pontifican.

Nin Frías habla del hogar con una ingenua adoración infantil. El gabinete de trabajo, en el que sueñan las almas apacibles de los libros dilectos, tiene, para este evocador de los Pórticos, la severa configuración y la majestática nobleza de un santuario. En las elegantes hornacinas, las efigies de los grandes helenos, talladas de perfil en bloques del más puro pentélico, erigen en la penumbra perfumada la impecable eurytmia de sus ademanos... Nin Frías ha dialogado con Platón, monologado con Taine, polemizado con Renán. Estos dos galos amables, que fueron también griegos de adopción, le han enseñado el secreto de pensar con serenidad aun en este nuestro mundo de tristezas y de remove-doras agitaciones. El don de la elocuencia sincera que hubo en ellos, lo ha heredado este nuevo discípulo del Academos. Lo único que ignora es la ambigua ciencia del sofisma, la tortuosa retórica, y el hueco y vago verbosear de los que visten la clámide del filósofo para arrastrar á las turbas con las superficiales seducciones de sus paradojas. El lenguaje que emplea en sus libros tiene la diáfana cristalinidad de las aguas corrientes. Y como la patria por la cual suspira su alma — patria lejana en el espacio y en el tiempo — es la Grecia elegante, espiritual y refinada de los jonios, pienso que este helénico ensoñador que pasea entre nosotros las tristezas ideales de su exilio, pudiera repetir con un poeta que él evoca en una de las páginas más expresivas y sugerentes de su último libro: « Là par tout où fleurissent l'olivier pâle et le cyprès, ornement profond sur le bleu de l'infini — là mon âme désire vivre toujours sans fin. »

Los descarríos imaginativos que engendraran los alambicamientos y las anfibologías de los decadentes faltos de certeras

orientaciones, están excluidos de los « Nuevos Ensayos ». Nin Frías populariza entre los doctos el evangelio de la bondad cristiana, y entre las muchedumbres ignaras el evangelio de la ciencia práctica. Lo que se derrama en su obra, es su corazón inflamado en generosos encendimientos. Las flores de esa primavera de su alma no tienen la efímera frescura de las rosas del poeta, ni la frágil y decrepita palidez de los lirios de Meleagro. Estas llevan en sí mismas la magnífica primicia del fruto. Desdeñan la hojarasca y se vuelven al azul sólo para buscar el amparo de los soles prolíficos. Y si á veces — en algunas páginas poderosamente evocadoras — dan la impresión fugitiva de un perfume ó se dejan platear por un poético rayo de luna, es porque detrás del pensador replegado en su austero ensimismamiento, gusta á ratos de asomar el poeta para sonreír á todas las cosas bellas de que hablan sus libros: á los cielos cerúleos, á los campos espasmados, á las selvas penumbrosas, á las cúspides augustas, á la brisa y el arroyo de las parábolas, á todo lo que es altitud, Naturaleza libre, vida en actividad...

La fina loanza consagrada á María Eugenia Vaz Ferreira tiene el hechizo soberanamente sugestivo de su sinceridad justiciera. Á través de los bellos decires en que abundan esas páginas primicias, se atisba el alma de bondad y de complejidad que pitagoriza tan sutilmente en las rimas jovantes de « Invicta », « Un sano » y « Triunfal ». La feminidad de elección que vibra en esa apolonida victoriosa tiene en el libro un marco digno de sus bizarrías intelectuales. La que triunfa en esas páginas es la mujer apta para la creación mental, para la labor silenciosa, para la meditación perseverante. Y Nin Frías parece prendado de todas esas selectas virtudes que auspician la esperanza en el advenimiento de las supermujeres.

Yo, que he sentido la vibración de esa apasionada alma femenina, y que me he inclinado sobre el maravilloso eucologio de sus rimas, como sobre una cisterna ofrecida á las voracidades del desierto, alabo la mano que ha sabido poner un laurel de Delfos en torno de esa frente bruñida por el pensamiento y ennoblecida por la cavilación.

He querido decir, que ese discreto encomio á la más olímpica de nuestras intelectuales, es de lo más florido, y fino, y hondo que contiene la obra ..

Del «Ensayo sobre la muerte», conocía de antemano los primeros capítulos. ¡La muerte! ¡La muerte execrada por María Bashhirtseff, divinizada por Rodenbach, bendecida por Meterlinck! ¡La muerte y su alma proteica, su suprema alma de frialdad impenetrable y de renunciamento nirvánico! ¡La muerte lenta, tranquila, promisor, espectante, convulsa, artera, solapada, las mil formas de la muerte que maniata el espíritu, que inmoviliza los músculos, que cierra los ojos corporales á las contemplaciones exteriores! ¡La muerte, el gran desengaño, el genio inspirador, el musagetes de la filosofía, según la desoladora concepción shopenhauriana!...

Y bien: en este libro tan dulce, el mismo pavorizante misterio de la muerte, parece suavizado por yo no sé qué consoladora teoría metafísica que decora los derroteros de la eternidad con una luz de amanecer. No es el desmenuzamiento de la materia, la extinción irredimible, el acabamiento progresivo, la gangrena tentacular, el inevitable término: es el comienzo de una metempsicosis de ultratumba que va del átomo al astro, de la oruga á la estrella, del pistilo á la flor. El libro no tiene así la apariencia de una sangrienta gemonía. Los que mueren en él lo hacen estoicamente, serenamente, esperanzosamente, desasíendose de sus ataduras carnales para nimbarse de inmortalidad, en una jubilosa migración al azul!... La apoteosis los saluda desde el umbral de las noches sin auroras... El Cosmos prepara para ellos sus palios triunfales... Así mueren Goethe, Guyau, Tennyson, Platón, Marco Aurelio, Renán...

Y todos expiran como el Juliano idealizado por Merejkouski, invocando al padre Helios, con una salutación á los soles futuros, en la dulcedumbre beatífica de una agonía sin epilepsia y sin torturas, exclamando como el pacífico maestro: «¡La mort! J'en avais faim et soif, et je l'aimais!»

Y además de esas páginas, hermosas por la austeridad del pensamiento, ya que no por la impoluta prestancia de la dición, hay otras que delatan la fertilidad de ese espíritu que se empuña tanto y con tan inusitada gallardía sobre la niveladora mediocracia. Este escritor piensa bizarra y hondamente, y pudiera decirse de él lo que Ruben Darío dijo del robusto y contemplativo Unamuno: «En su manera no hay ímpetus, no hay relámpagos. Tranquila lleva la pluma como quien ara.» Deja el Coliseo por el Pórtico. Platón le dió el secreto de lucubrar amablemente para vestir de realidad las más generosas utopías. Y es que en el fondo de todas sus predicciones, el espíritu ático y cristalino que hay en él, pone un aroma de elocuencia antigua, como la de aquellos virtuosos helenos que pasearon por las orillas de los

ríos sagrados el mirto de sus coronas, el fascinante simplicismo de sus filosofías...

Entre los nuevos literatos autóctonos, Nin Frías representa la aptitud reflexiva y la meditación laboriosa. El oropel no está hecho para esa pluma evangélica que hace consistir lo esencial de la obra literaria en el yacimiento de doctrina y del bien que contenga. A veces, lo que algunos de los períodos de sus «Nuevos Ensayos» descubren, es la ingenuidad de un alma que ha acostumbrado su visión á ahondar en los abismos de la profecía. Desde la cima de los más preclaros pensares, esa voz armónica que canta su canto himnico á la celeste esperanza, vaticina el triunfo de la especie sobre las contingencias del espacio y del tiempo, por el perseverante cultivo de la personalidad que se abre, — quimérica flor de maravilla en un miraje de Arcadia, — á las secretas sollicitaciones de la virtud. — De ahí el hábito sane y como aromoso que emana de esas páginas; oreo de brisa de primavera en un campo en germinación. De ahí, también, la sugestiva eficacia de esa doctrina que no se sustenta en vagas teorizaciones, sino que busca con firmeza, en las realidades positivas, la tierra vegetal apta á las procreaciones proficuas.

Acaso resida en eso el indiscernible encanto de ese estilo, que si carece á veces de estremecimientos, de ondulación, de matiz, de impoluta «castidad»; si nunca se afana por hallar los efectos de luz de la hipérbole; si no siempre vela la idea con gayas alegorías; si de ordinario se desnaturaliza con expresiones ajenas al léxico ó con construcciones que fuerzan el límite de la sintaxis; si no puede reputarse modelo de atildamiento, ni arquetipo de aticismo; si no es, en fin, de una prócer pureza filológica, en cambio lleva en sí el sello infalsificable de una bien equilibrada organización cerebral. Es verdad que ese estilo «musicaliza» poco, pero sugiere mucho; y tal vez no fuera una equivocada definición del estilo la que dijese de él que es el decisivo desdoble de la manera personal que tiende al surgimiento de ideas ó á la evocación de imágenes.

FRANCISCO ALBERTO SCHINCA.

El Día, Septiembre 10 de 1904.

Ha llegado hasta mí — con una amable dedicatoria — esta nueva obra de Alberto Nin Frías.

Es un conjunto heterogéneo de estudios literarios, filosóficos, sociólogos, religiosos: todos interesantes y educadores. Discípulo aventajado de Taine, Nin Frías tiene la característica de su inmortal maestro: es un observador profundo, y casi siempre exacto, de los hombres y las cosas.

Observador profundo, y ¡cosa rara! es oriental... Por eso su obra resalta con más tonalidad, porque aparece en un ambiente cerrado a la reflexión y al estudio de los problemas graves, por lo mismo que es formado por la superficialidad de los estudios y los extravíos de la moral. Nin es un crítico vigoroso a la vez que un sentimental exquisito: como pensador, suele ser poeta; como poeta, es siempre pensador.

Rodó, que es también pensador y poeta, dice modestamente que si él tuviera autoridad para indicar autores ejemplares, lo indicaría como tal.

Vaz Ferreira el más bello talento de la juventud uruguaya, lo felicita por el orden elevado a que dirige sus ideas, y el austero Miguel de Unamuno, que conoce a fondo la sociología de «estos pagos», como los llama, califica a Nin Frías de «mirlo blanco». Y no puede dejar de serlo quien exclama severamente ¡*Deteneos a pensar!* en un momento en que, como el actual, nuestras mejores inteligencias se encuentran — unas, dedicadas al servicio de sus ideas políticas, y otras, al más banal de llenar las tarjetas postales de nuestras hermosas.

Forma el primer capítulo de los «Nuevos Ensayos» una acertada crítica de las poesías de María Eugenia Vaz Ferreira.

Sorprende la aptitud de Nin Frías para la crítica literaria. Su facultad de observador profundo, se muestra entonces en todo su apogeo, y ninguna belleza recóndita, ningún giro simbólico, ni el más simple detalle que puede revelar al poeta ó interesar al lector, se escapa a la mirada sagaz de crítico clarovidente. Es tan sagaz y tan clarovidente, que todos cuantos lo lean — aún *celui qui ne comprend pas*, — admirarán y sentirán como él siente y ad-

mira. Así en el capítulo que nos ocupa. De ese ensayo se destaca con perfiles enérgicos y rasgos acentuados, la vigorosa personalidad de María Eugenia Vaz Ferreira, esa gentil poetisa que — ¿despreocupada ó hurafía? — tan reservados tiene sus versos para el público... En este estudio, como en todos los análogos, Nin manifiesta su intensa admiración y simpatía por la literatura inglesa, por cuyas huellas quisiera encaminar el talento sano de la poetisa uruguaya.

Y a continuación toca el más sugestivo — y solemne — de los temas filosóficos. «Ensayo sobre la muerte» se titula el segundo capítulo de la obra. Nin une en estas páginas su luminoso espíritu de creyente a una encantadora poesía de ultratumba, y es en estas páginas donde se nos revela heterogéneo: filósofo optimista, transmite su optimismo con entusiasmo; poeta sentimental, sabe en algunos párrafos — la muerte de Juliano, la de Taine, la de Guyau, la de Chénier — evocar suavemente a la Melancolía, mi diosa taciturna.

Unamuno dice que la faz más atrayente de este escritor multiforme, es su faz religiosa. Porque Nin Frías no se contenta con ser un moralista retórico, de los que tanto abundan en esta tierra: quiere ser moralista práctico, y sirve de ejemplo. Ya en su anterior libro, sus primeros «ensayos», se manifiesta protestante convencido, y sus creencias religiosas no son una digestión de la fe: ha llegado a ellas después de un esfuerzo de cuatro años, habiendo estudiado y asimilado magistralmente a los «divinos» Taine, Renán, Ruskin, Reclus, Buckle, etc. Yo creo que esto constituye el secreto del triunfo de Nin Frías, y que es este sentir sano y este pensar elevado lo que le proporciona lauros y aplausos. Tiene el valor de sus ideas y las proclama calurosamente. ¡Con qué entusiasmo — casi obsesión — recomienda continuamente la literatura inglesa, en que encuentra su molde este latino que es también helenista! ¡Cómo le es simpática la civilización sajona, donde reconoce sus principios, y que él conoce dos veces a fondo: por haber vivido en ella y porque la ha vivido en el severo Hipólito!

Sus páginas sobre el catolicismo y el protestantismo son de mano maestra: magistralmente reparte lauros y deslinda responsabilidades, apoyándose en la historia y en la observación.

Su anglicanismo no le hace olvidar su patria. La ama intensamente y sabe honrarla.

Los «Nuevos Ensayos» tienen un estudio sobre la revolución fatal del pasado Marzo, donde, al mismo tiempo que prueba elocuentemente su amor al terruño, condena valientemente el extravío y el error, porque, práctico en todo, no se conforma con el llanto

de amargura de Ovidio, sino que ama manejar la fusta de acero de Juvenal.

Y la honra en sus hombres.

Nin Frías, en otro estudio, rinde homenaje de su admiración al doctor Angel Floro Costa, quizá el único profeta — y, por lo mismo, el más desofido — de nuestros pensadores sociólogos. El talento naciente de Nin presenta con placer á la juventud uruguaya el talento en el ocaso del doctor Costa, haciendo resaltar la faz científica del profundo pensador «La cuestión económica en el Río de la Plata».

Y siempre su palabra moral, su pensar elevado, sus consejos nobilísimos, su ansia de que la mujer se eduque, sus anhelos llenos de simpatía y de vida, porque tienden al amor universal.

La lectura de «Nuevos ensayos de crítica» es un reconstituyente del alma. El generoso afán de Nin Frías se transmite en ondas simpáticas al espíritu del lector, que le acompaña incondicionalmente en sus deseos proféticos.

Rompe la calma inmensa de la noche un sonido penetrante: es el canto característico del gallo. Primeramente vibra aislado, luego va surgiendo de todos los puntos, y se extiende por la lejanía; se contestan unos á otros, á manera de amoroso saludo. Si se encontrarán en la arena de un refidero, quizá estos gallos se atacarían con furia hasta destrozarse; ahora se responden amigablemente, unidos por el misterio insondable de la noche. ¡Oh! ¡Cuándo llegará el día en que todos los corazones palpiten al unísono, y en que el amor una íntimamente á todos los hombres, aun los de ideas distintas!

NUEVOS ENSAYOS DE CRÍTICA LITERARIA Y FILOSÓFICA

ENSAYO SOBRE LAS POESÍAS

DE MARÍA EUGENIA

VAZ-FERREIRA

« Para las imaginaciones pobres, las horas de insomnio transcurren en inquietud febril; para los espíritus fecundos, ellas pasan brillantemente y á prisa, mientras se escucha la divina música del pensamiento. »

*Pensamiento inédito de M. E.
Vaz-Ferreira.*

« Toma la lira y el plectro,
Ven á cantar los melancólicos versos,
.....
Esos que llegan al alma,
Esos que cantan los tristes
Que tienen sólo esperanzas.... »

Á la señora C. Nin de Lussich. Testimonio de lo mucho que oprecio su incomparable y maternal bondad, su elevada nobleza de sentimientos.

INTRODUCCIÓN

La poetisa uruguaya de que me voy á ocupar, tiene como don dominante de su espíritu, la intelectualidad; y el extraño mérito de su facultad poética se resume en una palabra: energía. Personalidad intelectualísima y poetisa enérgica: he aquí las dos fases que estudiaré.

I

Al abrir el libro manuscrito que encierra las visiones ó ideales de un alma poética, evoco, á pesar mío, á la autora en cuyos versos quisiera descifrar los *leit motiv* de esa música íntima apellidada poesía. El físico revela el espíritu: hallo esta notable correspondencia en María Eugenia Vaz-Ferreira. Sus cabellos, su cara, sus ojos tranquilos y hondos, sus actitudes, traducen á un espíritu modernista; semeja á esas figuras misteriosas y vagas como las esculturas egipcias que adornan las alhajas y los vasos modernos. Su musa es así fantástica á lo germánico, desigual, melancólica; siempre extraña, cuando no enigmática; el límpido y sereno sol de Grecia no alumbra sus versos: es más bien la «casta y pálida Selene» que daba luz á las danzas de los gnomos y hadas entre las brumas tenues del otoño.

Su primera poesía, «Las Ondinas», asevera la última observación. Al lejano norte alemán, al Rhin, á los lagos germánicos, ha ido á buscar sus figuras poéticas.

El paisaje donde vienen á reposar las ondinas ligeras, es de nuestro país: sugiere la Playa Ramírez. Á menudo está allí, en verano, la poetisa, cuando «el sol se oculta en lo infinito (1),» al bajar el heleno Apolo á su mansión de oro. ¡Qué visiones grandiosas ven allí los temperamentos artistas! Ese mar tan augusto, tan sereno; ese cielo puro é insondable, hablan el más divino lenguaje, dicen la más preciosa nueva: paz, serenidad, belleza, salud, al ser que ame lo bello. Esto han dicho á María Eugenia Vaz-Ferreira:

« Junto á la costa
Donde la arena tibia y plateada
Bañan las ondas,

(1) Frase de un verso de Rafael Obligado.

Y los lucentes
Rayos primeros de la alborada
Brillan y mueren,
De entre la espuma
Surgen ligeras de las ondinas
Las raudas curvas
Y los informes
Trajes etéreos de hadas marinas,
Blancas visiones....»

Del mar abierto y el hondo cielo, grandes inspiradores, como escenario, pasamos con «Berceuse» á un salón que pertenece á casa donde se ama el divino arte de Beethoven. Para comprender este poemita tan original, debe saberse el talento de María Eugenia Vaz-Ferreira para la música: es absolutamente dueña del piano y señora de una inspiración clásica. La he oído tocar sus propias composiciones, entre páginas de Chopin y Grieg, sintiendo hondo placer. Absorto, no dormido, como el héroe de «Berceuse», he quedado. En oyéndola, me ha parecido comprenderla más: el modo suave y sereno de golpear las notas manifiesta la incurable displicencia, nostalgia de una belleza entrevista. Se siente aquí que si en la vida social muestra indiferencia y una tendencia á considerar su espíritu cual una hoja al viento—*come le foglie*—conserva su energía para las obras de arte que afirman fuerza y vigor. ¡Qué armónicos, cuán fáciles se leen y se sienten estos versos!

« Era de noche; yo tocaba
Una *berceuse* de Chopin,
Y aun sin mirarlo bien sentía
Fijos en mí los ojos de él.

¡ Cuánto, Dios mío, nos amamos
Cuando escuchábamos los dos
Aquella rítmica armonía
Que nos llegaba al corazón!

Mas yo no sé por qué olvidada
De su presencia aquella vez,

Todas las fuerzas de mi espíritu
En la *berceuse* concentré.

La repetí dos y tres veces;
Siempre *pianísimo* el compás,
Yo lo llevaba muy despacio,
Muy cadencioso, muy igual...

Cuando después que hube concluido
Volví los ojos hacia él,
Hallé los suyos ya cerrados;
Nada me dijo, yo callé.

No sé qué extraño sentimiento
Hizo á mis labios sonreír
Al verlo tan serenamente
Adormecido junto á mí...

¿Fué real su sueño? ¿fué un elogio?
Aún hoy lo ignoro. Sólo sé
Que yo me dije sin despecho:
Fué más artista que mujer.»

El poema siguiente, «Invernal», es admirable como naturalidad y fluidez:

«El viento hace crujir sobre la arena
Las hojas amarillas;
Sobre las ondas turbias del arroyo
Los sauces melancólicos se inclinan...»

Llegamos por fin á la poesía que me hizo considerar á María Eugenia Vaz-Ferreira como gran poetisa; después de leer: «yo quisiera saber lo que pasa en tu mente,» brotó la simpatía que consagra este estudio. Encuentro en esa poesía un estilo vigoroso, á que poco nos acostumbraban nuestros poetas, una poderosa sugestión que la hace leer y releer. Me trae vagos recuerdos de las poetisas inglesas Elizabeth Barret Browning y Felicia Hemans, que tanto amo. La ruta trazada por esta poesía de forma invocativa y vibrante, en que palpita la vida de

las pasiones nobles, aconsejaría siguiéranla los jóvenes vates: sólo á la inspiración individualísima, á la manifestación personalísima y original cabe producir la emoción estética y moral. Ésta y aquella poesía que comienza:

«Ven tú que tienes el mirar sencillo,
Los ojos claros, llenos de confianza,»

son lo más conmovedoras. Si indagara su psicología, creo las hallaría inspiradas en la admiración que tiene la poetisa por su hermano, el filósofo. Ante él, cuya inteligencia es clara como las tardes del estío, de voluntad firme y valiente; ante él, que adora lo positivo de los conocimientos, debe ella sentirse como frente á una esfinge llena de bondad, mejor ante un Sócrates virtuoso y noble; breve, la actitud de la ignorancia relativa frente al gran saber dicta las intensas estrofas:

«Yo quisiera saber lo que pasa en tu mente
Cuando cruza el tropel de los raros hechizes,
El que agita y alumbra tu pálida frente
Coronada de negros é indómitos rizos;

Cuando enciéndese y brota la chispa febea
Con que sella su imagen tu anhelo gigante;
Cuando nace y profunda germina la idea,
La que vence y sacude tu sien palpitante;

Cuando miro en tu rostro la huella que imprime
Con sus ansias secretas un alma que piensa,
Y el aliento febril que en tus labios reprime
La palabra que muere en tu boca suspensa,

.....
.....

Yo quisiera mirar el destello radiante
De ese extraño fulgor que en tus ojos oscila,
É impregnarme de luz y vibrar un instante
En el brillo inmortal de tu negra pupila.»

La gemela de esta joya merece transcribirse por entero. Leedla, lector: es el lenguaje del alma nobilísima de la mujer intelectual.

Ven tú, que tienes el mirar sencillo,
Los ojos claros, llenos de confianza...
Tú que marchas tan firme por la vida,
Lleno de fe, de paz y de esperanza!

Tú, que puedes sentir las alegrías
Serenas, sin angustias; tú, que esperas
Que vuelva tras las sombras del invierno
El sol de las alegres primaveras...

Tú, que si me haces ver que no me amas,
La obcecada visión del bien perdido,
Me das de tu constancia la promesa
Con el cándido rostro sorprendido.

Y si á pesar de la razón yo dudo
Y ves pasar angustias por mi frente,
Con amable y solícita ternura
Me vienes á pulsar, tranquilamente...

El reino de la super-mujer vendrá.

II

POESÍAS SOBRE LA NATURALEZA

Á la «virgen Primavera» (1) dirige este canto triunfal:

«Tú, Primavera, que eres la diosa de los retoños
.....
... Tú, que serenas las aguas claras como cristales...
.....

(1) Expresión de Pedro Naón, poeta argentino, autor de *Eglantinas*.

... Y desparramas el rubio trigo sobre el tejado
Donde se escuchan tiernos gemidos arrulladores,
Y se lo ofreces á las torcazas seco y dorado
Para que tejan el dulce nido de sus amores....»

Y de esta suerte ascendente en bellezas y elogios, sigue invocando la estación de la esperanza, hasta compararla con la primavera de los amores. Obsérvese que toda esta pintura tan fiel de la primavera sirve para precisar por comparaciones la hermosura de un sentimiento. Este procedimiento poético lo emplea en muchas otras poesías á la Natura. En otra, pinta al crepúsculo, terminando con esta reflexión moral:

«Tras la distancia se ocultó la lumbre
Que hizo brillar unas pupilas negras,
Y una vida se apaga poco á poco,
Marchita por las sombras y las penas.»

En el poemita XIV vuelve la poetisa á las «blancas visiones», á sus *ondinas* queridas que la llevan por el mar fascinador.

Un vivo sentimiento de la poesía natural sugiere «Las Selvas». La vida primitiva, nómada, fascina á nuestra autora; la selva con sus indescriptibles bellezas, sus pendientes onduladas, orladas de árboles gigantes, las vistas que se extienden al través del follaje entrelazado, la voz del infinito que entona ese verde de vida de los prados salvajes, la emoción que enciende el silencio augusto y vital de los grandes bosques,—todo ese sublime natural es más que el salón con su luz artificial, el ambiente que ama María Eugenia Vaz-Ferreira, y por ello lo canta tan sentidamente.

Escuchad estas estrofas, si no es cierto lo que digo:

«Me voy á las incógnitas praderas,
Á las vegas desiertas y remotas
Donde son las alegres primaveras

Un caos de relámpagos y notas.
.....

... Donde retrata el sol sus iris vivos
En las gotas que el céfiro desflora,
Y en que moja la flor de los céfios
La púrpura sedienta de su boca.
.....

Donde pueda vagar eternamente
Por las selvas incultas y olorosas,
Con los rizos al aire y con la frente
Coronada de pámpanos y rosas. »

Después de la selva, admira el jardín «pomposo de colores,» donde «pasa la tarde suavemente inmensa.» Allí «hay luz, hay cantos y una dulce visión de primavera.»

Luego compara al jardín, el alma abierta á las sensaciones.

En «Mis flores» pasa revista á su jardín para escoger sus favoritas:

«Mis flores son las que brotan de un hondo surco terroso
Cuando las ojeras cava la fiebre fecunda y fuerte;
Esas son las flores pardas de perfume acre y sabroso
Que engendra el mal de la vida para ofrenda de la muerte.»

Hay algo de la excentricidad *baudeleriana* en esta estrofa fuerte; el sentimiento extraño que delata, ha hecho decir á la poetisa: «entre lo raro y lo bello, prefiero lo raro.» Este pensamiento es una de las avenidas que conducen á su espíritu nostálgico.

III

POESÍAS ERÓTICAS

«Nuestros poderes intelectuales y activos aumentan con nuestra afecção,»

EMERSON.

La música de Grieg, notablemente su «Poème Érotique», es la que mejor conviene asimilar á estas poesías de «un amor alemán que no han sentido los alemanes.» ¿Quién puede escapar á los *deslumbramientos del amor*? Á todos roza el divino sentimiento y á todos deja como á la rubia Psiquis, abandonados y amargamente tristes.

Veamos lo que nos cuenta del país etéreo de Cupido nuestra poetisa, á la vez tan sensible y tan marmórea.

«Triunfal» é «Invicta» son las huellas sentimentales de escenas de la vida del corazón. En «Triunfal», Cupido, alegre y victorioso, parece desplegar, cual colibrí, sus alas encantadas, que, á poco, recostado grácilmente sobre el olímpico césped, le ha ceñido la divina Afrodita. Canta la poetisa:

«... Al bardo de rimas aurales,
De plectro de oro y de gloriosa mente,
Que al entonar tus cánticos triunfales
Tienes nimbo de luz sobre la frente.»

En todas las estrofas imprime el amor su sello vigoroso y pasional, hasta esta invitación suprema:

«Vamos los dos á desatar el vuelo
De nuestras anchas y potentes alas
Hacia el confín donde despliegue el cielo
La magnífica pompa de sus galas;

Donde la nota victoriosa y fuerte
De los clarines en vibrante coro,
Dando la diana del amor despierte
Nuestros sueños de púrpura y de oro.
.....

Yo haré latir tus fibras más sensibles
Con mis hondas y ardientes fantasías,
Y me darás en versos vigorosos
De tu voz las soberbias melodías.
.....

Y encendiendo los mustios arreboles
Con nuestros rayos fuertes y fecundos,
Viviremos los dos como dos soles
Alumbrando las almas y los mundos, »

Este poema de amor elevado, trae al recuerdo el afecto de la sublime Hipatia de Alejandría por el soberano señor de la sabiduría, Apolo el divino; es un amor casi místico concentrado en algo abstracto y que se simboliza en un ser humano. El bardo gentil es el padre de las musas hecho mortal.

De «Invicta» los versos gallardos y fibrosos he leído y releído á menudo en voz alta. ¡Qué altivez displicente hay en la heroína; qué serenidad de las altas cumbres en sus ideas; qué helado y duro su *corazón de princesa cautiva!*

Oídla responder augusta, la frente alta, aunque transparente infinitos pesares, la actitud erguida de principesca bravura, á su solícito galán y señor por la atroz ley de la victoria.

Habla la cautiva:

« Sé que eres fuerte, poderoso y bello
Como un soberbio gladiador romano;
Que de las glorias de inmortal destello
El cetro empuña tu gallarda mano;

Sé que tienes de rey la invicta fibra,
La voluntad espléndida y valiente;

Sé que el clarín que ante los héroes vibra,
Arrulla con sus cánticos tu frente;

Sé que tus ojos, de hondo poderío,
Como el llameante abismo están abiertos....
Sé que eres grande, indómito y bravo
Como el noble señor de los desiertos.

Sé que ante mí tu imperio se dilata,
Que en tu visión de vencedor me avistas
Á la lumbre del rayo que desata
La ruda tempestad de tus conquistas.

Ya tu mirada combatió la mfa,
Ya me asestó sus flechas luminosas;
Ya ornar quisiste mi Tebaida fría
Con la efímera pompa de las rosas.

Ya quisiste venir audaz y altivo
Envuelto en la epopeya de tus glorias,
Y llevarme cual pájaro cautivo
Al palacio nupcial de tus victorias.

Pero sé que el corcel de tus deseos
Marcha inminente á su primer derrota;
Que al preciado joyel de tus trofeos
No podrás engarzar mi vida rota.

Sé que si enciendes en la lid de amores
Las pupilas de fuego con que abrasas,
Apagará sus bélicos ardores
El frígido metal de mis corazas.

Sé que no apresarán tus recios bríos
De mi alma libre la triunfal bandera,
La que ostenta la flor de mis desvíos
Cuando hago tremolar su faz guerrera.

Es inútil que el ritmo de tus sienas
Marque el vigor de tu viril arrojio,
Y atado al eslabón de mis desdenes
Los dientes linques en tu labio rojo.

Es inútil que henchido de coraje,
Suelta la garra en pos de tu quimera,

Como el león que acecha entre el bosque,
Des al aire la ondeante cabellera.

Yo soy como la firme roca erguida
Que el oleaje amenaza en su bravura,
Y eternamente ante la mar vencida
Su cresta eleva en la gigante altura.

Como la cumbre hundida entre los cielos
Más allá de los astros inmortales,
Que no pueden tocar los raudos vuelos
De las más fuertes águilas caudales.

Es inútil que rujas y seguro
Contra mi pecho tu potencia esgrimas:
Yo tengo un corazón helado y duro
Como la blanca nieve de las cimas.»

¿Hase oído en el Parnaso uruguayo nota más vibrante, canción más fluida y soberbiamente vigorosa y enérgica? Aquí ha llegado el talento de María Eugenia Vaz-Ferreira á lo hondo de sí, á la suprema belleza de su inspiración. He ahí su real ruta al Ateneo, donde acaso, como Corina, será coronada un día.

De las otras poesías menores, éstos son los versos más hermosos:

«Perdida la esperanza (1),
El ensueño perdido,
Soportaba la angustia
De mi agudo martirio.»

«Ven y siéntate á mi lado (2),
Que un sueño triste he tenido;
Pon mis manos en las tuyas
Como siempre, y di, bien mfo,
Alguna dulce palabra
Bien cerquita de mi oído.»

(1) Poesía núm. XIII.

(2) Poesía núm. XV.

Esto es hermoso, tiene del sentimiento acariciante que expresa, la suavidad, la ternura y la melancolía.

«Tú no sabes, tú no sabes (1)
Lo que yo llevo guardado...
Y ayer, por reverenciarme,
El sombrero te has quitado.

Si lo supieras, mi dueño,
Cuando junto á mí pasaras,
¡Ay! en lugar del sombrero,
El corazón te quitaras! »

¡Qué grito pasional encierran estas dos estrofas!
He aquí otra digna gemela de la anterior:

«En la desierta calle (2)
Toda blanca del sol de mediodía,
Súbitamente un órgano desata
La cadencia de un vals, honda y sencilla.

Mi alma lanza á mi cuerpo
En vueltas locas, á la par que rítmicas;
Una angustia me oprime, es un sollozo:
¿Quién podrá consolar esta alegría?»

Los dos poemitas que siguen, pintan las angustias de una alma de novia:

«Me engañan, me engañan (3);
Las avecitas de Enero
A golpear en mis cristales
Sus amorosos cantos vinieron.

Por favor, luz de mi vida,
No me dejes un momento,
Que sólo el bien de tus ojos
Contra mis angustias tengo... »

(1) Poesía núm. XX.

(2) Poesía núm. XXI.

(3) Poesía núm. XXII.

La poesía número XXIV encierra un pensamiento amable y luego una amargura terrible.

El número XXV, que pudiera bien llamarse: «Para siempre», posee de «Invicta» la fibra de energía invencible que en cosas del arte ostenta la poetisa:

«Aunque los agudos dardos
Me claves de tus desdenes,
De tu luz será la sombra
Para siempre, dueño mío, para siempre.

Y aunque una herida me abras
Á cada paso que sígo,
Mi vida irá con la tuya
Para siempre, para siempre, dueño mío.

Ve no más como un fantasma
Tras el supremo deleite
Del amor y de la gloria,
Para siempre, dueño mío, para siempre.

Que después que te hayas muerto,
Yo me volveré al olvido,
Y te guardarán mis brazos
Para siempre, para siempre, dueño mío.»

Esto es bellissimo, sentidísimo, para qué decirlo! Hay aquí algo de la melancolía suprema que acompaña al vocablo *eterno*. Ese «para siempre, para siempre, dueño mío,» suena como el compás de una «berceuse» infinita, eterna, que mientras exista la mujer repetirá en coro invisible el corazón secreto.

La poesía XXVIII es un canto flébil, en el cual el corazón de una esposa amorosísima no correspondida, vierte en el ánfora de la poesía sus amargas tristezas. No sin experimentar honda emoción se leen estos versos, bellos entre los bellos:

«Como chispas escapadas á algún astro
Que en la noche moribundas se perdieran,
De mi boca, sol de amores,

Encendido en tus pupilas cenicientas,
Van los besos á morir de tus cabellos
En la undosa noche negra.

Mas tú sigues inconsciente como el pico de las rocas
Que las aguas acarician con sus olas planideras...

Como el lago en que doblado
Llora un sauce sus cadencias...
Como el ave fugitiva

Por quien llaman desde el nido las nostálgicas endechas;

Mas tú sigues por la luz y por la sombra,
Por el duelo y por el fausto de tu senda,
Inconsciente de los laureos
Ó el consuelo que te llevan
Esos hijos infelices

Engendrados en las horas de mis penas!

.....
Como chispas escapadas á algún astro
Que en la vida moribundas se perdieran,
De mi boca, sol de amores,
Encendido en tus pupilas cenicientas,
Van los besos á morir de tus cabellos
En la vasta noche negra...»

La misma Eva, de quien adivinamos el gran pesar, pudo escribir estos versos de profundo espíritu lírico:

«Toda la nieve, toda la nieve de un polo eterno
Siento en el pobre corazón mío,
Grande y oscuro como el invierno,
Como el invierno triste y sombrío...

Pesan las penas
Sobre mi alma triste y doliente,
Sobre mi vida pesan las horas de angustia llenas... (1)»

Dos retratos sugestivos y bellos del ideal bien amado aparecen en los versos XIX y XXXI:

«Grisas como las brumas del otoño
Son los ojos que tiene el dueño mío;

(1) Poesía número xxx.

Hay algo en ellos, algo
Melancólicamente sugestivo... »

El otro es fácil y fluido, ático en su sencillez y dulce-
mente hondo en la idea:

« Era su canto melodioso y lento,
Era lleno de luz su pensamiento,
Su faz de soñador extraña y bella,
Y admiré su primor con la tranquila
Beatitud de una lánguida pupila
Que ve pasar una lejana estrella. »

Diríase esta descripción en estilo noble y bello, el re-
trato de Marco Aurelio por Taine. ¡Qué divina visión de
un amor intenso, poético é ideal proyectan estas estrofas!
Cantan á ese bien amado ó amada con que todos soña-
mos mientras la sincera diosa Juventud besa nuestras
frentes ardorosas, pero rara vez despierta de su sueño en
la selva encantada ese príncipe ó princesa:

« En el deslumbramiento de mi vida
Por largo tiempo quedaré vencida,
Contemplativa, silenciosa y quieta;
Mientras que el oro electo de mi alma
Irá á posarse á modo de una palma
En su lírica frente de poeta. »

Todo un drama del inquieto corazón representan estas
líneas sinceras. Del fondo de un alma es este grito, por
ello es tan hermoso y tan sentido. Cuando intentan mos-
trar su amor y simpatía ciertas almas para quienes algo
significa la vida interior, y no se ven correspondidas, les
asalta indecible amargura, y luego con la calma viene un
recuerdo sereno, de una dicha, única que hace olvidar
casi por completo el desengaño. Algo de este sentimiento
sutil y complejo existe en la postrer estrofa.

De la dulce calma de los versos anteriores pasamos á
la inquietud devoradora de un corazón que ama delirante:

« ¡ Cómo baten, cómo baten sin cesar sus negras alas
De tus grandes ojos bellos las inquietas mariposas,
Mientras brillan encendidas sobre el jaspe de sus galas
Tus nostalgias infinitas y tus ansias pesarasas!
.....

Ven con tus dos mariposas al jardín donde te espera
Para la sabrosa fiesta mi cáliz de labios rojos;
Bébeme gota por gota la esencia, y haz que me muera
Bajo una gloria tejida con las alas de tus ojos. »

Y con este verso cerramos la ventana por donde vi-
mos el templo de amor que alzaba la poesía de María
Eugenia Vaz-Ferreira. Él es de silentes proporciones y le
alumbra en toda su faz un puro rayo del infinito.

IV

OTRAS POESÍAS

« Allá por el camino, triste y cansada,
La viejecita viene con paso lento
Cantando con voz queda como un lamento
El antiguo estribillo de una balada.
Aunque muere en sus labios ya la tonada,
Aunque es como un suspiro débil su acento,
Concentrando en la estrofa su pensamiento
Ameniza lo rudo de la jornada.
Mas de pronto se nubla su faz serena
Y calla: ¿qué recuerdo le causa pena?
Su semblante se enciende de honda tristeza
Y un sollozo se escapa de su garganta,
Que es la nota apagada con que ella empieza
La balada más triste de las que canta. »

Este poemita de un ritmo casi musical, de un senti-
miento tan tierno y hondo, tiene su historia, su antece-

dente, como todo lo humano. Niña aún, la poetisa pasaba con su madre por un bazar, y allí de una mirada divisó un cuadrito sugestivo; quiso comprarlo, pero por circunstancias ajenas no lo hizo suyo. Pero, para el poeta, poseer es cosa fácil: con su imaginación todo lo abarca y todo lo acaricia su musa amorosa. Cuando el cerebro tiene una idea, el alma tiene sus alas, dijo el divino Platón.

De esa poderosa sugestión nacieron esos versos.

«La burbuja
De Champaña
Que en tus labios se evapora,
La dorada
Crisantema que en el mármol
De tu mesa se refleja,
.....
Todas esas moribundas
Son mis pálidas hermanas;
Todas esas que te dan su vida entera,
Todas esas que te dan toda su alma
Tiernamente, dulcemente, tristemente,
Sin que tenga su agonía ni siquiera la piedad de tu mirada.»

Éste es el canto último del libro manuscrito, y para mí simboliza la extraña tristeza, «la melancolía medio neurótica» que siempre acompaña á la musa de la poetisa.

En idioma de selecta riqueza de imágenes, que rivalizan en belleza, nombra á sus pálidas hermanas: las tristezas extrañas y sin fin, los amores que nacen bellos para concluir en pesares.

V

CONCLUSIONES.—EL MOTIVO DE ESTA POESÍA.—SU EXPRESIÓN.—SITIO OCUPADO POR MARÍA EUGENIA VAZ-FERREIRA EN EL PARNASO URUGUAYO.—ALEGORÍA AL RESPECTO.

Lo triste, aquello inevitable de desilusión que llevan como gérmenes fatales todas las cosas humanas, constituye el gran inspirador de nuestra poetisa.

Para expresar esos pesares que las almas selectas conocen á fondo, esa suprema neurastenia, ese hastío más ó menos pronunciado que llevan de la vida todos los poetas, María Eugenia Vaz-Ferreira acude en primer término á la *sinceridad de oro* de su corazón, fuente de la energía y de las emociones intensas que produce su poesía, y en segundo á la naturaleza, hermosa y eterna promesa de un más allá más justo para la poesía y para los poetas.

Creo que los numerosos ejemplos citados de esta poesía fuerte y honda justifican las premisas sentadas al principio de este ensayo.

Tres poetas, á mi modo de ver inductivo, en nuestro país, por la época en que andamos, llevan en su obra y en su vida la belleza de la originalidad y la marcada individualidad; ellos son: Zorrilla de San Martín, María E. Vaz-Ferreira y Julio Herrera y Reissig. Para mí, cada uno de éstos es una personalidad y representa una influencia: Zorrilla, la tradición hispana y cristiana; María Eugenia Vaz-Ferreira, la tendencia nórdica de cantar la vida interior, «sus sueños y sus aspiraciones... su concepción tempestuosa ó luminosa de la belleza y de la

verdad... sus visiones (1); y Julio Herrera y Reissig el alma modernista de París.

Tres escuelas, dos príncipes y una princesa, á cuyas cortes respectivas vienen á ventilar sus ansias de lo bello y de lo extraño, sus gustos de aristócratas intelectuales, las pléyades juveniles y todos los demás poetas.

Para precisar bien estas ideas me voy á permitir traducirlas por una imagen ó una alegoría, figura favorita de las almas inquietas.

Supongamos una reunión de los poetas uruguayos como las que tenían lugar en la genial Atenas, alrededor de Platón, Sócrates ó Aspasia; en la edad media, en los castillos ancestrales, y hoy en los salones del estético París.

En el fondo del jardín de esta novel academia ática está Zorrilla de San Martín conversando con Magariños Cervantes y Figueroa, nobles *pioneers*, mientras cruzan por su imaginación y razón claras las sombras de Artigas y de Tabaré. Muy cerca de estos areopagitas están las poetisas María H. Sabbia y Oribe y Ernestina Méndez Reissig, amistosamente entrelazadas como dos atenienses, sonrñen al bardo cristiano y se cuentan sus vidas sencillas, pero bellas. Más allá, tendiendo su mano hacia un brazo de la lira zorrillana está Raúl Montero Bustamante, pensando en cantar á los héroes de la patria. A lo lejos se avista una cabalgata poética guiada por Roxlo, hecho una llama, tan intensa es su inspiración fogosa: canta con calor á la tierra en que nació y soñó. Lo acompañan Elías Regules, Antonio Lussich, De-María y otros bardos que adoran la vida del campo americano.

Cerca de éstos cabalgan también tres trovadores del gayo amor: Guzmán Papini y Zas, Emilio Frugoni y

(1) TAINE: *Notes sur l'Angleterre*, pág. 362.

Ricardo Passano. El primero se inspira en la exuberante vida de Andalucía; el segundo busca en Italia la suavidad y melancolía de su musa; el tercero en el hogar, en los sentimientos nobles del corazón, escucha sus inspiraciones.

Se encaminan hacia los patriarcas de nuestra poesía y Zorrilla.

Hacia el medio del jardín, en un bosque, José E. Rodó, como Diógenes, está solo buscando la forma ática y el aticismo en la vida; viste clámide valeriana. Sobre un césped suave, Daniel Martínez Vigil, maestro de retórica y poética, agitado por una idea de Guyau, invita á los jóvenes que abren sus almas al arte literario y dialéctico, á su tienda solitaria, para instruirlos.

Más allá, la gran poetisa del Uruguay y de América, como Penélope, teje la tela de la poesía de su vida, esperando á su soñado Ulises.

Aullá un grupo de soñadores melancólicos oye la altiva música de Stéphane Mallarmé y de Verlaine, mirando á veces las acuarelas de lánguidos y delicados colores que pinta en el flanco de su ánfora helena Albert Samain. Uno de ellos, envuelto en la clámide magistral, escucha sabiamente y luego canta extraña y hermosamente ante dos discípulos extasiados. Son ellos: Julio Herrera y Reissig, Julio Lerena Joanicó, y Juan José Illa Moreno. Lerena parece querer tender su vuelo al inmenso mar de lo azul, donde navegan en barcas de oro los genios de la Humanidad. Illa Moreno busca en la tristeza serena y perenne, y en el crepúsculo sugestivo de otoño, su inspiración adolescente. Ambos adoran al príncipe Julio y saludan en él á uno de los representantes americanos más acabados del modernismo poético.

Todos estos poetas y poetisas describen de su alma la belleza, de su corazón la pesadosa é incurable tristeza, su alegría ó su inquietud ante la vida, la muerte, el infinito

ó la eternidad. Á través de los diversos aspectos del arte se rinde culto á la belleza, que, como el Dios de todas las religiones, es uno, ideal y eterno.

VI

POR QUÉ NOS GUSTA LA POESÍA DE MARÍA EUGENIA VAZ-FERREIRA.—SU ACERCAMIENTO Á NUESTRO IDEAL EN POESÍA.—LA LITERATURA INGLESA: SU POESÍA, LA MÁS GRANDE SEGÚN TAINE Y PAUL BOURGET.—LAS GRANDES POETISAS INGLESA: E. BARRET BROWNING Y FELICIA HEMANS.—NUESTRA PREFERENCIA POR LA POESÍA INGLESA Y ALEMANA.—LA BALADA, FORMA POÉTICA TAN BELLA, TIENE POCOS REPRESENTANTES EN NUESTRA LITERATURA Y EN LA ESPAÑOLA.—NECESIDAD DE POETAS BALADISTAS.—REFLEXIONES AL RESPECTO.—EL TALENTO É INSPIRACIÓN DE MARÍA EUGENIA VAZ-FERREIRA SE INCLINAN Á ESA FORMA TAN GERMÁNICA DEL VERSO.—DEBIERA SEGUIR ESA PROPENSIÓN.—BALADAS DE WALTER SCOTT, GOETHE (FISCHER, ERLKÖNIG), SCHILLER, ETC.—CONCLUSIONES.—OBJETO DE LA POESÍA SEGÚN LOS CRÍTICOS MÁS MODERNOS: LEOPOLDO LUGONES, HENRI CHANTAVOINE Y OTROS.

La poesía de María Eugenia me gusta por acercarse á mi ideal de la poesía. La literatura poética inglesa me parece la primera del mundo. Esta opinión, que es casi más un sentimiento que una idea en mí, provendrá sin duda de la primera educación de la memoria, aprendiendo trozos de los divinos bardos ingleses, de haber sentido en toda su sublimidad la belleza poética en Shakespeare, Byron, Shelley, Hemans, Walter Scott, Coo-

per, Grey y Longfellow; de cualquier modo vuelvo á afirmar lo dicho. Después, lecturas prolongadas me han hecho observar que esta predilección no carecía de base profunda. Considero al ser espiritual el centro de toda poesía, y de ahí á amar sobre todo á aquellos poetas que cantan escenas de su vida interior no hay más que un paso. Al lado de esta poesía que va de alma á alma, también, me encanta aquella que describe un episodio histórico, una escena de la vida moral ó artística, que lleva en sí algo del elemento dramático; breve, *la balada*.

La literatura inglesa satisface magníficamente estos gustos.

Dice el divino Taine, que, cual Platón, merece ese calificativo:

«Cuanto son mediocres (los ingleses) en las demás artes, tanto más son grandes en éste (la poesía). Á mi modo de ver, ninguna vale la suya, ninguna habla tan fuerte y puramente al alma, ninguna la conmueve más íntimamente, ninguna traduce mejor los ímpetus del ser interior y cuya influencia é impresión sea tan eficaz y tan dolorosa, que toque en nosotros las cuerdas personales y profundas, para producir acordes tan magníficos y tan penetrantes (1).»

¡Cuánta razón tiene el maestro! En toda persona que conozca el inglés y á quien emocionen sus poetas, halla eco este juicio. ¡Con qué angustia y emoción se sigue á Shakespeare en «Hamlet» y «Romeo y Julieta»! ¡Con qué alegría estética y suprasensible en el «Sueño de una noche de verbena» y en «La Tempestad»! ¡Con qué placer inefable se lee al gran Byron, ora tan lleno de infinita ternura, ya henchido de negra amargura, ora elevándose á la más alta espiritualidad, ya embriagado por los sentidos!

(1) H. TAINE: *Notes sur l'Angleterre*, pág. 361.

¿Y qué decir de Shelley, el ático amante de la natura y su euritmia? ¡Qué voz de ruiseñor la suya! ¡Qué ímpetu de águila tienen sus alas! ¡Qué visión de cóndor!

Escuchad la estrofa final de su himno á la alondra:

«Enseñame la mitad de la alegría
Que debe conocer tu cerebro,
Y entonces surgirá de mis labios
Tal locura armoniosa
Que entonces el mundo te escuchará como yo
Te estoy escuchando ahora.»

Y esta estancia de la canción á Apolo:

«Soy el ojo con que el universo
Se contempla y se reconoce como divino;
Toda armonía de instrumento ó verso,
Toda profecía, toda medicina son mías,
Toda luz del Arte ó de la Natura; — á mi canción
Pertenece de derecho la victoria y la alabanza.»

Podría continuar citando y citando estrofas á cual más bellas, aquellas que encendieron los iniciales fuegos de la imaginación juvenil; pero ¡cuánto de lo que admiramos se calla! En el santuario íntimo donde reposa el alma, ¡cuántas lámparas tiene alumbradas cada cual, de que nadie sabe la existencia! Así como el creyente sincero se retira á la soledad y al silencio para orar, hay que admirar en secreto.

Paul Bourget piensa como su maestro, y bajo la impresión de su idealismo intelectual declara á los poetas ingleses «divinos».

De todas las poetisas inglesas, Isabel Barret Browning es la reina. Muy joven, una larga dolencia le permitió prepararse á la iniciación poética por mucha y variada lectura y amplia reflexión solitaria. De sus poemas, el más largo y célebre es «Aurora Leigh», de corte épico; describe la juventud de una poetisa, y en su propio decir

constituye «la autobiografía de un corazón y de una inteligencia.» «Esta obra extraña es una obra maestra...» es la confesión de un alma generosa, heroica, apasionada... cuya educación ha sido completa... que vive entre las ideas más elevadas y supera la elevación de sus ideas por la nobleza de su educación... «canto sublime de un gran corazón de joven y de artista (1).»

Así la juzga el maestro, y forzoso es aunar mi entusiasmo al suyo, encender con su chispa genial mi admiración.

La poetisa misma nos da la fórmula del fascinador magnetismo de sus versos, en su estilo.

Dice: «No pensar en la forma, fiarse del espíritu, abandonarse á él como lo hace la naturaleza soberana para crear la forma, una forma que no sea una cárcel sino un cuerpo: *siempre partir de lo interior para ir á lo exterior, en la vida y en el arte, que es también la vida.*»

¡Qué soberano bálsamo son estas palabras para quienes el estilo, la forma en que vierten sus conceptos no es un molde pulido y perfecto, sino la superficie que refleja su pensamiento!

Comenta así Taine el pensamiento de la poetisa:

La «poesía comprendida así, sólo tiene un personaje y un estilo: el grito del corazón triunfador ó sufriente (2).»

No hallo nada de más bello ni de más útil para que leyera nuestra poetisa, que esta poesía honda y simbólica. Hay en sus versos la rara energía en el decir, la audacia del pensamiento, la belleza en el fondo de que acusan todas las poesías de Isabel Barret Browning. Existe entre ambas poetisas un germen de «fraternización psíquica», que la lectura y el estudio meditativo podrían desarrollar superlativamente.

(1) TAINÉ: *Notes sur l'Angleterre*, página 361.

(2) Obra citada, página 363.

Felicia Hemans, cuyas baladas y poemas cortos están en todos los labios juveniles de Inglaterra, creció entre la pintoresca y hermosa naturaleza de Gales. Sus poesías abundan en ternura, elegancia, y en un vivo sentimiento de la belleza y del amor noble.

«Profesaba por el arte un amor profundo y sólo veía en la poesía un medio de elevar y de purificar el espíritu (1).»

Niño aún, aprendí sus poesías, y ni la juventud voluble, ni la virilidad que percibe otros horizontes, han disminuído el primer entusiasmo de lo bello que despertaron. «Casabianca», «La voz de la Primavera», «Los sepulcros de un hogar», «La hora de la muerte», y aquel que comienza: «¿Dónde se ha ido mi hermano?», son, entre otros, los que más me han impresionado. ¡Cuánto habrán ayudado estos versos, en las escuelas de la Gran Bretaña, á suavizar los malos impulsos, á despertar admiración por el heroísmo, á hacer ver en el hogar un mundo de poesías!

Nuestros niños necesitan aprender esa clase de versos, en vez de aquellos que sólo les hablan de la patria á una edad en que no pueden apreciarla. Del nacer á los doce años, aquí, como en todas partes, la patria es el hogar, y el país, la casa.

¡Por qué con su ternura por los corazones sencillos, «cuyo mérito inapreciable tienen la gracia de ignorar (2);» con su amor por la «bondad verdadera, espontánea, sencilla (3),» no ofrece á la niñez del Uruguay y de América un cancionero, una antología? ¡Qué campo para su ambición de verdadera artista! ¡Qué gloria para su poesía, el ser recitados por labios puros!

(1) *Dictionnaire des Ecrivains et des Littérateurs*, página 414.

(2) Pensamientos inéditos de la poetisa.

(3) Ídem, ídem, ídem.

No oculto mi marcada preferencia por las literaturas del norte: la inglesa y la alemana; está encarnada en Shakespeare, Bunyan, Byron, Shelley; aquélla en Goethe, Schiller y Sudermann. Por ende, de la expansiva y completa literatura de Francia, me entusiasman los escritores que escriben con alma, la vida espiritual y el vivir interior: Malebranche, Pascal, Bossuet, Fénélon, Xavier De Maistre, Renan, Guyau, Amiel y Taine.

En estas literaturas la poesía tiene una forma simpática, interesante y dramática: la balada muy aclimatada en Escocia y la clásica alemana de la época goethiana.

«Narración ingenua de un acontecimiento fantástico ó legendario,» según un retórico moderno, la balada es una forma poética de extraordinaria belleza. Ha tenido pocos cultores en España y en América. Nuestra literatura ha menester grandemente de poetas baladistas para rejuvenecer y enriquecer la musa. La historia pre-europea del continente americano brinda episodios, leyendas y fábulas hermosísimas para ser tratados en esa forma. Las leyendas guaraníes aun esperan á su Burns y Walter Scott.

No menos rica en acontecimientos dignos de la poesía, es la época heroica de la Independencia. El Tabaré y las poesías menores de Zorrilla de San Martín son una luminosa ruta abierta en este sentido.

El talento y la inspiración de nuestra poetisa se inclinan á la balada germana. «La viejecita» é «Invicta» son ensayos bellísimos de baladas. Si acaso siguiera esa propensión de su temperamento, hallaría un campo ilimitado de inspiración gloriosa.

Y aquí recuerdo con placer intenso las baladas que aprendí en Inglaterra y en la Suiza alemana: «El bardo», «El joven Lochinvar» de Scott, «El pescador», «El cantor», «El rey de los Alisos» y el «Rey de Thulé» de Goethe. «La canción», «La novia de Corinto», «El anillo de Po-

lycrates» y otras del noble Schiller; sobre todo «El rey de los Alisos» y «El pescador» son de un simbolismo profundo. El alma universal de Gœthe ha querido significar en esas dos baladas la fascinación que la naturaleza ejerce sobre el hombre. Un adolescente pescador, sentado al borde de una laguna solitaria y tranquila, ve reflejar sus facciones en el espejo de las aguas fatales, se ensimisma y luego se confunde con la madre natura, cree oír su voz melodiosa, la fascinación aumenta y la Eterna viste el cuerpo de una hermosa mujer; ésta le llama á su fresca mansión submarina, el agua ondula y el joven se precipita: el encanto ha obrado, muere ahogado. He ahí el argumento de la sublime balada.

Me queda, pues, para rematar estas reflexiones sobre la simpatía que merece la poesía del norte, sintetizar el objetivo de la más completa de las bellas artes. En resumen, la poesía tiende á hacer sentir la belleza. Analizando este pensamiento llegaremos al fin propuesto.

«Sentir la belleza es percibir la unidad del Universo en la armonía de las cosas:» así define Leopoldo Lugones, — uno de los espíritus más sabios y sutiles de América, — la emoción de belleza. Las ideas estéticas que se deducen armoniosamente de esta preciosa definición — que es á la par una verdad que á fuerza de ser tan deslumbrante poco se comprende — hacen de la poesía un arte magistral, filosófico y moral. Por eso, repito, tanto amo á Shelley y á los bardos hermanos suyos.

«El más noble objeto del arte es el hombre;» pero algo falta á esta idea sublime: «El hombre como entidad espiritual.» El gran poeta americano coincide con el concepto poético de Taine, idea cuya novedad resulta de la ceguera idealista de que es presa el hombre moderno. La alta espiritualidad, la más acabada idealidad preside la inspiración de Homero, del Ramayana y Mahabarata y otros poemas que se ajustan á la verdadera fórmula

del gran arte, material por la forma, espiritual en su fin y esencia. Por ello también el sitio que ocupaba el poeta en las sociedades antiguas era tan eminente. El poeta ha caído de su pedestal por ignorar toda la trascendencia de su arte divino. El poeta antiguo era el inspirado, el maestro de la armonía de las cosas, el maestro de los hombres en lo bello y en lo filosófico como Orfeo y David, el filósofo y el historiador como Homero, y el metafísico sutil como los hindús, á quien se debe el Mahabarata, ó, remontándose aún más, el alma del Universo que hablaba por su intermedio. Mas la distancia que nos separa de esa edad de oro de la poesía y de los poetas es casi insalvable. La poesía ha de volver á ser lo que fué, por dos razones profundas: primera, la ciencia encierra arte y poesía; segunda, la vida de Gœthe prueba que la ciencia y la poesía pueden coexistir en un hombre (1). La humanidad, más de acuerdo con su íntima naturaleza, será entonces más feliz. La sabiduría de la época llamada docta por los clásicos volverá á florecer, y la poesía vuelta á enaltecer por su carácter sagrado, místico y social, brillará como una de las formas de la alta cultura. Los versos de Guyau no serán los últimos de un filósofo:

«Vivre c'est avancer...»

La pensée est en nous large comme l'amour,

Désire en autrui se verser sans relâche;

Ainsi que la vertu, l'art se sent généreux.

.....

Les hauts plaisirs sont ceux qui font pleurer (2).»

(1) Estrofa del poema «Le mal du poète».

(2) Véase HERBERT SPENCER: *La Educación*; páginas, 63, 64, 65, 67, 72, 73 y 89.

Lo dicho respecto de Gœthe es aplicable á Guyau, Taine y otros hombres de ciencia contemporáneos. El sociólogo italiano Guillermo Ferrero se ha revelado un gran poeta social últimamente.

Y así como en último análisis la religión es una preocupación sobre el origen y fin de la vida, el arte es la preocupación de la belleza y la plena emoción de un más allá más completo que la vida actual.

Para hacernos vibrar con el todo bello que constituye el Universo luminoso, dispone el arte de colores, líneas, sonidos, y, ante todo, de la palabra, instrumento de la poesía.

Para acabar de convencerme de que este concepto sublime de la poesía no es fruto del entusiasmo ni del ensueño, he buscado la respuesta de los artistas, y ya sean ellos positivistas, teósofos, idealistas ó naturalistas, todos evidencian la misma verdad, vestida de túnica distinta:

«Conducir á la humanidad á una noción de más en más clara y segura de ella misma; explicarle, en tanto que le sea posible, el misterio del mundo, y en todo caso darle ante ese misterio la noble inquietud de los pensadores; juntar con sus cuadros eternos, los aspectos modernos de la Natura, y con su fondo permanente la faz moderna y variable de la vida, tal es, según mi opinión, el dominio y el deber del poeta (1).» Un crítico nada sospechoso, de ideas religiosas, inclinado al positivismo, es quien habla el divino lenguaje que acabamos de oír.

Excelsior con el ideal, en el arte, como en la vida, es el mejor medio de cumplir con la verdad.

No pensemos, como el sublime Leconte de Lisle, que ha callado *el himno melodioso de la santa belleza* (2), y que hayamos perdido para siempre en la edad negra el camino feliz de Paros.

Con Shelley, espíritu hermano de Leconte, digamos á todo poeta, sabio y amante de su arte:

1) PETIT DE JULLEVILLE: *Histoire de la langue et la littérature française. Les poètes*, página 80, por HENRI CHANTAVOINE.

2) Estrofa de *Hypatia*, de Leconte de Lisle.

«Vestido de deslumbrante inmortalidad,
has llegado á ser uno de nosotros, «le dicen;»
para tí es para quien aquella esfera lejana sin rey, á lo largo
oscila ciegamente; en insuperable majestad
silenciosa, solitaria, en un cielo de sueño
ocupa tu alado trono, oh estrella de nuestra multitud.»

Grande es la gloria del poeta y corta su ventura; pocos de ellos ríen, muchos lloran el bien perdido de la ideal belleza, y la poetisa, como Leconte, exclama, olvidando quizá la triunfal llamada del príncipe de los elegíacos:

«El ferrocarril que aplasta el corazón de las selvas; el faro que agujerea la roca donde usaba sonar la voz de las sirenas; el cristal milagroso, descubridor de las manchas que empañan la faz de la bella viajera nocturna, todo eso me hace exclamar con la simpática Melusina daudetiana: «Oh tantas civilizaciones, ¿qué habéis hecho de tantas poesías?»

Esperanza, no desesperación desea la sociedad del porvenir en la poesía y en la literatura, y aquí vuelve el armonioso Shelley, que en Adonais reveló poéticamente la religión de la verdad, á dejar sentir su canto sublime é inspirado:

«Como un poeta oculto
En la luz del pensamiento
Cantando himnos espontáneos,
Hasta que el mundo es forjado

En armonía con esperanzas y temores de lo que antes no se cuidaba.»

Y leyendo este verso profundo dejó á la más ilustre poetisa de América. Sus versos me han proporcionado quizá los más elevados placeres mentales: la reflexión ó meditación, y la admiración.



ENSAYO SOBRE 1871 1872 1873

1874 1875 1876 1877 LA MUERTE

Para el alma que es comprensiva, que al través del coro luminoso de la vida percibe, escucha y comprende lo que dice la voz del silencio, todo, en el Universo da y pide amor. Amor es: el perdón; las sonrisas; las palabras gratas; el riego; los rayos de luna; las manos suaves en las cosas frágiles; el Sol de los convalecientes; las bendiciones; el golpe que humedece el corazón de las rocas....

Si nuestras almas fueran comprensivas, si al través del coro luminoso de la vida ellas supieran percibir, escuchar y comprender lo que dice la voz del silencio abrazando el perpetuo intercambio de los átomos, cualquiera que fuera la tierra á donde la muerte nos conduzca, en ella encontraríamos hermanos.... y en el reino de Dios, el misterio ó la Nada, el oro de las arpas Paradisíacas, el vaivén de las cimas inmarcesibles, la lluvia, el viento, el mar, ó aun la suprema tenuidad del silencio, como el arrullo de una inmensa madre, nos mecería para siempre con su dulce canción de amor.

M. E. Vaz - Ferreira.

(DESDE EL PUNTO DE VISTA DE
UNA FILOSOFÍA OPTIMISTA)

SUMARIO:—Preámbulo.—La duda.—La muerte en Occidente y en Oriente.—Según la Biblia.—Discusión sobre el génesis.—Los egipcios y los muertos.—Grecia: la cremación.—El Cristianismo.—El rito protestante.—Los himnos cantados en los entierros y funerales.—Cánticos alemanes; ingleses.—Tennyson; Guyau.—Lo que es la muerte según la filosofía espiritualista.—Goethe.—Últimos momentos de Gladstone. Su entierro.—La muerte de Taine; su agonía.—Bauzá y Carlos María Ramírez.—Reflexiones sobre el estado actual del Uruguay.—Marco Aurelio y Jesús.—Los ancianos.—Heriberto Spencer: relato de su vida, filosofía y muerte.—La juventud y el morir.—María Baschkirtseff.—Tennyson y su reina Mayo.—Guyau, genio de la juventud; sus ideas acerca del fin de la vida humana; su muerte prematura; el entierro.—Ernesto Renán; la pérdida de su hermana Henriette en Oriente.—Juliano, emperador; su vida y su muerte.—Hypatia, Sócrates, Marco Aurelio.—Fenelón, Vauvenargues, De Maistre.—Los hombres de ciencia y el morir.—Darwin, Stuart Mill, Renán y Amiel.—Tennyson, su hermoso fin; la muerte y los pintores.—Turner, John Everett Millais.—David Straus, Herder.—André Chénier, su cautiverio y sus versos.—Los grandes personajes que fueron condenados al patíbulo.—Platón, Mozart, Goethe.—Shelley, el poeta-teósofo; su honda filosofía de la muerte envuelta en sus versos.—Reflexiones.—Salomón y el morir.—La muerte en la novela contemporánea.—Los últimos días de Pompeya, David Copperfield, Quo Vadis.—Los niños y el fin postrero.—Una filosofía optimista acerca de la muerte, el medio de combatirla y el modo de hallarla sublime.

« Que tes jours soient chers; cependant n'attache pas à la vie un plus grand prix qu'aux autres biens, il n'est point qui ne soit trompeur.... Celui dont l'âme est inaltérable se crée lui même un monde. »

« Hermann et Dorothée ».—GOETHE.

A los hermanos María Eugenia y Carlos Vaz - Ferreira.

Las reflexiones son interesantes, y cuando ellas se dirigen á uno de los enigmas más entristecedores de la naturaleza, su interés aumenta. La alegría nos acerca á

la tierra; la serena tristeza propia de las anchas y pálidas frentes de los filósofos es el estado de ánimo más propicio para orillar el templo donde la muerte se oculta. Ningún hombre ha penetrado otra cosa que el vestíbulo del misterioso santuario donde ella mora, intrépida y solitaria. ¿Quién es la todopoderosa deidad que atrae el género humano? El hombre, por el pecado la halla á su paso, y la leyenda del diablo es una de sus múltiples interpretaciones.

La muerte espanta, y, sin embargo, un poeta soñador de Grecia y del Edén la saluda como á los genios buenos y benéficos: *divina*, le llama el no menos divino Leconte de Lisle.

¿Qué es la vida y qué es la muerte? Cosas distintas para el espíritu relativo; aspectos variados de una misma esencia. La vida es el existir en el planeta; armonía; equilibrio entre lo efímero y lo eterno. La muerte, un cambio, un reposo, una tranquilidad, una transformación, un tributo de lo invisible á lo visible. La muerte es un no ser en apariencia; la muerte, en verdad, no existe: inmortal es cuanto compone el Universo, lo eterno nos envuelve, vivimos en él, y es el destino de las cosas tal, que todo vive para siempre, variando continuamente de aspecto.

La imagen del Universo está en el océano, cuya superficie siempre ondula.

I

La duda atormenta; lo que ignoramos nos abrumba, y si nos hubiéramos de ir solos, solitos, á una región de tinieblas inmensa, infinitesimal, ¡cuán honda sería la amargura de nuestro corazón y del pensamiento, deseoso de conquistar la luz!

¿Qué otra cosa es la muerte para el hombre, sino el viaje irremediable que emprende desde el nacer «al país de donde ningún viajero ha vuelto,» cual dijera el pensativo Shakespeare?

Pensando al amparo de la ciencia y del arte, en cada momento se va extinguiendo «el círculo de luz donde oscila nuestra pequeña lámpara.»

Vivimos como si fuésemos inmortales, y mueren los hombres cual si en ese trance fatal volvieran simplemente al seno de la madre tierra.

Todos desesperan al cerrar los ojos á la luz; nadie piensa ni desea la muerte sino bajo un estado anormal. Las aseveraciones de los santos libros; la serenidad con que los sabios y las grandes almas han afrontado la travesía del incierto abismo y la filosofía, no han podido hacer tener en menos al morir. Solos, entre las multitudes que pueblan la tierra, los hombres del Extremo Oriente parecen no temer el salto hacia lo infinito; en el Japón se suicidan ocho mil personas anualmente. Proverbial es el desprecio por la vida que tienen los hindús: sus costumbres lo confirman. Lo mismo puede aseverarse de los salvajes de todos los continentes. Á menudo, en ese amor por la muerte descansa su incomparable valor. Esa simpatía por lo que á los modernos tanto acongoja, nació quizá de la poca voluntad, de la ignorancia, acaso de la fe oriental en una fatalidad ciega.

Por el contrario, los occidentales se rebelan como un hombre contra ella; se explica por su lucha de varios miles de años contra la civilización enervante de Oriente.

La creencia en el fatalismo retrocede á medida que avanza el imperio de la ciencia y de la voluntad humana.

La mayoría de los trabajos científicos modernos se han reducido á aminorar la mortalidad; los *pioneers* de la vida se llaman Harvey, Bacon, Bichat, Claude-Bernard, Pasteur, Roux, Lister, Koch, etc. Se busca prolongar la

vida más allá de lo natural, por medios artificiales; se pretende indagar el origen de la vida (profesor Jacques Loeb, en Chicago); se sueña en conquistar á la diosa muerte, la gran hurafia. En Estados Unidos é Inglaterra existen partidarios de cierta filosofía que afirma que la muerte entró en el mundo por el miedo, el temor y el abatimiento. Para ellos la muerte es una enfermedad, y de ahí la posibilidad de curarla. Según la Biblia, la muerte no estaba prevista en el plan universal. La humanidad estaba destinada á evolucionar rápidamente, volviendo pronto al seno de Dios, de donde viniera.

La desobediencia; breve, el faltar á la armonía del cosmos determinó la aparición de las enfermedades, y con ellas, la muerte.

Cualesquiera que sean las ideas que se tengan á propósito del hondo y hermoso libro de los hebreos, nadie puede dejar de meditar sobre el simbolismo que encierra la narración bíblica. Aun dentro de las teorías más avanzadas hallaría cabida esta leyenda, oscurecida por la poesía en que ocultaban al vulgo los antiguos el sentido íntimo de las cosas. Antes de que el hombre apareciera en el planeta, antes de que surgiera la vida animal, los elementos se batían inconscientes. ¿No existiría, acaso, entonces, si posible es expresarse así, la calma de la inconsciencia? La vida sensible turbó sin duda la indiferencia de aquellas luchas entre los gases, los metales y los minerales. El homérico cantor de la antigüedad, de la remota juventud del mundo, Leconte de Lisle, dirige este apóstrofe casi de amor á la muerte:

• Et toi, divine mort, où tout rentre et s'efface,
Accueille tes enfants dans ton sein étoilé;
Affranchis - nous du temps, du nombre et de l'espace
Et rends - nous le repos que la vie a troublé, »

¿Ha transparentado mi pensamiento este verso sublime?

¿Será ése el paraíso de que habla el génesis? Por otra parte, admitida la teoría darwiniano-teológica, ¿no ocurre pensar que cuanto más vecina estaba la materia de su origen, era tanto más divina? En ese caso, la Biblia y todos los anales sagrados de todos los pueblos primitivos expresan la realidad, envuelta en el tul de Isis.

Los egipcios tuvieron la idea más elevada de la muerte. Su sacerdocio, muy sabio en metafísica, hizo presente su fe en la inmortalidad del alma por el culto venerable de los muertos, á quienes trataban de perpetuar mediante el embalsamamiento. Para ellos la muerte era el dulce sueño. Uno de sus reyes escribió á la entrada de la biblioteca real: «remedios para el alma». Pensaba sin duda ese rey sabio que el alma encarcelada en el cuerpo estaba enferma y triste. Dulcísimo es leer y aún lo es más pensar en las divinas ideas que nos elevan sobre la carne, la miseria y el tormento de vivir en un mundo egoísta. Sublime el silencio, y es tanto más bello cuanto más se empapa el alma en su luz.

Grecia, amante de la vida y de su belleza, tuvo horror á la muerte. Ofendía sobre todo á aquel pueblo delicado y artista, la horrible descomposición cadavérica. Así, comprendiendo el alto significado de la muerte, cremaban los cadáveres: práctica sabia é higiénica que será la de la sociedad del porvenir.

La tristeza debe ahuyentarse de la tierra; la alegría, que es la salud del alma, como la juventud, trae consigo todos los divinos dones. El recuerdo de los que nos precedieron en la vida debe ser espiritual: consiste en vivir sus ideas si fueron nobles, y en continuar su obra.

La religión cristiana rodeó de terror á la muerte, hizo de ella un arma para combatir las pasiones; mas la embelleció, haciéndola deseable. Los primeros cristianos corrían á morir tranquilos, alegres, en éxtasis, como quien va á desposarse con la paz y la felicidad sin fin. La muerte,

dentro del cristianismo clásico, que encuentra su fórmula más exacta en algunas sectas protestantes, es el medio de llegar «adonde el malvado cesa de hacer daño y los que están cansados hallan reposo.»

La religión católica ha vigorizado el sentimiento de espanto con que se considera el morir. Su liturgia es bien desgarradora; sus funerales se asemejan á fiestas teatrales. Serán, no lo dudo, bien profundas las palabras latinas con que despide la Iglesia á sus hijos muertos, pero no pueden llevar el consuelo al espíritu herido en lo más hondo.

En cambio, el ritual protestante es de una sencillez conmovedora. El pastor habla de la resurrección de la vida en términos familiares; luego el acompañamiento entona los himnos bellos, expresión perfecta de un sentimentalismo religioso que consuela y eleva.

Dice así una de esas canciones alemanas:

«Id á dar el último paso,— corto es el camino y el descanso largo: Dios os conduce, un Dios os guía. ¡Id afuera! Para quedarse, no fué construída esta casa.»

Los poetas ingleses han encontrado las ideas más poéticas y tiernas para embellecer el último adiós á la tierra:

«Ahora la labor del trabajador ha terminado,
El día de lucha ha pasado;
Por fin el viajero arriba á la playa lejana.
Señor, en tu cetera clemencia
Dejamos á tu siervo, durmiendo.»

El poeta de los nobles sentimientos, Tennyson, es autor de este himno, sencillo y bello:

«Paz; retiraos: la canción del dolor
Es después de todo un canto de la tierra:
Paz; retiraos: hacen mal
De cantarle tan apasionadamente: dejadnos ir.
Venid para irnos: vuestras mejillas están pálidas;

Mas de-jo tras mfo la mitad de mi vida;
Creo que mi amigo descansa lujosamente;
Mas yo pasaré, y mi labor no tendrá éxito.

Pero á estos oídos, hasta que muera el sonido,
Les parecerá oír un lento redoble que despedirá
El pasar del alma más dulce
A quien miraron ojos humanos.

Aún las oigo, ahora y siempre, para siempre
Las eternas bienvenidas á los muertos,
Y digo y repito: «Ave», «ave»,
«Adieu», «adieu» para siempre.»

El rebelde Byron ha encontrado estas tiernas líneas para despedir á un alma amada:

«Brillante sea el sitio donde descansa tu alma;
No existe espíritu más bello que el tuyo.
Tan pronto librado de la influencia mortal,
Que ya brilla en la región de los benditos.

En la tierra fuiste toda divina,
Como lo será tu alma eternamente;
Y nuestro dolor puede cesar,
Al saber que tu Dios está contigo.

¡Leve el polvo de tu tumba!
Sea su verde césped como la esmeralda,
Pues no debe existir la menor sombra de tristeza
En algo que nos recuerde de tí.

Flores jóvenes y un árbol siempre verde
Pueden brotar del sitio donde reposas,
Pero que no veamos cipreses ni álamos;
Pues, ¿por qué hemos de condolernos por los que están benditos?»

Todos los poetas han amado el misterio que envuelve á la muerte.

Walt Whitman, el solitario Homero de América, llamaba á la muerte de esta manera hermosa:

«Eice, florida desatadora del pesado nudo apellidado vida,
Dulce, tranquila, bien venida muerte.»

Schiller sólo la hallaba amable para los hombres.

Desde Virgilio hasta de Musset y Sully-Prudhomme, pasando por Víctor Hugo; el armonioso Lamartine, Grey, Pope; los áticos Keats y Shelley, André Chénier, tres hermanos en lo bello; los Browning, Longfellow, Núñez de Arce, Campoamor, todos llorando, han divinizado el aparente adiós eterno.

El filósofo-poeta Guyau, el divino preceptor de la juventud futura, experimentando ante el Infinito las más elevadas emociones, dice así:

«Ouvre-toi, mer: au loin je veux, audacieux,
Courir, comme au soleil courent tes flots de flamme,
Et le double infini de ton onde et des cieux
N'est pas trop pour mon âme.

Qu'il est doux de pouvoir sans regrets s'élançer,
D'être libre, de voir l'horizon vous sourire,
D'aller sans retourner la tête et de se dire:
Vivre, c'est avancer!»

Cuando los himnos del rito protestante se cantan, acompañando una muchedumbre de creyentes, nos conciliamos con la muerte. Ella es una necesidad fisiológica, el término de una etapa. La muerte es una ascensión, si la vida ha sido buena; un descenso, si se ha vivido alejado de la Divinidad.

Meditad la muerte de Goethe exclamando: «¡Luz, más luz!» Pensad en lo que dijo al despedirse de su único hijo. No consiguió la muerte arrebatarse todos sus tesoros, y aun sometiéndose á ella, después de una larga y serena longevidad, triunfó de ella con sus obras.

La muerte del Gran Anciano, Gladstone, ofrece singulares bellezas. Los días que precedieron al desenlace han sido descritos por una persona de su familia, como de alegría serena. Gustábase oír el piano.

Hablaba poco, pero podía bendecir á sus amigos. A

uno de sus opositores políticos le dijo: «Nos hallaremos allá arriba.» Cánticos de adoración y de alabanza siempre estaban en sus labios.

Decía á menudo: «Bondad, bondad, bondad; sólo bondad por todas partes.»

En la mañana de un día cuya belleza simbólica siempre admiró, el día de la Ascensión (Mayo 19, 1893), pasó al reino de la paz y de la armonía.

Su entierro en la abadía de Westminster fué muy patético. Asistieron á él, la viuda, sus hijos, nietos y servidumbre. Dos generaciones de la noble familia de los Gladstone acompañaban á aquel que entraba en la eternidad como un huésped victorioso. Las espléndidas naves de la Abadía resonaron con la marcha fúnebre de Beethoven, que, al decir de un crítico sutil, no parecían sonidos humanos, sino voces de espíritus discurriendo sobre el destino del hombre y el carácter. Le sucedió la gloriosa marcha de Schubert.

Luego hubo un gran silencio solemne como el vacío que dejan los muertos ilustres, y el arzobispo de Canterbury leyó con voz quebrantada la última colecta: «Soy la resurrección, la vida, dice el Señor; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente.» (San Juan, XI, 25-26.)

Entonces el coro entonó el himno de Isaac Watts, uno de los cánticos favoritos del extinto:

«El tiempo cual un arroyo siempre corriendo,
Lleva consigo á todos sus hijos;
Vuelan olvidados, como muere un sueño
Al abrirse el día.

Oh Dios! nuestra ayuda en las edades pasadas,
Nuestra esperanza en los años venideros;
Sed nuestra gafa mientras dure la vida,
Y nuestro eterno hogar.»

La viuda y la familia del hombre justo se acercaron entonces al féretro para despedirse. Cuando la señora Gladstone pasó por el coro, sostenida por sus dos hijos, la actual reina de Inglaterra le transmitió su real simpatía.

Así terminó uno de los funerales más grandiosos que es posible imaginarse: allí estaban los futuros reyes de Inglaterra, dos primeros ministros, los presidentes de ambas cámaras, los prelados más elevados, y la viuda, sentada allí como aquella madre abatida que mandaba á los reyes arrodillarse ante el trono, donde ella y el dolor estaban juntos.

La muerte de Enrique Hipólito Taine es un cuadro digno de Delacroix. Los detalles de ese fin de una vida pura y austera podrían servir de tema para un bajo relieve del templo de la Humanidad. Bajo la forma de una narración sencilla la he descrito en «La muerte de un filósofo»:

Cinco días ha que el austero Hipólito agoniza. Su mirar perspicaz reposa; mira hacia su mundo interior; la facultad soberana de analizar, que es en él una segunda naturaleza, está al servicio de sí mismo. Evoca su vida. ¿Qué ha sido su vida? Una meditación acerca del genial poder humano. Recuerda con quién ha vivido, y entre sus huéspedes están: Shakespeare, Milton, Marco Aurelio, Tito Livio, Goethe, Hegel, Carlyle, Stuart-Mill. Todos los inmortales han atravesado su palacio cerebral; muchos de ellos han vivido en su íntima amistad.

Uno de los de esa legión pensativa, al ser evocado, se detiene en la mente del filósofo.

«Es triste y noble; la cabeza es la de un hombre completamente dominado por su cerebro; un soñador idealista.» Es Marco Aurelio, el amigo consecuente del *poeta metafísico*; recuerda cuánta energía dieron á su ser los pensamientos estoicos. Hace un leve movimiento de brazos al pensar así; uno de sus discípulos que allí vela,

comprende el ademán y le alcanza un libro de pensamientos. Están escritos en la divina lengua de Homero, idioma favorito del maestro. En leyéndolos, dilátase su imaginación fuera del espacio, extendiéndose á las regiones etéreas donde le hacen revivir los placeres infinitos. Imágenes en tropel pasan y vuelven á pasar; una sola domina á las demás: la Naturaleza. En este momento el alma del pensador-rey se identifica con la del viadoso emperador.

Todo ha sido bueno y hermoso en su vida; por esa óptica ve á los demás. Entretanto la imagen de la divinidad se le aparece: ser único, tejido formado de infinitas fibras y células entrecruzadas, y en cuyo seno, como en un océano, flotan los soles y los mundos, y perdida entre ellos la escuálida é ínfima humanidad.

«El hombre es un átomo efímero,» se repite el filósofo, anonadado de su pequeñez é insignificancia en el concierto eterno de la materia.

Aumenta su mal de pensar. Queriendo desterrar de su cerviz sutil ese nihilismo que ahoga los arranques tempestuosos del corazón, pide con la voz ya debilitada, le lean las novelitas cortas de Turgueneff, cuya forma compara con las producciones de la Grecia clásica. Se extrañan los discípulos ante mandato tan singular; de diseminados que están, se agrupan en torno del lecho de su padre espiritual.

Entre ellos, absorto y ensimismado, destaca su perfil de hombre hermosamente intelectual, el agudo Pablo, discípulo bien amado del maestro. A su lado, téticamente pálido, destilando lágrimas sus ojos melancólicos, recostado al respaldo de la cama, está el historiador literario de la Rusia sombría. Otros muchos discípulos, fervorosos apóstoles de la grandiosa misión que les lega el maestro, en actitudes sugestivas escuchan con devoción la lectura favorita.

Observan las facciones del incansable investigador: apenas si éstas traducen emoción alguna; va adquiriendo el rostro una profunda paz; trasluce á Pablo que la envoltura humana ha caído, dejando despejada la imagen del alma; lo comunica á sus hermanos en la idea.

El filósofo querido ha vuelto al Infinito.

Aunque hombres hechos al dolor y á la lucha, todos lloran.

Melchor avanza y abraza al maestro yerto; los demás imitan ese acto piadoso. Alguien abre las ventanas del cuarto. Y cual si la Naturaleza quisiera reverenciar al sabio y sincero filósofo, penetran alegres los rayos solares; anuncian bello día de primavera.

En la eternidad se *regocijan* los espíritus.

*

De nuestros hombres ilustres, la muerte de Carlos María Ramírez y la de Bauzá me conmovieron hondamente.

La del primero de estos luminosos ciudadanos aconteció cuando empezaba yo á vivir la bella vida de la inteligencia. La vida, los escritos, su palabra, su fisonomía, todo me fascinó en Carlos María Ramírez, y todavía más cuando aspiraba á ser su pequeño amigo, su discípulo admirador.

Recuerdo el triste día de su muerte. La gente estaba consternada. Una gran fuerza moral se nos iba; la voz de la elocuencia uruguaya se apagaba y la imagen viva de nuestra gran cultura se borraba de la tela del vivir.

En el Senado, donde su presencia reflejaba la luz intelectual, depositaron su hermoso cuerpo, envuelto en la bandera de la patria. Allí, donde otrora había sido tan activo, descansaba. Su fisonomía era la de un soñador sereno y contento de haber descubierto en el deber ciu-

dadano un elevado objetivo de la existencia. Parecía indicar las palabras sublimes de de Musset: «Quiero dormir.» Allí le ví por última vez; nunca lo olvidaré.

Quien lea los diarios de la época, observará cuán sentida fué su muerte. ¿Qué se ha hecho para perpetuar su memoria? Palabras y palabras. Aún no han sido reimpresos sus escritos; ningún hermoso símbolo señala el sitio donde duerme. ¡Ay, Dios mío! ¡qué solos se quedan los intelectuales en el Uruguay!

Aún en los umbrales del siglo veinte, este hermoso país es la patria errante de Abayubá y Zopicán; aún predomina el amor á la tribu; aún las ideas dominantes son elaboradas por una mentalidad primitiva; todavía más que al trabajo remunerador y noble, á la ciencia bella, al arte encantador, al estudio placentero, al apego del hogar, breve, á todo lo que es fijo y progresivo, se prefiere el «crimen colectivo» llamado guerra, doblemente torpe, malvado y funesto cuando es como aquí, lucha á muerte entre hermanos.

No es ésta aún la patria que soñó el ilustre ciudadano. La pujante y pintoresca Inglaterra ó la bella Francia entusiasta, artística é intelectual, hubieran sido para él un regazo más tierno.

¡Qué misión tienen aquí los que piensan y sienten la civilización superior! Para aquellos que viven en Spencer, en Taine, en Renán, en Guyau, en Comte, en todo lo divino, esta vida es un lento veneno.

Feliz Carlos María Ramírez, que antes de poder repetir las palabras de Miguel Ángel, se fué al divino silencio.

Marco Aurelio y todos los hombres dioses, entre ellos Jesús, el más divino de todos, murieron tranquila y bellamente.

¿Quién no tiene grabada la tragedia inmortal del Gólgota?

La muerte mejor es la tranquila, deseando lo infinito; aquella que se parece á un río que se pierde en el océano, no sabiendo el más experto observador dónde empieza lo eterno y dónde acaba lo transitorio.

Semejante á la gota de agua que se eleva del mar volviendo á la atmósfera, así el hombre sube al seno de donde viniera, cumpliendo la ley de su existencia.

La evolución es la ley del Universo. Antes que Darwin y Spencer, ya Pitágoras la había proclamado como principio supremo.

La muerte nos parece justa cuando el hombre llega á la tarde de su vida. Entonces pasa á la paz sin dolor.

Víctor Hugo, Ruskin, León XIII, Verdi y Spencer murieron ancianos.

Heriberto Spencer murió á los ochenta años; las últimas horas del vigoroso filósofo fueron inconscientes y continuaron hasta que sobrevino la muerte pacíficamente.

Aunque de un positivismo acerado, en un artículo publicado en la revista *Nineteenth Century*, habla de su creencia «en una *Energía* Infinita y Eterna, de donde proceden todas las cosas.» Su vida quedará por mucho tiempo como ejemplo de una voluntad tenaz y de una actividad dirigida hacia lo más útil y lo más noble. Desde joven adoptó un plan de vida que no sólo le permitió combatir su físico débil, sino escribir su «filosofía sintética», en cuya empresa pasó treinta y seis años. En su autobiografía se sorprende él mismo de la obra llevada á cabo á pesar de las enfermedades y de los contratiempos pecuniarios. El Gran Anciano Gladstone fué comisionado para felicitar á Spencer, su hermano en el tiempo. Decía: «Apruebo las singulares habilidades del señor Spencer y aún más aquellas menos comunes que derivan de un carácter viril y abnegado.» Bien merecía ese homenaje aquel que se esforzaba por *unificar el saber*, y en palabras de un agudo observador, buscaba rastrear el

origen de la ley continua y única del desarrollo al través del Universo.

Á pesar de sus ideas agnósticas, su moral es de las más puras. Suyo es el considerar á la *Ética* como el estudio «de las condiciones de la completa armonía en que descansa la felicidad humana.»

Su modestia era tan admirable como la de Taine. Los hombres de ciencia lo han sido siempre por principio. Spencer dispuso en su testamento que su cuerpo fuese cremado.

*

Cruel aparece el morir en la juventud, cuando el anhelo de vivir, de crear, de conservar, es gigante; entonces el ideal es la armónica expansión. También es trágica la muerte cuando dolores horribles acompañan á la lucha fatal. Y todavía lo es más cuando se cierne sobre una cabeza joven. Era un decir favorito de los antiguos, que los amados por los dioses morían jóvenes. ¿Acaso querían ocultar con esa gentil explicación la melancolía que encubre esos hechos? Si con el morir cesan las penas que han turbado nuestro sueño de ventura; si con él se detiene la lucha y triunfa la paz, entonces la muerte durante la juventud es la más simpática. Irse del mundo antes de conocer el lado feo y aborrecible de la vida; abandonar á los amigos cuando más los queríamos, tal vez á la bien amada, acaso á los tiernos padres, á los hermanos solícitos, al hogar que nos vió crecer, antes de extender nuestros más caros afectos á quienes no nos comprenderían, es bien dulce y armonioso.

María Baschkirtseff, la imagen de la juventud moderna: ávida de novedades, luchadora y artista, entregó su alma muy joven. Fué María pintora y literata; su diario íntimo ha sido celebrado aún por Gladstone. Espíritu originalí-

simo, su muerte no lo fué menos. Murió tísica, en un suspiro, entre sollozos. En sus últimas voluntades, dejó la descripción del traje con que la debían enterrar. Se la vistió de blanco, siguiendo su deseo.

Fué enterrada así en un ataúd tapizado de terciopelo blanco. Antes de tapar el cajón, el pintor Emilio Bastien Lepage trajo la paleta de María y la colocó en las manos puras de la joven artista. Así duerme el ser encantador que fué María Baschkirtseff, semejante á Ofelia, sin haber realizado todos sus amorosos ideales.

Tennyson ha expresado admirablemente esa tristeza de los jóvenes al pensar en el otro mundo; mas no de un modo menos poético describe el goce intenso de volar hacia lo vago desconocido. Su poema «La Maya», tierno y de una sencillez homérica, es cuanto hay de más bello en este asunto: primero la niña, rebotante de vida y juventud, se agita contra la muerte:

«Es preciso que os despertéis y me llaméis temprano; llamadme temprano, madre querida; mañana será el más dichoso día de todo el alegre año; de todo el alegre año nuevo, madre, el más risueño, más placentero día, porque voy á ser reina de Mayo, madre, voy á ser reina de Mayo.»

La segunda parte del poemita describe la víspera de Año Nuevo; ya la pequeña reina de la primavera conoce más de cerca su mal:

«Si estáis despierta llamadme, llamadme temprano, madre querida, porque quisiera ver al sol alzarse sobre el alegre Año Nuevo. Es el último Año Nuevo que he de ver: después podéis colocarme en la profunda fosa en el cementerio, y no pensar más en mí.»

La pastoral tranquila de su congoja se eleva. Pero ya cesará el desgarrante desesperar; ha sentido el glorioso infinito y se resigna.

«... Porque hallándome enteramente despierta, me puse á pensar en vos y en la querida Effie, y me pareció ve-

ros sentadas junto al hogar, y con vestidos de luto. Mi silla estaba desocupada. Entonces rogué por vosotros con todas mis fuerzas, me sentí resignada, y halagó mis oídos una música deliciosa, que parecía acercarse en alas del viento.»

Son sus últimos momentos terrenales, y dice emocionada como Juliano, el heleno emperador:

«¡Oh, mirad! El sol empieza á salir; los cielos están encendidos; un resplandor vivísimo ilumina esos hermosos campos. ¡Ah! ya no discurriré por ellos como otras veces; otras manos que las mías cogerán las silvestres flores que esmaltan el valle.

«¡Oh, cuán dulce y extraño me parece el que, antes que este día termine, la voz que ahora está hablando pueda encontrarse más allá del sol, en la mansión de las almas justas y sinceras! ¿Y qué es la vida para que nos lamentemos? ¿Por qué la muerte nos espanta tanto?

«Vivir eternamente en aquella santa morada; esperar allí un poco de tiempo hasta que vengáis Effie y vos; yacer en la luz de Dios como yazgo sobre vuestro pecho... Allí el malvado cesa de hacernos sufrir; allí reposan los que están cansados.»

*

¡Cómo no hablar aquí de Guyau, ese genio de la juventud! Pensó en la muerte con el mismo espíritu de misteriosa revelación, que reflexionó sobre la vida. Ni huyó de ese último dolor, ni le desesperó la idea. «Los más fuertes, dice, contemplarán todo el espacio y todo el cielo,

llenarán su corazón de inmensidad... La muerte, además, para el filósofo... ofrece aún el atractivo de toda cosa que no se conoce; es, después del nacimiento, la novedad más misteriosa de la vida individual... Nuestro último dolor es también nuestra última curiosidad.»

He aquí mucha serenidad, ciencia, poesía y más filosofía, brotadas de esa fuente que se supone cegada á la grandeza de alma.

Recuerdan las palabras sugestivas de ese otro hermano mayor de Guyau, Littré:

«El más allá es inaccesible al espíritu humano, pero *inaccesible no quiere decir nulo ó no existente*. La inmensidad nos aparece bajo su doble carácter, la realidad y lo inaccesible. Es un océano que viene á estrellarse en nuestra ribera y para el cual no tenemos ni barca ni velas, pero *cuya clara visión es tan saludable como formidable*.»

¿No es esto admitir de una manera elevada lo que las religiones positivas enseñan en términos más precisos? Ante el misterio los unos pretenden saber, los otros suspenden el juicio y sueñan, ó sólo se sorprenden. La inmensidad nos emociona infinita y dulcemente; sentimos delante del *Universo* un vago sentimiento de reposo absoluto tan encantador como el mismo sueño.

La idea de la muerte había preocupado siempre al noble joven filósofo, como hemos visto por sus divinos pensamientos. «Creía, incluso, que podía juzgarse de una doctrina según la fuerza que presta para morir. Guyau no pretende en manera alguna demostrar ni la existencia ni siquiera la posibilidad *científica* de una vida superior. Su propósito es más modesto... Ante la ciencia moderna la inmortalidad sigue siendo un problema.»

Vivir en el tiempo inconmensurable, inspirar siempre lo mejor en los seres que nos seguirán, dejar su personalidad psíquica indefinidamente en el mundo de los vi-

vos, esa era la clase de inmortalidad á que arribaba en sus soberbias meditaciones. No negando implícitamente la otra vida, vivió feliz con esa aproximación de la suprema verdad.

Cierta ó errónea su concepción—desarrollada en un lenguaje divinal, ilustrada por los ejemplos é imágenes más conmovedores—le hizo morir como un Sócrates.

La muerte le sorprendió como á un hermoso paisaje: la escena era siempre la misma mientras el sol se ocultaba en el ocaso.

De pie le encontró la misteriosa viajera, vibrante el cerebro de ideales y belleza.

En lenguaje puro ha narrado Alfred Fouillée sus últimas horas. Escuchémosle; cuenta la muerte de un heleno:

«La víspera del 31 de Marzo, ese espíritu infatigable había trabajado aún: dictó algunas páginas. Por la noche, cuando se acostó, estaba aún más cansado, más agotado que las noches anteriores.

«Durante ella, por primera vez, dejó sentir á los suyos que no se había hecho ninguna ilusión acerca del próximo fin: «He luchado bien,» decía; y después, queriendo suavizar la única pena que no podía evitar ya á los demás: «Estoy contento,» —añadió á media voz;—«¡oh, absolutamente contento!... Es preciso que lo estéis también todos.»

«Acabó por dejar caer sus párpados; su respiración, entrecortada primero, se hizo más dulce y más lenta; después más lenta aún, tan débil que apenas se le oía; al fin, extinguióse en un suspiro imperceptible.»

Así terminó una de las vidas más nobles y más puras. Es necesario remontarse á Platón, á Pitágoras, á Ammonius Sacas, á Fénélon, á Vauvenargues, á Augustin Thierry y otros de la legión de inmortales, para hallarle

su igual. En uno de sus versos tan tiernos y profundos, había dicho ya:

«La mort!... J'en avais faim et soif, et je l'aimais.»

Era la noche en que se rememoraba la muerte del incomparable Justo. Sublime coincidencia, pues Guyau tenía del cristianismo lo más bello y perdurable: la mejor nueva que anunció Jesús, pero también aquella que menos ha comprendido la humanidad: CARIDAD. Amor, caridad, esas palabras iluminan sin cesar sus páginas sobre el arte, la religión, la herencia, la metafísica y la filosofía. Su inteligencia tan clara como amante, pedía comprenderlo todo para perdonarlo todo.

Evocado por la más profunda de las simpatías se me figura contemplar la cabeza apolónica del joven pensador ya yerta; sus facciones griegas más marmóreas que nunca, sus ojos dulces y penetrantes cubiertos por el tul de Morfeo; sus cabellos ensortijados como los de Antinoo, y en su faz ese color gris pálido y esa expresión de infinita tranquilidad, imitada de la naturaleza, que sólo en los muertos es completa. ¿Quién es él? Un dios joven, un Orfeo, un Eros, un Apolo, un Budha, un Jesús que ha bajado á la tierra para hacer aquí á los hombres más sensibles *la Belleza, la Ciencia y el Amor*.

Su entierro, ni protestante como el de Gladstone y Taine, ni católico como el de Pasteur y León XIII, ni griego como el de Spencer, fué laico, sin más acompañamiento que la amistad, sin más pompa que las flores amadas y algunas coronas de laurel, traídas del país de Ruskin:

«Sobre las laderas de la montaña, desde la cual la «vista percibe el «doble infinito del mar y de los cielos,» «muy cerca de los grandes olivos de pálido follaje, de «aquellos «eucaliptus impulsados hacia las nubes,» cuyas «cimas habrá contemplado con tanta frecuencia, una pie-

«dra rodeada de rosales, de cinerarios, de geranios siempre «floridos, lleva esta sencilla inscripción:

JUAN MARÍA GUYAU

FILÓSOFO Y POETA

Muerto á los treinta y tres años, el 31 de Marzo de 1888.

«Y debajo, estas palabras tomadas de su último libro, y «que son como su misma voz saliendo de la tumba; su «voz, en la que resuena el eco de los pensamientos eternos: «Lo que ha vivido verdaderamente una vez, revivirá; «lo que parece morir no hace más que prepararse á renacer. Concebir y querer lo mejor... es arrastrar hacia él «todas las generaciones que vendrán tras de nosotros. «Nuestras más elevadas aspiraciones, que parecen precisamente las más vanas, son como las ondas que, habiendo «podido llegar hasta nosotros, llegarán más allá que nosotros, y tal vez, reuniéndose, amplificándose, conmovrán al mundo. Estoy bien seguro de que lo que tengo «de mejor en mí, me sobrevivirá. No, ni siquiera uno solo «de mis sueños se perderá tal vez; otros los recogerán, los «soñarán despues de mí, hasta que se concluyan un día. «A fuerza de olas moribundas, llega el mar á modelar sus «orillas, á dibujar el lecho inmenso en el cual se mueve.»

*

Ernesto Renán, en su viaje por Oriente, perdió á su adorada hermana Henriette. En el prólogo de su bella vida de Jesús ha dedicado á esa nueva Hypatia una página sublime. Su adiós es el de un alma que amó á Pallas Athena. La filosofía que trasluce esa página sin igual es serena: ni la pasión, ni el arrebato tienen eco allí; la vida, como su aparente extinción, arrancan de la belleza eterna.

Saluda así el filósofo-artista al alma pura de su hermana, muerta en Byblos el 24 de Septiembre de 1861:

«Te souviens-tu, du sein où tu reposes, de ces longues journées de Ghazir, où, seul avec toi, j'écrivais les pages inspirées par les lieux que nous avons visités ensemble? Silencieuse à côté de moi, tu relisais chaque feuille et la recopiais sitôt écrite, pendant que la mer, les villages, les ravins, les montagnes se déroulaient à nos pieds.

«Quand l'accablante lumière avait fait place à l'innombrable armée des étoiles, tes questions fines et délicates, tes doutes discrets, me ramenaient à l'objet sublime de nos communes pensées...

«Au milieu de ces douces méditations, la mort nous frappa tous les deux de son aile; le sommeil de la fièvre nous prit à la même heure; je me réveillai seul!...

«Tu dors maintenant dans la terre d'Adonis, près de la sainte Byblos et des eaux sacrées où les femmes des mystères antiques venaient mêler leurs larmes. Révèle-moi ô bon génie, à moi que tu aimais, ces vérités qui, dominant la mort, empêchent de la craindre et la font presque aimer!»

Entre los que murieron jóvenes, en plena primavera de belleza y de grandeza, acaso soñando con el imperio universal, están Alejandro, el bello y grande; Juliano, el filósofo y el artista. No es del todo ejemplar la muerte del conquistador macedónico; en cambio, la de Juliano tiene perspectivas grandiosas. Era vil el mundo, y el corazón de los pueblos había perdido la juventud bajo la férula homicida de los Constantinos, para comprender al restaurador nobilísimo del helenismo.

Educado bajo la amenaza constante de ser asesinado, al alcance de la hipocresía monacal, su alma sincera, su libre amor á la libertad del pensamiento, su aspiración á lo bello, vislumbrando al través de la Atenas de Peri-

cles y de la Hélada clásica de Homero, Fidias y Eurípides, Juliano, una vez emperador, quiso fundar el doble imperio de Apolo y de Minerva. Su misión era comunicar á sus súbditos la luz que da el pensamiento, la juventud perpetua, el entusiasmo por lo grande y lo bello que ofrece la inmortal fe en la naturaleza. Al resucitar á Helios, á Afrodita, á Minerva y á la divina corte de Zeus, entendía volver á la tierra fanatizada, la alegría, la fecundidad, el placer, el saber, la razón, el arte: «*el trabajo de la vida bajo una forma de belleza.*»

Cupo al gran emperador la suerte de todos los reformadores. Una mente vasta, Dimitry de Mereykowski, en «La Muerte de los Dioses», ha sabido dar vida á esa época de transición.

He pasado tardes encantadoras leyendo esa novela histórica. ¡Cuánto he gozado intelectual y artísticamente! La lucha gigantesca entre el paganismo moribundo y el cristianismo naciente está expuesta allí en cuadros soberbios.

El autor, heleno hasta lo íntimo de su corazón, presenta al helenismo y á su intérprete Juliano, con amor. Todo nos dispone contra los galileos y hasta contra el divino Jesús, no comprendido, pues el Cristo del Evangelio y el de los sectarios bizantinos difieren como el sol y la luna. El nombre de Cristo se deriva del griego *Creusos*, que significa *Amor*. Jesús es el Eros de la nueva civilización. El odio, la venganza, son elementos muertos en su doctrina.

Juliano el Apóstata fué un filósofo-rey como el noble Marco Aurelio. No le venció, como él solía decir, el Galileo: aludiendo con ese apóstrofe al Dios raquítico, vengativo y sin piedad que hacen de Jesús algunos hombres sin escrúpulos. No, ese Jesús era también su Dios, y en el bello Apolo lo adoraba. Su enemigo fué el pueblo brutal é ignorante que, en vez del reino de la razón, pedía

la tiranía de los vicios. Ese pueblo no le perdonó nunca que quisiera reinar cual bueno y tolerante emperador, ayudado de la sabiduría socrática y de la grandeza moral de Platón. El anhelo de Juliano es tan imposible hoy como en la remota antigüedad.

La muerte, que es lo que más nos interesa de esta vida ilustre, ha encontrado en el novelista ruso un fiel historiador,

Juliano, herido por los persas, es llevado á su tienda, y le acuestan en su lecho de campaña. El bravo delira con su sublime valor. Luego que ha calmado el paroxismo de dolor y de pena, exclama: «Todo ha concluído... ¡Venciste, Galileo!» Recupera su fuerza el delirio y vuelven las ideas entrecortadas: «¿La sangre?... ¿La muerte de la Hélada?... ¿La obscuridad?... ¡Yo quiero el sol, el sol dorado... sobre el mármol del Partenón!... ¿Por qué ocultas el sol?..»

.....
«Las legiones habían regresado al campamento, la victoria no las regocijaba.

.....
«El aire fresco de la mañana fué á rozar el rostro del agonizante...

«— Escuchad, mis amigos; mi hora ha llegado, tal vez demasiado pronto; pero vedlo, me regocijo cual un fiel deudor rindiendo mi vida á la naturaleza, y no hay en mi alma ni pena, ni espanto: sólo hay en ella la calma alegre de los sabios, el presentimiento del eterno reposo... He cumplido mi deber y, acordándome del pasado, yo no me arrepiento de nada. En los días en que rechazado de todos aguardaba la muerte en Capadocia en el palacio de Marcelo, y más tarde en la cima de la grandeza, bajo la púrpura del César romano, he conservado mi alma sin tacha, aspirando á los fines más elevados. Si no he realizado cuanto yo deseaba, no olvidéis que los nego-

cios terrenales están bajo la dependencia del destino. Y ahora doy gracias al Eterno de haberme concedido que muera, no de una larga enfermedad, ni por la mano del verdugo, sino sobre el campo de batalla, en plena juventud, en medio de hazañas inacabadas... Referido, proclamadlo á mis amigos y mis enemigos; decidles cómo mueren los helenos, sostenidos por la divina sabiduría...»

Y en la hora final, lo que se amó mucho vuelve á amarse aun más. El pensamiento es lo último que se extingue junto con el postrer grado de calor animal.

De nuevo ante su imaginación armoniosa volvería á alzarse la imagen sagrada del bosque de Dafnis, é «iluminada por el sol, la enorme estatua de Apolo» que se alzaba en medio del templo; «el cuerpo de marfil, las ropas de oro como las de Zeus de Fidias en el Olimpo. El dios, ligeramente encorvado, vertía el néctar de su copa á la Tierra Madre, rogándole que le devolviera á Dafnis.»

Recuerdo tras recuerdo de suma belleza cabalgarían por su memoria, abiertas sus ligeras puertas al pasado luminoso. ¡Cuánto ensueño de oro y de púrpura! ¡Cuántas peregrinaciones al «reino de las *Ideas Eternas*,» al «*reino de la lux del alma!*»

¡Pobre Juliano! Sus ideas no han muerto; en muchos rincones de la tierra engrandecida existen hombres de pensamiento y de arte que, como él, adoran á los antiguos dominadores del Olimpo y del Parnaso. Todavía para muchas almas bellísimas las facciones de Apolo y de Atenas ocultan la faz de la Divinidad. Mudos, dentro de su casa de mármol, los dioses aún inspiran cosas acaso tan ponderables como en la tierra griega. Otrora ante ellos la plebe se recogía, hoy los reyes del pensar lo saludan y hablan en su nombre. Los dioses de Grecia no se han ido como muchos otros: duermen en sus lechos de mármol y despiertan en el corazón de los filósofos y poetas:

«Dors! mais, vivante en lui, chante au cœur du poète
L'hymne mélodieux de la sainte Beauté.»

Apolo, Pallas Athenæ, Afrodita, Astarté, tienen un altar en muchos corazones privilegiados.

La literatura sería moderna es un homenaje al helenismo que, hoy como nunca, ha despertado el amor más vivo y la admiración más franca: *La simple flor de la Hélada* se ha abierto en todos los jardines de las ciudades civilizadas.

Agoniza bellamente el divino César, dobla la cabeza, y de sus entreabiertos labios salió el último suspiro, el postrer murmullo:

«¡Regocijaos!... ¡La muerte... es el sol!... ¡Oh Helios, tómame!... ¡Soy como tú!» Así se extinguió aquel que, de Alejandro y Julio César, de Marco Aurelio, Augusto y Antonino el Pío poseía lo mejor. Mezcla extraña de heroísmo y de sabiduría, fué á unirse joven á los que tanto amaba.

Ya que de Grecia he hablado, de esa fecunda madre de toda nuestra cultura, ¿cómo no recordar á la última helenista, enamorada como Juliano del dios luz, Apolo, Hypatia, mártir de la fe en los dioses helénicos; Hypatia, la filósofa de Alejandría que los cristianos lapidaron, «celosos de su ciencia y de su belleza»?; la hija de Theón el matemático, la intérprete de Platón, de los escritos de Apolonio y de los geómetras, aquella cuya vida ha sido objeto de una hermosísima novela por Carlos Kingsly, de un drama y de una de las poesías más musicales y más intelectualistas:

«O sage enfant, si pure entre tes sœurs mortelles!
O noble front, sans tache entre les fronts sacrés!
Quelle âme avait chanté sur des lèvres plus belles
Et brûlé plus limpide en des yeux inspirés!»

.....
Dors, ô blanche victime, en notre âme profonde,

*Dans ton linceul de vierge ceinte de lotos;
Dors; l'impure laideur est la reine du monde
Et nous avons perdu le chemin de Paros.»*

Nada más bello que este canto flébil al alma armónica é ideal de Hypatia. Todos los poemas *In Memoriam* palidecen ante los versos de Leconte. Hypatia al morir fué á encontrarse con las tres jóvenes, inmoladas en la flor de su edad: Antígona, Efigenia, la sublime Efigenia, y Polixena. La discípula de Platón muere más tranquila que sus divinas hermanas: ella ha vivido iluminada por *la luz del pensamiento que serena el corazón*. Como Juliano emperador, Hypatia es víctima del cristianismo hebreo, feroz y fanático.

Á pesar mío recuerdo aquí al soldado de Maratón:

«Soldado oscuro que murió con gloria
Proclamando en Atenas la victoria.»

Perpetuado el héroe bajo las formas humanas más bellas y perfectas, es la imagen divina del coraje humano. No puedo precisar qué poderosa sugestión me despierta esta estatua, todo lo bello de la vida y de la lucha.

La muerte de Sócrates es harto conocida, para que de ella me ocupe. Baste decir que David la ha fijado soberbiamente en el lienzo y que Lamartine continuando á Platón y Jenofonte, ha encontrado para ella toda la belleza de su lenguaje y la grandiosa sencillez de su pensamiento.

Taine y Renán han hecho el elogio fúnebre del santo y sabio Marco Aurelio. Aceptó la muerte con la misma beatitud que había tenido para la vida. En ese trance su faz se conservó tranquila como los aspectos sonrientes de la natura, su única diosa. El autor de la literatura inglesa llamaba á sus pensamientos, su catecismo. Renán, á su vez, juzga el día de la muerte de Marco Aurelio

como el momento decisivo en que fué decidida la ruina de la vieja civilización. Las páginas que le dedicó el gran Taine, parecen la profunda lamentación de un hijo sobre la tumba de un padre incomparable. La eterna belleza de su elocuencia ha llegado en ellas á su zenit.

*

De la seductora Grecia, donde todas las cosas bellas fueron amadas juvenilmente, pasemos á Francia, país tan simpático como la patria de Pericles, donde la virtud ha florecido siempre «*amable, lírica y poética*.» Aquí encontraremos á tres almas selectas, hermosas como las más: Fenelón, Vauvenargues y Xavier de Maistre. Los tres figuraron entre la sociedad más culta y pulida, pero no se les contagió ni la frivolidad de la corte ni la del ambiente. Si la vida del Arzobispo de Cambrai es noble, bondadosa y útil, el Marqués de Vauvenargues afrontó la existencia con paciencia y la más dulce de las filosofías, y Xavier de Maistre, alma heroica y tierna, miró el mundo con una delicada alegría.

Preceptor del duque de Borgoña, — que á haber vivido hubiera sido en el trono de Francia un segundo Enrique IV, — literato, filósofo, pedagogo, retórico y sacerdote ejemplar, todo lo fué el humilde Fenelón.

En el crepúsculo de su vida experimentó mucha amargura.

«Vió morir á cuanto amaba.» La muerte le sorprendió de esta manera:

«Una fiebre, cuya causa estaba en el alma, lo enfermó el primer día del año 1745; ella consumió en seis días el poco de vida que había ahorrado, el trabajo y el dolor á ese corazón que se había prodigado tanto á los hombres. Murió como santo y poeta, haciéndose leer los más su-

blimes y dulces cánticos sagrados que extasiaban celestialmente á la vez su alma y su imaginación (1).

«Sufrió con paciencia y murió con la tranquilidad de un corazón puro que sólo ve en la muerte el instante en que la virtud se aproxima al Ser Supremo...

«Sus últimas palabras fueron expresiones de respeto y de amor para el rey que le había retirado su confianza, y para la Iglesia que le condenó (2).»

Francia entera llevó duelo por él, y el mismo Luis XIV, comprendiéndole por fin, exclamó, al oír tan triste nueva: «He aquí á un hombre que podía haber sido muy necesario en las desgracias que van á precipitarse sobre mi reino.»

Fenelón amó: ése fué su genio; fué amado: ésa será su gloria, dice su entusiasta biógrafo Lamartine. Y si ha menester epitafio, continúa diciendo, podría dársele éste: «*Quelques hommes ont fait craindre ou briller davantage la France; aucun ne l'a fait aimer plus des nations.*» Su tumba fué de las pocas que se respetaron durante la revolución francesa.

Vauvenargues murió á los treinta y dos años. Militar, nueve años de servicios continuos quebrantaron su salud. Desde entonces vivió retirado, escribiendo las máximas que han inmortalizado su nombre. Amigo de los grandes espíritus de aquella época fecunda que precedió á la revolución del 89, fué hondamente agasajado por Voltaire y Marmontel.

«*Doux, sensible, compatissant, il tenait nos âmes dans ses mains. Une sérénité inaltérable dérobaît ses douleurs aux yeux de l'amitié. Pour soutenir l'adversité on n'avait besoin que de son exemple; et témoin de l'égalité de son âme, on n'osait être malheureux avec lui* (3).»

(1) LAMARTINE, Fenelón, pág. 251.

(2) LA HARPE: Éloge de Fenelón.

(3) MARMONTEL.

«Ce n'était pas par un excès de vertu, dice Voltaire, que Vauvenargues n'était pas malheureux, parce que cette vertu ne lui coûtait point d'effort.»

A él debemos estos dos pensamientos de un encanto desconocido, y que se hace cada día más raro:

«Los grandes pensamientos vienen del corazón.»

«Los primeros días de la primavera tienen menos gracia que la virtud naciente en un joven.»

John Morley habla, en su estudio sobre las máximas, del dulce sol de Vauvenargues.

Moralista optimista, sus máximas son las más propias para el hombre de mundo que quiere ser ante todo un *gentleman*.

Después de haber languidecido muchos años, enfermo sin cura, vió aproximar su fin inevitablemente; se resignaba á ello sin inquietud ni temor. Murió en 1747, rodeado de algunos amigos distinguidos.

Aunque simpatizó mucho con Xavier de Maistre, poco sé de su última hora. Juzgo, por los datos que conozco de su vida, que fué fina y delicada. Sobre la amistad ha escrito con un hondo sentimiento, y de paso acerca de la muerte que rompe insensible los lazos más hermosos. Alegra el leerlo como esas tardes largas y dulces de otoño, en que al regreso del trabajo descansamos leyendo ó mirando el paisaje á la luz agonizante.

Veneremos estas líneas como los consejos de una madre ó las inolvidables caricias de una hermana:

«Heureux celui qui possède un ami! J'en avais un: la mort me l'a ôté... La nature, indifférente de même au sort des individus, remet sa robe brillante du printemps et se pare de toute sa beauté auprès du cimetière où il repose... Tout respire la joie et la vie dans le séjour de la mort... La destruction insensible des êtres et tous les malheurs de l'humanité ne sont comptés pour rien dans le grand tout.»

Estos pensamientos desolados lo hermanan con Goethe y Taine.

En momentos de dolor, David y Job tuvieron arranques parecidos. Para pensar en *la gran fuente de la cual nuestra vida sólo es una onda diminuta*, el alma se eleva á la región de lo sublime. Mas si el sufrir eleva, el pensamiento serena, y he aquí que de Maistre, que durante lo largo del insomnio pensaba tan negro, con la vuelta del día renace á la Esperanza, sostenedora de la vida.

«Non, celui qui inonde ainsi l'Orient de lumière ne l'a point fait briller à mes regards pour me plonger bientôt dans la nuit du néant; celui qui élève ces masses énormes dont le soleil dore les sommets glacés, est aussi celui qui a ordonné à mon cœur de battre et à mon esprit de penser.»

La oscuridad y la muerte están juntas; la luz y la vida son hermanas. ¡Luz, más luz! grita el corazón, y la esperanza, inmensa como los cielos, inunda todo el ser.

Ante la hermosura intelectual de un alma amiga, más que delante de su físico bello, sentimos con vigor el anhelo de ser eternos. Entonces rechazamos con ademán brusco la copa con agua del Leteo que nos ofrece natura para todas las cosas de la vida.

Continuemos escuchando esta melodía á la amistad. ¡Qué honda y qué delicada es! ¡cómo expresa aquel sentimiento sublime de Emerson acerca de los amigos!

«Non, mon ami n'est point entré dans le néant; quelle que soit la barrière qui nous sépare, je le reverrai.— *Ce n'est point sur un syllogisme que je fonde mon espérance.*—Le vol d'un insecte qui traverse les airs suffit pour me persuader; et souvent l'aspect de la campagne, le parfum des airs, et je ne sais quel charme répandu autour de moi, élèvent tellement mes pensées, qu'une preuve

invincible de l'immortalité entre avec violence dans mon âme et l'occupe tout entière (1).»

*

Vivimos en la edad del pensamiento. Nuestro siglo veinte será la época en que las ciencias mentales adquirirán un desarrollo extraordinario. Los pensadores son, por lo tanto, los hombres que más nos interesan.

Entre los más altos representantes de la nueva era se cuentan: Darwin en primer término, Renán, Stuart Mill y Amiel.

Enorme es la contribución de estos hombres á las ciencias positivas y morales. Todos ellos practicaron el vigoroso precepto de Sócrates: «Conócete á ti mismo,» y luego la idea dominante de Goethe: «Trata de comprenderte.» ¿Cómo expiraron estos iluminadores de la vida moderna? La vida del filósofo inglés fué de incesante labor; la de Renán, de variada reflexión sobre todo lo bello; Stuart Mill se aplicó á investigar las leyes del pensamiento, y Amiel, no menos admirable que ellos, se hizo el tenaz juez de sí mismo.

Para estos creyentes en la religión del trabajo, ¿qué otra podía ser la desgarrante *tarde* de la vida, sino la del labrador, que después de haber sembrado el día entero, confiado en el porvenir, cae á su *dulce domus*, rendido del más noble cansancio?

Después de su último libro «La formación del limo vegetal», Darwin se sintió exhausto y escribió: «Me siento tan cansado, que creo no dar más trabajo á los críticos.» Á pesar de todo, siguió trabajando. El martes, Abril 18, se hallaba en su estudio examinando una planta que le había sido traída, y luego leyó. Hasta el mismísimo día

de su muerte no estuvo enfermo seriamente. Al día siguiente, á eso de las 4 p. m., el corazón cesó de latir y Carlos Darwin lanzó el último suspiro en santa paz. Tenía setenta y tres años y dos meses. ¡Ejemplo maravilloso de lo saludable del trabajo científico!

Cuanto más nos aproximamos á la contemplación pura de la naturaleza y á la práctica de la moralidad, uno de los aspectos de la eterna belleza, más nos alejamos de la muerte.

¿Queréis vivir mucho? ¿Queréis tejer al Dios simpático de la vida una corona de muchísimas primaveras? Pensad y sentid con tranquilidad como los sabios y amados cuanto podáis.

«El trabajo, decía Darwin, es mi único placer en la vida.» A ese amor debemos su inmensa labor biológica tan importante, que un ilustre autor pide que se le llame al siglo XIX, el siglo de Darwin.

La nación inglesa, siempre deseosa de glorificar el esfuerzo y el trabajo, dispuso fuera enterrado solemnemente en la abadía de Westminster. Su sepulcro fué situado entre el de Herschel y el de Newton.

Dejemos en la santa paz á Carlos Darwin: «un innovador del pensamiento, paciente y de éxito; un hombre noble y amado.»

Juan Stuart-Mill tenía sesenta y siete años cuando abandonó la vida. Ya el claro pensador había dicho que su labor estaba concluída, y podía despedirse del mundo con las palabras de Sócrates:

«Así como todo hombre que, renunciando á la voluptuosidad, ha tenido cuidado de embellecer su alma, no con adornos extraños, sino con aquellos que le corresponden, tales como la justicia, la temperancia y las virtudes, debe estar lleno de confianza y esperar tranquilamente su última hora (1).»

(1) PLATÓN: Fedón.

(1) Voyage autour de ma chambre, chap. XXI.

¿Qué intelectual de verdad no ha leído á Ernesto Renán? Cuantos le leen, adoran la belleza singular de su estilo y la clarovidencia de su criterio. Sólo las almas fanáticas pueden criticarle. En el sublime diálogo con su hermana, él le repite la verdad que ella columpió, pues nunca está claro nuestro pensamiento como cerca del morir: «Toujours tu fus persuadée que les âmes vraiment religieuses finiront par s'y plaire.»

Hoy que el rudo día de la crisis religiosa y del combate ha pasado, es el juicio que aceptan tanto el creyente como el admirador.

Renán ha triunfado. La belleza fué su égida, y su pasión por lo bello le hace ser amado de todos. Quizá se le pueda dirigir un reproche; tal vez el estudio excesivo de su modo de ser, aleje de la acción. La excesiva intelectualidad, como el opio, la morfina, la cocaína y sus congéneres, diviniza el alma; aumenta de tal modo la separatividad entre el cuerpo físico y el mental, que la contemplación tranquila, la meditación armoniosa y la reflexión potente nos parecen superiores y más bellas que toda acción.

Intelectualizar á los pueblos es emanciparlos de la animalidad; es hacerles amar la grandiosa paz de Augusto antes que la época guerrera de Napoleón; es aborrecer el crimen y la guerra, amar la belleza todopoderosa del pensamiento y la armonía fecunda de una vida dedicada al análisis y á la síntesis.

En todos sus libros, las palabras *saber*, *ciencia* se hallan sin cesar. Luchó siempre en pro de la alta cultura y su reforma en Francia. Reflexionando sobre la vida positiva, siente bello decir esto de las naturalezas privilegiadas, que confirmó con su misma vida y embelleció con su ejemplo:

«La vie des hommes de génie présente presque toujours le ravissant spectacle d'une vaste capacité intellec-

tuelle jointe à un sens poétique très élevé et à une charmante *bonté d'âme*, si bien que leur vie, dans sa calme et suave placidité est presque toujours leur plus bel ouvrage et forme partie essentielle de leurs œuvres complètes.»

Nadie se conoce mejor que sí mismo, y Renán, al precisar tan cariñosamente la vida de las almas grandes, ha hecho el facsímile de la suya. Fué así su existencia, á pesar del partido clerical, que desconociendo, como es su regla, la magnitud del genio, quiso amargar su existencia, y aun la bella placidez helénica de su hogar. Ciertos espíritus son ciegos y sordos al odio. Los genios serios, cual Narciso solicitado por la ninfa Eco, sólo ven y escuchan la belleza y la armonía de su ciencia; á lo demás son indiferentes.

Conocemos al hombre genial; nos resta saber cómo murió. Presintiendo su última hora, y como para reivindicar el profundo sentimiento que siempre le animó, puso como epígrafe al último capítulo de su historia del pueblo de Israel:

«*Finito Libro, sit Laus et Gloria Christo;*» y al fin: «concluído el 24 de Octubre de 1891.»

Al año siguiente supo que su estado era desesperante. Recorrió la Bretaña como era su costumbre, pero sintiendo su próximo fin, decidió volver á París para ocupar su puesto en el *Collège* de France. Su agonía duró varios meses: perdió varias veces el habla, pero sufrió con admirable paciencia, mostrándose siempre afable y cariñoso con cuantos lo rodeaban. A todos aseguraba que era feliz. A menudo se le oía decir que la muerte no era nada para él, y que no la temía, felicitándose de haber llegado al límite normal de la vida, según el salmista. Había deseado siempre llegar al crepúsculo con todas sus facultades; su deseo se cumplió. Dios no permitió que sus dolencias molestaran el armonioso plan de su vida. El

mismísimo día en que murió, dictó algunas páginas de un estudio sobre la arquitectura árabe. Uno de sus últimos deseos fué que no quedaran olvidados los pobres de Rosmapanón, y entre las postreras palabras á su abnegada esposa, se cuentan éstas:

«Sometámonos á las leyes de la naturaleza, de la que somos una manifestación. Los cielos y la tierra subsisten.»

Así terminó uno de los espíritus más amplios del siglo, el 2 de Octubre de 1892, unos pocos días antes que Tennyson.

Fué velado en el Colegio de Francia.

El gobierno, junto con las cámaras, le votó un funeral oficial. Fué enterrado provisoriamente en Montmartre, y luego le trasladaron, al Panteón donde descansa, junto con Michelet y Quinet.

Réstanos hablar de un soñador, que á pesar de ello vió las cosas de la vida con más claridad que cualquier hombre de acción. El talento de Enrique Federico Amiel — debo decir genio, porque así le calificó Renán — fué enteramente contemplativo. Parecíase á uno de esos hombres que en la India de los santuarios sublimes dedica todas las fuerzas físicas y mentales á elevarse sobre la miseria y la ignorancia del mundo. Amó como las cosas mejores el silencio, la tranquilidad, el análisis de sí mismo, lo intelectual, lo intensamente verdadero en todo.

La vida de este hombre sabio, tan sencillo como humilde, ofrece un cuadro continuo de paciencia y de la más elevada resignación.

«Amiel se ocupaba de los demás: era bueno, abnegado, afectuoso y servicial. Le gustaba mucho ser útil á los otros.» De origen protestante, conservó de las ideas religiosas positivas esa piedad profunda por lo eterno, ese respeto por lo sobrenatural, que siempre retienen las almas que han pertenecido á alguna religión reformada. Su diario íntimo abunda en las observaciones más justas y los juicios más claros sobre el Cristianismo.

Acerquémonos á la tarde «suavemente inmensa» de su existencia. Sufrió mucho antes de dejar la vida el tierno pensador. Agonizó Amiel, como tan poéticamente lo ha escrito Paul Bourget, cual una joven pura y bella, sin una fealdad y sin una mancha.

Un año antes de entrar en la crisis final había escrito: «La misma muerte puede llegar á ser un consentimiento, y, por consiguiente, un acto moral. El animal expira, el hombre debe devolver su alma al Autor del alma.»

He aquí algunas frases é ideas de los últimos meses; por ellas veremos cómo afrontó la penosa travesía:

«5 de Enero.—Es probable que yo tema la vergüenza más que la muerte... La vanidad me parece esclavitud, el amor propio mezquindad, el utilitarismo bajaiza... La renunciación es la salvaguardia de la dignidad. Despojémonos, y no seremos despojados. *Quien ha dado su vida, puede mirar cara á cara á la muerte*: ¿qué más puede quitarle? La abolición del deseo y la práctica de la caridad es todo el método de Budha, es todo el arte de la liberación...

«Mi garganta me atormenta. Está nevando. Así dependiendo de la Naturaleza y de Dios. Pero, y esto es lo importante, no dependo del capricho humano...

«*J'avoue, excepté Dieu, de n'avoir point de maître.*»

«23 de Enero.—En cada uno de nosotros se entrecruzan muchos impulsos contrarios; pero desde que se reconoce dónde está el orden, y se somete á él, todo va bien.

«*Comme un sage mourant, puissions-nous dire en paix:
J'ai trop longtemps erré, cherché: je me trompais;
Tout est bien, mon Dieu m'enveloppe.*»

«29 de Enero.—Los gemidos y las agitaciones del gran tránsito. Una frase reemplaza á las demás: *¡Hágase la voluntad de Dios, y no la mía!* ¡Lo que ha de ser, será! Nosotros no tenemos que decir más que *amén.*»

Y así, día por día, esta alma superior se acordaba de lo divino *Uno*; cada uno de sus pensamientos es una lección de la moral más pura y hermosa. Invasión ya en plena vida por el bello sentimiento del reposo allende la tumba, se acerca cada vez más á la perfecta resignación.

El 28 de Marzo considera ya difícil la existencia; no puede trabajar y exclama:

«Saciedad. Lasitud. Renunciamiento. Abdicación. *Dominemos con la paciencia los corazones.*»

En uno de sus últimos domingos escribe:

«¡Lo que somos! Concluiré en las arenas como el Rhin, y se acerca la hora en que desaparecerá mi hilito.» El mismo día, quizá al anochecer, cuando el espíritu se en-simisma más, anota estos preciosos estados de conciencia:

«El destino tiene dos maneras de quebrantarnos: negándose á nuestros deseos y cumpliéndolos. Pero quien no quiere más que lo que Dios quiere, escapa de estas dos catástrofes: *Todas las cosas vuelven á su bien.*»

Las noches de insomnio se suceden sin tregua; la resignación es ya completa; languidece la carne y el espíritu, y con esta expresión de supremo cansancio concluye para el lector la vida de Amiel:

Que vivre est difficile, ô mon cœur fatigué!

La enfermedad del morir es una aspiración á la paz, al descanso; así pasan las cosas cuando la muerte sorprende al hombre tranquilo y resignado.

*

La muerte de Tennyson aconteció en Alsworth el 6 de Octubre de 1892. Su fin fué pacífico. Murió como había vivido, esperanzado y tranquilo. En uno de sus más bellos versos ya había expresado su deseo de expirar en la mayor tranquilidad:

«La campana del crepúsculo y de la noche,
Y luego, la obscuridad!
Que cuando yo me embarque
No haya la tristeza del adiós.

La puesta del sol y la estrella vespertina
Y una llamada clara para mí;
Que no haya llanto en el muelle
Cuando anhele hacerme á la mar.»

Sus poesías son la expresión de una nobleza incomparable de alma.

El Sol es Dios, decía Turner al morir. Corot, en su lecho de muerte exclamaba: «Ved esos paisajes.» Robert de la Sizeranne dice que la gratitud y la admiración de estos dos grandes artistas por la naturaleza era tal, que hasta su última hora le pedían de ser su recompensa aun más allá del sepulcro.

De esta suerte tan bella y poética despedía un crítico á un gran artista inglés, grande por la pureza moral de su inspiración, *John Everett Millais*:

«Et puis nous l'avons laissé dans le repos: et c'est le final d'une vie brillante et heureuse; le sombre revers d'un manteau de pourpre et d'or.»

David Strauss, el autor de «La vida de Jesús», según los católicos el evangelizador del libre pensamiento, cerca de los últimos instantes se hizo leer las páginas del «Fédón» sobre la inmortalidad del alma. Vecino al amplio horizonte que va á ver, el alma olvida el orgullo y el coraje propios de la perfecta salud. Entonces el más escéptico se vuelve creyente, y la fe en la inmortalidad absorbe todo el pensamiento, prestando esa serenidad que se ha observado.

Herder moribundo decía á su hijo: «Sugiere-me alguna gran idea: únicamente eso me da alguna fuerza.»

La muerte de André Chénier está ligada á las más bellas emociones que pueden sentirse. Símbolo vivo de

la juventud, de esa edad en que «es tan dulce ver la luz», de esa época en que tanto puede esperarse, los furiosos tiranos que sucedieron al bueno de Luis XVI, le condenaron al patíbulo. Sus heleanos versos fueron el consuelo de los compañeros de cárcel, recitados con la voz vibrante de belleza eterna. Cerca del gran peligro, preso de la injusticia brutal, el hombre se transfigura y el espíritu domina. Se necesita la prueba de la violencia revolucionaria para presentar al mundo la belleza, el coraje, la calma del alma humana, vencida por la fuerza física, triunfante por el derecho. Nunca como entonces se vió el espectáculo de gente tan valiente, de espíritus tan templados para el dolor, la calumnia y la injusticia.

En la cárcel conoció Chénier á la joven cautiva, aun deseosa de sentir lo bello de la vida; debió recordarle á Efigenia. Cuanto sintió por ella ha cantado en estos versos que tienen el encanto de las cosas jóvenes y eternas:

« L'épi naissant mûrit de la faux respecté;
 Sans crainte du pressoir, le pampre toute l'été
 Boit les doux présents de l'aurore;
 Et moi comme lui belle, et jeune comme lui,
 Quoique l'heure présente ait de trouble et d'ennui,
 Je ne veux point mourir encore.

.....

 Mon beau voyage encore est si loin de sa fin,
 Je pars et des ormeaux qui bordent le chemin
 J'ai passé les premiers à peine.
 Au banquet de la vie à peine commencé,
 Un instant seulement mes doigts ont pressé
 La coupe en mes mains encore pleine.

Je ne suis qu'au printemps, je veux voir la moisson;
 Et comme le soleil, de saison en saison,
 Je veux achever mon année.
 Brillante sur ma tige, et l'honneur du jardin,
 Je n'ai vu luire encore que les feux du matin,
 Je veux achever ma journée.

O mort! tu peux attendre; éloigne, éloigne-toi;
 Va consoler les cœurs que la honte, l'effroi,
 Le pâle désespoir dévore,
 Pour moi, Pales a des ailes verts,
 Les amours des baisers, les Muses des concerts!
 Je ne veux point mourir encore!...

Al ser llevado á *La Conciergerie* se encontró con su íntimo amigo Roncher. ¡Qué alegría para aquellos dos espíritus, unidos por el divino lazo de la amistad, el estar juntos en semejantes circunstancias! La soledad aumenta las penas y el remordimiento, mientras que la compañía dulcifica las horas más amargas. Se dice, sin embargo, que durante el trayecto «su conversación fué tranquila y dulce: recordaron sus ocupaciones favoritas.»

Fueron condenados con la precipitación característica de la época. Ambos caminaron tranquilos é indiferentes al martirio. Roncher pensó acaso en su esposa é hijos; Chénier en el porvenir dorado que le aguardaba. El joven poeta, dotado de la más expansiva juventud, decía á los que iban á ser sacrificados con él:

«¡Morir tan pronto! Sentía algo aquí...»

Los dos amigos fueron los primeros en ser ejecutados, dando á sus compañeros el ejemplo del coraje y de la resignación.

Así, arrebatados al hogar y á la belleza de la vida, sufrieron la pena capital tranquilos: Juana de Arco, Lady Jane Grey, reina de Inglaterra por nueve escasos días; la seductora María Estuardo, Gualterio Raleigh, Tomás Morus, Luis XVI, María Antonieta, Madame Elizabeth, Mme. Roland, los Girondinos, Lavoisier, y otras tantas víctimas de falaces ambiciones. La justicia una y eterna les dió la gloria en cambio de su vida bella; la violencia injusta es fatal al que la ejerce; podrá vencer un instante, mas acaba por arrastrar á su autor en el torbellino de la destrucción.

La célebre revolución francesa venció por sus fines, que eran justos y buenos, mas por los medios empleados no dominó á la Francia amada, sino después de muchos años. Recién después de la guerra del 70 se asentó allí el régimen republicano.

Platón murió al estar escribiendo; Lucano, mientras recitaba una poesía; Wagner expiró durmiendo, recostando su genial cabeza sobre el hombro de su querida esposa.

Al morir Mozart, tenía sobre su cama el *Requiem* inacabado, y sus últimos esfuerzos fueron para imitar el efecto peculiar de ciertos instrumentos.

Goethe no aparentó sufrimientos al expirar; poco antes se había preparado para escribir é hizo presente «su inmensa alegría de poeta y de sabio al sentir la vuelta de la primavera:» «¡Luz, más luz!»

El cándido y enérgico Shelley, poeta de los más artistas, fué á reposar trágicamente de las impetuosidades de su vida, breve como la de los maravillosos colibríes. No conozco líneas más sublimes que las suyas sobre la muerte. Con un ardor incomparable de lo eterno y de lo hermoso, con una fe sobrehumana en lo invisible que nos compenetra, dirigió á los hombres estas ideas de luz y de vida:

«Paz, paz! él no está muerto, él no duerme!
Él ha despertado del sueño de la vida,
Somos nosotros los muertos, perdidos en visiones tempestuosas
Sosteniendo con los fantasmas una inútil batalla;
Él está más allá de las sombras de nuestra noche.
La envidia, la calumnia, el odio y el dolor,
Y ese desasosiego que los hombres mal llaman placer,
No pueden tocarle y torturarle otra vez.
No, está asegurado contra el contagio pernicioso y malo del mundo...»

Canta sobre la tumba recién abierta de su amigo del

alma, Keats, envenenado por la crítica soez. Le llama por el siempre dulce nombre de Adonaís. Evoca la ternura amistosa de los griegos; apunta la filosofía esplendorosa del futuro próximo, que conservada hasta hace poco en los santuarios de la India y del Tibet, se propaga por las clases más intelectuales de Europa y América, y canta al alma universal la más bella canción que pueden escuchar oídos humanos.

Los amigos de las almas más sinceras y más rebeldes de la época, Byron, Leigh Hunt y otros, se hallaban en Italia, en las faldas de la colina de Spezia. Shelley amaba andar en bote por el fantástico mar; iba y venía á menudo de su villa á Livorno. El día 8 de Julio se hizo á la vela para ir á la ciudad con su amigo Williams y un marinero. Les sorprendió por el camino una terrible tempestad, y ocho días más tarde el cuerpo del poeta fué hallado; se le reconoció por su traje y por el volumen que llevaba consigo de las poesías de Keats.

Byron se hizo cargo de los cuerpos, y siguiendo las ideas de tan querido amigo, entregó á las llamas los dos cuerpos. La ceremonia tuvo lugar á orillas del mar. La naturaleza fué testigo de la volatilización de esos dos cuerpos que tanto la habían amado bajo la belleza artística.

Para Shelley, la muerte hubo de ser la mensajera de esa bella paz de que no tenemos idea en la vida. Los artistas penetran á menudo por sus ideas armoniosas en esa región á que aspiraba el autor de *Maud*. El sentido filosófico de la vida es tal como él lo definió en sus tan hermosas líneas:

«La vida, como una cúpula multicolor,
Oscurece la alba irradiación de la eternidad,
Hasta que la muerte la hace añicos.»

Otro poeta, sabio de Persia, Omar Kahyam, se dirige á

la muerte con esa tranquila indiferencia de los bravos que no temen el peligro:

«No pienses que tema mi espíritu volar
Al través de las oscuras puertas de la mortalidad;
La muerte carece de terrores cuando la vida es sincera;
Es el vivir mal que nos hace temer...»

Cuando el alma ha dominado el cuerpo; cuando todos nuestros actos son inspirados en una fe ardiente en el progreso moral; cuando se ama en más lo eterno que lo que es maya é ilusorio; cuando se llega á confundirse con la energía amante y solícita que todo lo mueve á ese paraíso más allá de los soles y los mundos, allende las frágiles barreras de la imaginación; cuando se ha entrado por la paciencia, por la resignación y el sublime imperio de sí mismo al *templo eterno* «por esa puerta llamada lo bello», la muerte no tiene ya aguijón.

En el libro de la Sabiduría, escrito por Salomón, ese rey que gozó de todas las ventajas humanas, que conoció á fondo todos los placeres, se leen las ideas más consoladoras sobre el más allá:

«El alma de los justos está en la mano de Dios; ningún tormento les alcanzará.

«Para los insensatos parecen haber muerto; y su partir es tomado con tribulación.

«Y su ida de nosotros es considerada como una completa destrucción; pero ellos están en paz.

«Pues aunque sean castigados á vista de los hombres, están llenos de deseos de inmortalidad!»

*

En la novela contemporánea existen bellas descripciones de la muerte. Bulwer-Lytton, en sus «Últimos días de Pompeya», cuadro vívido de la sociedad romana del

Imperio, describe magistralmente la espantosa desolación de la muerte colectiva, que fué la destrucción de Pompeya.

Sodoma y Gomorra, cediendo bajo el peso de sus vicios; el palacio de Sardanápalo, envuelto en las llamas; Roma, iluminada por la luz siniestra del incendio; los mil barcos que han perecido por el fuego, acostados cerca del elemento salvador; el Bazar de *Charité*, *La Bourgogne*, todos estos recuerdos de muertes desesperadas acuden al espíritu.

Carlos Dickens, el historiador minucioso de la vida inglesa de hace cincuenta años, describe en «David Copperfield» y en «La tienda de antigüedades» el desaparecer de dos doncellas, unidas por el vínculo de la juventud: *Dora*, la esposa de David muere con la ingenuidad con que había vivido; la pequeña *Nell* se va tranquila como existió, entre los cuidados de su abuelo, tierno, pero débil, y los peligros de una sociedad poco menos que feroz con los desgraciados y los indigentes.

Muerte bellísima y sugestiva, inspirada en Grecia, es la de Petronius, el árbitro de las elegancias. De qué manera intensa Sienkiewicz ha narrado la belleza de esa despedida de un mundo más artista que el nuestro, responderán aun emocionados los lectores del «¿Quo Vadis?».

Antes que Nerón le mate, pues á su lado todo lo bello se marchita, Petronius resuelve darse la muerte.

Rodeado de los amigos amados, sentado al ático festín, vecino á su liberta Eunica, la bella, la armoniosa, la buena, muere el apasionado contemplador de la Hélada.

Ni un ¡ay! de dolor es lanzado en aquella atmósfera en calma de arte y estoicismo. La muerte escogida por Petronius es encantadora, como llegará á ser ese último acto, pues él es la tarde del vivir, el adiós al planeta, el perfume que se escapa de la flor y que es su alma. Yertos los cuerpos atenienses de Petronius y Eunica, más

fuerte que nunca la cadena que ató ese suicidio perdonable, me parece la imagen de la Grecia clásica, cautiva entre los brazos de Roma, la activa y la eterna; de esa unión fecunda surgió el Renacimiento.

*

Los niños llegan tarde á concebir la muerte. Nueva prueba de que ella no es una noción innata.

El niño cree firmemente en la continuidad de las cosas.

En la divina poesía inglesa hay varios poemas que interpretan el vago sentimiento de imposibilidad que tienen los niños respecto de la no existencia.

«Adónde se ha ido mi hermanito,» pregunta un niño que ha perdido su hermano, en una poesía de Mrs. Hemans.

También Wordsworth trae un caso parecido en una preciosa balada, titulada «We are seven».

*

Reflexionad, hombres, acerca de la muerte; pensad bien su íntimo y armonioso sentido, y veréis cómo el llanto, el dolor y la honda herida sólo ocultan alegría, liberación, libertad para vagar donde leyes sublimes se cumplen.

Si queréis vivir, abandonad el pensamiento de las penas, de la vejez, del desgaste, las ideas de odio, de envidia y de venganza.

Ante la alegría espiritual; ante los placeres morales; ante lo bello y lo bueno; ante un corazón arriesgado; ante una voluntad que afirma su dominio á cada instante diciendo: *yo soy, yo puedo, yo debo*, retrocede la muerte.

Cuando se piensa en la muerte con tranquilidad, como lo han hecho todos los hombres superiores que he citado; cuando se ve en ella el fin de una lucha y el comienzo

de una paz que revela el rostro muerto—paz de que sólo gozan las facciones humanas en ese trance,—casi se la declara sublime.

La naturaleza parece empeñarse en embellecer el cuerpo en el momento de expirar, sobre todo eso sugestivo que los poetas en su ternura por lo bello llaman la ventana del alma. Las facciones más feas adquieren entonces cierta belleza tranquila que indica la inmutabilidad, el silencio, lo augusto del Infinito.

¿Qué hay tras esa paz; qué existe allende esa serenidad?

Quisiéramos adivinarlo; pero, como todo lo muy grande, ese supremo secreto sólo se revela tras los sufrimientos, el dolor y la angustia más intensa.

La misma grandeza del más allá le presta esa serenidad, esa tortura, esa crueldad inexplicable que todos conceden al morir.

La muerte es un fin relativo, no en absoluto; lo siente el corazón instintivamente: es un comienzo para algo que nuestros sentidos aún no perciben.

Quizá cuando la humanidad sea más buena y más hermosa que hoy y que ayer, la madre de la ciencia—la naturaleza—rasgue el velo; entonces no se la temerá con espanto, sino que se la mirará con alegría, la más elevada de todas las alegrías, de quien destruye algo inútil.

Si no hubiera en nosotros algo que sobreviviera al cuerpo, ¿á qué la ley estricta y precisa del deber, que generalmente no nos conquista toda la felicidad posible? ¿A qué tantos esfuerzos por ilustrarnos, por espiritualizarnos, por elevarnos al divino nivel, que señala en todo momento la razón? ¿A qué todos estos afanes que tienen por fin dominar la materia, elevarnos sobre la mera sensación, sobre cuanto parece disgregarse y variar sin cesar? El alma es inmortal. El sistema nervioso, ese principio de desarrollo, es una prueba irrecusable de ese hecho. La

muerte es un estado transitorio, un paréntesis en la ascensión del ser.

Por la muerte nuestra alma va hacia una región donde en placeres puros y continuos se nos revela el enigma del Universo, según el grado de la elevación de nuestro pensamiento y de nuestro corazón.

Por ella la belleza eterna va á realizarse, nuestros mejores ensueños van á cumplirse.

La oscuridad y la muerte están juntas; la luz y la vida son hermanas.

Luz, mucha luz, en la vida, como luz para dormir en la tierra y despertar en la eternidad.



A ÉLISEE RECLUS

Au savant géographe, le plus profond et illustre de tous, à un des auteurs que mon jeune esprit et cœur sensible aiment le plus à lire. Je ne puis dire combien vous et votre frère Onésime m'ont fait aimer la France physique, morale et intellectuelle!

C'est encore votre noble pays de naissance qui compte plus d'esprits libres et de cœurs qui éprouvent pour les maux de l'humanité la plus intense sympathie. Nous devons aux philosophes de la Grèce moderne les idées qui toujours s'illuminent davantage avec des rayons de l'infini: *l'humanité comme nation; — la terre pour patrie; — la science* — aussi austère, belle et bonne que mainte religion antique ou moderne — pour *connaissance suprême*.

Depuis la publication de mon dernier livre, j'ai bien évolué, mais encore je ne suis pas arrivé au seuil de vos idées, quoique la grandeur de vos pensées et la beauté claire de votre style, me causent admiration.

Votre œuvre entière est aussi belle que les levers du soleil, près de l'Acropole.

Avec les hommages d'un jeune écrivain de l'Amérique du Sud, qui est aussi votre frère, très petit, je vous dédie cet essai,

Albert Nin Frías.

ENSAYO SOBRE

«EL ARROYO»

DE ELISEO RECLUS

SUMARIO: Reflexiones sobre la literatura del Norte.—Impresión profunda que deja «El Arroyo».—La vuelta á la vida sencilla y natural.—Historia de uno de los accidentes más encantadores de la naturaleza.—Escribir con amor.—Citas sobre la admiración á la naturaleza: Taine, Reclus.—Influencia de las aguas en la humanidad.—Final: Paralelo entre Tennyson y Reclus.

«Les âmes passionnées et concentrées ont un sentiment profond des beautés de la nature.»

TAINÉ.

¡Oh literatura de los hombres del Norte! Es cierto que tú eres la más bella de cuantas fijan las bellezas del alma humana, porque tú tienes una intención elevada, porque cuanto cantan tus bardos y dicen tus filósofos está cubierto de un ropaje idealista. La literatura es un arma que puede destruir en un ser lo más noble; al mismo tiempo es un escudo, que en las horas de cruel tentación, puede defenderle del vicio y del crimen: por ello desearé que siempre adornen los literatos con los esplendores de la imaginación y las luces de la poesía, aquello que serene el alma y que le haga desear lo mejor.

*

No puedo definir todo lo que el pequeño libro de Reclus ha agitado en mí de bueno, de cierto y de hermoso. Lo releo á menudo. Su lectura es un reposo para el alma, pues «lo recóndito de la naturaleza y del arte se halla en la sencillez.»

Leyendo «El Arroyo» se vuelve á amar la vida sencilla y natural; á la naturaleza, que es nuestra mejor

amiga después de los libros hermosos. Amémosla siempre, y cuando nos encontremos cansados del mundo y de la vida de lucha, vayamos hacia ella, contemplemos el mar, el bosque, el sol: son ellos quienes nos darán coraje para vivir felices.

«El Arroyo» es la historia de uno de los accidentes más encantadores de la naturaleza.

Parece increíble aunar la moral con la geografía, la historia con la más hermosa poesía; sin embargo, Reclus lo ha logrado, y con una perfección del todo ática.

Nos describe el arroyo desde la fuente donde nace, hasta el río en que se pierde.

En lenguaje preciso y bello nos cuenta que la historia de un arroyo, hasta del más pequeño, que nace y se pierde entre el musgo, es la historia del infinito. Con esta misma elocuencia pinta al agua del desierto; al torrente de la montaña; la gruta; la sima; el barranco; los manantiales del valle; las corrientes y las cascadas; las sinuosidades y los remolinos; la inundación; las riberas y los islotes; el paseo; el baño; la pesca; el riego; el molino y la fábrica; la navegación y la armadía; el agua de la ciudad; el río y el ciclo de las aguas.

Allí todo está descrito con amor, ciencia y poesía; de vez en cuando el grande hombre ilustra la narración con alguna experiencia de su vida accidentada. Los recuerdos de una niñez curiosa y arrojada, en la cual se adivina el futuro heroísmo físico y moral del hombre, surgen risueños, prestando á las hermosas lecciones de geografía y cuanto se le asocian, esa singular belleza de las memorias y diarios íntimos de los seres que admiramos.

Los niños, los jóvenes son los que más aman la naturaleza y la libertad que inspira; por eso á ellos se dirige en este libro. Al hablar de la fuente, y como es natural en su alma de poeta, recuerda el cuadro encantador de Ingres:

«Feliz ella; no sueña en nada; pero su dulce mirada nos hace soñar á nosotros, y, á su vista, nos prometemos ser sinceros y buenos hasta ser su igual, y su virtud nos fortalece contra el mundo odioso del vicio y la calumnia.»

Esto recuerda un pensamiento del sabio amante de la naturaleza que fué Taine: «Ô mère silencieuse et endormie, que vous êtes calme et que vous êtes belle, et quelle sève immortelle de félicité et de force coule encore, à travers votre être, avec votre paisible sang!»

Estas dos estancias del gran himno que han elevado todos los grandes hombres á la naturaleza, son de las más bellas y serenas.

Mirar con emoción el cielo estrellado, el mar inmenso, el río risueño y agreste; breve, á la natura en cualquiera de sus manifestaciones, es dirigir una oración al Infinito. El culto de lo bello empezó por la adoración de las cosas naturales.

En otra parte de «El Arroyo», insistiendo sobre la importancia del agua, del arroyo, en el desenvolvimiento humano, dice:

«Costumbres, religiones, estado social, dependen, sobre todo, de la abundancia de aguas corrientes... Las naciones de Europa han llegado á ser las más morales, las más inteligentes y las más felices, no porque lleven en sí preeminencia alguna, sino porque gozan de un mayor número de ríos y fuentes y sus cuencas fluviales están más felizmente distribuidas.»

He aquí una verdad histórica, enunciada con sencillez. ¡Cómo deleita leer párrafos semejantes! Reclus, cual un genio de las leyendas árabes, paseándonos por la costa del arroyo, de repente hace aparecer un gran panorama histórico; las leyes sublimes que rigen á la humanidad le interesan más que los hombres individualmente.

El capítulo titulado «El Paseo», es ciertamente una deliciosa excursión. Escuchemos al geógrafo encantador; tan sugestiva es su descripción, que junto con su alma nos transportamos á las pintorescas comarcas que evoca:

«Para saborear todo cuanto ofrece de delicioso un paseo por la orilla

del arroyo, es preciso que el derecho de la pereza haya sido vencido con el trabajo, y que el espíritu cansado tenga necesidad de adquirir nuevo aliento contemplando la naturaleza. El trabajo es indispensable para quien desea gozar del reposo.»

Más adelante prorrumpo en este himno triunfal al aire libre, al espectáculo de la naturaleza:

«La belleza del cielo, del agua que corre y la verdura de las plantas, nos extasia. En este renacer del año, nos sentimos como transportados hacia la juventud del mundo y al nacimiento de la humanidad. A pesar de los siglos pasados, nos sentimos jóvenes como los primeros mortales, despertando á la vida en el seno de la madre bienhechora; hasta somos más jóvenes que ellos, puesto que tenemos plena conciencia de nuestra vida. La tierra es hoy tan bella como el día que nutría á los Centauros, y nosotros, más que esos monstruos, llevamos en nuestro pecho un corazón de hombre.»

¡Oh juventud del mundo, oh juventud del alma, oh juventud perenne del corazón: cuán feliz se es con esos tesoros!

A menudo Reclus recuerda á Grecia, y á la ciencia que promete mejorar la suerte de las sociedades. A la primera sólo se refiere con afecto:

«La altiva ciudad griega, y con ella la admirable civilización de los helenos, que continuará resplandeciente á través de la Historia, se explica en gran parte por la forma de la Hélada, donde numerosos lagos, separados unos de otros por colinas y elevadas montañas, tienen cada uno su pequeña familia de arroyuelos y de valles.» «Por el inmenso amor que hacia todo lo nuevo sentimos,» — quiere con pasión la previsión que da la ciencia. «En la ciudad futura, dice, lo que ella aconseja harán los hombres... Bien utilizada una catarata, como la del Niágara, animará las máquinas suficientes para realizar todo el trabajo de una nación.»

La leyenda de Prometeo se realiza: el hombre roba á la esencia de las cosas todos los secretos, pero «en su amor á la justicia, la humanidad, que cambia incesantemente, ha empezado ya su evolución hacia un nuevo orden de cosas. Estudiando con calma la marcha de la historia, vemos el ideal de cada siglo convertirse en la realidad del siglo siguiente, vemos el ensueño del utó-

pista adquirir forma precisa, para hacerse necesidad social en la voluntad de todos.»

También abundan las hermosas sentencias morales en el curso del libro, y así nos dice que «la naturaleza revela su fuerza por sus agentes más débiles.» En lo moral acontece algo semejante. Los hombres que han marcado un rumbo á la sociedad, salieron del pueblo, de padres pobres y sin títulos.

El capítulo que cierra el librito, leído con la emoción continua de lo bello, merecería transcribirse por entero. El circuito de todas las aguas le sugiere la imagen de toda vida y el símbolo de la inmortalidad:

«Lo mismo que el hombre, considerado aisladamente, la sociedad en conjunto puede compararse con el agua que corre. A todas horas, en todos los instantes, un cuerpo humano, una simple millonésima parte de la humanidad se rinde ó se disuelve, mientras que por otra parte sale un niño de la inmensidad de las cosas, abre sus ojos á la luz y se convierte en ser pensante.»

He terminado el libro. La impresión final me recuerda la que dejaron por largo tiempo las poesías de Tennyson. ¡Oh, cuánto se parecen en espíritu estos dos genios! El elogio del uno es la apología del otro. La poesía de Tennyson deja imperar en el ánimo una bella tranquilidad que desearía uno prolongar indefinidamente. La pasión rastrera, la voluptuosidad criminal, el deleite malsano jamás parecen haber turbado su serena alma de hombre superior. La naturaleza de su pintoresca patria, ora dorada por el suave sol de estío, ya cubierta de blanca nieve, es reproducida maravillosamente en sus poemas. Así Reclus evoca á cada paso la imagen de Francia, su hogar cuando era niño; el bello país que, salvo en Onésimo Reclus é Hipólito Taine, no ha encontrado un pintor en palabras más preciso. Así él, también, aunque hombre de ciencia, siente amanecer en el corazón un anhelo gigante por el mejoramiento individual. Se percibe que

el alma, cumpliendo con la justicia, debe estar en armonía con el cosmos; después de un acto justo, la vida adquiere toda su belleza, oculta tras los nobles y buenos pensamientos, las acciones puras y la vida sencilla y laboriosa.

«El Arroyo» — ¿para qué repetirlo? — es un libro sublime, escrito por un alma cuya religiosidad trae al recuerdo la fe pura de los primitivos helenos en las fuerzas naturales.

Todo niño, todo joven, todo hombre que aspire á sentir lo bello y á pensar por sí, debe leerlo, para asimilar lo que hay allí de hermoso, de sano y religioso en el amor á la naturaleza.



(Á PROPÓSITO DE «EL CÁNCER DE LA RAZA LATINA»)

SUMARIO: Un acto de juventud. — La grandeza del protestantismo. — No todas las naciones latinas están en decadencia; v. g.: Italia, Francia. — Confusión entre la religión y el decaimiento de los latinos. — Influencias que afectan el desarrollo de las naciones; las causas fisiológicas; fenómenos cósmicos; las leyes cíclicas. — La evolución aplicada á los pueblos. — Unidad de las razas. — Deber de los individuos aparte de las consideraciones de nacionalidad. — Cuál es el remedio de la decadencia. — Consejos de Reclus á los luchadores. — Una gran ley histórica. — Buckle. — El clima; factor histórico; las relaciones comerciales. — Theobald Rogers: el sentido económico de la historia. — Caracteres de los pueblos meridionales. — Opinión del *Times* sobre el catolicismo. — La aplicación de una idea de Bagehot. — La religión en Grecia, según Tigrane Yergate. — Enseñanzas áureas para estos pueblos. — A qué se dirige el alma de la humanidad. — León XIII; su política. — Esperanzas católicas. — La acción social de la ciencia. — Los nuevos factores: el socialismo y el anarquismo; el espíritu de duda. — Falsos espejismos. — La evolución del futuro. — Comparación entre el cristianismo puro y el catolicismo. — La religión de Cristo. — El amor hacia él.

Al doctor Juan F. Thomson.

Este folleto es un acto de juventud y valentía: lo sugiere una fe firme en la bondad y utilidad de las ideas protestantes.

Esa fe debe ser simpática á todo intelectual liberal: por ello el problema analizado en páginas harto breves, me merece este aplauso; digo páginas breves, porque el asunto es harto complejo y para agotarlo fuera menester escribir

obras voluminosas. Del alma sale el grito de Azarola Gil, y la emoción es breve, fugitiva; más tarde su cerebro hablará en un estudio más detenido.

Sobre la grandeza de la idea protestante nada diré. En el amor á Jesucristo descansa y en el corazón humano halla la plenitud, religión libre y austera, como dijera Taine, cuyo mejor elogio es el culto de los protestantes por el espíritu de familia, el respeto del matrimonio y una gran pureza de costumbres. Y con esas reflexiones expreso todo el placer con que vería aumentar el elemento protestante en la América Latina, tierra de promisión para la sociedad del futuro.

¿Qué cosa mejor se puede ofrecer á un pueblo que esta religión, causa de todos los adelantos de que se ven privadas las naciones latinas y católicas? Muchas ventajas tiene la Reforma para los pueblos de Sud-América:

1.º Los pone en contacto con gente del Norte, progresa en la senda moral y material.

2.º Les despierta las facultades dormidas, como son: la reflexión, el carácter, la voluntad.

3.º Les aleja de los partidos tradicionales.

4.º Tiende á inculcar entre los hombres un hondo espíritu de concordia, fraternidad y democracia.

5.º El protestantismo concurre más eficazmente á la regeneración espiritual y moral.

6.º Desarrolla algo que ha casi destruído la Iglesia por su exclusivo apego á las formas externas del culto y la privación de leer las Sagradas Escrituras: la vida espiritual.

7.º Responsabiliza á los feligreses de la marcha y progreso de su congregación.

8.º Hace de los cristianos, no seres pasivos, sino sacerdotes activos.

El mundo social necesita un largo reposo, después de las mil cruentas guerras que han assolado la tierra; ha

menester de la tranquilidad, que, en medio del bienestar, lo gué al estudio de sus poderes espirituales, aún dormidos. La humanidad se parece todavía á Pablo de Tarso y á Tomás el apóstol antes de la experiencia que asentó su fe inquebrantable en lo invisible. ¿Quién podrá infundirle todas estas cosas santas y buenas; quién darále felicidad sino el Evangelio, que en uno de sus capítulos más bellos refiere las palabras inolvidables de Jesús: «venid y reposad un poco»?

El sentimiento de laxitud que ocasiona la vida exclusivamente intelectual y física, es lo que nos trae á Cristo. El Evangelio es el llamado del alma universal á los hombres; ella quiere para nosotros la paz, la calma, la bondad, la alegría basada en la conciencia recta.

El vigor del principio protestante queda suficientemente demostrado. El himno triunfal de Lutero aún puede cantarse en son de victoria:

«Una segura fortaleza es nuestro Dios.»

A pesar de la descreencia, de la indiferencia en materia religiosa y moral, el apostolado laico y el pastorado trabajan activamente por la salvación.

La historia contemporánea contiene en sus anales áureos una fuerte mayoría de protestantes sinceros.

A ellos se deben en gran parte los inventos domésticos de esta época: Stephenson, Fulton, Watt, Cartwright, Morse, Whitney, Palisse, Drake y otros. Los misioneros más intrépidos han pertenecido á esta noble familia. Entre ellos David Livingstone ocupa el primer lugar. Su vida es un alto ejemplo:

«David Livingstone, á la edad de diez años, trabajaba en una fábrica de algodón cercana á Glasgow. Con parte de su salario de la primera semana, compra una gramática latina. Estudia por la noche, hasta que su madre le obliga á acostarse para que se levante á las seis de la mañana para ir á la fábrica. Coloca su libro sobre un banco de hilar, para poder aprender su lección mientras trabaja. Logra con sacrificio pasar las clases de medicina, griego y teología, en Glasgow. Es nombrado miembro de

la Facultad de Médicos y Cirujanos. Estaba preparado para servir en China, mas la guerra se lo impidió. Entonces, bajo los auspicios de la Sociedad Misionera de Londres, fué enviado al África, donde construyó casas, abrió canales, fundó escuelas, cultivó campos é hizo exploraciones por todas partes. En una palabra, plantó los gérmenes de la civilización y el cristianismo en el negro continente. A su muerte se conmovió toda la Europa, y en la Abadía de Westminster, donde reposan los nobles y los grandes de Inglaterra, no hay otro lugar más impresionante que el sepulcro de Livingstone, el civilizador cristiano del África. Aquel niño escocés de la fábrica de algodón había llegado al apogeo de sus posibilidades.»

Gladstone no tiene rival como hombre de estado cristianísimo en su vida de hogar y en su pensamiento. Hombre de una poderosa mentalidad, orador, dotado de esa elocuencia que arrastra por estar al servicio de la justicia y de la belleza eterna, todo lo fué, pero ante todo un buen cristiano, que, cual el piadoso gobernador de Indiana, hubiera dicho al tener que abandonar un deber religioso:

«Mi más grande pesar es tener que renunciar á mi Escuela Dominical.»

Capaz de las mayores noblezas de alma, Gladstone era muy partidario del descanso dominical, costumbre que conservan fielmente las naciones protestantes. Dijo á este propósito en una ocasión:

«En el curso de mi vida, tan llena de trabajo, he experimentado notablemente los beneficios, tanto morales como físicos, que aporta el descanso dominical. Es casi imposible exagerar su valor, y nada hay que desee tan ardientemente para el bienestar de los obreros de esta nación, como el que tengan más en aprecio el domingo, y esto no sólo en el sentido material, sino también en otros sentidos más elevados.»

Washington y Lincoln son otros ejemplares de la probidad, de la entereza, de la voluntad para el buen gobierno que da la fe cristiana.

La Ciencia halla sus más apasionados cultores entre los reformados:

Froebel y Pestalozzi son los maestros del método moderno de educar la infancia.

Edison inventó, entre otras cosas, el teléfono y el fonógrafo, y descubrió la luz eléctrica.

Brush inventó el dinamo, por el cual se gradúa la electricidad.

Nobel inventó la dinamita.

Sholes ideó la máquina de escribir.

Gail Borden preparó la leche condensada.

Ericsson inventó los torpedos.

Hawe y Krupp y Carnegie llevaron la fundición del acero á su perfección actual.

Raikes estableció la primera Escuela Dominical, institución que hoy día da enseñanza cristiana á millones de criaturas.

Burritt fué quien llegó á poseer más idiomas, cerca de cincuenta.

Marconi es el inventor del telégrafo sin hilos.

Gutenberg fué el inventor de la imprenta, la cual, mediante Hoe, hace 30.000 impresiones por hora en la máquina rotativa.

Stephenson dió al mundo los caminos de hierro.

Watt descubrió la ley del vapor.

Fulton aplicó el vapor á la navegación.

Cartwright inventó el telar mecánico.

Francklin descubrió y encadenó la electricidad.

Morse inventó el telégrafo.

Arkwright inventó la máquina para tejidos de algodón.

Howe inventó la máquina de coser.

Whitney inventó la máquina para desmontar algodón, máquina que hace el trabajo de tres mil mujeres.

Newton descubrió la ley de la gravitación, revolucionando así el mundo científico.

Harvey descubrió la circulación de la sangre.

Jenner descubrió la vacuna, que salva anualmente millares de vidas.

Howard fué el promotor en Europa del moderno sis-

tema penitenciario, en contraposición del antiguo de inhumanidad y horrores.

Oersted descubrió el electro-magnetismo.

Braidwood fundó el primer asilo para sordo-mudos.

Drake descubrió é introdujo el uso del kerosene.

Mc-Cormick inventó la maquinaria para trillar trigo, etc., que rinde sólo en Estados Unidos más de cincuenta millones por año.

Clayton y Mardoch aplicaron el gas carbónico á la producción de luz artificial.

Bach es el fundador de la música moderna, sus piezas é himnos son grandiosos.

Palissy descubrió la aplicación del esmalte.

Livingstone fué el primer explorador del África Central.

Los dos Herschel iniciaron una nueva era de la astronomía por sus descubrimientos y escritos.

Max Müller es la primera autoridad en idiomas y religiones orientales.

M. Pierre Curie, que acaba de compartir con su esposa el premio Nobel, por el descubrimiento del radium, es protestante y originario de Montbéliard.

El gobierno acaba de votar un crédito de 18.000 francos para permitirle crear en París una nueva cátedra de enseñanza científica.

Las familias pastorales han sido en su mayor parte modelos. Los descendientes de Emerson habían sido pastores durante cinco generaciones, y él mismo lo fué. Jaime Russell Lowell hizo su aprendizaje para la vida en casa de un pastor. Oliver Wendell Holmes, el gran humorista, comenzó á poetizar en el curato de su padre. Henry Ward Beecher descendía de un venerable pastor de gran inteligencia.

Entre los literatos ingleses hijos de pastores, se encuentran Addison, Thomson, Goldsmith, Coleridge, Young, Cowper, Montgomery, Heber y Tennyson, acaso el más

célebre de todos. Swift, Macaulay, Thackeray, Kingsly, Dugald Stewart, Reid, Abercrombie y Mateo Arnold también lo eran. De los hombres contemporáneos hallamos á Lord Charles Beresford, Lord Curzon, Cecil Rhodes, W. T. Stead, Anthony Hope, R. D. Blackmore, Henry James, Marcus Dods y Grant Allen.

Un sincero historiador, T. Rogers, dice en su libro admirable «El sentido económico de la Historia»:

«Los países industriales han estado siempre dispuestos á aceptar las ideas nuevas, como se vió, por ejemplo, en Tolosa, en Flandes y en la Inglaterra oriental.»

El hecho de ser Inglaterra donde se instituyó la Sociedad Bíblica, asevera contundentemente esa ley histórica.

En esa nación de incomparable energía para las actividades más dignas, se ha celebrado la apoteosis del *Libro Santo*. Para glorificarla se reunirán los cristianos el 7 de Marzo de todos los años por venir; también lo harán recordando á su mejor amiga, la *Sociedad Bíblica*.

Un libro sería escaso para referir la impresión profunda que ha producido su lectura en la humanidad.

La Biblia es el órgano de la religión hebrea y cristiana, y, por consiguiente, de sus dos ramas: la católica y la protestante. Esas creencias pertenecen á la raza humana superior.

Para 166.000.000 de protestantes, la Biblia es el libro más venerado y más leído: se le considera el tesoro del hogar.

Para el numeroso clero católico, que creo asciende á 300.000 individuos, representa lo propio. Sensible es que no sea también el libro popular del pueblo católico. Jesús había estudiado las Escrituras, y como él debemos hacerlo, so pena de ignorar las verdades eternas.

En el Evangelio de Juan 5-39, se lee este consejo áureo: «*Escudriñad las Escrituras; porque á vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna y ellas son las que dan testimonio de mí.*» La vida interior se desprende del

conocimiento bíblico. Ello es necesario para decir con Pablo: «No ya yo vivo, sino que vive Cristo en mí.» (Gálatas, 2-20.)

De esta manera sencilla podemos experimentar ampliamente la unión con algo mayor que nosotros, y en esa convicción hallar nuestra paz más perfecta, como diría el profesor Guillermo James, uno de los psicólogos más notables de nuestros días.

Partiendo del más rudo positivismo, este filósofo probó y sincero ha llegado á la luz.

Inglaterra y Estados Unidos son nobles en ser agradecidos: á la Biblia deben mucho de su grandeza y prosperidad.

El espíritu religioso firme y tranquilo que ha comunicado la Biblia á esos dos pueblos, les ha vuelto felices, prósperos y progresistas. Aun en las almas que pudieran aparecer alejadas de la fe y la religión, se encuentran rastros sublimes de esa religiosidad indeleble que imprime el Libro Sagrado á sus lectores.

Así encontramos en los escritos de Roberto Luis Stevenson esta oración, sólo comparable con los más espléndidos salmos:

«Te rogamos, Señor, de mirar hacia nosotros con favor, multitud de muchas familias y naciones reunidas al amparo de la paz de este hogar, hombres débiles, sólo subsistiendo bajo la protección de tu clemencia, Ten paciencia aún; súfrenos todavía por un poco de tiempo; — deshechos nuestros propósitos de enmienda, con nuestros vanos esfuerzos contra el mal, permite que vivamos aún y, si puede ser, ayúdanos á ser mejores. Bendícenos con tus extraordinarias mercedes; y si llegara el día en que debieran sernos retiradas, impúlsanos á portarnos como hombres en medio de la aflicción. Está con nuestros amigos y está con nosotros. Ve con cada uno de nosotros á descansar; si alguien despierta, cálmale las horas sombrías del insomnio; y cuando vuelva el día, vuelve Tú con nosotros, nuestro sol y nuestro refrigerio, y despiértanos con caras matinales y con corazones que tengan la frescura de la mañana — deseosos de *trabajar* — anhelosos de *felicidad*, si la ventura es nuestro lote, — y si el día está destinado al dolor, fuertes para sobrellevarlo. — Amén.»

De esta manera hermosa sentía el autor de la «Isla del

Tesoros», las verdades eternas, alejado del mundo civilizado en Samoa.

El amor al hogar, á la Biblia y al trabajo es causa de esa literatura moral.

El hogar es la aspiración de los lectores bíblicos; el hogar, que es luz, vida, belleza y armonía, refugio de los mejores sentimientos humanos.

El sentimiento del hogar en los hombres de Estados Unidos es una fuerza nacional, según el gran orador Webster.

Sudamericanos, medita la grandeza moral y física de Estados Unidos é Inglaterra, y veréis cuánta falta hace en este continente ese espíritu serio y fecundo, verdadera bendición de la Biblia y de la Reforma.

En esto somos hermanos en la idea con Azarola Gil, pero no así en su pertinaz afirmación de la decadencia absoluta de la Raza Latina.

Quien sólo observe á la patria de Loyola y Felipe II, así podrá pensarlo; pero por felicidad de la noble familia latina, aún subsisten luminosas y en plena primavera de su genio inmortal: Francia, patria de los siempre simpáticos é intelectuales hugonotes; Italia, la grande Italia que vió nacer á Galileo, á Giordano Bruno, á Savonarola, cuya alma vuelve á retoñar como en los tiempos fecundos del Renacimiento. ¿Quién puede afirmar que la raza latina decaea, mirando á Italia y su progreso social, intelectual y material? Sus hombres de letras, como D'Annunzio, el menos cristiano de todos; D'Amicis, corazón de oro; Matilde Serao, Fogazaro, Roveta; Giacosa, el dulce y suave dramaturgo de *Come le foglie*; la gran Ada Negri, poetisa de las más grandes que ha producido la literatura social, manifiestan el vigor de su alma literaria. Sus filósofos, que son legión: Garofalo, Barzelotti, Lombroso, Sergi, Ferrero; sus sabios mundiales, como *Luciani*,

el fisiólogo eminente; Tesla, el electricista, y el joven Edison de los latinos, el inventor de la telegrafía sin hilos, *Marconi*. Su rey, que es joven, bueno é inteligente; su corte, que es modelo de sencillez y cultura. Italia no es, no, un miembro muerto de la noble Venus de Milo que podría simbolizar á nuestra raza; Italia desmiente la decadencia de los latinos; Italia, y antes que Italia la admirable Francia, han demostrado al mundo que en todas las actividades el latino es igual al germánico. Se dice con superficialidad que Francia es frívola, y sin embargo el espíritu francés aun hace ley y prepondera con su literatura seria, obra de los Víctor Hugo, de los Lamartine, de los Taine, de los Sainte-Beuve, de los Quinet, de los Michelet, de los Amiel, y de los Guyau. Por debajo de la corriente de frivolidad corre una tendencia pura hacia lo más noble del alma humana. Quien no piense así, lea al gran hombre de bondad infinita y de inteligencia genial que es el más ilustre de los geógrafos modernos, Eliseo Reclus, y á su hermano Onésime, hijos de un protestante; al pastor Wagner, á Franck Thomas, el gran predicador ginebrino; á Sécretan, á Sabatier, á Gláden, á Edouard Neuville, á todo ese ejército de hombres superiores, que hacen de la Francia intelectual la nación más querida y estimada de la tierra. Aun Zola, en momentos que deja revelar su alma, es altamente patético, siente la horrenda miseria humana que anota como filósofo y observador. No, Francia, esa Francia de los grandes caracteres, no quiere «aturdir con cascabeles á todo espíritu que quiere pensar (1).»

Además, en el momento histórico actual, el arte musical, el pictórico y la escultura deben su esplendor á las tres naciones latinas.

En ciencias, Pasteur, Roux, Cuvier, Faye, Le Verrier,

(1) E. RECLUS: *Evolución y Revolución*, págs. 61-62.

Claude-Bernard, Bichat, Gay-Lussac, Berthelot, Moisan, Pictet, Ampère y otros, pueden contarse al lado de los Newton y Herschel que cita Azarola.

Es lástima grande que, en su afán de describir los males del catolicismo, Azarola Gil haya olvidado las grandezas de su raza. En absoluto, no es sólo de una religión que deduce su origen la decadencia de un pueblo ó de una raza. Así nos lo demuestra la filosofía de la historia. En la Edad Media y hasta los dinteles de la historia contemporánea, eso pudo haber sucedido, pero hoy vano es aseverarlo. El imperio del catolicismo no es ya la maléfica influencia de la inquisición; los fanáticos son los menos y la instrucción disminuirá su número cada vez más.

Las naciones decaen por las mismas causas fisiológicas que los individuos: éstos nacen, se desarrollan y mueren; aquéllas hacen lo propio.

También los fenómenos cósmicos influyen sobre la historia de los pueblos.

«El máximo de energía vital se halla en relación directa con el mínimo de temperatura, y en días de calma la vitalidad humana es menos intensa y la moralidad mayor á causa de la disminución de energía vital que se produce en que la atmósfera se halla en reposo. Es decir que la moralidad está en relación con las funciones de la salud y del vigor.»

Éstas son las conclusiones de la ciencia y á ellas debemos atenernos más que á las afirmaciones *à priori*.

Por otra parte, un erudito alemán, el doctor Zasse, «ha demostrado la existencia de una ola cíclica de marcada actividad, que ha recorrido los pueblos del Asia Oriental, Central y Occidental, Europa Oriental, Occidental y Egipto, en períodos regulares de 250 años.» Las naciones están sujetas á esas leyes cíclicas, y todas participan de una evolución que ofrece períodos de extremo progreso, de esplendor; luego, más tarde, de estacionamiento, para concluir en una decadencia, principio á veces de una nueva evolución progresiva. Francia, Italia, España y sus co-

lonias, naciones latinas, católicas ó meridionales, como quiera que se las caracterice, obedecen en su vida á esas leyes incommovibles é inapelables. Hasta la guerra del 70, el cetro de Europa pertenecía á Francia, entonces la nación más brillante y más comercial; después, las naciones del Norte, protestantes ó germánicas, han ocupado su sitio en el mundo: fenómeno perfectamente explicable. Dentro de algunos años, quizá Alemania é Inglaterra cedan su grandeza á los de su prole que se hallan establecidos en la América del Norte, Australia y África. Y aplicando estrictamente la ley del *ricorsi* de Vico, se puede profetizar el próximo florecimiento de una nueva civilización en la América Latina, y aun, yendo más lejos, llegará el día del renacer en el Asia, cuna de la actual Humanidad. La vanguardia de esa novísima civilización ya está en el Japón.

Seamos justos y serenos: latinos y germanos son europeos, y ante todo hombres, miembros de la gran familia humana.

Cada cual combata por el engrandecimiento de su pueblo, de lo que halle más próximo, y si cree, como es lógico, que la influencia católica es funesta, presente una religión mejor, más vigorosa, más de acuerdo con el supremo desiderátum de la sociedad y más del siglo; pero cuide de no fomentar odios, porque el odio sólo conduce al malestar moral, por más justo y sincero que sea, como en el caso que nos ocupa. El joven autor que con tan rara energía nos ha señalado el cáncer, debiera meditar en presentarnos el remedio; no basta decir la religión reformada: es menester describir esa religión, explicarla y hacerla querer como merece. Nada más hermoso puede pedir para sí el apostolado liberal-evangelista de nuestro amigo.

El evangélico E. Reclus aconseja que para luchar es preciso saber.

«No es suficiente lanzarse furiosamente á la batalla como cimbras ó teutones...; ha llegado la hora de prever, de calcular las peripecias de la lucha y preparar científicamente la victoria que nos traerá la paz social.»

Y el mismo filósofo, en su último elocuente libro, da fe á la bondad de la obra de emancipación en que está empeñada la juventud fuerte y enérgica de Azarola Gil y los jóvenes que le siguen. Dice con elocuencia ática y pensamiento de maravillosa precisión:

«Todo siglo de descubrimientos fué un siglo durante el cual el poder religioso y político estuvieron debilitados por la oposición, y en el que la iniciativa individual habia escapado á la opresión como esas matas de hierba que crecen entre las piedras de un palacio abandonado. Las grandes épocas del pensamiento y del arte que se suceden con largos intervalos durante el curso de los siglos, la época ateniense, la del Renacimiento y del mundo moderno, tomaron siempre la savia original en períodos de lucha incesante, que ofrecían á los *hombres enérgicos ocasión de combatir en defensa de la libertad.*»

La vida de los hombres está sometida á las influencias del clima y de la temperatura, como se ve, y hasta el mismo aspecto de la naturaleza, según Buckle y otros historiadores. Por eso los pueblos que viven en climas cálidos nunca podrán presentarse con los mismos atributos de los de temperatura fría; esos fenómenos son los que más influyen, aun mayormente que los morales y religiosos.

Además, las relaciones comerciales, la economía de un país, su industria que deriva de su clima y posición geográfica, también son factores en el desenvolvimiento humano.

No sólo Marx afirma el materialismo en la historia, sino que historiadores de ideas menos radicales y, por tanto, más de acuerdo con la verdad y los hechos, observan algo parecido. Así, Rogers habla del *sentido económico de la historia* y asegura que la guerra de las *dos rosas* no hubiera durado cien años si Inglaterra no hubiese ejercido en aquella época el monopolio de la lana, que Flandes necesitaba para sus tejidos.

Para explicar, pues, la decadencia aparente de las naciones latinas, hay que consultar también su sentido económico, resultado de las cualidades de sus hijos, que son bien distintas: viviendo en climas más templados, su imaginación es más viva, su sensualidad más despierta y su actividad más bien agrícola ó ganadera, intelectual ó artística, que industrial y mecánica. De un conjunto complicadísimo de causas y efectos ha surgido la psicología propia de esa raza que llaman latina, y que pudiera apellidarse con el mismo derecho germánica, pues es de ese origen.

The Times, diario intelectual por excelencia, reflejo de la más alta cordura de la inteligencia humana, habla así del *Romanismo* :

«La religión católica al empezar el siglo veinte, es tan incompatible con la vida religiosa de un pueblo libre como lo era hace cuatro siglos. Mientras que el Vaticano conserve su conocida actitud, hacia el libre pensamiento y el progreso, no se unirán las iglesias disidentes.»

Parodiando un hondo pensamiento de Bagehot, puede decirse de la Iglesia, con sobrada razón, que aún en su política y economía predominan el hechizo del dinero y del lujo sobre la luz del pensamiento y el encanto de la caridad.

Un escritor griego, Tigrane Yergate, el Taine de aquella literatura que aún conserva para sí el divino hechizo de la elegancia y la sencillez áticas, ha opinado de esta suerte, sobre la cuestión religiosa en Grecia y los países sometidos á la influencia helénica :

«La ortodoxia griega, como el paganismo, sólo se dirige á los ojos. No exige de los griegos ni la reflexión severa del protestantismo, ni la severidad mezclada con una exaltación vecina de la locura, á la manera católica.... La religión ortodoxa deja al hombre libre; ella es la religión de una democracia, mientras que el catolicismo representa la organización con el fin de establecer el dominio de una casta, la supremacía de un hombre.

«En Grecia no existe cuestión religiosa, porque la religión no está encarnada en el sacerdote. El clerical, el *cabotin*, especies tan feas y fre-

cuentes en los países latinos, son completamente desconocidos en Grecia. «La aniquilación del sacerdote ha vigorizado el sentimiento religioso en Grecia.»

Estas reflexiones preciosas pueden aclarar la norma del liberal, obrero de la emancipación religiosa.

Hay épocas en la historia, en que el alma de los pueblos, presa del cansancio y de la duda, se entrega con fuerza á las viejas ideas; ejemplo: los tiempos en que andamos.

El esclarecido Papa León XIII ha muerto en armonía perfecta con todos los gobiernos, los monárquicos especialmente. La Iglesia en apariencia florece como nunca: así lo afirma con la sonrisa y majestad del triunfo el sacerdocio publicista; ¿pero es absoluta verdad tanta belleza?

¿No es también cierto que la ciencia «está en vías de reivindicar la dirección moral y material de las sociedades»? ¿No se comprende que se ama como á una religión, á la ciencia, que ha contribuído tan poderosamente al desarrollo de la industria, de la riqueza y del bienestar? ¿No se ve á las claras que la rebelión aumenta: el socialismo se agiganta, el anarquismo crece, y que el protestantismo, «de más en más dividido,» siembran la duda y hacen vislumbrar nuevas esperanzas al alma humana, esperanzas que ni sospecha la Iglesia, rica é inexorable? El proletariado, las clases desheredadas, los que trabajan sin éxito, los cansados y desesperados, ya lloran, comprendiendo que para ellos de nada sirve golpear á las puertas de bronce del regio Vaticano; á otro puerto se encamina la ancha nave de la miseria. El esplendor del culto, la riqueza acumulada, el poder de las congregaciones, el éxito de la propaganda en Estados Unidos é Inglaterra—signos exteriores—pueden ofuscar al observador más imparcial; pero, con todo, «la revolución se aproxima en relación directa con el trabajo interior de las inteligencias.»

Está escrito que *el alma subirá á la superficie de la humanidad*. ¿Y entonces...?

Frente al poderío eclesiástico católico se alza el Evangelio, su sencillez frente al orgullo, su bondad infinita frente á la intolerancia y desamor; si el protestantismo sigue *la lux en el sendero* de Jesús, vencerá á la larga, porque el cristianismo, según dijo un eminente pensador, es la vida de Dios en la humanidad, el heroísmo de la filantropía.

Todas las doctrinas filosóficas, erigidas en sistemas sociales hoy conocidos, tienden á las bases del Cristianismo, aunque no acepten á su jefe Jesús, y de ahí que sean aliados de los protestantes en su obra emancipadora.

« Más que en ninguna época anterior tenemos razón para celebrar la venida de Cristo, pues más que nunca vemos los beneficios de su venida, estamos más cerca de la realización de la edad de oro. Esa edad no está en el pasado, sino en el porvenir. Jesús la acerca más y más. Su llegada es segura. « Las poderosas esperanzas nos hacen hombres, » dice Tennyson. La certeza de que el mundo se reformará, da entusiasmo y valor, y prontitud para despojarnos de nuestro propio egoísmo para la salvación del mundo. Glorioso es tener ante nos semejante visión, alegrándonos en medio de nuestros esfuerzos para mejorar el mundo, mostrando el planteado fleco á las tempestuosas nubes que nos descorazonan, y las derrotas temporarias que sufrimos (1). »

¡Cuánto campo para el Cristianismo aún en el mundo! No es sólo África el continente oscuro: todavía hay tinieblas en los centros de más alta civilización. No hay término para el progreso cristiano: es, como los poderes de la naturaleza, inexhausto.

« Con todas nuestras maravillosas invenciones del poder de la naturaleza, hemos recogido aún pocos rayos del mundo de la luz, pocas chispas del océano de bendiciones que Dios nos reserva (2). He aquí algunos datos respecto al crecimiento del Cristianismo :

(1) *Peluebt's Select Notes*, pág. 349.

(2) *Peluebt's Select Notes*, ídem.

| A. D. | CRISTIANOS | TÉRMINO MEDIO | TÉRMINO MEDIO DE GANANCIA POR AÑO |
|-------|-----------------|-----------------------|-----------------------------------|
| 1000 | 50 millones.... | | 50.000 |
| 1500 | 100 » | Duplicado en 500 años | 100.000 |
| 1800 | 200 » | » » 300 » | 450.000 |
| 1880 | 415 » | » » 80 » | 2.688.000 |

Todo renacimiento de energías arranca del espíritu. Las revoluciones interiores preceden á las externas. Los grandes filósofos de la historia lo han probado luminosamente.

« Bajo el reino de la inteligencia, la supremacía del sentimiento se hizo abusivo, y ella era su esclavo. De ahí provino la rebelión del intelecto contra el sentimiento. La tarea del nuevo sistema será de volver la inteligencia, no á la condición de esclava, sino de servidora dócil al sentimiento. »

Así reflexiona John Morley en su espléndido ensayo sobre Comte, y no es otro nuestro modo de pensar.

Una elevada inteligencia, Eliphaz Sevi, que fué perseguido por la misma Iglesia de quien era digno sacerdote, fijó de una manera lógica los tres principales errores de los católicos:

« 1.º Han creído imponerse por la fuerza á la razón, y aún á la ciencia, de la cual han combatido los progresos.

2.º Atribuir al Papa una infalibilidad, no sólo conservadora y disciplinaria, sino absoluta como la de Dios.

3.º Han pensado que el hombre debe empequeñecerse, anularse, hacerse desgraciado en esta vida para merecer la futura, mientras que por el contrario el ser humano debe cultivar todas sus facultades, desarrollarlas, engrandecer su alma, conocer, amar, hermohear su vida; porque esta vida presente es la preparación de la futura, y la felicidad eterna del hombre empieza desde el momento en que ha conquistado la paz profunda que resulta del perfecto equilibrio. »

Evitando estos errores, el Cristianismo moderno, manifestado en el Protestantismo avanzado, conquistará moralmente á la humanidad.

Amemos mucho á Cristo, tengamos presentes su vida y su doctrina; hagámosle amar, y Él nos guiará por las tinieblas que nos rodean!

saludables, un sacerdote protestante ha escrito varios libros acerca de este asunto, relacionados con las diversas épocas de la vida; una doctora-educacionista ha hecho lo propio para la mujer. Estos libros han sido estimados, en todo lo que valen, por aquel público inteligente y práctico.

Todos los hombres y mujeres célebres de Inglaterra aprueban lo bello y útil de esa obra regeneradora. Verdad es que hasta el obispo de Londres se ha ocupado de esta cuestión en una conferencia.

Así, en la sociedad uruguaya, donde los encantos juveniles están oscurecidos por tantos defectos, nacidos del desborde de las desenfrenadas pasiones, debiera llegar á ser una obrita clásica. En el hogar, en el cuartel, en el colegio, le cabe estar junto á los libros de Smiles, de Spencer, de Amiel y de Payot.

El clima, y con él «el perezoso enervamiento» que engendra; la pésima educación moral sin ideas cristianas ni sentimientos de veneración y de respeto; la falta de disciplina; la ausencia de una «voluntad firme y valiente»; las lecturas enervadoras del *Gai Paris*: todo se junta para entorpecer entre nosotros el libre juego del entusiasmo y la sinceridad juveniles. Y eso que somos uno de los pueblos más serios y morales de América.

No pudiendo el joven desenvolverse sanamente, torciendo los fines de su alma se engolfa en el piélago de los sentidos.

El objetivo de la vida humana se le ocurre que es el placer, y entonces, adiós deber, voluntad y felicidad dentro de las leyes morales.

En este libro, además de la opinión del autor, sincera y pensada, el lector encuentra también los testimonios y las ideas de los hombres más eminentes. No obstante, hace olvidado un decir de uno de los padres de la actual cultura, que habiendo agotado su potente análisis del arte,

de la literatura y de la historia, volvió la serena y escrutadora mirada hacia la inmoralidad reinante. Atribuyendo en gran parte á los matrimonios tardíos y al desamor los vicios de que adolece la sociedad francesa, dirigió estas palabras, que son todo un evangelio para la juventud:

«L'idéal sain, pour un jeune homme, est de fonder une famille, une maison de durée indéfinie, de créer et de gouverner.»

También la falta de ocupaciones absorbentes por parte de los jóvenes ú hombres de un país, puede resolverse en un estado continuo de desórdenes públicos y sociales. Que esto es regla entre nosotros, á nadie puede escapar. La juventud tiene aquí pocas ocupaciones recreativas, que á la vez sean verdaderamente saludables y morales. Y hay que recordarlo: una juventud que no ha conocido todos los íntimos goces de la salud, de la fuerza muscular, del ejercicio físico y corporal, se prepara una muerte prematura. Cuando la vida es más bella, por todos estilos, es en la juventud: entonces la salud nos ofrece sus divinos encantos; la alegría, el entusiasmo y la esperanza nos hace expansivos y buenos; es la edad en que debemos vigorizar nuestros pulmones respirando el aura pura de los campos y de las orillas del mar inmenso; es el tiempo de fortificar la voluntad por la costumbre; es la hora de pensar en que nos modelamos para todo el resto de la vida.

¿Cómo desarrollar y conservar todas estas bellezas en nuestra alma y nuestro cuerpo? La respuesta es sencilla y el medio fácil y agradable.

Amando los *sports*, los paseos campestres, las caminatas por la mañana, grandemente hermosas; herborizando, leyendo los divinos libros que hablan del deber, del carácter, de la ayuda propia, de la voluntad, de las cosas puras y nobles.

Es siguiendo esa ruta de dicha, que nuestra juventud puede ser feliz y madre de una vida útil y moral. Entre

todos los ejercicios que he señalado, el caminar es el más sencillo y tal vez el más útil en último término. Tiene las ventajas de todos los *sports* y ninguno de sus inconvenientes. Sabido es que la *bicicleta* daña los pulmones, preciosos órganos de la vida; que el *foot-ball* y el *polo*, para no citar sino los *sports* más comunes, suelen degenerar en juegos peligrosísimos. El caminar es sencillamente bello: se consigue sin esfuerzo, se anda lejos sin sentir, se observa alrededor de sí el paisaje que varía sin cesar, se respira naturalmente. ¡Oh, qué hermosos son los paseos á pie! No recuerdo nada que me haya producido un placer más puro que una excursión que hice cuando apenas podía reflexionar sobre la vida. Fué la subida de un monte en Saboya. A las ocho de la noche comenzamos á escalar la montaña, cubierta de un espeso bosque de altivos pinos. La espléndida luz de la luna alumbraba el camino. A medida que nos elevábamos, se descubría más y más un valle fértil, salpicado de aldeas pintorescas. Era la una cuando llegamos á la meta. Al día siguiente pudimos contemplar el más divino de los panoramas. A la tardecita bajamos por nuevos senderos; en la aldea nos esperaba un suculento almuerzo, y llevábamos en nuestra alma un recuerdo indeleble, recuerdo tan bello, que el tiempo sólo puede intensificarlo.

¡Cuán hermoso es recordar pasados días; cuán íntimo y encantador es volver á sentir lo que Rubén Darío llama las divinas sensaciones de la infancia!

¡Oh suprema belleza del campo, del bosque, del arroyo, de lo pintoresco, de los montes verdes y blancos, de las cascadas de los lagos! Todo eso que nunca envejece, que siempre es joven y sereno, me encanta y me habla de una dicha infinita. Paréceme volver á la niñez y pasearme saturado de alegría por el bosque secular de Windsor, por el río Támesis en bote, por la playa soberbia de Eastbourne, por la bahía de Nápoles, por Posílipo, Baia,

Pompeya, por los alrededores de Florencia la bella, por París, por el Mont-Dore, por Saboya, por Suiza y por Bélgica.

¡Oh las bellas selvas! Al penetrar en ellas el Sol se hace más cariñoso, los ruidos más suaves y nuestro corazón late al unísono con el gran corazón del espíritu universal. Ese ritmo secreto es el de la inmensidad.

Fácilmente entonces nos vienen á los labios las dulces palabras del poeta:

« Ven conmigo á vagar bajo las selvas
Donde las hadas templan su laúd. »

Muchos recuerdos parecidos llevo grabados, y son para mí fuentes de placeres tranquilos y elevados.

Hace dos años que dije, pensando en la vida poco natural, franca y amplia, que llevaban los jóvenes y estudiantes aquí:

El amor á la naturaleza no tiene adeptos entre nosotros. Un buen modo de inculcarlo sería formando clubs de peatones, con el fin de hacer excursiones por los suburbios de nuestra pintoresca ciudad, siempre con un objeto útil. ¡Cuánto ganaría la salud estudiantil, cuánto el cerebro, cuánto el país!

El empuje que da un conocimiento perfecto del mundo material y de sus armonías infinitas es incalculable. El hombre sólo entonces comprende científicamente su destino.

Las sociedades literarias, tales como las cervantinas ó dramáticas, el estudio de la música, las reuniones sociales más frecuentes, pueden servir como otros tantos medios de disminuir la corrupción juvenil. «El hombre es un hermoso animal,» decía un filósofo célebre; para domesticarle es necesario cansarle.

Nuestra vida de ciudad conspira de todas maneras contra la tranquilidad del sistema nervioso, que es el mayor enemigo. Uno de los fines, y no el menor, á que

tiende la educación inglesa, es fortificar los músculos, la voluntad, la resistencia, á expensas de los nervios.

Parodiando un proverbio antiguo, puede decirse con completo conocimiento de la fisiología y de la psicología: «dime el ejercicio que haces, y te diré si tienes salud.»

Recorriendo la vida de los hombres célebres, se ve cuán amantes de la naturaleza eran. Los grandes literatos de Inglaterra son pasionistas por ella; la mayoría vive en deliciosas casas de campo, centro de mil excursiones que conservan fresco y joven su cuerpo é imaginación. Raro es aquel que no sea un gran caminador.

En Suiza, la tierra clásica de las excursiones pedestres, los jóvenes aprovechan sus vacaciones en soberbios paseos por sus montañas, por sus bosques y sus lagos, que no tienen rivales en el mundo entero.

Allí, en ese feliz país, por ser un asilo del espíritu de familia y de la sencillez, la juventud es muy sana de cuerpo, alma y corazón. La Suiza fué la primera nación que entró en el movimiento de las misiones cristianas de jóvenes. Después del renacimiento religioso de 1817, los jóvenes se pusieron á escudriñar y leer la Biblia en común, constituyendo verdaderas sociedades. Las de la Suiza francesa se han unido á la gran federación que une á la juventud protestante del mundo entero. Hoy día la unión cristiana de jóvenes protestantes consta de 560.000 miembros, que se reúnen para orar, ayudarse mutuamente, practicar la caridad y aun para divertirse.

Estas sociedades morales también contribuyen á conservar las costumbres cristianas.

Y aquí cabe hablar de la oración como defensa contra los vicios. La oración es una meditación, una elevación sobre el mundo de miserias que nos rodea, es un ir á la playa de la eternidad. Decía un espíritu elevado: «dime tus oraciones, y escribiré la historia de tu alma.» Un pensador norteamericano que no me cansaría de citar por la

robustez de sus conclusiones, dice á este respecto: «El poder de orar ó comunión íntima con Dios, es realmente un proceso psíquico en que se hace un verdadero trabajo, fluyendo energía espiritual que produce efectos fisiológicos ó materiales dentro del mundo fenomenal.»

El pensamiento es lo más divino y poderoso que hay en nosotros; las ideas más insignificantes moldean los movimientos de nuestros cuerpos. Somos lo que pensamos ser. De ahí la necesidad ineludible de cuidar las más íntimas imágenes que se dibujan en la mente.

Los pensamientos elevados, los sentimientos altruistas, los bellos movimientos de los sentidos en el trabajo, — todos ellos forman para el hombre una atmósfera de pureza tan necesaria para la vida del alma, como lo es el oxígeno para la existencia física. La Iglesia Católica ha rodeado la cabeza de sus santos varones de una aureola que es el signo de su santidad.

En ese rasgo existe una gran verdad, y es la presencia de ese pequeño mar de nuestra esencia que llevamos en derredor nuestro.

Es poco cuanto se diga sobre los medios de defenderse contra la impureza; pero una cosa no admite réplica, y es el ejercicio de la voluntad como mejor ayuda.

La vida metódica dentro del *dulce domum*, el matrimonio cristiano como perspectiva en la vida del joven, el cultivo fecundo de nuestras energías, serán el complemento de las preciosas enseñanzas del librito de Celedonio Nin y Silva. La propia vida del autor, joven profesor, radicado en la comarca más europea del Uruguay, la Colonia Suiza, es un ejemplo de laboriosidad y de cristianismo práctico. De tema de tan vital interés, pienso en que tan saludable iniciativa es cristiana. Su autor pertenece á ese pequeño núcleo reformado que con su vida propaga el Evangelio.

Grato es recomendar lo bueno y lo bello.

I

SUMARIO: La revolución del 16 de Marzo de 1903.—Olvido del pasado histórico.—La gran ley de las reacciones naturales.—La inclinación á la guerra.—Necesidad de destruirla.—A quiénes aman los pueblos.—Reflexiones sugestivas: 1.º La influencia de la opinión pública; 2.º Defensa del gobierno; 3.º La amistad internacional; 4.º El prestigio de un partido; los malos gobiernos fruto del ambiente y de la raza; 5.º La justicia social y la revolución.—Errores de la revolución.—Los hombres intelectuales y las ideas de odio y atraso.—La situación del Uruguay.—Análisis de sus males.—Las ideas pacíficas.

«Juventud de mi patria! A vosotros la misión y la tarea de aurificar el ambiente, de ensanchar los horizontes, de encauzar las corrientes de la opinión en el sentido de las soluciones institucionales y tranquilas, que, fundando una paz duradera y fecunda, nos haga figurar en medio de nuestra debilidad relativa en el concierto de las naciones.»

J. P. Ramírez.

A los doctores L. A. de Herrera y E. A. Berro.

En momentos que nuestro país vuelve en sí del estu-
por en que le sumiera una revolución, felizmente conju-
rada, dirige el honorable tribuno un discurso á la juven-
tud de paz y de trabajo, que es todo un llamado á la ra-
zón superior y al más altruista y elevado amor patrio.
Esas palabras elocuentes y hondas no deben olvidarse
antes de dar frutos fecundos: la regeneración de los par-
tidos de divisa, otrora justificables, hoy condenables.

Yo no hago distinción de razas. Estoy con el hombre, ante todas las cosas; y, suceda lo que suceda, ¿cuál puede ser, para el hombre, la utilidad de esta guerra?... Lo triste es que ella hace ver hasta qué punto olvidan ó ignoran los hombres la noción del deber. Antes de los deberes que se deben á la familia, á la patria, al hombre, está el deber para con Dios, si me permite usted la palabra... ó, si la palabra le desagrada, para con el Todo, con una te muy grande. Ese Todo, que yo llamo Dios, está muy arriba de las disputas individuales. Piense yo lo que piense, no puedo dejar de pertenecer á un conjunto, de formar parte de una armonía. La conciencia que tengo de la relación de mi ser con esa armonía, es lo que se llama habitualmente espíritu religioso. Pero los hombres olvidan estas nociones esenciales; no leen ya el Evangelio, ese libro admirable: se obstinan en el estado de barbarie. Y entonces los vemos empeñarse deliberadamente en guerras espantosas, sin pensar que el primer deber, el deber esencial de los seres pensantes es abolir la guerra.

León Tolstoi.

Olvidemos la época negra de nuestra historia; dejemos en la santa paz á los caudillos y estadistas de las luchas fratricidas; vivamos por el presente y trabajemos para mejorar el porvenir, única esperanza que resta de tantas desilusiones históricas y morales.

No odiamos á nuestros antepasados, comprendámoslos á la luz de la verdad histórica y del medio ambiente. Tengamos fe en la gran ley de las reacciones naturales: cada cual recoge lo que siembra.

«No somos jueces unos de otros. La vida es un campo de batalla. No cesemos de combatir porque algunos caen, pero sí evitemos pisarlos. Luego llega la victoria, y los heridos de los dos partidos, *hechos hermanos* por el sufrimiento y ante la humanidad, serán reunidos en la ambulancia de los vencedores.»

Con este criterio sublime piensen los jóvenes orientales al contemplar la historia patria turbulenta, y consideren que suena la hora de la fraternidad por haber sufrido tanto nuestros padres. Por esa fraternidad entiendo la disolución del espíritu guerrero, aplicado y dirigido contra los ciudadanos de un mismo país que, á fuerza de trabajo y sacrificio, debe conquistarse muchos é inestimables bienes. Esa inclinación á la guerra civil debe y tiene que desarraigarse de la conciencia popular. Y creo que el momento es propicio para una campaña en pro de los partidos de ideas, porque ante todo la sociedad ama la paz; sin ella carece de vida y de misión, desapruueba la guerra enérgicamente.

El pueblo trabajador ama y venera á los hombres de paz y de cultura que, por vivir intelectualmente, todo lo comprenden, iluminados por la divina luz del pensamiento; ellos hacen amar la paz y el progreso al pueblo inconsciente.

Uno de los hombres que más se acercan á este ideal ciudadano es don José P. Ramírez, y por eso la juventud le

tributó su homenaje. Al escuchar la juventud esas palabras, ha demostrado anhelar que sean hechos, tan grandes ideas.

A la juventud sana y viril también quisiera dirigirme al hacer estas reflexiones.

*

Muy sugestivas son las conclusiones á que se arriba filosofando sobre la revolución silenciosa del 16 de Marzo de 1903; en su curso se han presentado factores con los cuales nunca acostumbrábamos contar:

1.º La influencia de la opinión pública, que halla su portavoz en un ciudadano eminente, y es casi posible decir que la mera fuerza moral ha vencido al desborde de fatales pasiones.

2.º Defensa del gobierno por el pueblo, no tanto como representante de un partido, sino como símbolo de la autoridad, del orden y de la fuerza pública. El entusiasmo con que se enrolaron los ciudadanos en la guardia nacional lo prueba.

3.º La intervención diplomática amistosa del Brasil y de la República Argentina significando al gobierno que verían complacidos se hiciera la paz. Hay aquí un comienzo de solidaridad latino-americana, el despertar de un amplio espíritu de concordia internacional. Los americanos cultos por fin van comprendiendo su misión, que es eminentemente de paz y de progreso. América representa una tierra de labor, de promisión, de justicia social para los pueblos de Europa, la grande y fecunda colonizadora.

4.º El inesperado prestigio de un partido noble, simpático, heroico, que por fuerza se quiere hacer aparecer como caduco é indigno. Los malos gobiernos que han tenido por triste característica el aumento colosal de la deuda

pública, no eran expresión de los ideales de un partido, ni siquiera su conducta tradicional; no, seamos filósofos y observemos los hechos como un historiador lo haría de aquí á cien años. Eso que se ha creído un defecto y vituperio del partido de la altura, es un mal de raza, un fenómeno que aparece en todos los países americanos, desde Méjico al Cabo de Hornos. Desde 1870 acá, con raras excepciones, se han sucedido en las repúblicas latino-americanas gobiernos deshonestos y egoístas, tiránicos y arbitrarios. Cualquiera de los partidos de tradición hubiera observado idéntica conducta obedeciendo á una ley aún inexplicable de causalidad. Ha habido una degeneración en la sociedad latino-americana; nadie que conozca á fondo filosófico nuestra historia, puede dejar de juzgarlo así. Y éste no es un juicio empírico, sino basado en hechos sociológicos incontrovertibles. Por una parte, la mezcla de razas; por otra, la mala y excesiva emigración de gentes rudas, ignorantes, sin evolución moral ni intelectual, ha de haber influido notablemente en el empequeñecimiento de la talla moral y mental del latino-americano.

5.º La revolución, con razón ó sin ella, según las personas y su criterio, ha sido reprobada por la mayoría, aun por elementos que otrora han simpatizado ostensiblemente con el proceder del partido del llano. Y esa reprobación tiene carácter de un fallo de la justicia social, que en su suprema sabiduría parece seguir la eterna verdad de este pensamiento: «Observar la naturaleza; seguir sus leyes en nuestra labor; obedecer á la razón en todo; *sacrificar, si es preciso, su propio interés á la justicia.*» Creo y respeto toda convicción que sea sincera, y ello me hace estimar en mucho las palabras del gran ciudadano: «Los revolucionarios iban al combate por causas *fatales*, pero jamás *deshonrosas y mexquinas.*» Este juicio revela el amor por los adversarios, á quienes no es

posible odiar ni menospreciar, pues son uruguayos, y, como tales, hermanos ciudadanos. Desde el punto de vista partidista, la revolución tenía su leve razón de ser, pero cometió dos magnos yerros:

1.º El no llevar las protestas al terreno de la discusión, del arbitraje y de la razón.

2.º No pensar con ánimo sereno y patriota las consecuencias de una guerra civil en momentos que nuestro continente acababa de ser agredido moral y materialmente por las más prominentes naciones de Europa. Esa consideración que el doctor Ramírez «no se atrevió á pronunciar en medio de las gratas y patrióticas expansiones,» que señaló el doctor Eduardo Acevedo Díaz en un meditado artículo y que estaba en la conciencia de todos los ciudadanos pensadores, debiera de por sí haber llamado al santo sosiego del trabajo y del sacrificio al partido nacionalista. De aquí en adelante, para impedir una revolución no se argumentará principalmente sobre la razón más ó menos fuerte que asista al partido en armas ó al gobierno, sino *sobre el peligro inminente de una intervención extranjera.*

¡Cuán doloroso es ver á hombres intelectuales sostener ideas de odio y atraso; sostener con su prestigio soluciones de fuerza para resolver los problemas políticos! Si así piensan los intelectuales que han aprendido sociología con Spencer, ¿qué se puede esperar de los pobres gauchos?

La situación por que atraviesa el Uruguay merece un estudio sociológico.

Analizando el organismo moral, se observa que la conciencia es una facultad dormida; los hombres carecen de las más elementales nociones de civismo. Pocos ciudadanos se sublevaron contra las monstruosidades más subversivas, como la de envolver á este desventurado país en conflictos internacionales, para eludir las leyes nacionales. Otra subversión es el anteponer el partido á la patria y á la familia.

¡Pueda la suprema reflexión de una intervención, tem-
plar para la paz á todo revolucionario que ante todo sea
uruguayo!

Cuantos han propagado las ideas fraternales, en parti-
cular los muertos, que, según una trascendental filosofía,
gobiernan al mundo, bendecirán á esa juventud que, sobre-
poniéndose á todo prejuicio, haga brillar con esplendor
los partidos de ideas generosas y grandes, de sentimientos
en consonancia con la civilización y el progreso.

II

SUMARIO: Energía inútil al servicio de las guerras.—Estadística sobre las guerras desde Constantino á Mc Kinley.—Novicow y la guerra.—La paz pública, dogma social.—Francia, Inglaterra é Italia buscan garantizarse de las guerras.—La Conferencia de La Haya; el arbitraje; los hombres dirigentes, por la paz mundial; Constantino Meunier; el alcalde de Nueva York; el Ministro de Relaciones Exteriores de E. U.; Marconi y César Lombroso.—La muerte de un sabio ruso por la extirpación de la guerra; sus ideas al respecto.—El continente sudamericano y las revoluciones.—Causas de estos movimientos.—La causa primordial.—Doctrina de H. P. Blavatsky.—El odio y sus efectos destructores.—Los ciudadanos de Estados Unidos entre sí.—El árbol de la paz.—La emigración europea septentrional.—El patriotismo elevado impide las guerras civiles.—El amor patrio en Norte-América.—La colonización europea como salvaguardia.—Causas de prosperidad nacional.—Enseñanzas patrióticas para la niñez yanqui.—Hermosos aspectos del amor patrio según el Cristianismo protestante.—La educación de la juventud en ideas de paz.—Tendencias en ese sentido hechas en Francia y Alemania.—Un artículo de Ach. Pouvrier al respecto.—Guillermo Ferrero y Ada Negri: sus ideas sobre la guerra.

A la señora Pilar H. de Arteaga.

¡Cuánta energía ha gastado la familia humana en guer-
rear! Ante una estadística de guerras se sorprende el

espíritu, y aún más al saber los mezquinos objetos que
los motivaron.

El *Boletín de la Sociedad de la Pax* de Massachusetts (Estados Unidos), nos da los siguientes datos sobre las guerras entre los pueblos desde Constantino hasta Mc Kinley.

Al decir hasta Mc Kinley, quiere indicarse que la última guerra reconocida como tal, es la hispanoamericana.

En todo caso, he aquí la estadística tal cual la encontramos:

| | |
|------------------------------------------------------------------------------|------------|
| El número de guerras para adquirir el pago de un tributo ha sido de..... | 22 |
| El número de guerras para tratar de adquirir los territorios ha sido de..... | 44 |
| Las guerras de represalias..... | 24 |
| Las motivadas por asuntos de honor..... | 8 |
| Por disputas de territorios fronterizos.... | 6 |
| Por cuestiones dinásticas..... | 41 |
| Guerras de intervención..... | 31 |
| Por rivalidades de influencias políticas..... | 23 |
| Por cuestiones comerciales..... | 5 |
| Guerras civiles..... | 55 |
| Guerras religiosas..... | 28 |
| Total..... | <u>287</u> |

En esta estadística no figuran ni las insurrecciones ni las guerras coloniales. La última anotada, ó sea la hispanoanqui, se halla comprendida en las guerras de intervención, y es, por lo tanto, en su clase, la número 31. En cuanto á la guerra del Transvaal, aún no se halla apuntada en esta trágica contabilidad.

«Las guerras de los tres últimos siglos han ocasionado, por lo menos, la muerte de 80 á 40 millones de hombres; esta cifra es bien moderada.

«Sin las guerras de Napoleón I y de Napoleón III, Europa hubiese tenido 45 millones de habitantes más, que podrían haber producido 13.500 millones de francos por año.... Habría que contar también las guerras civiles. La conquista del poder en el seno del Estado va acompañada, á veces, de destrozos que no son en modo alguno inferiores á las guerras extranjeras....»

El sabio Novicow así refiere las pérdidas ocasionadas por el error *tesohedónico*. La guerra ha absorbido 400.784 millones en dos siglos!

Bien empleada esa rica energía, hubiera ayudado al mejoramiento físico y moral del planeta, aún lleno de miserias tan grandes y de males tan horribles, que parecen irremediables.

Si las cifras anteriores nos sumen en la tristeza, ¡qué no harán las del costo actual de una guerra entre las naciones más civilizadas!

He aquí algunas cifras: Á Alemania 10.681 millones, al Austria 5.327, á Italia 5.187, á Francia 10.726 y á Rusia 11,756.

El precio de la paz armada es considerable, y á ello se han resignado los pueblos por horror á la guerra.

El *Messageur Officiel de Russie* publica un estado de lo que cuesta cada soldado de cada una de las grandes naciones.

Reproducimos los expresados datos para que nuestros lectores formen idea, aunque sólo sea aproximada, de los millones que devora el militarismo:

El soldado ruso cuesta 772.50 francos; el alemán, 1162.50; el austriaco, 1175; el italiano, 1535; el francés, 1633, y el inglés, 2045.

Basta con lo transcripto de la revista rusa citada, para comprender el inmenso capital que anualmente absorben los sueldos militares, sin contar las sumas invertidas en armamentos, fortificaciones y edificios destinados á distintas aplicaciones.

Pesan todas las cargas sobre los contribuyentes, y así vemos que sólo para mantener los respectivos ejércitos, cada individuo paga:

En Hungría, 6 francos; en Alemania, 13; en Austria, 10; en Italia, 9; en Francia, 13.25, y en Inglaterra, 12.

Multiplíquese cada una de las cifras indicadas por el número de habitantes de cada una de las naciones, y veremos lo que cuesta esa paz que no es otra cosa que una guerra en la que se lucha á fuerza de millones.

No es, pues, de extrañar que la paz pública vaya haciéndose más y más un dogma de las sociedades. La mayoría de las naciones están pacificadas interiormente y buscan ponerse fuera del alcance de las guerras internacionales. Inglaterra y Francia acaban de firmar un convenio que remueve la semilla de futuras contiendas; Francia é Italia han seguido esa corriente. La Institución de la Haya; los numerosos asuntos que se arreglan

por arbitraje; las ideas de los hombres dirigentes, todo conduce á creer que el mundo desea la paz.

He aquí cómo piensan acerca de la guerra algunos grandes hombres:

Constantino Meunier, bien conocido como escultor, así se expresa: «Yo quisiera que finalmente la humanidad demostrase para los humildes y los desdichados la piedad que yo siento cuando la moldo ó la dibujo; pero es una esperanza que no veré realizada. Espero sin larga enfermedad acabar en aquel sueño que se llama el sueño de los justos.»

El alcalde de Nueva York escribe: «Los patriotas de todos los países tendrán que desear la paz universal.» El ministro de relaciones extranjeras de los E. U. dice que «la principal preocupación del gobierno de los Estados Unidos y de todas las naciones consiste en buscar la paz y el bienestar de los pueblos.»

El ingeniero Marconi, en Italia, espera que su sistema hará disminuir el valor de la telegrama; espera dar á las marinas de guerra medios tan poderosos, que la paz será por esto mismo asegurada.»

El criminalista César Lombroso desearía ver acabarse la serie de los crímenes y la guerra; desearía que se inaugurara una hermandad entre las naciones de América, otra entre los Estados de Europa y África, y una mayor todavía entre todas las naciones.

Un sabio ruso, Filippov, murió por la extirpación de la guerra. En su diario íntimo explica su idea luminosa y la elevación de alma que guiaba el propósito de sus investigaciones.

«Era muy joven todavía, cuando leí en la *Historia de la civilización*, de Buckle, que el invento de la pólvora ha hecho las guerras menos mortíferas. Desde época tal, me ha perseguido la idea de que pudiera descubrirse algo que hiciese la guerra impracticable.

«Acabo de hacer un descubrimiento, con cuya aplicación, á mi entender, podría conseguirse resultado semejante. He inventado un medio de transmitir, por la electricidad, las ondas de la explosión á considerable distancia.

«Con mi método, esta transmisión pudiera operarse á muchos millares de kilómetros, de suerte que una explosión preparada en San Petersburgo produjera su efecto en Constantinopla.

«A esto debe añadirse que el medio es de una sencillez y de una baratura pasmosas.

«Como con táctica semejante la guerra llegaría á ser una locura, veríanse los pueblos obligados á renunciar completamente á ella. El pró-

ximo Otoño publicaré los detalles de mi invento en una Memoria dirigida á la Academia de Ciencias de San Petersburgo.

« Por esta razón debo ser muy prudente, y, además, me veo obligado á proceder con mucha lentitud en mis experimentos, porque tengo que manipular substancias sumamente peligrosas, unas eminentemente explosivas y otras muy tóxicas. »

El grande hombre fué víctima de un tósigo que empleaba en sus experimentos generosos en busca de una invención que hiciese impracticable el más horrendo de los crímenes: la guerra.

« Sobre la mesa de trabajo de M. Filippov se encontraron notas que indican que éste se hallaba en vías de manipular ácido prúsico anhídrido, y es probable que la muerte haya sido resultado del empleo de veneno tan terrible.

« El sabio ruso se ha llevado consigo á la tumba el secreto de su invento; dónde está la Memoria que el autor anuncia como bastante adelantada para revelar su obra, nadie puede decirlo todavía. Tengo la certeza de que todos los amigos de la paz y todos los sabios deplorarán, como el mundo intelectual ruso, la muerte prematura de esta víctima de una trágica revancha de la guerra. »

Todo esto parece sugestivo para nuestro país. El continente sudamericano es la única fracción del globo que parece desviarse de esa senda de civilización superior. Lo que ocurre aquí no es una excepción. En el último año hubo 19 sublevamientos en la América del Sur. Un sa-gaz escritor ha buscado el origen de esas revoluciones insensatas.

« 1.º *Colombia.* Allí se organizan con medios poderosos y gran obstinación, pero las causas son políticas: los liberales esperan siempre llegar al poder, y cada elección es precedida por una agitación política. Pero al último momento los liberales se persuaden de que el partido conservador que gobierna impidió, con la violencia, la libre manifestación del pueblo. Les queda, pues, una sola vía para llegar al poder: la revolución. Y ellos hacen la revolución.

2.º *Venezuela.* Aquí las revoluciones se originan por la ambición de un caudillo, como en el caso del general Castro, el cual había resuelto hacerse nombrar presidente, aunque no tuviese más que un centenar de adherentes. Efectivamente llegó al poder. Es un caso. Pero son todos parecidos. A menudo el pretendiente inicia el movimiento con pocos hom-

bres, ocupa una ciudadela con 30 ó 40 hombres, se apodera de una aldea de pescadores y hace correr la bola de que se apoderó de una verdadera ciudad, de una plaza fuerte. La gente cree aquellas patrañas, se asustan los soldados, se entregan, el movimiento se extiende. Aventureros, canallas, matrones, de toda clase se incorporan á los revolucionarios; capitalistas enojados contra el gobierno que no les dió lo que pretendían, favorecen y ayudan al movimiento.

Por fin el gobierno manda un general, el cual se deja comprar... y traiciona la causa que defiende pasando con sus soldados al servicio del pretendiente que lo nombrará ministro de alguna cartera. Así se acaba la revolución, cae el gobierno, sube otro... pero por poco tiempo; porque los caídos á la mayor brevedad posible armarán otra revolución.

3.º En *Costa Rica, Honduras, Nicaragua* las revoluciones son casi exclusivamente militares.

Se les antoja á generales populares y ambiciosos llegar al poder: arman, pues, un motín, derrocan el gobierno, se proclaman ellos mismos, sin que siquiera el pueblo se dé cuenta: tal es la indiferencia con la cual ven aquellas cosas á las que están acostumbrados. Son como uno de aquellos fenómenos más ordinarios en la vida.

4.º *Haití.* Con los 38 partidos políticos existentes, ya se comprende cómo tendrán que estar á la orden del día, los sublevamientos. »

A una causa se pueden reducir todas estas revoluciones: la falta de moralidad cívica, que se resuelve en ambiciones desmedidas por el tesoro de las naciones.

Pero hay aún otra causa trascendental, que poco sospechan las sociedades muy materializadas, y es ella los pensamientos de odios, los impulsos malos y los sentimientos de venganza. No dudamos que el pensamiento sea una fuerza, tan poderosa como las más materiales. Las ideas son fuerzas, poderosas palancas que mueven á los hombres en tal ó cual sentido. Los fenómenos del magnetismo personal, la lectura del pensamiento y la adivinación de objetos son ejemplos de ese misterioso poder á que estamos supeditados, sin palparlo ni verlo. Si el pensamiento es noble, nobles serán las acciones á que dé lugar; si de odio, la desgracia, la infelicidad y todos los males le seguirán.

Ahora bien, tratándose, no ya de individuos, sino de colectividades, es fácil suponer el resultado de los apa-

sionamientos sociales. Éstos constituyen verdaderas *fuerzas cósmicas destructoras*. Una sabia escritora ha precisado esta gran doctrina en palabras admirables:

«Parece que cuando los hombres producen gran número de formas de pensamientos malos, bajos ó de carácter destructor, y cuando dichas fuerzas se aglomeran en grandes masas sobre el plano astral, pueden lanzar fácilmente su energía sobre el plano físico, provocando *guerras, revoluciones, perturbaciones sociales* y de toda especie, las que vienen á herir como castigo colectivo, extendiendo á lo lejos la miseria y la ruina.»

Cualquiera que sea la opinión que se tenga respecto de los fenómenos, nadie podrá dejar de comprender que esas ideas son muy sugestivas y muy aplicables al caso particular que nos ocupa. Lo malo, hablando en términos de elevada sociología, es lo que es contrario á la evolución. Así también lo sostiene la autora citada.

¿Sienten amor, simpatía, afectos unos por otros, los ciudadanos de países turbulentos? ¿Se protegen unos á otros? ¿Se interesan ellos en obras de fines altruistas? Creo que no. Obsérvense las Repúblicas sudamericanas, Rusia y Polonia, Inglaterra é Irlanda.

El egoísmo es tan fatal para los pueblos como para los individuos; á veces sus efectos no son inmediatos, pero á la larga se manifiestan bajo la forma más encarnizada.

Además, vemos en una revista alemana un artículo en el que el autor trata de demostrar que no sólo los episodios guerreros de la vida de los pueblos, sino también sus conquistas intelectuales ó científicas y literarias están bajo la influencia del clima y de la temperatura, los que, como se sabe, dependen, á su vez, de la periódica aparición de las manchas del sol.

Aplicando á la crítica histórica la teoría cósmica citada, recuerda el autor que el gran ciclo solar se produce bajo la influencia de los planetas Júpiter, Saturno y Urano, y que el referido ciclo dura ciento once años. Ahora bien, según estadísticas que abarcan toda la his-

toria, los ciento once últimos años comprenden dos períodos literarios y artísticos que se suceden aproximadamente cada veintisiete años.

Tomando á Francia como término de comparación para comprobar la teoría, ha trazado el sabio alemán una curva ondulada que corresponde exactamente con la de las manchas solares, y la que prueba que los períodos de paz y los de guerra han debido ser de veintisiete años.

Dentro de los grandes ciclos que hemos mencionado, hay otros pequeños de once años cada uno, durante los cuales los pueblos se sienten influenciados por extrañas atracciones y excitaciones nerviosas, que lo mismo pueden inducirlos á la paz como á la guerra.

«La psicología social tiene un elemento más para proseguir sus investigaciones; los criminalistas deben estudiar el caso para ver hasta qué punto el ciclo en que nació el delincuente es responsable del delito cometido, y de hoy en adelante no debemos admitir á persona alguna en nuestra intimidad sin averiguar antes bajo qué cósmica influencia vino al mundo.»

*

Un predicador evangelista, hombre simpático y bueno, en un sermón habló del amor y del aprecio que se tenían entre sí la mayor parte de los ciudadanos de Estados Unidos, como uno de los poderosos motivos de su imperturbable paz pública. Á la sombra del árbol de la paz, todo prospera y se embellece.

Una de las salvaciones que hay contra este estado de cosas, es la mezcla de estos pueblos con las gentes del norte, que más aman el trabajo, la familia y el bienestar. Un patriotismo elevado en la vida diaria impide las guerras civiles. La prosperidad general de una nación, la felicidad de un pueblo dependen directamente de la con-

ducta de cada individuo. Así, en un precioso libro (1) que está en manos de todos los instructores de la niñez en Estados Unidos, halla estas hermosas ideas:

«El que se hace un buen ciudadano y vence el egoísmo, el vicio y la pasión, y vive una vida pura, útil y de ayuda mutua; el que pone toda su influencia ciudadana para destruir la corrupción, el egoísmo, la intemperancia y el vicio, que son aún más peligrosos para nuestro país que cualquier ejército armado, es tan patriota como aquel que se enrola en el ejército de defensa y batalla contra fuerzas invasoras. De esa manera todo buen ciudadano puede llegar á ser un buen patriota. A todo niño debe enseñársele que se le exige tanto vivir para su país como morir por él con gloria.»

Ningún país puede desarrollarse en paz sin ese patriotismo, sin esa moralidad evangélica, sabia de bienestar, orden y progreso. Continuando con ese mismo criterio práctico y moral, el análisis de las causas de prosperidad nacional, extraen los autores estas conclusiones:

«Ninguna nación ni individuo pueden a ríbar al sumo bien en la vida sin consagrarse acabadamente á Dios, á un ideal elevado y á un santo entusiasmo en servicio de Dios y del hombre.

El apogeo y caída de Israel es una imagen de lo que se efectúa de continuo entre los individuos. Todo el curso de la historia es un espíjo mágico en el cual los pecadores pueden verse; un panorama de su propia vida, de sus brillantes esperanzas y posibilidades, del bondadoso cuidado, de sus numerosos beneficios, de las variadas experiencias de alegría y dolor, de los pecados contra la bondad divina, de los males que ocurren, de las amonestaciones y exhortaciones, por pastores y maestros, de la palabra de Dios, y en algunos casos la persistencia del mal hasta la ruina irrevocable como fin.

(2) Tanto para el individuo como para la comunidad, son necesarios sacudimientos espirituales que los conmueva hondamente.... se requieren también impulsos violentos para mostrar más á los hombres sus necesidades y sus deseos y llevarlos á obrar. Carlyle observa que no vale mucho una nación á quien no le ha llegado el turno de reformarse heroicamente.

(3) Los buenos ciudadanos son aún el verdadero ejército y salvación

(1) *Poloubel's select notes on international lessons*, pág. 300.

(2) *Ob. cit.*, pág. 26.

(3) *Ob. cit.*, pág. 275.

de su país. Es su ejemplo, sus enseñanzas, su influencia, su saber, su religiosidad, lo que conserva á la nación de la destrucción.»

Estoy cierto que á esa tranquila influencia de ideales elevados en mentes infantiles, se debe la incommovible paz en Estados Unidos. Hay que vivir esas ideas para inculcarlas á los niños, ciudadanos de mañana, y de quienes solamente puede aguardarse la regeneración. También en Francia los escritores dirigen su propaganda *pro pacem* en ese sentido. Uno de ellos, sensato é ilustrado, así se expresa (1):

«El desorden que se manifiesta casi en todos los puntos del globo es un indicio precursor de un gran periodo de progreso y de renovación social. Tal es al menos lo que piensa y lo que decía recientemente el señor León de Rosny, insistiendo sobre la necesidad de preocuparse más que nunca de la enseñanza primaria y secundaria en general, y de la enseñanza de la historia en particular.

Necesario es que se enseñe, sobre todo á los niños, que las guerras, en las cuales tal vez pronto serán las primeras víctimas, son crímenes abominables y vergonzosos para quienes las emprenden.

Un hecho que merece ser constatado, es que no sólo esta manera de ver se hace cada día más general en Francia, sino que se generaliza también en todos los países del mundo. Quedamos sorprendidos de verla hacer progresos rápidos en países que, como Alemania, aún nos parecían entusiasmados con el militarismo.

En este sentido el señor Triebel ha dado en Gotha una conferencia que la ha publicado en Bonn bajo el título siguiente: «*Was Kann die Schule zur Förderung der Friedensbestrebungen beitragen?*». En esa conferencia el señor Triebel ha establecido que se trata ante todo de hacer comprender á los niños que la felicidad de los hombres y su verdadero porvenir descansan sobre la solidaridad de los pueblos, y que todos los hombres se necesitan los unos á los otros. Con un poco de inteligencia y de buena voluntad, los maestros llegarán pronto á convencer á sus discípulos, hasta á los menos inteligentes, de que estrechos lazos unen á los habitantes del país natal de cada uno de ellos con la nación á que pertenecen, y á esta nación, es decir, su patria, con la humanidad entera. Entonces los odios de pueblo á pueblo no podrán penetrar más en los jóvenes cere-

(1) *Ach. Pouvrier*: Las guerras y las ideas que de ellas se dan á los niños en la escuela.

bros, y la obra de fraternidad universal habrá alcanzado los más beneficios y admirables progresos.

En apoyo de su tesis, el señor Triebel cita hechos estadísticos que son, por cierto, de naturaleza como para impresionar los espíritus y alimentar serias esperanzas para un porvenir no lejano. Tan es así, que en el Parlamento alemán cuéntanse 70 diputados que se proclaman altamente defensores de la causa de la paz, y que mientras en 1890 sólo había en Alemania una asociación para defender las teorías pacíficas, su número alcanza hoy á más de 60 en ese país, 80 en Austria y 250 en Italia!

Paréceme que una sociedad como la Alianza Científica Universal no podrá permanecer indiferente ante este movimiento de ideas que se produce con energía, no solamente en Europa y América, sino hasta en Oceanía, hasta en el Japón, donde por muchos motivos podría suponerse que las ideas de guerra, de victorias y de conquistas habíanse hecho populares.»

El simpático historiador de la historia sociológica de Roma, Guillermo Ferrero, al comentar las poesías de Ada Negria, señala esta hermosa idea que sugiere una poesía de su último libro *Maternità*. Y en nombre de la maternidad, la poetisa invita á los hombres á abandonar sus odios y sus guerras:

«Gettate in pace il seme nei solchi del campo comune,
mentre le forti mogli sorridon, cantando alle cune!»

III

SUMARIO: La propuesta del desarme por el Czar de Rusia y su impresión sobre los estadistas ingleses. — Los últimos discursos de Roosevelt. — Una *entente* entre las repúblicas hispano-americanas. — La sociología y la democracia. — Lincoln y el gobierno republicano. — Exhortación al lector. — Gloria á la paz.

Al doctor Antonio María Rodríguez.

Cuando el actual Czar de todas las Rusias propuso á las potencias europeas el desarme universal, el *Daily News*, siguiendo la útil costumbre inglesa de los *interview*,

preguntó á los hombres preeminentes de Inglaterra su parecer al respecto. Como un solo hombre, todos saludaron la iniciativa, viendo en ella un esfuerzo gigante hacia la civilización superior que tarda en aparecer.

El secretario de la *Society of friends*, Mr. T. P. Newman, creía que la propuesta del Czar era uno de los más asombrosos acontecimientos de la historia moderna. Abogaba por que su país la aceptara. El doctor Evan Darby, de la Sociedad de Paz, esperaba mucho del proyecto. Refirió que el rápido crecimiento del socialismo democrático en Alemania era debido á los gastos militares. Rusia y su miserable paisanaje, también lo debían á eso. Recordó que cuando el Japón se preocupaba de su progreso moral y pidió al profesor Max Müller le formulara una nueva religión, puso por condición que ella no fuera la de los pueblos europeos, pues ellos basaban su poderío en el militarismo.

Mr. W. Cremer, abogado de la paz y secretario de la Liga internacional del arbitraje, habló extensamente sobre la unión parlamentaria internacional.

El obispo de Ripon contestó de un modo elocuente y hermoso, como convenía á su dignidad de cristiano:

«Junto con todas las personas que desean la venida de la civilización más completa y verdadera y anhelan la dicha de la humanidad, estoy pronto á glorificar todo movimiento sincero para promover la paz y dedicar las energías del hombre para el trabajo, que es superior á la guerra. El gobernante que pueda dirigir en ese camino á sus conciudadanos, merece la gratitud, no sólo de su nación, sino también del mundo, como aquel que se esfuerza en realizar la ley de Cristo.»

La propuesta del monarca ruso es la misma que presentó el secretario de la Asociación de arbitraje internacional, y que fué discutida en el Congreso de paz.

La resolución consistía en proponer un Congreso interna-

cional á fin de traer la gradual reducción de armamentos. El alto clero, el general Booth, varios ministros de la Corona, también opinaron, mas siempre desde el punto de vista humanitario y elevado que he expuesto.

Los últimos discursos del Presidente Roosevelt traen consejos para Hispano-América; de no seguirlos, la intervención yanqui en los negocios extranjeros é internos de estos países turbulentos, será un hecho. La gran República, llena de vida y tan vigorosa que necesita expandirse, vería con patriótica satisfacción el ingreso de Estados á su ya vasta Confederación, donde el trabajo es religión; la familia, ideal; la paz pública, el deseo de todos. Los norteamericanos, y aun los canadienses, son pueblos poderosos, no sólo por el derecho del más fuerte, sino por una superioridad moral y hasta intelectual, que se ejemplariza en sus progresos sin rivales.

¿No sería posible una *entente* entre los Estados sudamericanos, una ayuda mutua para sofocar enérgicamente cualquier revolución, guerra civil ó motín que se produjera en alguna nación hermana?

¿No convendría hacer una alianza defensiva, sostener las mismas ideas en la política internacional, adoptar un plan financiero que independice de los capitales europeos?

¿No es ya hora de reunirse todas estas naciones en una gran federación como Estados Unidos ó Alemania?

Si se persiste en la inmoralidad administrativa y social, en el espíritu de guerra y atraso religioso y moral, la civilización española está minada en América.

El eminente sociólogo americano Lester F. Ward estima que la mayor parte de todo sufrimiento resulta, directa ó remotamente, de la ignorancia. Por consiguiente, el primer deber del hombre es el de familiarizarse con su ambiente.

En su interesante obra sobre sociología, el profesor

Giddings señala con una sagacidad superior, las verdaderas necesidades de la *democracia*. Las reduce á cinco grandes necesidades fundamentales, que constituyen la base de la igualdad entre los hombres:

«1.º La necesidad de materiales propios, para conservar la existencia.

2.º La necesidad de satisfacer el instinto de la familia, que comprende la afección, el amor, entre el esposo y la mujer, entre padres é hijos.

3.º La necesidad de expansión y desarrollo de la vida.

4.º La necesidad de la simpatía humana y del compañerismo, muy especialmente en el sufrimiento... El amor al compañerismo, es la pasión fundamental de la sociedad... Quizá nada de lo que dijo Abrahán Lincoln reveló tanto la característica que lo hizo tan querido del pueblo norteamericano, á la par que señaló su maravillosa intuición, respecto de la naturaleza del gobierno popular, como su observación en defensa de la doctrina de que todos los hombres nacen iguales, y que cualquiera que sea la diferencia entre su riqueza y habilidad, todos son substancialmente iguales en su capacidad para sufrir y en la certeza de que durante los años de su vida terrestre, hallarán el sufrimiento y tendrán que soportarlo. En esta capacidad universal para el dolor, Lincoln veía uno de los más vigorosos lazos que pudieran unir á un pueblo democrático.

5.º La necesidad de emanciparse del miedo.»

¡Qué admirable lección dan estas bases del progreso social y democrático! El artículo cuarto es el de más alcance para nuestro país, y tiene un mérito trascendental este principio, y es: la autoridad moral de un Lincoln. La sentencia del noble Presidente se cumplió en su vida sencilla y heroica. El que desde jovencito se había prometido luchar á muerte con la esclavitud, si jamás tuviera poder para ello, murió víctima de su ejem-

plar abnegación por la realización de las verdades del Cristianismo. De esa simpatía, de ese afecto profundo, de ese respeto mutuo entre gobierno y gobernados, han menester las repúblicas sudamericanas.

Si el ciudadano levantado en armas contra sus conciudadanos pensara un momento en el sufrimiento que va á ocasionar á su *patria*, á su *hogar* y á su propia *conciencia*, detendría sus intenciones fratricidas y ahogaría las insensatas pasiones revolucionarias trabajando para sí y los suyos con el corazón alegre y esperanzado en un mañana más risueño y próspero. Acabamos de leer las más útiles verdades sociológicas: no hallamos entre ellas el apetito guerrero-civil en un país de civilización. ¿Qué necesidad puede satisfacer el instinto de la matanza, de la destrucción y del odio sanguinario?

Remontándonos á otras épocas y á otros países, no dudo que ello haya sido así; pero hoy día y en un pueblo como el nuestro, tan avanzado políticamente—se comprende que dentro de la relatividad en que vivimos—¿puede sostenerse esto? ¿Acaso no existe aquí la igualdad cívica? Las grandes conquistas de la libertad, sólo son aplicables en sociedades muy avanzadas, como es fácil de suponer; de ahí muchas de las limitaciones que la práctica ha introducido en nuestra Constitución y las leyes usuales. El Uruguay es un país de población escasa, de composición social muy heterogénea y con una mayoría grande de personas analfabetas y sumidas en la mayor miseria y atraso, á causa de su ignorancia, precisamente.

*

Querido lector, quien quiera que seáis, grande ó pequeño, joven ó viejo, estoy convencido de que el pensar elevadamente nos alejará del malestar moral. Tratadlo, haced todo cuanto podáis en vuestra esfera, por la paz,

hablando con moderación y evitando que delante de vos se hable de política partidaria. Cuidad de las conversaciones delante de los niños; hacedles comprender todo el horror que os inspiran las guerras civiles. Si sois religioso, en vuestras oraciones nunca olvidéis de rogar por la paz y sus inmensos beneficios, pues la guerra aleja al hombre de la divinidad y del progreso. Si sois ciudadano, tratad de favorecer, política y privadamente, á los hombres de ideas progresistas, de paz, de patriotismo y de fines elevados y tranquilos.

El más humilde de nosotros dispone de un mundo de recursos, tratándose del bien general. No penséis que estáis solo, cuando reflexionéis de una manera generosa y amplia. Los pensamientos son imanes, dice una honda filosofía. El bien atrae el bien. Quisiera que todas las almas nobles y patrióticas tomaran en serio el apostolado de la paz. Alemania, el país más guerrero, desde el 70 se encamina por otras sendas, debido á la actividad inteligente de las personas penetradas de la verdadera misión de la sociedad. El desarrollo maravilloso de la música ha contribuído no poco á suavizar el áspero espíritu germano, tosco y duro. Una tarea semejante se impone al sudamericano que tiene fija su esperanza en el día del despertar de esta nueva Humanidad destinada á glorificar las actividades más dignas del hombre. El centro del mundo se mueve de Europa á América, Londres pasa á Nueva York y Pallas Athenæ se refugia en las Universidades y laboratorios de Norte-América; la civilización camina á paso agigantado á Occidente. No seamos cual las vírgenes frívolas del evangelio; esperemos la venida del poderoso señor de la vida próspera, feliz y elevada, con nuestras lámparas encendidas.

..... Despierto como de un sueño: he visto á América reformada. Las sociedades de paz progresan y se multiplican; la religión de Cristo aumenta en discípulos; Amé-

rica es una gran colmena, de norte á sud, llena de industriosos ciudadanos que crean la riqueza para distribuirla al mundo, rendido á su superioridad natural.

Como esas bellas sinfonías de Beethoven que absorben nuestros sentidos y nos transportan á una región de dicha inefable, un sueño, este ideal, común á todos los espíritus elevados, me templa para luchar por su realización. A él supedito los actos todos de mi vida. Por esa idea trato de reflejar en mi pequeña vida toda la belleza de la existencia de los grandes hombres de Inglaterra, Francia y Estados Unidos.

El bien, un pensamiento de bondad ó de progreso, una vez en acción, nunca cesan, como las ondas del mar que sólo se detienen, cuando pueden descansar deliciosamente sobre un seguro refugio. Ningún pensamiento se pierde: vive y se transforma hasta lo infinito. Considerad así vuestras más íntimas ideas; no creáis que vuestro modo de pensar deja de influir en general. Desead la paz, anhelad la dedicación de energías á obras grandes y hermosas: impresionaréis algún cerebro más capaz ó idóneo, y éste á otros, y así indefinidamente, la luz irá invadiendo las tinieblas en que moramos desesperados.

¡Gloria á la paz, la bella, la suave, la potente!

¡Gloria á los hombres que la amen! repitamos con esas voces misteriosas que anunciaron al mundo la venida del Príncipe de la paz.

En lo más hondo de la humildad y de la miseria nació aquel que vino á traernos la buena nueva de una vida hermosa, generosa y espiritual.

Hoy, como en ese entonces, de las clases más desamparadas surge nuevamente el grito de paz, paz, paz, para el mundo.

El obrero progresista, la madre solícita y amante, han puesto todo su anhelo y todo su esfuerzo en la paz universal.

Hasta á la aristocracia humana del genio y del talento ha llegado las estrofas del himno más bello que es dable escuchar en la tierra: ¡Paz, paz, paz!

¡Qué vigorosos, cómo emocionan los versos redentores!

Oigámoslos también nosotros, jóvenes americanos; unamos nuestras voces, aún débiles, á ese concierto sublime, y nuestra también será la victoria.

Al nacer Jesús, cuentan que cerca de Sicilia la fértil, oyóse de lo profundo del mar el estertor de un alma grande, y luego un suspiro inmenso: *¡el gran Pan ha muerto!*

Así expirarán las tristezas sociales, cuando nazcan más bellos que un amanecer del sol, la paz y el amor entre los hombres.



I

SUMARIO: Conocimiento de Inglaterra, no por los libros, sino por haber vivido allí. — Taine y la sociedad inglesa. — Importancia de la literatura en este país. — La niñez y los libros. — Influencia educativa del arte literario.

A Benjamín Fernández y Medina.

No es un libro de Edmond Desmolins, ni de Leroy-Beaulieu ó de otro decidido apóstol de la cultura de «*outré-mer*», como la llamaría Paul Bourget, — en un tiempo tan satirizada y desdeñada, hoy, la aspiración más característica del alma contemporánea, — que ha sajonado mi pensamiento. Estos escritores y economistas enamorados de las cifras, ahogan en cierta manera la filosofía del conjunto y lo esencial se pierde entre lo accesorio. No me he contentado con leer sobre Inglaterra. He vivido en el país brumoso y lo conozco por los cinco medios mejores que existen para penetrar la íntima filosofía de las civilizaciones: la historia, la religión, la literatura, la política y las costumbres. He leído con intenso deleite á Shakespeare, á Stuart-Mill, á John Morley, á Spencer, á Ruskin, á Buckle, á Jorge Elliot y á la falange de «*divinos poetas*» y novelistas psicólogos. También he estudiado el profundo libro de Taine sobre la literatura inglesa, uno de los más hondos de la época contemporánea, por el divino encanto del estilo, la novedad y originalidad del método. Es, además, esta obra, una de las contribuciones más acabadas á la ya vasta biblioteca de filosofía

Ante la belleza humana el hombre se siente expansivo, generoso, elevado y bueno. Los instintos animales callan; es que el alma, el divino ego superior ha contemplado su más perfecta vestidura física.

Quien vive con ideales se puede decir que vive en verdad.

El alma artista busca y sólo halla la plena dicha al través de las armonías de música divina; del sublime pensamiento, manifestado en la palabra hablada ó escrita; del arte pictórico y escultórico, las magníficas representaciones de la vida.

histórica, comparable á la obra de Buckle, y á la que supera en muchos puntos por la amplitud del criterio, y, sobre todo, por el estilo claro y ático. Por Taine he venido á penetrar los más íntimos resortes de la civilización anglo-sajona, hoy vivida por ciento treinta millones de hombres. Pero, el filósofo de Vouziers jamás pensó, quizá, en la universalización de las ideas sajonas, ahora tan influyentes por la preponderancia de Estados Unidos, herederos de Inglaterra. Si hubiera vivido más el ilustre pensador, se hallaría ganado á la civilización inglesa con su transformación benéfica en las colonias; allí encontraría la redención soñada por la influencia de la ciencia, «de la naturaleza que remata al pensamiento», eternas diosas de la abundancia, regalando generosamente *la juventud y la belleza*.

Nunca como en este siglo, la literatura ha prestado á la sociedad más positivos servicios: las civilizaciones más opuestas, con sus vicios y sus virtudes, su arquitectura y su idioma, han sido reconstruídos; la crítica ha dado pedestal á todos los genios.

En Inglaterra, la literatura constituye un verdadero culto, una institución de lo bello, que refresca y profundiza las ideas, dando vuelo á la imaginación y reposo al cuerpo.

¡Imaginad si será un medio transmisor de la moral, cuando en el hogar, desde los doce años, y antes, las criaturas leen á Bunyan, á Dickens, á Stevenson, á Smiles, á Miss Wetherell. No sorprende ver á las cabecitas soñadoras de los inglesitos,—cercados de dorados rulos, apoyados sobre sus tiernos antebrazos, como los angelitos de Rafael,—inclinadas sobre esos libros.

Más tarde, el joven, en la escuela, considera la lectura como un oasis de su vida activa: lo seducen las aventuras donde abundan el peligro real, la sangre fría y el éxito; los viajes lo encantan; los compendios de cien-

cias lo atraen poderosamente; novelas sentimentales, no le den: las aborrece. Hombre, saborea á Shakespeare, á Spencer y á Byron; lo reclaman las interminables memorias, *reports* mensuales y anuales, los infinitos suplementos y demás publicaciones prácticas.

Bien claramente resulta que la literatura inglesa, entre todas, revela con más exactitud el carácter, y no de otra manera se explica que influya ventajosamente sobre él.

II

SUMARIO: Un retrospecto de la sociedad británica.—El hogar.—El hombre de salud y de carácter: el verdadero rico.—La instrucción superior.—El saber y la pobreza.—Descripción de Oxford por Taine.—Instruirse es el goce más vivo.—Las carreras prácticas.—¡Al campo!—¡A las colonias!—Nueva Zelandia: una colonia modelo.—Un joven colono: su vida y sus propósitos.

Hagamos un retrospecto de la sociedad británica para iluminar esa palabra tan vasta: *anglo-sajonismo*, hacerla comprensible, accesible, y, sobre todo, un ideal práctico.

¿Se quiere conocer á la sociedad? Entremos en la casa de familia; breve, en el *home*: llaman en primer término la atención, la comodidad, el arte decorativo, la limpieza y el silencio; todo tiene allí su sitio apropiado: aquí la *mansión del saber*, el estudio que llaman *library*; allá el comedor, el *dining-room*; más allá la sala, acullá los dormitorios, y, por encima de todo, los apartamentos de las criaturas, el *nursery*. Por esta disposición, el niño no incomoda á sus padres, ni éstos á él; se divierte con juguetes y libros risueños, sin otro horizonte que la alegría, y pasa así los días felices de la niñez; recuerdo que raramente se extingue. Lo que acontece en América, obsérvese y compárese escrupulosamente. El padre inglés es serio al

par que amoroso; la madre, mujer fuerte, ambos ante sus hijos afectan la más íntima unión de ideas y sentimientos. A los doce años, el niño deja la casa de sus padres: va como pupilo al colegio, que es siempre deliciosa casa de campo; allí los juegos al aire libre ocupan principalmente su tiempo. El hombre de salud y de carácter es el verdadero rico, se dice el inglés; robustecer ambas cosas, es el objeto de la educación. Llegan las vacaciones, y el *boy* gozoso vuelve á la casa de sus queridos y respetados padres, porque observan en él un alma libre, una voluntad en formación. El inglés «es hijo del deber» y el deber moldea su vida.

Llegan los veinte años; mira hacia atrás: el mundo se lo imagina césped esmaltado de flores silvestres; de aquí en adelante es un Coliseo: *luchar es vivir*. El joven es rico: marcha á Oxford ó á Cambridge; goza, en compañía de los futuros grandes hombres de Inglaterra, de la gran cultura que se obtiene en estos focos de ilustración; el pobre de medios para el estudio sereno y erudito, adquirirá por concurso empeñadísimo un estipendio que le permitirá instruirse á la par de los privilegiados de la fortuna. Reflexiónese y se desprenderá la sabiduría que acompaña á estas disposiciones. El saber, la alta filosofía sólo sirve en general para hacer desgraciados á simples ganapanes, deslimitando sus deseos y ambiciones. El que quiera, pues, sufrir las consecuencias de una instrucción vasta, ha de pagarlas. De esto dedúcese también que los sabios, los filósofos, los artistas forman una «élite», un núcleo compacto que da impulso á las ciencias sin ser molestados por una ignorancia vanagloriosa é impertinente. Otra de las cosas que sugieren las Universidades, es la esplendidez material del sitio donde tienen asiento. Cuanto existe de arte severo y de naturaleza pintoresca, se encuentra en estas ciudades del saber que se llaman Oxford y Cambridge. Parafraseando al autor de

La Literatura Inglesa, daremos al lector una idea justa de su belleza:

«Los muros viejos, las piedras carcomidas por el sol que sale. Una luz tierna reposa sobre el dentellón de los muros, sobre los festones de las arcadas, sobre el ramaje deslumbrante de la hiedra. Las rosas trepadoras, las madreselvas suben á lo largo de las rejas de las ventanas. Los juegos de agua murmuran en los grandes patios silenciosos. La ciudad encantadora sale de la bruma matinal tan decorada y tranquila como un palacio de hadas, y su traje de suave vapor de rosa, semejante á una enagua bordada del Renacimiento, ofrece sus relieves por un dibujo de campanarios, de claustros y de palacios, uno por uno engarzados en su propia vegetación y en sus flores.»

Aquí se tiene una imagen de Oxford: es el Miguel Ángel de la literatura quien la pinta. ¿Es posible concebir algo de más hechicero? Así inspirados siempre en una ley sabia, desconocida para nosotros, el inglés considera en ese hecho el símbolo del placer que acompaña la instrucción, fenómeno lógico y cuyo intérprete maestro ha sido *Heriberto Spencer*. Instruirse, para los hijos de ese país, es el goce más vivo.

No siente inclinaciones al estudio teórico, el joven se lanza á adquirir conocimientos prácticos en el mundo; quiere ser arquitecto: paga á uno de ellos para que lo tenga á su lado, aprovechando su experiencia. Tres años han pasado; envía su foja de servicios prácticos á la Academia de Arquitectos de Belfast ú otra, y ella le discernirá un título provisorio que, á medida que transcurran los años y acreciente su reputación, será más elevado, hasta que un buen día le brinda el honor de formar parte de la Sociedad. Tenemos entonces al arquitecto hecho y derecho. Estos datos los hemos recogido de un joven ingeniero que pasó por todas estas pruebas.

La cría de ovejas, la lechería en grande escala, satisface, como medio de ganar dinero, á fin de independizarse en la vida. Para ello están las colonias abiertas á la iniciativa audaz y perseverante. Ir á las colonias no es como entre nosotros alejarse de un centro culto y civilizador para sepultarse en un estado de semi barbarie. El grito de «¡Al campo!» pavoriza; la exclamación «¡A las colonias!» allá, en la Gran Bretaña, predispone al júbilo y al contento.

«Diferencias de civilizaciones», se dirá instintivamente; «aberraciones del buen sentido», se exclamará después de reflexionar. Para ser concretos, estudiemos en tanto que se pueda brevemente una de las colonias, la Nueva Zelandia, por ejemplo. Ha merecido un libro de la pluma de Leroy-Beaulieu; mas no lo he leído. Lo que sé al respecto es de positivo valor é interés, pues fué un habitante de las mismísimas islas quien me lo contó.

El físico, manifiesta lo interno: la configuración geográfica, los contornos, el hecho de ser un conjunto de islas Nueva Zelandia, recuerda á Inglaterra. Esta semejanza, aunque parezca inverosímil, tiene su influencia moral.

En primer término, el estado social es superior al nuestro; para cerciorarse de ello prontamente, venga este ejemplo:

Un joven de familia acomodada, compra con sus ahorros campo en pago de *treinta libras*; al cabo de diez años lo ha trabajado de tal manera, que le ofrecen por él mil libras. Como éste hay multitud de jóvenes del mismo temple férreo de carácter. La sociedad que produce tales hombres, refleja una superioridad moral indiscutible. Las comparaciones son odiosas; así es que sigamos adelante.

¿Qué vida hace esa gente? Se creerá que una existencia rústica, propia de labradores. Nada más erróneo, una vez conocido á fondo el motor de esta civilización.

Auckland tiene su Universidad con cátedra de teolo-

gía, de lenguas orientales; posee no pocos hombres eruditos que contribuyen al brillo de la Sociedad Australiana para fomentar el saber; las jóvenes se bastan á sí mismas, ya sea por la brillantez de su inteligencia, ora por la habilidad de sus manos (hay grandes acuarelistas entre ellas), ó por el despejo de su natural, afable y moral. No menguan las exposiciones artísticas, que nos decía nuestro amigo eran más concurridas que las mismas efectuadas en la capital argentina. La instrucción y educación están en un pie sorprendente, puesto que aseguran al individuo el gobierno de sí mismo; la posición social, buena y respetable; y la conciencia feliz del vivir. Juzgo por lo que veo. El amigo de que ya hemos hablado era ingeniero práctico, y para sus veintiséis años de experiencia, modelo de cultura. En su vestir, ademanes, gustos é ideas revelaba una alma seria y delicada; lucía en él el hidalgo, el *gentleman*. Su religión era el protestantismo liberal, lo que equivale al racionalismo religioso; había viajado por Inglaterra, y vivido allí en calidad de dibujante de ferrocarriles, ganando por semana *cinco pesos escasos*. No obstante su posición inferior, encontraba sumo agrado en frecuentar la casa de su tía, artista de mérito para hablar entre las eminencias del arte y del saber, de los placeres intelectuales:—«en somme, le sens le plus sensible, le plus capable de plaisirs nouveaux et divers, c'est le cerveau...»

El salario era ínfimo; pero ¿qué importaba, si construía el escalón para puestos superiores, bien remunerados? Y con todo, el carácter no sufría, se preparaba; la ambición siempre estaba despierta.

III

SUMARIO: ¿Tiene influencia moral Inglaterra en América?—La anglo-argentina.—Europa es nuestra maestra; imitarla, un deber, necesidad.—El fracaso de las invasiones inglesas; su a'cance y sentido histórico.—Las colonias españolas y las inglesas: diferencias.—La reina Victoria.

Ninguna influencia tiene sobre estos pueblos la civilización esbozada á grandes rasgos; si tuviera ascendiente el ejemplo que con su vida pura y activa ofrece el joven ingeniero de que hemos hablado, tendría muchos admiradores y no pocos imitadores entre la juventud.

De todos los países de América, los que más valen intrínsecamente son el Uruguay y la Argentina, y esto por haberse extinguido en ellos casi por completo las razas autóctonas.

Hay que considerar que es el europeo, su cultura é industria que les da mérito. En nuestras casas, desde el felpudo del zaguán hasta los objetos más insignificantes de uso corriente, han sido fabricados por manos europeas. Imitar luego, no es servilismo en nosotros: es deber, necesidad. Por estas consideraciones, donde se elabora una era de verdadero progreso, es en la Argentina, debido á la enorme intervención del elemento europeo en los negocios y en las empresas. Los ingleses allí son muchos miles, y su influencia social déjase observar en la decoración del hogar porteño, en los gustos de la alta sociedad, en las diversiones y en las estancias. El libro escrito en lengua de Shakespeare ocupa lugar preferente en todos los escaparates de librería. Promete el argentino asimilar bien lo que tiene delante de sí en todos esos inmigrantes de todas las nacionalidades habidas. En cabeza ajena puede aprender lo útil para sí y su país. Permítasenos una discrepancia de ideas acerca del falso criterio reinante: lás-

tima grande que el almirante Brown no triunfó en Buenos Aires y Montevideo. Arrancados estos poderosos centros á España, hubiéränle conservado gran cariño y ahora serían dominios libres y prósperos, de carácter sajón y de lengua castellana.

De los brazos de una madre cariñosísima habrían pasado á la disciplina [moral del Colegio, por no obedecer á la que fué primera institutriz, de quien aprendieron los usos y costumbres, la religión y el vivir civilizado. Si de tal suerte se hubieran apurado los acontecimientos, la civilización moderna en América, ayer, como un solo hombre habría extendido su apoyo y su fuerza á España, como hace poco las posesiones inglesas ofrecieron su contingente en la guerra con el Transvaal, para conservar el predominio de la Metrópoli. Consideran las Colonias á Inglaterra como el gran corazón: ellas son las venas y arterias por quienes serpentea una vida desbordante y expansiva; un latido suyo tiene repercusión en todo el organismo; si es la esperanza que hace anormal la palpitación, una demostración de progreso la calma; si es el dolor que la acongoja, una prueba de amor y simpatía la tranquiliza. ¡Grande y poderosa familia! ¿Quién ha visto otra más unida? Si personificáramos esta gloria colosal del Imperio Británico en la augusta Victoria, bendecida de las naciones, ¿á qué orden de sublimes consideraciones no transporta ese hecho maravilloso de que haya sido una débil mujer, el símbolo de la autoridad soberana rigiendo los destinos de un pueblo, el más numeroso, y cuya gloria parece quisiera confundirse con la del mundo?

De las civilizaciones, es, hoy por hoy, la única estable y progresiva.

¿Quién hallará otra mejor?



ENSAYO SOBRE EL LIBRO
DEL DR. A. FLORO COSTA:
«LA CUESTIÓN ECONÓMICA
EN LAS REPÚBLICAS DEL
PLATA.» 18021 18021 18021 18021 18021

Uno de los hechos recientes que más preocupan al pensador europeo es la invasión de la industria norteamericana. Tan inminente es este peligro, que ya se habla de una liga aduanera europea. Nosotros, latinoamericanos, teniendo tan cerca á vecinos tan emprendedores y vigorosos, ¿acaso pensamos en algo semejante? Y eso que no poseemos para resguardarnos, el poderío europeo: los ejércitos y las marinas colosales, una población de 400 millones de habitantes, la riqueza acumulada durante siglos y los conocimientos adquiridos por la mentalidad europea.

¿Qué campo para la conquista económica en esta América latina hoy anarquizada, dividida en repúblicas mal gobernadas y peor administradas en su mayoría; con una extensión dos veces la de Europa y una población total que es un poco más de la mitad de Estados Unidos!

Ningún hombre de Estado surge para aclarar esta cuestión y meditarla en el Ministerio de Relaciones Exteriores, y mientras tanto se preparan guerras civiles, motines é intervenciones extranjeras. La hormiga y el grillo son los mejores símbolos de las dos Américas.

A. N. F.

«La vitesse avec laquelle s'éparcent les idées est cause de la prospérité d'une nation.»

Novicov.

«Toutes les convictions sont dignes de respect quand elles son dictées par la conscience.»

Max O'Rell.

«Même pour les plus honnêtes gens, la politique n'est pas une œuvre des saints.»

Guizot.

SUMARIO: Atractivos de la obra.—No es un libro didáctico.—Seignobos.
—La ciencia. — El ideal necesario.

El novísimo libro del doctor Costa es, como todos los suyos, atrayente en sumo grado. La causa de esta impresión inevitable es sin duda la robustez del pensamiento, el vigor del estilo, la severa belleza de las imágenes, la solución de muchas cuestiones dudosas, la aplicación de la alta ciencia social y económica á los problemas de Sud-América y el reflejo de una vasta erudición que ilumina todas las páginas de sus escritos.

La Cuestión Económica en las Repúblicas del Plata no es un libro completamente didáctico, por faltarle aquella disposición del espíritu necesaria para dar cuenta de hechos históricos, anotada por Seignobos: *sólo una actitud del espíritu que sea analítica, desconfiada é irrespetuosa puede darnos hechos históricos.*

Además están mezcladas en él muchas cuestiones personales; adolece del defecto común á todas las obras del autor: el personalismo. Pero, con todo, puede considerarse como una de las mejores que tratan de la economía de estos países.

La ciencia—que el doctor Costa tanto ama y que constituye para él casi una religión, á la que tributa el culto más entusiasta—es, ante todo, especulación impersonalísima, serena, mira todo de lo alto; las reyertas é infidelidades de los hombres, juntamente con sus intereses mezquinos, no lo inmutan: tan sólo aspira á la verdad y á su expresión, lo demás le es indiferente.

El sabio autor de *Nirvana* no siempre conserva este concepto de la adorada ciencia, á pesar de escribir para el racionalismo y la libertad y despreciar el anatema de los intolerantes y fanáticos, que odian porque no razonan.

Las cuestiones personales perturban la serenidad del economista, sin embargo. Aparte de todo esto, es necesario reconocer altamente cuánto instruyen sus ideas, sus proyectos, sus sugerencias prácticas, aunque parezca lo contrario por tratarse de pueblos poco ó nada innovadores y que tachan de *lírico* cuanto sale de la órbita de los usos inveterados y de la rutina de siempre.

«El amor del ideal, tan lejano de lo útil en un principio, mas sin el cual no hay verdadera libertad de espíritu, puede contarse entre los resortes más necesarios de la inteligencia y de la voluntad humanas; respecto á ideas, á ciencia, al arte, no existe nada tan necesario como lo superfluo.»

El pensamiento tan exacto como útil de Alfred Fouillée, conviene mucho á nuestras agrupaciones políticas, ya harto materialistas.

I

SUMARIO: La inteligencia del autor de *Nirvana*.—Buffon: «le style c'est l'homme».—A la juventud.—Ejemplos de estilo.

La inteligencia del autor de *Nirvana* es como la cara del dios Jano; presenta dos faces: una reflexiva y otra imaginativa. La preeminencia de una ú otra caracteriza sus escritos. Inútil es decir que son mejores aquellos en que impera la reflexión, nutrida por un saber variado, fruto del estudio de las ciencias naturales en las obras de Darwin, Büchner, Moleschot, Virchow, Maudsley y otros filósofos naturalistas. La fuerza de la imaginación introduce las cuestiones personales y es á la vez la que le da también méritos y originalidades á su modo de escribir; así: las comparaciones hermosísimas en que se funde todo el *esprit de l'histoire*, de la literatura y de los latinismos.

Le style c'est l'homme, dijo Buffon. Este axioma se comprueba al leer las obras de nuestro autor; él refleja el deslumbramiento que le causan las maravillas de la naturaleza y de su divina intérprete, la ciencia; de ahí la desigualdad, la brusquedad de las transiciones, las frecuentes interjecciones y admiraciones y *last but not least*, la introducción ó, mejor, adaptación de términos técnicos de todas las ciencias y artes; su estilo tiene todos los matices.

En la dedicatoria de su libro, tal vez su página más bella, dice con su fecunda energía intelectual:

«Sólo la juventud ama espontáneamente la libertad... No es común pasar de los sesenta años amándola como en las alboradas de la vida, conservar la fe en su virtualidad poderosa y creer que sólo ella, bajo la égida de la ciencia, puede gobernar al mundo y resolver todos los problemas sociales de que depende la felicidad de los pueblos... Mi error ó mi mérito es amarla aún á esa edad con más conciencia que en los años ardorosos de mi juventud.»

¡Qué bella y qué sentida es su expresión!

En otro capítulo dice:

«La razón pública es lo que menos se ha condensado en el carácter de los pueblos latinoamericanos.»

Aquí ya su idea está expresada en términos axiomáticos: otra faz de su estilo.

Tiene predilección por las enumeraciones, que dan tanto movimiento á la idea:

«Cuando la ciencia tenga más altares entre nosotros; cuando sus principios sean la oración dominical de nuestros gobiernos; cuando sus métodos sean el pan cotidiano de nuestra infancia y nuestra juventud, haremos en tres jornadas lo que sin ella no haremos en medio siglo, con la ventaja de que lo haremos bien pacíficamente y con la sonrisa de una alta cultura en los labios (1).»

Como ejemplos de comparaciones hermosas, éstas, entre otras, me parecen las más notables:

«Dejemos descansar á Erato y á Terpsícore, á Euterpe y á Calíope, y demos la mano á Urania y Clío y á todas las musas serias...»

«Los Estados Unidos son, pues, las verdaderas cuevas de Alí Babá en el universo civilizado.»

II

SUMARIO: La pasión científica. — Los amantes de la ciencia: Flaubert, C. Bernard, A. Thierry, Franz Wepke, Emerson, A. Comte, Taine, Juan María Guyau. — El encanto del estudio científico. — Mérito de los proyectos y obras del doctor Costa. — Por qué no siempre han tenido éxito. — Una cita de Bourget. — Los hombres de ciencia y el porvenir.

El doctor Costa siente fuertemente el poderoso é in vencible atractivo de la ciencia; ella es hoy reina, cuando ayer era Cenicienta, según Spencer.

Esa pasión por el conocimiento científico es un rasgo

(1) *La Cuestión Económica en las Repúblicas del Plata*, pág. 84.

típico de los pensadores del siglo XIX, una de las épocas más notables de la historia. Flaubert, aunque literato, amaba la exactitud científica y el espíritu de observación; Claude Bernard, «el genio de la experimentación», le dedicó su vida; Thierry se quedó ciego por investigar. En el prefacio de una de sus obras, *Dix ans d'études historiques*, se expresa así respecto al encanto del estudio científico:

«Aveugle et souffrant, sans espoir et presque sans relâche, je puis rendre ce témoignage qui de ma part ne sera pas suspect: il y a au monde quelque chose qui vaut mieux que les jouissances matérielles, mieux que la fortune, mieux que la santé même: c'est le dévouement à la science.»

¿Puede decirse más en pro del amor á la ciencia?

El sabio matemático y orientalista Franz Wepke, el amigo íntimo de Hipólito Taine, «vivió solo, lejos de su patria, inadvertido, sobriamente», arruinando su salud y acortando su vida por un esfuerzo físico y mental excesivos. Este gran hombre, por toda satisfacción, se alegraba de pensar «que les érudits qui travailleront après moi trouveront une recherche bien faite, sur laquelle ils pourront compter, et de laquelle ils pourront partir pour aller plus loin.»

La modestia, la dulzura y nobleza de carácter de este erudito, sólo estimado por algunos sabios, era tan admirable como sus minuciosos estudios sobre la historia de las matemáticas. Ello demuestra, á la vez, la influencia moralizadora del estudio serio: ilumina la inteligencia y serena el corazón, como lo afirma el autor de *L'Intelligence*. El hombre de ciencia ha sido siempre y aún es un ser en quien la moralidad y la mentalidad han evolucionado paralelamente.

Emerson, el patriarca de la intelectualidad norteamericana y su más acabado filósofo, fué un estudioso; amaba escribir «par les larges loisirs des nobles matinées,

après une prière, une lecture de Platon ou toute autre offrande agréable à la muse matinale.»

El camino de la ciencia y de las letras lleva á la paz, á la tranquilidad, á la bondad y á la elevación infinita del alma sobre todas las miserias.

La vida del genial Augusto Comte—fundador de la filosofía positivista, que tan fecundos resultados ha dado y que cuenta entre sus discípulos á los filósofos más eminentes del siglo—abunda en rasgos nobles y en una abnegación ejemplar por la especulación científica. Su situación económica, á pesar de su genio y de la influencia que ejercía sobre la mentalidad de su época, fué siempre precaria, al extremo de que durante un tiempo le sostuvieron sus discípulos más devotos: Stuart Mill, Grote, Molesworth y Raikes Currie. No obstante mil obstáculos, se consagró á su vocación, y en ello demostró, según Morley, su mejor crítico, más tenacidad heroica que el mismo Franklin.

El fecundo trabajador (1) que hizo de la crítica una ciencia y del crítico un sabio versado en todos los conocimientos humanos, desde la biología hasta la cúspide de todas las especulaciones—la metafísica trascenden-

(1) «Taine avait une répugnance instinctive pour ce qu'on appelle la «publicité» et «la réclame». En un temps où beaucoup de gens ont l'habitude de mettre la foule dans la confiance de leurs affaires privées, ce grand écrivain défendit contre toutes les indiscretions l'asile inviolé où il travaillait, à l'abri de curiosités profanes, entouré d'affections dévouées qui étaient sa joie et son réconfort. Ceux-là seulement qui ont eu l'honneur d'entrer dans sa maison savent ce qu'il y avait de tendresse dans cette âme si forte, et combien cette intelligence souveraine était bienveillante et accueillante pour les idées d'autrui. C'est là, près de ce foyer qu'aimeront à l'évoquer, enfin, délivré du poids des problèmes et reposés d'un si long effort, tous ceux qui garderont dans leur esprit et dans leur cœur le respect de sa gloire, l'admiration de son génie, le souvenir de ses conseils et de son amitié.» — *La vie et les livres*. Gaston Deschamps. Deuxième série, p. 180.

tal—Taine, he aquí la regla que se impuso desde la juventud: «suivre sa vocation, chercher dans le grand champ de travail l'endroit où l'on peut être le plus utile, creuser son sillon ou sa fosse; le reste est indifférent.»

La vida de este hombre superior y genio filosófico fué un esfuerzo continuo hacia el perfeccionamiento de su inteligencia y de su corazón. Trabajó mucho y reveló poseer un carácter firme y de los más nobles. Desde su juventud cautivaba por la afabilidad de sus maneras, la bondad de su corazón y la seriedad de su espíritu. Á los catorce años, durante la ausencia del director de la escuela parroquial, fué designado para dirigirla, por ser el niño más capaz, enérgico y justo. Joven de veintitrés años, comprometió su porvenir exponiendo, ante los examinadores oficiales, con toda libertad y serenidad de espíritu, sus ideas filosóficas y religiosas. La religión de la verdad fué su creencia, como hermosamente lo ha dicho Alfred Theulot. «Creyó en ella y la amó con un ardor que tuvo sus límites en la fe y que lo llevó hasta dudar de su propia duda (1).»

A pesar de «que ningún escritor haya ejercido en Francia, durante la segunda mitad del siglo XIX, una influencia igual á la suya en todas las ramas del saber, «era el hombre más humilde y modesto que darse puede.»

Otro de los sabios en quien la ciencia reflejó cuanto posee de moralizador [y de grande, fué Juan María Gu-
yau. Este filósofo tuvo energía, voluntad, amor por la humanidad y una incomparable actividad mental.

Creía la vida generosa por esencia y no por casualidad, como piensan Darwin y los utilitarios. El deber para él, era un poder y un goce.

Después de un trabajo asaz precoz y profundo, su salud

(1) *Alfred Theulot*: Juicio crítico sobre un Ensayo: «Taine y sus ideas religiosas». *Journal des Français*. Montevideo.

languideció; sus fuerzas físicas declinaron como el sol al haber descrito su camino iluminando la tierra.

La base del carácter de este noble y joven filósofo era una voluntad inquebrantable; en sus libros siempre habla de ella con pasión:

«Génie c'est de la persévérance. Mais persévérance c'est volonté, c'est courage.»

También el entusiasmo, en su forma más pura, fué el principio activo de su genio:

«L'enthousiasme, cette chose divine, semble donc avant tout volonté et abnégation.»

El moralista igualaba al hombre y su sinceridad era perfecta. Ni la vanidad, ni el orgullo, ni la ambición de bienes materiales distrajeran su espíritu del alto estudio: *El arte desde el punto de vista sociológico, La moral inglesa contemporánea, La educación y la herencia, y Los problemas de la estética*. Llevó su vida como un obrero infatigable, despejando horizonte para que vieran mejor sus semejantes.

Y de esta suerte, bosquejando la vida de los sabios y eruditos del siglo, hallaríamos que los rasgos más nobles y elevados que caracterizan á la especie humana, se han refugiado en los estudiosos é intelectuales. Pasteur, Charcot, Spencer, Stuart Mill, Ernest Renan, Darmstätter, son eminentes moralistas y pensadores.

La ciencia, pues, ha sido una religión, un culto y una pasión para los grandes hombres. ¿A qué intelectual no subyuga su encanto?

He creído siempre que los escritos del doctor Costa llevan en sí un gran mérito, por fomentar el estudio científico, sereno, metódico y eminentemente útil, desde que es su fin simplificar y que del minimum de esfuerzo resulte el mayor efecto. Aunque sus proyectos é ideas no hayan tenido por complemento resultados prácticos—no

porque ellos sean impracticables, sino por tratarse de un ambiente poco progresista é innovador, en que domina el espíritu español añejo, la indiferencia por las cosas elevadas y las manifestaciones del espíritu,—siempre le pertenecerá el poder de hacer conocer y amar las ideas más avanzadas.

Razón profunda tuvo Paul Bourget en decir «qu'ètre célèbre c'est être méconnu par les plus de gens.» De lo sembrado algo queda. Las ideas duermen, no pocas veces, siglos, pero jamás mueren. Platón, Aristóteles, Sócrates, fueron olvidados durante seis ó siete siglos, para resucitar en el siglo XVI é iluminar con su inolvidable ideología el renacimiento vigoroso.

¿No pasará lo propio con mucho de lo que ha proyectado é ideado el doctor Costa?

El autor de *Nirvana* tiene plena razón en asumir á menudo ademán profético. En la época de transición por que atravesamos, los pensadores, filósofos, historiadores, y, sobre todo, los sociólogos, representan á los profetas de antaño. En una de sus obras más profundas, Novicow avista la era en que, para gobernar, será preciso pedir todo á la sociología y en la que se considerará á los sociólogos como los hombres de estado más aptos.

Las ideas del doctor Costa son radicales, mas no por eso dejan de ser verdades luminosas.

III

SUMARIO: La influencia moral de la reforma.—Actitud simpática del autor á su respecto.—La filosofía histórica y el principio protestante.—Su aplicación en la sociedad latinoamericana.

El autor de *Nirvana*, como la mayoría de todas las inteligencias sólidas de la América latina, aprecia en su justo valor la influencia moral del protestantismo.

En el capítulo IV, muy laborioso, al ensalzar como lo merece la creación de un Consejo de Estado, contempla de paso la «colmena del Norte», Holanda. Una de las causas de su actividad comercial, á la que no alcanzan las tres naciones latinas, España, Italia y Portugal, se debe «á la ciencia, á sus libertades religiosas y á la moralidad del protestantismo (1).»

Quien lea á Taine se convencerá de la superioridad del principio protestante, como idea general.

Este filósofo que analizó todo, trae en sus obras profundas, útiles observaciones y tal vez juicios definitivos sobre el protestantismo. Imposible leerlo sin cambiar de convicciones filosóficas y religiosas; su método, como sus ideas, conducen al protestantismo liberal. Algo semejante sucede con Buckle: convierte en anticlerical á quien estudia sus obras.

Aunque del doctor Costa pueda decirse lo que de un filósofo eminente: que nadie fuera menos religioso que él, su preferencia marcada por el culto reformado merece detener al crítico.

La grandeza de Holanda, refugio durante siglos de todos los proscritos por la sublime novedad de sus ideas—Descartes, Spinoza y otros muchos, no menos célebres—reposa evidentemente en la moralidad reflexiva, y hasta diré utilitaria, de la religión protestante.

Este hecho lo vienen observando todos los filósofos del siglo, Taine como Guizot, Macaulay como Motley.

Siglos ha—desde que la papista España, con una tenacidad y energía dignas de mejor empleo—que «loin de la cour, dans les villes au sein d'une bourgeoisie laborieuse, dans les campagnes chez des familles de propriétaires, de fermiers, de laboureurs, se réfugièrent le protestantisme ardent et rigide, les mœurs sévères, et ce rude

(1) *La Cuestión Económica en las Repúblicas del Plata*, pág. 111.

esprit de liberté qui ne s'inquiète ni des obstacles ni des conséquences, endurecit les hommes pour eux-mêmes comme envers leurs ennemis, et leur fait dédaigner les maux qu'ils subissent ou qu'ils infligent, pourvu qu'ils accomplissent leur devoir et satisfassent leur passion en maintenant leur droit (1).»

Grande es Holanda por guardar consecuencia á las ideas protestantes. Lo sería también la América Latina si abandonara el despotismo, la indiferencia moral, religiosa, política é intelectual. Derivan de la indiferencia los males profundos que trabajan á estas sociedades novísimas y ya anémicas.

El protestantismo sería un gran remedio, pero no aplicable. No es posible que un pueblo cambie, de la noche á la mañana, su fe secular. Contra el malestar religioso casi no existe paliativo. La irreligión es uno de los mayores obstáculos con que se lucha moralmente. Ello es debido principalmente al catolicismo, que ha dejado de satisfacer las exigencias de los estudiosos, de la ciencia y del corazón moderno.

Ninguna fuerza moral ha sustituido al catolicismo en estos países: la conciencia pública está desorientada. Para los elegidos existe un refugio: el estudio; pero ¿para la muchedumbre?... La popularidad de las obras de Samuel Smiles señala la existencia de gente preparada para el protestantismo, pero esparcida y sin cohesión. Aunque no lo diga explícitamente, nuestro autor desea, como yo, que triunfe acá el gran principio que, conmoviendo desde sus cimientos á la sociedad nórdica, la preparó para los brillantes y sólidos destinos que hoy ya tienen su espléndida consagración.

(1) *Guizot: «Histoire de la révolution d'Angleterre».*

está ejerciendo positiva influencia sobre el Consejo de Instrucción Pública en Francia.

Todas las altas corporaciones científicas y literarias de este último país constituyen á menudo *enquêtes* para aclarar los problemas que preocupan á la sociedad.

Por cuenta del Gobierno estudian los países extranjeros y sus métodos industriales, multitud de sabios y economistas. Los grandes periódicos siguen el mismo sistema.

Lo propio ocurre en Inglaterra, aunque en menor escala.

El mismo *Times*, el diario más serio de Europa, y aunque pertenece al «gran taller del mundo», envió á un aventajado ingeniero para hacer una *enquête* sobre las industrias metalúrgicas de Estados Unidos.

El gobierno británico comisionó hace poco á la señora Ravenshill para informar sobre la educación de la mujer en Norte-América.

Las conclusiones á que arribó esta mujer ilustradísima, merecen conocerse:

«La tendencia de la educación parece dirigirse á la adquisición de todos los medios que pueden dar á los niños más aptitudes para ser miembros útiles de la comunidad á que pertenezcan, más idóneos para adquirir conocimientos y aplicarlos, más limpios ó higiénicos en sus costumbres y dotarlos de una estructura robusta en que todas sus facultades y poderes estén desarrollados armoniosamente.»

Pero, «*hasta aquí hemos estado bajo el entusiasmo del número.*»

«Las estadísticas lisonjeaban nuestra vanidad (1). Las repúblicas del Río de la Plata sufren la consecuencia de las condiciones feraces de su suelo, confirmando la ley sociológica de que un ambiente donde los elementos nutritivos son de fácil adquisición, engendra despotismos. Ninguna verdad sociológica resulta de tan patente demostración como ésta.»

Las riquezas proverbiales; el miraje de los millones de

(1) Obra citada, pág. 89.

ganado vacuno y lanar; el sistema proteccionista, todas estas facilidades falaces para el progreso de una nación, han retardado la evolución latinoamericana.

*

El Consejo de Estado es otra de las sugerencias poderosas del incansable publicista. Sería de gran resultado para conjurar las revoluciones y los males múltiples que surgen día por día, debido al cúmulo de imprevisiones. La responsabilidad del Poder Ejecutivo sería aminorada.

La importancia de «las *enquêtes*, de los congresos internacionales y los certámenes científicos,» queda evidenciada espléndidamente en el capítulo IV.

Al terminarlo, escribe nuestro autor:

«En la fosa glacial de la aritmética sucumben todas las vanidades nacionales.»

Convengo hasta cierto punto en lo dicho; mas no es menester dar tan grande importancia á la estadística. Hanotaux, el erudito ex Ministro de Relaciones de Francia, advierte en su última obra el error de conceder á los números lo que sólo pertenece á la filosofía histórica:

«*Mé lions-nous aussi des économistes. Ce sont les plus savants et les plus décevants des prophètes... Que la statistique additionne, d'accord; mais qu'elle conclue, c'est autre chose. Prétendre circonscrire dans des chiffres la vitalité d'un peuple, c'est affirmer la quadrature du cercle. La vie n'est pas une arithmétique.*»

En una época en que los intereses materiales prevalecen tanto sobre las demás preocupaciones, se han exagerado las cifras estadísticas. Este error, creo, tiende á desvanecerse.

Buckle, con su acostumbrada profundidad, sienta la ley de que las acciones morales de los hombres no son el producto de sus voliciones, sino de sus antecedentes. ¿Cuáles son los de nuestras naciones? Un pueblo debi-

litado, en decadencia, cuya fe fanática lo aisla del progreso científico y de la evolución general del centro de Europa.

*

España y América es el título del capítulo siguiente. En él se diseña hábilmente el estado de desquiciamiento y quijotismo en que se halla la madre patria aun después de innumerables golpes y desastres.

El autor llega á estas síntesis:

Sería menester *catalanizar á España*; su ofuscación inexplicable al declarar la guerra á Estados Unidos y la semejanza de España con sus antiguas colonias. En todo este capítulo el autor sigue á un célebre economista, Paul Louis; nosotros á un filósofo, Hipólito Taine; de ahí la diferencia de las apreciaciones, pues si «el postrer efecto del espíritu filosófico es la grandeza», la aritmética debe quitar al juicio todo matiz filosófico y moral.

En un ensayo poco conocido, este gran escritor trata á fondo la decadencia de España, sus causas y sistemas.

Siempre que busco algo sugestivo sobre temas, que de tan rastreados se han tornado lugares comunes, hojeo mi gran Enciclopedia: *Taine y su obra*.

Oigámosle:

«Le premier trait du caractère espagnol, c'est le manque de sens pratique. Il ne sait pas et surtout il ne veut pas s'accomoder aux choses. Le superbe est son fonds, et il juge le souci de l'utile trop bas pour lui... A un pareil peuple il faudrait un peuple d'esclaves... L'espagnol n'a point dépassé les idées grossières des civilisations despotiques, où l'administration n'est qu'une conquête à demeure, où le seul moyen d'acquiescer est la rapine, où la seule valeur est l'argent... La vie domestique semble un campement avec tous ses hasards et tout son désordre... L'orgueil est roi dans ces sortes d'âmes, et les chimères raffinées qu'il traîne à sa suite trônent avec lui, d'autant plus impérieuses qu'elles choquent davantage l'intérêt visible et la vulgaire raison... L'amour semble ici la grande affaire de la vie... (1) Pour l'espagnol la religion est une

(1) Este rasgo puede aún observarse en las colonias españolas de América.

émotion de la chair et du sang, une explosion de la férocité native... c'est la dévotion mécanique et corporelle qui les attache; tout ce qui est pensée est banni de cette religion... la philosophie générale et la vraie science de l'homme n'ont pas construit un seul monument (en Espagne)— et à ce régime le désir, la volonté, la pensée s'en vont; il faut que l'homme devienne imbécile ou fou (1).»

Muy severo es este juicio: se impone por su exactitud é imparcialidad. Si doloroso es leer esas páginas, por retratarse todas las debilidades de nuestro pueblo, se reconoce cuán justas son. Una de las naciones que ha sido juzgada con más severidad y hasta ensañamiento, es España.

No puede creerse que otros países hayan sido menos culpables. Sin embargo, la explicación de esta actitud nos la va á dar netamente Taine, en su estilo siempre magistral y conciso, con su criterio recto y moral:

«Nul peuple n'a reçu de la nature et des circonstances un lot si magnifique de prospérités et d'espérances. Par la force et par l'esprit, ils ont été les dominateurs de l'Europe, et tour à tour ils ont imposé l'ascendant de leur politique, de leur littérature et de leur goût. Tout ce que le génie, le travail et les hasards de la Révolution avaient étalé coup sur coup d'invention, de découvertes et de trésor, leur est tombé en partage; ils ont hérité des arts de l'Italie, ils ont recueilli les richesses de l'Amérique. La fortune leur a été prodigue, et leur cœur était aussi haut que leur fortune. Une seule chose leur a manqué; la capacité de comprendre et la volonté de subir les conditions vulgaires et insurmontables de la vie humaine. On songe en leur présence à ce fils du prince comblé dès sa naissance de talents, de vertus, de grandeurs, mais qu'une méchante fée a rendu aveugle et qui languit inerte, impuissant, misérable dans son berceau tout chargé de couronnes et brodé d'or (2).»

La influencia del catolicismo en España y América es distinta; el fanatismo no cabe en estas sociedades nuevas, sin tradiciones ni pasado que las ligen á la Edad Media, al menos en el Río de la Plata. El cosmopolitismo y el capital extranjero elaboran nuestra idiosincrasia

(1) «Essais de critique et d'histoire», págs. 329 á 370.

(2) Ob. cit., pág. 346.

sía futura, que será un espíritu liberal, *amplio y abiertamente progresista*. Nunca el clericalismo ha sido, como en la madre patria, una fuerza capaz de originar el males-tar social. Más hemos de temer al nihilismo, á la indiferencia moral y religiosa que se apodera insensiblemente de los pueblos, que no al catolicismo, siempre que no se desarrolle intransigente, ciego y vetusto á la española. Si eso aconteciera algún día, entonces la acción de los elementos protestantes é intelectuales se dejará sentir para contrarrestar la expansión del despotismo religioso que encierra también el político.

Observo que el catolicismo se socializa, transformándose en democracia cristiana, como en Bélgica, Francia y la misma Italia; este cambio fuera útil y beneficioso desde que la religión práctica que alcanza mayor número de fieles es la católica.

«No es una religión la que hay que combatir, pues el Estado debe respetarlas todas; sino un sistema, que adulterando el santo dogma del Evangelio cristiano, lo ha centralizado en el Papado para explotarlo y mercantilizarlo, manteniendo la absorción de la vida civil desde el nacer á la tumba, que tanto le ha costado reivindicar al Estado (1).»

Á mi parecer, este pensamiento traza el rol del Estado en las cuestiones religiosas. El doctor Costa se muestra aquí partidario del gobierno laico, que tanto prospera en Estados Unidos. La cuestión religiosa es delicadísima y difícil de solucionar por las bases fundamentales de las Constituciones hechas por hombres imbuídos en el espíritu ultramontano, y que no divisaron los rumbos de la civilización hacia la ciencia, la tolerancia y el amor á todas las ideas elevadas. Reformar las Constituciones latinoamericanas será con el tiempo un deber, siguiendo el ejemplo de la República del Brasil y del Ecuador,

(1) *La Cuestión Económica en las Repúblicas del Plata*, pág. 143.

país en que el oscurantismo parece desaparecer á fuerza de enérgicas medidas por parte de un gobierno liberal.

El capítulo termina con un hosanna á Estados Unidos, del cual halla cierta, nuestro autor, la frase del presidente Loubet: «Estados Unidos es un país en que la energía constituye una religión y en donde se ama á la juventud.»

Las citas de cifras que evidencian la vitalidad, la inventiva y la fuerza de aquel pueblo, sorprenden, maravillan y marean la imaginación deslumbrante del señor Costa, y no sin motivo.

Cuanto aquí falta, allí sobra: actividad febril, exuberancia de productos, superávit en el presupuesto, energías para todo y por todo, religiosidad, sed de instruirse, amor por el estudio, democracia, riquezas acumuladas, ingenio, maravillosas aptitudes para la industria, la mecánica y las ciencias psicológicas.

«¿Nos aprovecharán estas grandes expiaciones históricas para inmolar una vez para siempre nuestro *empirismo* ante la majestad de la ciencia y enterrar nuestros pavoneos coloniales y los métodos rutinarios con que estamos malversando el rico patrimonio que el sol de Mayo alumbró con sus rayos incásicos? (1)»

Aunque el político desespere por el momento, corresponde al sociólogo abrigar esperanzas respecto al porvenir de la América latina.

Un sabio alemán considera á la raza española como á los rusos y anglosajones, poseedora de la primera condición del poder de una nacionalidad: la tierra. América podría contener, según cálculos bajos, 400 millones de habitantes; es decir, la población de Europa. La posición geográfica de este continente es inmejorable, y en ello aventaja á la América del Norte.

La era de las revoluciones, triste herencia de los pro-

(1) Ob. cit., pág. 179.

nunciamentos, parece cerrarse; el progreso de la instrucción influirá positivamente sobre el carácter levantisco, que se irá calmando, y la poderosa inversión de capitales europeos hará lo demás. Ya sueñan los norteamericanos, con su incomparable audacia y energía, en empréstitos y toda clase de negocios en estos países.

Con su genial impavidez, revelando así la fuerza de su confianza en sí mismo, decía el rey de los capitalistas, Pierpont Morgan: «Londres es aún tierra virgen para el capital yanqui.»

¡Qué no diría frente á la América, con 35,000 kilómetros de vías férreas apenas, sin ríos canalizados ni montañas perforadas!

La conquista económica de estos países ha comenzado por Méjico, Cuba y Puerto Rico; después de cimentarse allí, bajará hacia el Sur, y bien pronto.

Conversando con un ciudadano de la Unión, muy iniciado en las ideas expansionistas, confirmé punto por punto mi intuición respecto á la acción económica absorbente que irá ejerciendo forzosamente su país. La regeneración partirá de Estados Unidos; puede estar de ello seguro el doctor Costa, que tanto los admira.

Hasta aquí nuestros comentarios y reflexiones; no se extienden á la segunda parte del instructivo é interesante libro del doctor Costa, por carecer ahora el crítico del perfecto conocimiento del asunto que debiera abordar.

No dudo se desprendan de la segunda parte las mismas conclusiones positivas que de la primera.

V

SUMARIO: La tarea del doctor Costa. — La lucha y el ideal. — Reflexiones finales.

El doctor Costa debiera emprender, en el descanso y la meditación que dice imponerse, una obra seria, algo que esté por encima de las pasiones políticas, algo desligado de todo lo personal, un libro de filosofía histórica de la región platense, ó de sociología aplicada á la sociedad sudamericana, ó de economía política. El autor está en la edad en que se olvida el pasado y en que se ingresa, según la hermosa idea de Ruskin, á la paz viviente. Tal libro es una necesidad y lo desea ardientemente el público ilustrado de este continente. Aguardemos la obra deseada.

Sea de ello lo que fuere, muchas de las ideas que ha expuesto el doctor Costa son poderosas y útiles.

«Donde comienza la lucha ideal, terminan los medios de violencia; donde entra la discusión, empieza la tolerancia,» ha dicho profundamente Giovanni Bovio. La lucha ideal es la de los pensadores.

Estas reflexiones me las ha sugerido el libro *La Cuestión Económica en las Repúblicas del Plata*. Deseo que sus ideas hagan camino; entretanto, me entregaré á la serena lectura de las profundas obras de Novicow, empujando por «El porvenir de la raza blanca».



I

Son los mejores lectores de un autor aquellos que lo aman y simpatizan con él, juzgándole á través del delicado prisma de la amistad.

Cuando un hombre hace suya una idea elevada, acaba por hacerse apóstol de ella, y más aún cuando se trata de seres queridos á quienes hemos jurado nuestro amor más puro.

De las imágenes que he leído últimamente en varios escritos, ninguna me ha parecido tan estética y sublimemente simbólica como ésta de Jules Bois, el sabio en ciencias ocultas.

Había ido Bois á ver al heredero de Ernesto Renán — Anatole France — y al salir de su casa observó un bajo relieve que representa una mujer llorando la muerte de un ser querido y mirando con fijeza hacia algo que el profundo escultor no ha esculpido. ¿Qué es ello? Responde el discípulo de Buda: la actitud de esta mujer afirma la existencia del mundo invisible.

SUMARIO: Revelación del alma en los escritos. — El amor á la lectura. — Las primeras impresiones. — Aprender, deleitándose, la teoría vibratoria. — Lista de los libros que he leído. — Diez años de lectura. — La literatura moral y sana debe ser la preferida. — Los literatos y el porvenir de la raza.

Á los señores T. Kōnoke, B. y T. Bourse, R. Mieres y L. T. Ordóñez.

Cuanto se escribe revela el alma, pero hay cosas que la manifiestan más ó menos. En la vida de un escritor se le presentan pocas ocasiones para hablar de aquello que está muy cerca del corazón. Esas oportunidades son tanto más bellas cuanto más escasas. Voy á tratar de algo muy íntimo. Leer, en el lenguaje del espíritu, significa una de las acciones que nos procuran mayores placeres. Desearía referir el número grandísimo de esos goces puros que he conseguido con la lectura.

He leído con verdadera pasión desde los más tiernos años, y esa pasión, creo sinceramente, ha sido uno de los motivos de mi felicidad personal.

He amado los libros, y amando todo se comprende mejor; por ello son los mejores lectores de un autor, aquellos que lo aman y simpatizan con él, juzgándole á través del delicado prisma de la amistad.

Las primeras impresiones, como *los primeros libros*, cavan un surco profundo en el espíritu, que no borra la mayor agitación. Leed, jóvenes, sólo aquello que es bueno y sencillo; el lenguaje de la belleza es claro y el de la pureza es dulce. La verdad se complace en vivir des-

nuda; la mentira necesita refugiarse en las nebulosidades y esconderse tras un batallón de imágenes.

Sólo leer aquello que es digno, ha sido mi máxima en mis numerosas excursiones por el ideal país de los libros. Siempre debe considerarse en la lectura su valor educativo. En ellos es menester aprender, deleitándose.

El aprender es uno de los placeres más elevados. Taine, Renan, Guyau, Thierry lo han dicho en sus libros inmortales y lo han sostenido con sus vidas bellísimas.

Todas las almas son potencialmente divinas, dice un filósofo que ha llegado al dominio de lo infinito.

A no pensar en el alma, nada adelantamos espiritualmente y nuestra vida es vacía é infeliz.

Por los libros hermosos nos allegamos á las almas más bellas y vibramos con ellas. Existe una teoría sobre la labor del cerebro, que supone á éste vibrando cada vez que se piensa; esas vibraciones se propagarían por medios sutiles, aún ignorados, transmitiéndose así á otros cerebros. Esta explicación es de una belleza sugestiva. Con ella puede comprenderse sutilmente la influencia de los buenos libros. Ellos hacen vibrar nuestros cerebros con poderosas ondas salidas de las almas grandes y serenas. Este trabajo inconsciente es tanto más eficaz cuanto más nos abandonemos al placer de ser mejorados moral y materialmente. Hay que insistir mucho sobre ese poder evocativo, sugestivo y oculto de la lectura, que puede llegar á convertirse en uno de los más poderosos medios de adelanto espiritual.

¡Cuántos deliciosos recuerdos me trae el pensar en los libros que he leído! El sitio donde los leí, adquiere más belleza para mí por esa sola circunstancia. Desde hace años acostumbro anotar los libros que leo, y algunas veces su impresión sobre mi mente.

Al hacerlo, jamás pensé en las gratísimas horas que esa práctica me proporcionaría con el transcurso del

tiempo. Esas páginas son los verdaderos Campos Elíseos de mi imaginación.

En el diario íntimo que llevo, hallo estas palabras á su respecto: ¡Cuántos *días de Poitiers* he tenido ya á mi edad, días que recuerdo con la mayor alegría! Mis delicias son los libros.

Leídos en Ginebra y Berna durante 1895:

- «Jocelyn», por Lamartine.
- «East Lynne», «Lord Oackburn's daughters», «Verner's Pride», «Within the Maze», por Mrs. Wood.
- «L'Astronomie populaire», «Réves Etoilés», «Lumen», por Flammarion.
- «Quintin Durward», por Walter Scott.
- «Oliver Twist», «David Copperfield», «Nicholas Nickleby», «The old Curiosity shop», «Little Dorrit», por C. Dickens.
- «Jack», «Le Nabab», por Alfonso Daudet.
- «Louis XI», por C. Delavigne.
- «Jeanne D'Arc», por Lamartine.
- «Le dernier Aubencérage», por Chateaubriand.
- «Jane Eyre», por Curer Bell.
- «Sapho», «L'Evangéliste», por A. Daudet.
- «Une femme du monde», por Ernesto Daudet.
- «Strathmore», por Quida.
- «Indiana», por Jorge Sand.
- «The mill of the Floss», por G. Elliot.
- «Seaforth», por Marion Crowford.
- «Corinne», por Mme. de Staël.
- «Cinq Mars», por Alfred de Vigny.
- «Sorrows of Satan», «Thelma», por Marie Corelli.

En Montevideo:

- «Mes prisons», por Silvio Pellico.
- «Les Effrontés», por E. Augier.
- «Character», por S. Smiles.
- «L'Angleterre», por Taine.
- «Felix Holt», por J. Elliot.
- «Rancke», «Lord Bacon», por Macaulay.
- «The Caxtons», por Bulwer Lytton.
- «The merry wives of Windsor», «Hamlet», «Mid-summer night's dream», por Shakespeare.

- «Vida Nueva», por Rodó.
- «Historia de la literatura inglesa», «Philosophes du XIX siècle», por H. Taine.
- «Literatura extranjera», por Pompeyo Gener.
- «Almas y Cerebros», por E. Gómez Carrillo.
- «Hommes et Dieux», por P. de St. Victor.
- «Ships that pass in the night», por B. Harraden.
- «Amigos y maestras», por P. Gener.
- «Pages choisies», por Guyau.
- «Little women», por Mrs. L. Alcott.
- «Duty», por S. Smiles.

En Mendoza:

- «Triumphant Democracy», por Carnegie.
- «American politicians».
- «Fanny Kemble», por Mme. de Craven.
- «García Moreno».
- «Doreen», por Edna Lyall.
- «Guardia Blanca», por Conan Doyle.
- «Poesías», por E. del Campo.
- «Dramas, comedias», por Larra.
- «Flor de un día».
- «La Pródiga», por Alarcón.
- «Pensées», por Mme. de Swetchine.

En Montevideo:

- «La Montálvez», por Pereda.
- «Rubén Darío», por Rodó.
- «El Escándalo», por Alarcón.
- «Cuentos», por Edgard Poe.
- «Cuentos fantásticos», por Hoffmann.
- «Voyageuses», «Idylle tragique», por Paul Bourget.
- «Conferencias», por Van Trich.
- «No siempre lo peor es cierto».
- «Le Disciple», «Essais psychologiques», por P. Bourget.
- «Mentiras convencionales», por Max Nordau.
- «El valor de la vida», por G. Stock.
- «La familia desconocida», por un cocinero célebre.
- «For freedom's cause!», por G. H. Henty.
- Artículos de Larra.
- «Lafontaine et ses fables», por Taine.
- «The second Mrs. Tanqueray», por Pinero.

- «Little Lord Fauntleroy».
- «Ariel», por Rodó.
- «Harpe und Psalter», por Spitta.
- «María Stuart», «Die Jungfrau von Orleans», por Schiller.
- «La civilisation en Angleterre», por Buckle.
- «Home Influence», por Grace Aguilar.
- «Quo Vadis?», por Sienckiewicz.
- «America» y «Americains from a French point of view».
- «Outre-mer», por P. Bourget.
- «El Quijote», por Cervantes.
- «Essais», por John Morley.
- «Vie de Jésus», por Renan.
- «Romeo y Julieta», por Shakespeare.
- «Fausto», por Goethe.
- «L'idée moderne du droit», por A. Fouillée.
- «María Antonieta», por Giacometti.
- «El Honor», «Casa paterna», por Sudermann.
- «Vida de Renan», por Francis Espinasse.
- «Volupté nouvelle», por P. Louys.
- «Life of Paris», por R. Whiting.
- «Ruskin», por Robert de la Sizeranne.
- «La presencia real», por Mons. Segur.
- «Memorial de la primera comunión», por Mme. de Gentelles.
- «Pensées de Saint Jean Berchmans».
- «Voyage de la St. Jean», por F. Bremer.
- «Maison de Poupée», «La dame de la mer», «Les revenants», por Ibsen.
- «Peñas arriba», por Pereda.
- «Vida de San Estanislao».
- «Afrodita», por Pierre Louys.
- «Bellezas de Shakespeare», por Dodd.
- «Alice in Wonderland», por Lewis Carroll.
- «Devoción de la cruz», por Calderón.
- «The Prisoner of Zenda», por A. Hope.
- «Idle thoughts of an idle fellow», por G. K. Gerome.
- «Littérature anglaise», v.º volume, por Taine.
- «Sign of four», por C. Doyle.
- «Le voyage de Shakespeare», por León Daudet.
- «Wordsworth», por John Morley.
- Obras de B. Fernández y Medina.
- «Femmes nouvelles», por Paul et Victor Marguerite.
- «El Deber», por Victor Van Trick.
- «Madeleine».

- «Taine», por Amédée de Margerie.
- «Educación», por H. Spencer.
- «Ivanhoe», por W. Scott.
- «Sweet Lavender», por Pinero.
- «Donovan», «We Too», por Edna Lyall.
- «Mon oncle et mon curé», por Jean de la Brète.
- «Sociology», por Giddings.
- «Adam Bede», por G. Elliot.
- «L'Energie Française», por G. Hannotaux.
- «Thais», «Pages choisies», por A. France.
- «Sapho», por A. Daudet.
- «Cartas que me han ayudado», por Niemand.
- «Principios de Teosofía», por el doctor Pascal.
- «La Fraternidad Universal», por Burcham Harding.
- «La Teosofía», por Nemo.
- «La Cuestión Económica en las Repúblicas del Plata», por A. F. Costa.
- «Guizot et la révolution en Angleterre», por Taine.
- «Le secret de la vieille demoiselle», por Marlitt.
- «Tres ensayos», por M. de Unamuno.
- «Vérité», por E. Zola.
- «El sabueso de los Bakersville», por C. Doyle.
- «La muerte de los dioses», por Merejkowsky.
- «El camino de los gatos», por Sudermann.
- «Essai sur Taine», por V. Giraud.
- «La Voluntad», por J. Payot.
- «Histoire de la Magie», por E. Levi.
- «El Arroyo».
- «Evolución y Revolución», por Reclus.
- «En France», por Onésime Reclus.
- «Le roi s'amuse», por V. Hugo.
- «La resurrección de los dioses», por Merejkowsky.
- «La dama gris», por Sudermann.
- «Poesías», por Tennyson.
- «Hermán y Dorotea», por Gøthe.
- «Filosofía del arte», por Taine.
- «The Lamplighter», por Miss Cummins.
- «Historia de la civilización», por Ducoudray.
- «Little Arthur's History of France».
- Trozos de St. Marc de Girardin.
- «Sermones», por Frank Thomas.
- «La Impureza», por C. Nin y Silva.
- «La Biblia».

- Trozos de Novicow.
- «Tales from Shakespeare», por Lamb.
- Historias de Duruy.
- «La fin du monde», por Flammarión.
- «Eglantinas», por P. Naón.
- «L'écolier d'Athènes», por A. Laurié.
- «Ensayos», por Macaulay.
- «Los últimos días de Pompeya», por B. Lytton.
- «Viaje alrededor del mundo», «Veinte mil leguas abajo del mar», por Julio Verne.
- «Pilgrims Progress», por Bunyan.
- «Pleasures of life», por Sir John Lubbock.
- «La Femme de John Bull».
- «Max O'Rell».
- «John Bull et son fils».
- Trozos selectos de mil autores (Library of the Famous authors).
- «The Yoke of the Empire», por Regnauld B. Brett.
- «Tom Brown's school days».
- «Iliada», por Homero; etc., etc., etc.

La lista abarca unos diez años de lectura, interrumpida á veces por viajes frecuentes y los estudios universitarios. Debo decir que he excluído de esta lista los numerosos periódicos, revistas é informaciones que se buscan á menudo en los libros sin leerlos enteramente, así como también textos, algunos muy apreciables y de interés general. No pocos de los conocimientos que poseo han sido adquiridos escuchando á personas de más saber é ilustración. Nada he ahorrado para explicarme satisfactoriamente las cosas que reclamaban una curiosidad muy despierta. Para contentar al espíritu, he leído mucho, y confieso que en ello he pasado mis mejores momentos. Nunca pude leer, sin sentir en seguida un delicioso cortejo de ideas y sentimientos cabalgando por el cerebro. En ese sentido, la lectura es como el alimento del alma.

El primer recuerdo que surge de los libros leídos, está ligado íntimamente con mis primeros ensayos literarios. Estábamos viviendo cerca de la hermosa bahía de Ná-

poles, cuando despertó el numen. Escribí en aquel entonces un drama, «Guillermo Tell», impresionado vivamente por una novela de Dumas y trozos de Shakespeare.

En épocas anteriores, casi perdidas en los umbrales de la infancia, había leído mucha historia, principalmente la inglesa y la francesa. Conocía gráficamente, si cabe expresarse así, á Shakespeare y á Michelet por soberbias ediciones ilustradas. A esa edad me encantaban los libros grandes ilustrados.

Forma parte de estos felices recuerdos mi primera maestra en la enseñanza secundaria. Era ella una institutriz inglesa, mujer de grandes aptitudes para la literatura y las ciencias matemáticas.

Debido á su gran ilustración literaria, me fuí familiarizando con la literatura de su país. Sabía de memoria los trozos literarios más célebres y era mi placer oírseles recitar. Había leído mucho, y muchas de sus obras favoritas pasaron á serlo también en mías. Simpatizaba enormemente con las novelas de Edna Lyall. La impresión indeleble que le causaron, se manifestaba á menudo por frecuentes alusiones. Recién siete años después, recordando su preferencia, empecé á leer *Dónovan*.

Nunca olvidaré á esa personalidad: ella me inició en cuanto hoy amo como lo más digno de ser amado. Estimo mucho la literatura, pero la sana, saludable y buena.

Leyendo á Tennyson, á Sudermann, á Reclus, á Taine y á todos los literatos sinceros, se llega á estimar en menos á toda literatura de palabrería é inmoral.

Nada más falso que ella, nada de más mal gusto que las imágenes arrancadas por violencia á las más laboriosas asociaciones de ideas.

Esa clase de literatura señala realmente un decaer del alma literaria, hija del cansancio, acaso del orgullo, que frente á la realidad se trueca en ignorancia, cual la ola embravecida se convierte en espuma ante el obstáculo.

Ese arte decadente, en el cual el lenguaje está al servicio de sí mismo, no tiene otro mérito que el ser una habilidad auditiva y fonética, parecida á la música descriptiva, igual al árbol seco: no logra impresionar profundamente. Se dirige á la ilusión, al oído, á las emociones más fugitivas. Esa literatura no puede ser la de un pueblo grande; ella sólo tendrá por lectores á almas ligeras. Eso no es arte, porque el arte es hondo y benéfico.

A la verdad, al deber, á la pasión por lo justo, á lo bello, sencillo y grande, á las pasiones humanas en lo que tienen de universal y ejemplar, hay que cantar.

El arte tiene un objetivo que nunca debe olvidar el artista de raza: el mejoramiento humano por lo bello, el dilatar en el hombre el espíritu y el alma.

El arte bello que acabo de esbozar, es el que busco en los libros. Los autores ingleses han ajustado su espíritu, su corazón y su alma á esa tendencia moral; por esa razón la lista contiene á tantos de ellos.

Cuanto escribe un literato, un filósofo de verdad; cuanto realiza un artista, debe acompañarlo la emoción de lo bello y de lo noble, un entusiasmo idealista, grande y puro como la idea de la inmortalidad del alma.

Los literatos deben estar al servicio de los grandes intereses humanos.

II

SUMARIO: Influencia de los libros morales y optimistas. — La filosofía orientalista. — La Historia griega y Homero. — La Biblia: recuerdos personales. — Ruskin y las Sagradas Escrituras. — Reclus: sus libros. — Las novelas de Sudermann. — Los cuentos sobre el hogar: Home Influence. — «Ariel». — «Sapho», de Daudet. — La resurrección de los dioses. — La producción de libros: datos estadísticos. — La utilidad de la selección y de la síntesis en la lectura.

Los libros que más han influido en mi desarrollo actual, han sido los morales y optimistas. Entre ellos están:

Lumen, de Flammarion; *Jocelyn*, de Lamartine; *Lamb's tales from, Shakespeare*; *Notes sur l'Angleterre, Littérature Anglaise*, de Taine; *Félix Holt, Donovan, Quo Vadis?*, *Muerte de los dioses, Educación*, de Spencer; *Home Influence*, de Grace Aguilar; *Wide, wide World*, de Miss Wetherell; *Little Women*, de Luisa Alcott; *El Arroyo, Evolución y Revolución*, de Eliseo Reclus; las obras de Sudermann é Ibsen, obras de Dickens, Smiles, Jorge Elliot, Ruskin, Gladstone, Conan Doyle, Buckle, Giddings, Merejkowsky, etc.

Como la mayoría de mis escritos son precisamente impresiones sobre libros y autores, no insistiré sobre ellos: sólo me limitaré á las obras de lectura íntima. Mi fiel amigo, el diario del espíritu, arroja muchas reflexiones é impresiones tomadas á lo vivo.

Los libros de filosofía oriental han dilatado el horizonte intelectual. Proyectan una luz intensa sobre todas las grandes cuestiones. Entre las sublimes verdades que allí he bebido, están éstas, de perenne belleza:

Ninguna buena acción es perdida; lo que se presta es retribuído en otra forma.

La duración de las religiones sería debido, según esas leyes, al cúmulo de buenas acciones que inspiraran.

En la introducción de las obras de Darwin, vertidas al claro idioma de Reclus por Clemence Royer, se lee: «Los árabes inundaron de una luz nueva el Occidente.» Recién entonces me expliqué esa afirmación. Los árabes traían consigo la filosofía del sacerdocio budhista. Esos principios eran tan grandes que, aunque mutilados, hicieron germinar la ciencia moderna.

*

¡Qué goce nuevo se experimenta al leer á Homero! Ninguna poesía rejuvenece como la suya! ¡Qué no daría

por ser como los bellos griegos, poeta y atleta! Esa poesía me vuelve á un humor delicioso: es una preparación para todo lo heroico. La historia griega había de estudiarse al aire libre, á la sombra de cipreses y olivos, dominando el dulce horizonte del mar y de un cielo azul. Así se realizaría el deseo de un poeta de la Grecia contemporánea:

«Et par tout où fleurissent l'olivier pâle et le cyprès, ornement profond sur le bleu de l'infini—là mon âme désire vivre toujours sans fin.»

*

Al hablar sobre la Biblia siento placer en referir mis experiencias personales sobre el mérito del gran libro, causa de la grandeza de Inglaterra, según la reina Victoria. Desde muy jovencito ejerció mucha influencia sobre mí. Sin conocerla directamente, porque los niños católicos y ni aun los mayores, gozan de ese privilegio, escuchaba desde afuera de la clase su lectura. Tan grande era mi anhelo en leerla, que mi madre me regaló una cuando comulgué por vez primera. Aún la conservo: está nueva todavía, más aumentada por notas marginales y muchos recortes de ideas buenas y bellas: *Gladstone y su religión, El espíritu científico*, por Duclaux; *Ciencia y religión*, de Miguel de Unamuno; *La infancia de Taine*, por Maurice Barrès, y una oración de Stevenson. El buen libro ha sido siempre mi compañero de viaje. Tengo allí muchos pasajes favoritos, verdaderos refugios del alma en las horas de melancolía, dolor ó depresión moral:

Salmos 16, 19, 23, 26, 38, 46, 77, 90, 93, 103, 121; 1 Santiago, 26 y 27; 1 Pedro, 9, etc.

De todas las palabras de la Escritura, una me ha impresionado siempre mucho, y es aquel grito enérgico de Job, en medio de despiadada aflicción: «Yo sé que mi Redentor vive y que al fin se levantará mi cuerpo sobre el polvo.»

Un capitán inglés, corazón cristiano y alma noble, me hizo notar la belleza de este texto, que es un testimonio de la fe más sincera.

Desearía insistir muy vigorosamente sobre la lectura de la Biblia. Las palabras de este libro son muy sugestivas. ¿Puede influir en nuestra vida diaria y lograr hermosear la existencia? Mi propia experiencia me autoriza á afirmarlo, mas el testimonio aumenta con el número de testigos. He aquí á uno, cuya vida fué toda de belleza, y que nos refiere en la noble historia de sus trabajos — *Præteritâ* — la influencia de las Santas Escrituras. Su madre le hacía aprender de memoria capítulos enteros de la Biblia como ejercicio literario y moral. Habla así de esas páginas:

«La lista de los capítulos de mi madre dieron estabilidad á mi alma para siempre:

Éxodo, capítulos 15 y 20.

2. Samuel, 1, desde el versículo 17 hasta el fin.

1. Reyes, capítulo 8.

Salmos 23, 32, 90, 91, 103, 112, 119, 139.

Proverbios, capítulos 2, 3, 8 y 12.

Isaías, capítulo 58.

Mateo, capítulos 5, 6 y 7.

Actos, 26.

Primera epístola á los Corintios, capítulos 13 y 15.

Jaime, capítulo 4.

Apocalipsis, capítulos 5 y 6.

«Y verdaderamente — continúa Ruskin aludiendo á esto, años más tarde — aunque he recogido elementos de un poco más de saber... y debiendo no poco de ellos á la enseñanza de otras personas... hallo esos capítulos como los más preciosos, y más aún la parte más esencial de toda mi educación.»

La lectura profunda de la Biblia es para el alma sana una especie de inmersión en un agua de vida nueva, de

existencia iluminada. Comprendo ahora todo el poder de ese libro santo, actualmente traducido á más de trescientos idiomas y dialectos.

Sobre los humildes tienen una influencia especial las Sagradas Escrituras; se sabe de miles de hombres que allí han aprendido á leer, y con ello se les han abierto los horizontes más honestos de la vida.

*

¡Qué bello el lenguaje de Reclus! Es él, el místico del anarquismo, el Rousseau de las ideas nuevas.

Con ese placer casi religioso con que leía otrora á Taine, le leo y le estudio en esas obras tan edificantes y tan hermosas que se llaman *El Arroyo*, *La Montaña* y *Evolución y Revolución*.

Comunico todos los días por el pensamiento con ese espíritu superior.

Un amigo que á menudo viene á verme, viendo siempre sobre el escritorio obras de Reclus, me dice con razón: «Estudie esas ideas, pero no trabaje con ellas. El pueblo es harto materialista para preocuparse de las cuestiones sociales.»

Su consejo ha sido para mí una severa advertencia que seguiré.

Entretanto, leo y releo las sublimes sentencias del nuevo maestro:

«Trabajemos para hacer dichosa á la humanidad, pero enseñémosle, al mismo tiempo, á triunfar de su propia dicha con la virtud.»

Hay que aprender tranquilo y resignado, sintiendo vivamente que la felicidad más depende de la sabiduría que de la fortuna. No hacerse sectario de ninguna escuela, recorrer el país del saber como Herodoto, preguntando siempre, creer aunque más no fuere un momento con

amor, y luego asimilar sólo lo útil. Ir de esa suerte recorriendo día por día un pliegue del inmenso velo de Isis y sentir así que nuestra pequeña alma vea cada día más y más.

*

La lectura del *Camino de los Gatos*, de Sudermann, desgarrar el corazón. Novela de un realismo conmovedor, produce la más viva amargura y la más vigorosa repugnancia por la fuerza de la tradición y del prejuicio. Sobre el fondo del cuadro sombrío de un país militarizado hasta el exceso y en donde la concepción de patria tiene un arraigo invencible, se dibujan escenas de una maldad feroz junto á un idilio, á la vez tierno, trágico y sombrío.

Los que busquen emociones fuertes, lean á Sudermann.

La *Dama Gris*, del mismo autor, es una novela llena de bellezas; allí se puede aprender á vivir la vida. Para los corazones sensibles no es nuestra sociedad. Casi se necesita el egoísmo y un intenso amor á sí propio para triunfar en la vida.

Como el *Camino de los Gatos*, me deja con una idea pobrísima sobre lo que es la humanidad.

He leído esta obra en un ambiente de poesía; me la ha leído la más amiga de mis primas. A ratos perdidos, al caer de la tarde invernal. En la azotea, en el balcón, después de comer en familia, he podido sentir honda hermosura de la novela.

El argumento es parecido á los otros de Sudermann. Siempre su personaje culminante tiene algo de Hamlet, unido á un profundo sentido moral y el encanto de un carácter noble y leal.

Los libros que tratan del hogar me han encantado siempre. Con dulce alegría recuerdo las horas llenas de placer que me causó la novela de Grace Aguilar: *Home Influence*. La leí en tiempo de exámenes, y confieso que

contribuyó no poco á levantarme el ánimo y entonar la voluntad para la lucha. Antes de leerla, jamás había pensado con tanta energía sobre el hogar y la familia. ¡Qué talento se necesita para educar, para mantener la paz, la virtud y el bien entre los jóvenes hermanos, á menudo desunidos por el carácter y las inclinaciones naturales! Grace Aguilar ha pintado como nadie las más sutiles vicisitudes, trabajos y goces de una familia cuyos padres, cristianísimos, sienten á cada instante la grave á la par que dulce responsabilidad de su cargo.

Vivía la feliz familia cuya historia cuenta *Home Influence*, en el campo. El padre era, por su carácter y caudal, todo un señor. Dos huérfanos, sobrinos de la señora, se les unen y comparten con ellos cuanto poseen. Sentado esto, empieza la autora á estudiar los caracteres y su desarrollo; esta parte es la más interesante y de gran alcance pedagógico. Allí se aprende la preciosa costumbre protestante de rezar la familia y el servicio doméstico juntos, oficiando el padre.

En las oraciones sencillas, pero sentidas, que brotan del corazón de ese sacerdote de la nueva ley, se retratan todos los acontecimientos que alegran ó perturban el curso del hogar. He ahí una nueva evidencia del hondo y conmovedor espíritu de la Reforma. Reflexiónese acerca de lo bellísimo de esa conducta de un padre que teme á Dios como un pequeñuelo.

La fiesta de Navidad es otro de los acontecimientos que da lugar á las más interesantes enseñanzas. Cada uno de los niños recibe un regalo adecuado á su modo de ser, presente que ha sido meditado á fin de impresionar fuertemente al alma joven. Las emociones de la niñez nos forman para el resto de la vida.

Al pensar en la felicidad, ya que en la existencia el conseguirla debe preocuparnos seriamente, emergen como rayos áureos por entre la densa niebla los episodios de este libro sano y hermoso.

Ariel, el último libro de nuestro helénico pensador J. E. Rodó, es un brillante alegato por el reino de los intelectuales, y aun más, su fin es garantizar la supremacía y el respeto debidos á la inteligencia artística, poética y filosófica.

Rodó posee el alto mérito de sugerir y helenizar. Á este respecto puede contarse entre aquellos dos mil atenienses en quienes Taine suponía la cultura, la gracia comunicativa, el abandono religioso y el arte pulcro del gran pueblo de Atenas.

*

Sapho, de Alfonso Daudet, es una obra seductora. El autor, delicado, tierno y eternamente artista, bondadoso aun dentro de su realismo, dedicó la novela á sus hijos al cumplir veinte años. Hay que leerla á esa edad y acaso más tarde.

De cuantas novelas han tratado este tema (*La Pródiga* de Alarcón, *Zaxá*, etc.), es la mejor. ¡Cómo conmueve! En la obra se hace transparente la poesía del sensualismo, de las pasiones más ó menos reprochables según los caracteres con que se presentan. *Sapho*, no obstante su vida, aparece simpática y atrayente; se la ama desde un principio. Jean Goussin, el gentil y hermoso meridional, tan recto, bueno y trabajador, encanta también. La cortesana ha encontrado en él mil delicadezas de corazón y de inteligencia, de que carecían artistas celeberrimos, poetas de fama y hombres juzgados superiores por la sociedad. Hay almas que al parecer son chatas y vulgares; en conociéndolas de cerca ofrecen encantos y virtudes que en vano buscaríamos en las más brillantes. Los amigos íntimos, mejor, el amigo de los grandes hombres, pertenecen á esa categoría.

El objeto de *Sapho* es casi moral; se presenta á cier-

tas pasiones muy seductoras, pero al mismo tiempo peligrosas, terribles por el dolor, la herida incurable quizás que abren cuando se desean abandonar. Por otra parte, dispone al lector á meditar que en mujeres como Sapho existe, provocado por una pasión agudísima, el sentimiento de la responsabilidad y la abnegación. Sapho consume su sacrificio casándose con un hombre que mucho la quiso en otros tiempos. Su conducta no podía ser otra de la que fué, siendo pobre, huérfana, divinamente hermosa, en un ambiente de sensualidad desenfadada.

En sus formas, parecidas á las de Psyché y Aspasia, se inspiraron escultores, poetas y literatos amantes de lo plástico. Ella vivía en los estudios famosos, entre artistas que pasan la vida más allá del bien y del mal, para quienes la vista y los sentidos es todo. ¿Quién se atreve después de todo esto á arrojarle la primera piedra? Ni como crítico, ni como hombre lo haría. Para esos seres hay una moral aparte, el dulce Jesús siempre las perdonó. En el curso de la obra se retratan una multitud de tipos parisienses locos de goces; algunos de ellos rateros, otros nobles y simpáticos: Cadoul, De Potter y Dechelette. Aun entre los viciosos hay buenos y malos, perversos y generosos. La vida de estos artistas y hombres enriquecidos cuánto se parece á la de los atenienses ricos y á los Alejandrinos opulentos! Viven rodeados del lujo esplendoroso, buscando el placer y el goce de lo bello; lo demás les es indiferente.

Moralidad, política, religión, estudio, vida de hogar: todo esto no existe para ellos. Son felices á su modo. Puédeseles decir lo que Zenothemis á Callicrate, en un festín refinado de Alejandría:

• Et la sagesse, Callicrate, n'est pas donnée aux poètes qui vivent dans le monde grossier des formes et s'amusement comme des enfants avec des sons et de vaines images (1). •

(1) ANATOLE FRANCE: *Thaïs*, pág. 201.

Con cerebros tan paganos, nunca podrán pensar como el augustal Vinicio:

Además de la belleza del desnudo confidente en sí misma, y orgullosa de su perfección griega ó romana, existe en el mundo otro orden de hermosura y sin mácula, de la cual un alma ha hecho su casa (1).

A pesar de todo, en la alegría nerviosa y sutil de los parisienses existe el desencanto que agita el reposo. La felicidad dura lo que la juventud, mas al caer en los cabellos los primeros copos de nieve, la quimera se desvanece. El arte es parte de la vida, no el todo. A la vejez se matan como Dechelette, ó se refugian en el cristianismo, siempre joven y hermoso, por ser el fin de su culto: el alma, el espíritu y el corazón.

*

¡Oh tarde «suavemente inmensa» de domingo, tarde en que he leído la *Resurrección de los dioses*; recuerdo divino de un placer sin mezcla de dolor ni de amargura!

No puedo expresar todo lo que siento acerca de la obra ática, filosófica é instructiva del novelista ruso: me ha sugerido muchas ideas bellas entre las bellas. ¡Cuánto, cuánto me ha hecho pensar y sentir!

La intelectualidad rusa sorprende. El pensamiento eslavo conquista el mundo. Rusia, apoyada en Francia, sigue su evolución lenta, pero segura. De ese pueblo casi medioeval, iluminado por pensadores, filósofos y sabios de nuevos horizontes, saldrá la fórmula nueva del futuro de la Humanidad.

Distingue á los intelectuales rusos una audacia y libertad del pensar y del sentir, en verdad original; carecen de las ideas preconcebidas de los europeos occiden-

(2) SIENKIEWICZ: *Quo Vadis?*, pág. 209.

tales; aman la libertad que es hija de la reflexión profunda, del saber y de la justicia.

Tolstoi, Tourguenev, Merejkowsky, Golgi, Pouchkine, Gorki, se leen en todas latitudes é imponen su vigoroso criterio á los espíritus libres é inquietos; á las almas que sienten lo divino de sí mismas, á aquellos que tienen fe en la inestimable virtud del saber.

El nuevo cielo y la nueva tierra del Evangelio los describen llenos de noble entusiasmo esos hombres de la estepa. El clima rudo, el paisaje sombrío, el cielo triste, el gobierno despótico, la sociedad sumida en la honda ignorancia por el clero ortodoxo y las autoridades, hacen del ruso intelectual un concentrado, caviloso, observador filósofo y anhelador de formas sociales nuevas.

En ese medio ambiente nació el novelista, que, con placer infinito, voy á intentar estudiar. De su vida, que debió ser amarga, no conozco el más ínfimo detalle. ¿Dónde nació? ¿Cuál fué su vida? Sólo con su obra ha respondido á esas interrogaciones que con ansioso interés se hacen los que le aman y simpatizan. Sea lo que fuere, Merejkowski en sus dos novelas se revela hombre de un profundo cariño por Grecia, la madre de todo lo bello; por Italia, que recogió su rica herencia; por Juliano el Apóstata y Leonardo de Vinci, sus más augustos representantes en las postrimerías de la grandeza ática é itálica.

Escoge para sus estudios las épocas de la historia en que al espíritu humano brotan alas para volar más alto; épocas de transición en que frente á frente se batan dos conceptos de la civilización y del progreso; épocas de lucha, siglos de vida y estudio. Así, en *La muerte de los dioses*, aparece en cuadros soberbios la revolución de ideas que derribó al paganismo y estableció la religión cristiana, entonces como hoy mal comprendida y peor practicada. En la *Resurrección de los dioses* surge con vida la Italia de los Médicis y de los Borgias.

¡Qué tiempo y qué hombres! ¡Qué poeta y qué filósofo de la historia es el que evoca con una erudición maravillosa y en un estilo conciso y terso!

El corazón de Merejkowski todo lo ha sentido y su razón de todo ha dudado.

Lucha entre el paganismo y la religión de Cristo según la entienden los hombres; lucha entre las fascinaciones de la ciencia, del placer y de la vida libre, y las tristezas, las dudas, el deber estricto, la conciencia escrupulosa,—batalla que llena los siglos, ha sido descrita con maestría por Demitri Merejkowski en sus dos novelas.

Se trata de saber si Dios está fuera de nosotros, ó si mora en nosotros confundido con ese algo misterioso superior que llaman conciencia.

¿No fuera también el hombre un Dios en formación?

¿Qué se entiende por paganismo? ¿Qué soñaba Juliano el Apóstata? ¿Qué pretenden los rebeldes á los anatemas del clero?

Edgar Quinet, en sus lucidos análisis del espíritu griego, habla así del arte de esos divinos de la humanidad: «L'art grec commence par l'imitation de la nature, l'art chrétien par l'idéal; c'est l'âme qui, chez lui, se fait pour ainsi dire; l'un va du dehors au dedans, l'autre du dedans au dehors.» Esta idea del arte domina también las otras manifestaciones de los griegos y sus admiradores, el amor á la naturaleza: he aquí la característica del espíritu nuevo que nació en Grecia, murió con Juliano y volvió á renacer en el siglo xv para nunca más morir. Éstos son hechos, pero á que obedecen las tendencias opuestas de los hombres: algunos quieren ser dioses; otros anonadarse en la divinidad. Los unos con Leonardo de Vinci sienten todas las audacias de la curiosidad insaciable, se dirigen al bien por el camino de lo verdadero; en la verdad, en el estudio buscan la paz, la alegría, la felicidad; los otros, como Juan Boltraffio, titu-

bean entre la ciencia, la vida y sus delicias, el estudio, el trabajo y la religión.

¿Qué aspiración es la santa? ¿Qué deseo el verdadero? ¿A quién oír?

Habla Leonardo este lenguaje divinamente hermoso:

«¡Un siglo de vida y un siglo de estudio!

No he sospechado jamás que se pudiese llegar á tanta precisión...

Aquel que puede beber en la fuente no se contentará en saciar su sed en un simple vaso...

Si quieres ser artista, deja por el arte toda tristeza y todo cuidado. El talento del pintor ha de ser como el espejo que permanece tranquilo y transparente, refleja las imágenes, los movimientos y los colores... *Completo saber y completo amor son una misma cosa...* Los más grandes ríos se deslizan bajo tierra.»

Y además, á sus discípulos que dudaban de su espíritu profundamente religioso, que no concebían la armonía entre el cerebro y el corazón, les decía de Vinci: «El evangelio aconseja: Sed dulces como palomas y sabios como serpientes.»

«¿Es posible conciliar la dulzura de la paloma y la sabiduría de la serpiente?» exclamaba un discípulo atónito. Esa unión que el gran artista florentino predicaba con su vida, esa conciliación de la ciencia, del paganismo y del cristianismo, es posible.

La vida es corta, se cansan la ciencia y la poesía de decirnoslo; en ella deben agotarse todos los placeres nacidos de sensaciones, mas también han de germinar los pensamientos eternos.

*

Los placeres sociales son poca cosa comparados á los tranquilos goces del leer, tendidos sobre la blanda hierba, rodeados de árboles, bajo un cielo sereno. Después de un rato de lectura dormir, y durante el semi-sueño creerse uno volver atrás miles de años, cuando acaso las moléculas que nos constituyen formaban parte de árboles

calmos, meciéndose dulcemente á la menor brisa y creyendo vivir con el cuerpo y con el alma de la tierra.

¡Qué felicidad leer á Taine en ese ambiente de soledad y placer!

Helo conmigo al maestro que más me hace emocionar. Sus páginas intensas me llevan á la tranquila región donde vive.

Los hombres han perdido mucho de su antiguo amor por la belleza.

Esto me sugiere *La filosofía del arte* de Taine. Dominado el autor por una lógica fuerte, desarrolla su tesis como un axioma en un lenguaje de texto de geometría.

*

¿Qué son estos poquitos libros que he leído, comparados con la inmensa producción mundial? El secretario del Instituto Bibliográfico Internacional de Bruselas calcula que se hayan publicado doce millones de libros desde la invención de la imprenta hasta 1900.

Anualmente las trece naciones más prominentes producen un total de 77.259 obras diferentes, de las cuales las referentes á educación alcanzaron el maximum: 11.631; luego vienen las novelas con 7.938.

Las seis mayores bibliotecas del mundo, la del Museo Británico con dos millones de volúmenes, la «Bibliothèque Nationale» con tres millones de libros, la de Munich, la Imperial de San Petersburgo, la del Congreso en Wáshington, y la de Berlín, contienen más de ocho millones de volúmenes.

«Ya no caben más libros en la British Museum Library ó Biblioteca de Londres. Y sin embargo, siguen afluyendo diariamente obras y más obras, que se amontonan esperando local donde instalarlas. Al año entran en la Biblioteca unos 100.000 volúmenes. Actualmente forman la riqueza bibliográfica dos millones de libros.

Esta cifra trae, por el propio encadenamiento de la idea, una pregunta: ¿Quién leerá todo eso?

La respuesta es sencilla: —Nadie.

Para aprovechar el espacio se han construído armarios móviles, de modo que hay sala que cuenta dos y hasta tres muros de libros.

Los salones de la Biblioteca son verdaderos túneles de papel. Allí figuran desde el libro que vale 80.000 duros, como la Biblia Mazarino, hasta el opúsculo que ha costado un céntimo.

Posee la Biblioteca obras que abarcan desde el tiempo de Pla-Hotep, miles de años antes de la Era Cristiana, hasta las publicadas ayer mismo.

Esa producción colosal ocuparía en línea recta un espacio de treinta y nueve millas, cerca de diez leguas.»

En Inglaterra es donde se imprimen más novelas; le suceden por orden Alemania y Estados Unidos. Alemania aventaja á las demás naciones en libros sobre educación, arte, ciencia, teoría literaria, derecho, teología y viajes; Francia es la primera con relación á la historia y al drama; Italia, en libros sobre economía política. Estados Unidos ocupa el cuarto sitio en obras pedagógicas, el segundo en derecho, cuarto en ciencia, sexto en medicina, quinto en historia, viajes, poesía, teología y el drama.

Cuanto más se lee, más se comprende que para instruirnos es de imprescindible necesidad la selección en la lectura. También es útil leer libros sintéticos.

III

SUMARIO: ¿De qué me ha servido la lectura? — Los éxitos sociales, materiales y morales debidos á ella. — La profesión de bibliotecario. — El encanto de los libros. — Belleza de las casas en que se estiman. — Las bibliotecas en Norte-América.

Muchos de mis lectores, influídos por el criterio moderno, se preguntarán: ¿De qué le ha servido tanta lectura? El leer, como el viajar y el conocer idiomas, dan amplitud, generosidad y vigor á nuestras concepciones sobre la vida y el mundo. No me canso de profundizar

el célebre dicho de Carlos V sobre los políglotas. Pensando en él se me ocurre que la lectura de un libro lleva á nuestro yo, partes de una alma hermana. Así, aparte de la debilidad visual ocasionada por la mucha lectura, sólo me ha procurado ventajas.

Moralmente, por ello considero el deber, la fe cristiana y sus magníficas posibilidades, como los motivos de la acción social; á la ciencia cual una bella disciplina física é intelectual, conduciendo al hombre al dominio de la naturaleza; á los hombres como á hermanos en distintos grados de evolución; al planeta, la verdadera gran patria; la familia humana, como á la única nacionalidad.

Los grandes libros han depositado en mi cerebro todas estas magníficas ideas, que pertenecerán mañana á toda la sociedad en general.

Materialmente, á ella también debo mis éxitos en la vida social: en primer término, mis escritos; en segundo, la enseñanza de idiomas, y, en último, el puesto que ocupo en la actualidad.

La profesión de bibliotecario exige en Estados Unidos una copiosa instrucción. Ésta ha de consistir en saber los idiomas vivos más hablados, en tener estudios universitarios y poseer buen carácter. Lo comprende así el conspicuo bibliotecario S. G. Ayres. Y añade con esa seriedad de propósitos tan genuinamente yanqui:

«En cierto sentido, el tener buen carácter es tan importante para un bibliotecario como lo es para un sacerdote. El pastor se esfuerza por mejorar á la comunidad, el bibliotecario tiende al mismo fin. Es menester para ello aprender á trabajar acabadamente, con esmero, prontitud y conciencia.»

Esta auto-educación, creo, me ha preparado excelentemente para desempeñar ese puesto que exige tacto, saber é inteligencia sugestiva. La lectura, pues, me ha deparado un porvenir tranquilo, en que la vida parece hermosa, en tanto que sea moral é intelectual.

Entre libros me hallo como entre amigos buenos y fieles; ellos semejan á esas placas fotográficas con imágenes, sólo hechas visibles por la espléndida luz del sol. Ellos son mudos hasta que una voz poderosa les despierta, y entonces conversan de las cosas más grandes. Ellos descansan serenamente mientras no los acaricie una mano amable; luego hablan, y si oímos lo bello de su decir, somos felices, ¡oh! tan felices, que todo en el mundo nos parece vacío sin ellos, y las almas sin lecturas, huecas é indiferentes.

La casa sin libros es como un hogar sin alegres pequeños, un cuarto sin ellos carece de luz intelectual.

¡Qué bellos son los libros! ¡Cómo adornan los aposentos! Sobre un estante cubierto de un tapete rojo, están parados ó acostados junto á un vaso con flores otoñales, entre estatuitas de *biscuit* y retratos de seres amados. Otras veces los vemos sobre una mesita ó repisa cerca del hogar, ó una *chaise-longue*. En todas partes del *home* ellos deben tener un sitio de honor. Doquiera sea, su presencia alegre, conforta y da esperanza. En las casas inglesas están en todas partes esperando la lectura. En Norte-América también son muy estimados.

Quisiera sugerir toda la hermosura de una casa con libros queridos y cuyos ocupantes son inteligentes lectores. Allí nunca se conocerán ni el tedio, ni el fastidio, ni la melancolía. La salud del alma es de los sabios.

Si se quiere experimentar todo el suave perfume que despiden los libros en una casa, véanse *The Studio*, *The Architectural Review*, *Library of Famous*, *Littérature Femina*, *Vie Heureuse*, *Lecture pour tous*, y otras revistas.

Los datos que siguen harán conocer cuánto se lee en Norte-América:

Existen allí 5.383 bibliotecas, que contienen cincuenta y nueve libros para cada cien personas. Aumentan, puede

decirse, diariamente, debido á las comunidades ricas y la generosidad de los millonarios, especialmente Andrew Carnegie. Veinte y seis mil personas están empleadas en las bibliotecas.

La mayor de estas instituciones es la perteneciente al Congreso, que ocupa á noventa personas para la catalogación. La de la Universidad de Columbia emplea cincuenta personas.

Existen muchas escuelas para esta especialidad, que constituye una verdadera carrera, entre ellas Pratt Institute Library School de Brooklyn, Drexel Institute Library School de Filadelfia, etc.

Con la tristeza propia de la despedida, voy á cerrar este estudio. He pasado un momento delicioso al relatar mis experiencias acerca de un asunto muy caro á mi corazón.



(CON MOTIVO DE SU MUERTE)

« C'est par le livre, et non par l'épée,
que l'humanité vainera le mensonge
et l'injustice, et conquerra la paix finale
entre les peuples... »

EMILE ZOLA, *Rome*.

I

Una de las personalidades más discutidas en nuestra época, ha sido sin duda alguna el épico autor que acaba de sucumbir de manera tan trágica. Ningún escritor moderno puede aspirar á mayor celebridad ni popularidad. Su nombre es único en la última década del siglo XIX. En favor de genio alguno, la crítica ha sido más activa, ya en pro, ora en contra. Su nombre ha sido ya enlodado, ya escrito en oro.

Para unos, Zola ha sido luchador, apóstol, espíritu de luz y de lógica, cual su Marcos Froment en *Vérité*, un Diógenes que buscara el hombre realmente sano, fuerte y bueno, y sólo hallara el vicioso, el desequilibrado, el eterno Caín. Creo muy sinceramente que ambas opiniones encierran el juicio final que le discernirá la posteridad. Para algunas de sus obras, nunca podrá ser benévola la moral de los espíritus elevados, y á los corazones puros no les será permitido aceptar un realismo tan enervante; en otras, y me place constatar que son las más, no podrán dejar de alabar los más intransigentes y sectarios el arte magistral de un pintor grandioso de la actual sociedad, con sus ideales, virtudes, vicios, ideas y sentimientos. En este sentido, su obra es la de un soció-

logo pintoresco á lo Agustín Thierry, el Homero de los historiadores; cada una de sus obras es un proceso minucioso, un documento humano que en un futuro aún distante, servirá á los historiadores para apreciar y juzgar á la humanidad de hoy.

Últimamente, debido á los rudos ataques, á menudo abusivos é indignos, de parte de sus innumerables adversarios, Emilio Zola desarrolló su personalidad moral en el sentido del coraje mental; bajo este punto de mira, el admirable novelista, como le llamó el hoy ultramontano Paul Bourget, se engrandeció en proporción á su amor por la justicia, por la verdad y la sinceridad, que es su máspreciado atributo. Por sus condiciones de hombre libre é independiente afrontó todos los peligros, incluso el de ser linchado por el pueblo de París, que últimamente le llamaba «el sin patria», «el judío» y cuanto de licencioso y picaresco es dado ocurrírsele al más ático y burlón de los pueblos. En cambio, todo el mundo aclamó al autor de *Jaccuse*, y algunas ciudades italianas le honraron con la ciudadanía. Mas, ¿de qué vale la gloria mundial ante el desprecio de los propios! La valentía de Zola le enajenó la admiración de Francia; fué para este hombre intrépido y enérgico, un sacrificio en su carrera triunfal, y no un beneficio, cual lo propalan sus detractores.

Para todo hombre, desde Sócrates y Jesús hasta el más humilde obrero contemporáneo, decir *verdad* es atraerse el castigo, bajo formas que varían entre el apóstrofe y el desprecio hasta la muerte. El ilustre novelista y apóstol no ha sido una excepción á la regla cruel. Empeñado en batallas á cual más sangrientas contra la injusticia, los prejuicios y las hipocresías seculares, su luminosa actividad le conquistó contados adeptos y le atrajo la ira de venerables instituciones sociales, que por muchos medios descubiertos y propagados por él, destruyen las iniciati-

vas varoniles, profundamente justas é innovadoras. El golpe mortal que lo ha arrebatado de la tierra, lo halló trabajando con tesón ejemplar, rodeado de gloria y homenajes sin número por lo que él creía el bien supremo: el engrandecimiento de los pueblos latinos por el pensamiento (*mens agitat molem*); poner á la verdad en marcha; concluir con el mal histórico de nuestra raza:—las castas sociales;—difundir la instrucción como la palanca más vigorosa y útil del progreso; no dejar que Francia decayera por incrustar su colosal fortuna en preparativos bélicos, sino aumentar la serie de pensadores que hizo universal su gloria; soñaba con una confederación de los pueblos latinos constituídos en repúblicas y libres para siempre de las cadenas históricas; y todo cuanto ha escapado en *Germinal* (tan aplaudido por el cristianísimo Tolstoï), en la *Débacle*, en *Rome* y en todos los finales épicos de sus magnas obras, verdaderas pirámides egipcias de la literatura contemporánea. El soplo del inmortal Homero difunde extraordinaria vitalidad á su obra, en la que resalta el mundo visible y positivo.

La influencia de su método estético es considerable, y lo es notablemente en la América latina, donde cuenta con no pocos entusiastas, entre los jóvenes. Sin embargo, por las novelas licenciosas que ha inspirado el realismo abominable de su *Nana*, esa influencia que pudo, interpretándose sanamente, saludarse como buena, ha sido de pésimos resultados. El estudio anatómico y fisiológico de la degradación é incapacidad que hizo su renombre, pero no contribuyó á su gloria, se refleja en demasía á través de las novelas y escritos eróticos de una juventud triste, que á fuerza de lecturas mórbidas se contagia al punto de perder la salud física, la alegría del vivir, los sentimientos nobles y las ambiciones viriles; el mundo se le hace insoportable y la sociedad odiosa. Debería recordar que «sólo el amor puede preservarnos de la maldad hu-

mana;» debería saber «que no es la misión impuesta por la sociedad lo que debemos considerar, sino cómo realizamos la tarea que Dios nos ha confiado,» y, con toda probabilidad, admiraría más la energía moral, la tenacidad de la voluntad, el potente espíritu de observación y su genio — que «no consiste en la rareza ni en la perfección, sino en la creación, la potencia y la fecundidad (1)» — que no la pornografía de *Nana* y *La Terre*.

Dentro de su obra realista cabe la idealidad, como en *Le Rêve*, en *La Débâcle*, en *Travail*, en *Fécondité* y en *Vérité*; pero los elementos viciosos y honestos están mezclados de tal manera, que es imposible deslindar lo bueno de lo malo. Sus tesis, en general grandiosas y justas, especialmente en sus últimas novelas, son defectuosas por los detalles de ciertos cuadros. Esta falta de medida, tanto en sus concepciones como en su estilo homeriano, es un grave defecto en Zola, pero explicable dada la enormidad de su visión; donde otro novelista ve individuos, él observa familias y pueblos al través de todos sus desarrollos posteriores; en sus lienzos se dibujan ciudades palpitantes de vida, ejércitos en derrota, batallas y huelgas. Algo del eterno ideal, algo de eso que el hombre más terreno busca, sin nunca hallarlo, en los goces como en los placeres morales, falta á la obra del maestro; pero recientemente, conmovido sin duda por la injusticia, por el criterio de la casta, en contra del individuo, se inclinó al optimismo, al triunfo de las energías por el perfeccionamiento, y amplificó su fe en la existencia sana y fecunda.

En vida vió declinar el naturalismo extremo, y él mismo se abandonó á la fuerza misteriosa que lleva á la sociedad nuevamente al espiritualismo y al clasicismo de Horacio y de Virgilio. El pueblo está «ávido de una re-

novación literaria bien abierta al soplo de todos los ideales que ennoblecen la naturaleza humana y consuelan y alegran el alma,» cual dijo Carlos María Ramírez (1). Hoy se busca conciliar el realismo con el ideal, la pintura exacta y detallada de la vida, sin herir la moral. Alphonse Daudet, en mi opinión, es quien más se acerca á la estética del realismo futuro; su *Sapho*, no obstante la escabrosidad del argumento, se lee con encanto infinito; Daudet es más artista que su amigo y maestro; Zola es más filósofo, más profeta, más sociólogo y vidente.

Como todo innovador, llevó á lamentables extremos su método excelente, aplicado al mundo físico, pero poco menos que imposible respecto del moral; como jefe indiscutible de una escuela literaria, digno *pendant* del positivismo de Comte, suyo es el mérito de haber sido un genio activo, creador, y, como tal, la historia literaria le asignará un puesto idéntico al ocupado por Víctor Hugo dentro del romanticismo. Su divisa *le vrai et le réel*, seguirá siendo la de muchos novelistas; mas, llevada á un ambiente de realidades menos impuras y más edificantes.

II

En la primera parte de este artículo he fijado las impresiones más claras que me ha sugerido la obra de Zola, cuya muerte deploro tanto más cuanto leía con interés creciente y gran satisfacción moral su postrer novela: *Vérité*.

El amor gigante, que transpira cada página, por la verdad, me habían hecho amar á Zola, acallando así la pre-

(1) MAC-DONALD, profesor de Wáshington, E. U.

(1) Artículo de *La Razon* sobre Zola y sus entusiastas de Montevideo.

vención con que rodeaba sus novelas. Leyendo ese magistral cuadro de una sociedad que vive y lucha, he podido convencerme de que el maestro se preocupaba de la moralidad social. «Sus últimos libros, dice uno de sus críticos más justos, purgados de las fealdades y torpezas que manchan la mayoría de los demás, revelan al moralista. Y aunque no participemos de sus ideas, se le puede todavía rendir este homenaje: entre los novelistas modernos es el único que saca la novela de las frivolidades mundanas, de las intrigas del adulterio, de los casos de psicología ambigua y sutil, para preocuparse de las más elevadas cuestiones de nuestro tiempo (1).»

Este testimonio es el que mejor expresa la impresión que debía causar la lectura serena y desapasionada de sus novelas. Me place constatar que el estudio ha desvanecido mi opinión estrecha sobre Zola, al comenzar la carrera literaria. La tolerancia y el deseo de dar á cada uno el aprecio que merece, allanan muchas dificultades, como también hacen percibir multitud de cosas ante las cuales parecíamos ciegos.

Todos los días, los cambios incesantes que modifican los aspectos del arte y de la ciencia operan transformaciones profundas en nuestro espíritu, aun á pesar nuestro. Si nos hemos de conservar sinceros y sanos, nuestro deber es reconocer el error, disculparnos y seguir adelante. Seguiré, pues.

La segunda parte de este estudio tratará de la opinión de los anglosajones respecto del maestro, de esos admirables asimiladores de lo bueno y de lo útil en todas las esferas de la actividad. Inútil insistir en que el juicio formulado de una manera general por los lectores de la América latina, difiere diametralmente del de aquéllos.

(1) PETIT DE JULEVILLE: *Histoire de la langue et de la littérature française au dix-neuvième siècle*. Volume 8, p. 214.

El *Club de Autores* de Londres, que en cierto modo corresponde á la *Société des Gens de Lettres* de París, saludó con estas elevadas frases á Zola:

«Es en este país, en que otrora encontró más resistencia, donde se le recibe cual un emperador en el dominio de las letras. No sólo le consideramos un artista literario, sino también un filósofo eminente, que se ha constituido en evangelizador del realismo... He aquí un hombre que ha luchado fuerte y trabajado mucho... *Honramos en él al trabajo.*»

El maestro contestó conmovido, que la gran nación de luchadores había tenido la sagacidad de reconocer en sus obras, el esfuerzo y la sinceridad que representan.

Al relatar Paul Bourget los placeres intelectuales de los norteamericanos, confirmando su sutil y joven *dilettantismo*, habla del proverbio: «Todo es puro á los puros;» y agrega que en el orden moral, todo es sano para los sanos, y malsano para los enfermos.

Indica también Bourget la pasión que experimentan los estudiosos de Harvard por los escritores franceses radicales.

Fuera útil apreciar la sabiduría de estas ideas aplicadas á nuestro autor.

En uno de esos frecuentes y simpáticos banquetes literarios, llegado el momento de los brindis, cada cual discurseaba sobre su autor favorito. Uno de ellos brindó por Zola (1), «desarrollando la idea de que *la simpatía por el pecador es el alma de la obra del gran novelista*. Decía que en eso se manifestaba uno de los sentimientos más bienhechores y más humanos de una época en que la Ciencia ha reconocido como ley misma del desenvolvimiento de la personalidad, la influencia de los medios ambientes.» Y terminó con lógica incontrastable:

(1) PAUL BOURGET: *Outre-mer*, tomo II, págs. 190-191.

«Si no tenemos piedad para los que son las víctimas, ¿qué lugar damos á la justicia en nuestro universo?...» Luego el autor del *Disciple* comenta así tanta claridad en las ideas y tanto vigor en los sentimientos:

«J'aurais voulu que les *ennemis* de l'admirable romancier qui a écrit *Germinal* et *l'Assommoir*, ceux qui lui reprochent de donner au dehors un mauvais renom aux lettres françaises, fussent là pour entendre cette apologie prononcée au milieu des applaudissements de tous, dans un des coins les plus respectables de la Nouvelle-Angleterre.»

¡Cuánto se enriquecería nuestra intelectualidad joven haciendo suyo este criterio, hermosamente sano, bueno y moral! Entonces las lecturas entusiastas y prolongadas de Zola fortalecerían la potencia literaria y la salud moral.

Pueda este estudio contribuir entre nosotros á establecer el verdadero alcance de su labor como filósofo social y novelista, cuya intención, á menudo desnaturalizada por una frivolidad inconsciente, fué de una innegable pureza. Respetemos su fe en la verdad, sin aceptar su microscopio para detallar los vicios humanos.

Al terminar aquí estas reflexiones, siento satisfacción al citar una de sus últimas páginas, en que, tal vez sintiendo el sueño ineludible, retrató su temperamento y sus facultades dominantes:

«Marcos era un espíritu de luz y de lógica. Su razón, muy neta y muy sólida, requería basarse en la certeza. Y de ahí venía su pasión absoluta por la verdad. No había en sus ojos sosiego posible, felicidad verdadera sino en la certidumbre, cuando surgía completa, definitiva y decisiva en su ser. No era un sabio, pero gustaba conocer lo que sabía y no dudar de la verdad adquirida, una verdad experimental, conquistada para siempre. Su sufrimiento cesaba con su duda, y se tornaba muy alegre, animoso, y su pasión por la verdad no tenía más equivalente que su pasión por enseñarla á los otros, hacerla penetrar en los cerebros y en los corazones de los demás. Entonces se manifestaban sus dones maravillosos, aportaba el método que simplifica, clasifica, inunda todo de claridad. Su convicción tranquila se imponía, las nociones oscuras se aclaraban, parecían fáciles y simples. Daba interés, alma, vida á los elementos más

áridos.... Era verdaderamente maestro nato. Su amor á las pobres inteligencias dormidas, había decidido de su vida. Así, en sus funciones modestas, su pasión por la verdad se agigantaba, como una necesidad más y más imperiosa. Concluyó por ser su salud, su existencia misma, pues no vivía normalmente sino en ella. Por esto, cuando no poseía la verdad, caía en la afición, en la angustia, torturado por la necesidad inmediata de conquistarla, de tenerla por entero, para enseñarla á los otros, bajo pena de no poder vivir, de pasar los días en un intolerable malestar moral y hasta físico.»

¿Carece esto de ideal? Para los agudos observadores como Zola, el sentimiento de lo divino aparece poco en «la tela burda y uniforme» de nuestra vida modernísima; mas nadie osaría negar que se presenta fuerte y hermosísimo en infinitud de párrafos como el que he transcrito.

*

Ante la desgracia, sólo puede surgir una frase de piedad: Emilio Zola, glorificado por un esfuerzo gigantesco, ha ido á descansar.

Deseamos para su tumba paz, é influencia infinita á lo inmortal de su obra.



Entre los filósofos y divinos poetas épicos, esos santos del pensamiento, están los ejemplares más perfectos de la Humanidad.

Así como, según Guyau, hay gérmenes de belleza en lo útil, en la bondad existen brotes de una alta inteligencia.

Hay música que vibra tan al unísono con un movimiento del alma, que, al oírse, brota fácil y pasional la melodía de nuestros labios.

«Tú eres la belleza, tú eres la verdad, tú eres el bien,» así termina la obra de Florencio Sánchez, que es hermosa, real é intensísima: quizá una de las mejores del teatro nacional.

Con palabras parecidas debe saludársele al entrar en el grupo de autores nacionales: Tu comedia es bella, tu obra es cierta, tu labor es buena.

El primer acto resulta bellísimo: es el cuadro patente de la vida de nuestras estancias; aquello impresiona como la vista de nuestros cerros, de nuestros montes, y el aire de libertad del campo uruguayo. Cuadro de primavera, escena de una verdad tranquila, lenta cual es la vida; todos los personajes se nos revelan allí: el gaucho viejo, muy gaucho y muy hombre de fibra criolla, uno de los últimos *spécimens* de su raza; la madre, muy madre; Jesusa, muy encantadora y natural; hasta el chinito es un tipo vivido. La única sombra del cuadro es el vividor de Julio, carácter no del todo ausente de nuestras universidades.

Julio representa la mayoría de la juventud de la feraz América, que se echa al Anarquismo para dar una razón de ser, un método y una filosofía, á lo inextinguible de sus ansias de gozar. Su filosofía á lo Calicles, es el credo de una clase de juventud, esclava de las sensaciones.

El apóstrofe de *gaucho soberbio* lanzado por el hijo rebelde que provoca la última escena, da cima á los interesantes accidentes del acto.

El segundo es menos acabado, pero no carece de interés.

En el tercero volvemos á la Estancia de don Olegario,

y con él á la belleza y poesía del primer acto. La proximidad de la muerte cierne sobre la estancia su terrible sombra. Ella ha quebrado todas aquellas almas sencillas, sinceras, desconocedoras de las sutiles dudas, de los sentimientos complicados que agregan á la naturaleza humana el estudio y la reflexión. La muerte va á disolver una arcilla enérgica y noble—el pobre don Olegario se muere;—el pesar, la desesperación, el desamor, sobre todo, lo han muerto.

En ese momento solemne nuestro corazón desliga todos los compromisos y en un acto de suprema amargura cedemos á todo, por salvar una vida terrestre. No es extraño que Julio ceda ante esa perspectiva fatal. En ese momento del morir todo cambia para el alma, todo parece oscuro y tenebroso, el hombre pierde la noción del ser; entonces descubre su fisonomía eterna é indiferente, la ley de las cosas. ¿A qué espíritu no humilla, á qué voluntad no quiebra el trance rudo? Julio promete casarse con la Jesusa seducida, proscripta por su falta, que es de la categoría de las que no merecen compasión: tal el caritativo criterio de la actual moral de piedra.

Pero esa promesa es vana afirmación para satisfacer á un pobre moribundo.

Muere el viejo; mas si con la muerte todo concluye, ¿á qué los juramentos sagrados? Con su lógica de espíritu recto, así lo pregunta Jesusa á su seductor. Entonces ella es quien quiere ser razonable. Ese postrer diálogo es de gran efecto y belleza de los dramas del norte. El final será burgués, según los radicales y la regla cínica de la vida real, pero no por eso deja de satisfacer noblemente al espectador. Entregados á una nueva conciliación fecunda que atara con fuerza el hijo, deja la obra á Julio y á Jesusa, y de esa suerte acaba con el real encanto que comienza. Una nueva primavera volverá al hogar entristecido por el gran silencio, la muerte.

La grande *enquête* instituída sobre la vida de campo, único refugio de la sencillez y de la naturalidad, en América, cuenta con un documento más de primer orden.

El gaucho de antaño ya ha tenido sus soberbios analistas en Estanislao del Campo y en Rafael Obligado, el más poeta de todos los que han vertido la poesía y la vida del campo.

Las descripciones de Sánchez son de los camperos modernos.

Dos problemas se desarrollan en *M'hijo el doctor*: la seducción y los desniveles que produce la educación é instrucción, entre los miembros de un mismo hogar. Ambos son temas harto discutidos, y, sin embargo, el novel dramaturgo ha sabido darle tal colorido local, tal nota platense, vida tan intensa, que nos encanta con la misma sorpresa y gracia de las cosas nuevas é imprevistas.

Es posible que lo menos interesante de la obra resulte la profesión de fe, poco ideal y poética, del anarquismo á lo Julio: quizá ello dependa de los artistas. Su anarquismo es hijo de la fácil concepción que lleva de la vida, del honor y del amor; no es suyo el entusiasmo del apóstol que, por extraviado que sea, siempre resulta respetable.

*

El teatro nacional sólo puede existir describiendo el ambiente en que viven los autores. Drama vale decir representación, y sólo se puede representar lo que se ha visto.

Ahí estriba el éxito de Sánchez; ha sabido dar lo que escapa á la mayoría de nuestros dramaturgos: la vida nacional.

Hasta ayer estaba en la duda de si del campo nuestro se pudiera llevar una impresión de interés universal. Después de ver la comedia de Sánchez, juzgo que sí. Los poetas camperos ponen naturalmente la poesía de

su alma en sus versos, poesía de que está desprovisto el campo; ello me inclina á pensar que su visión de esa vida, no es la verdadera.

La literatura ha menester de muchos dramas, cuentos, poesías y comedias como la de Sánchez: así sabríamos lo que hay de cierto y vívido en esa fórmula tan amplia como la Pampa, la vida de campo.



— — — — — CARTA SOBRE
 — — — — — UN POETA ARGENTINO — — — — —
 — — — — — PEDRO NAÓN — — — — —

Señorita María Isabel Costa.

Estimada señorita:

Gracias á su gentileza y tan ameno «esprit de cause-rie», he conocido á un poeta que es toda un alma de artista y un artífice sutil de la palabra humana. Oír de usted y de su dulce amiga versos del vate, fué un placer inestimable, que la lectura ha confirmado plenamente.

Todo es divina armonía en el alma de Pedro J. Naón.

Eglantinas hacen soñar la dicha rara de ser poeta.

¡Qué emociones las del poeta y de la poesía! Ver la *virgen primavera* que cruza; sentir que todo tiene su idioma, todo canta «en el mágico templo de la tierra»; estremecerse el alma encantada por los esplendores del día; divisar bajo el imperio de históricas remembranzas á Aspasia: «En el diván de púrpura luciente,» entregada á la lumínea ilusión de las cosas bellas, andar en ensueños, percibir las ruinas y, pensando en ellas, filosofar sobre el vivir:

«Sólo al templo desolado
 Del hondo invierno del alma
 No vuelve la primavera
 De la fe y de la esperanza.»

Experimentar óptimos espejismos:

«Los duelos de mi vida
 Son nubes que se alejan.»

Desleir en raudales de expresiones gentiles, como el

vuelo de la alondra, la admiración que enciende la frente apolónica de Mercedes y sus ojos de Cleo:

«¿Con qué tul de mariposa se tejó tu nívea frente?
«¿Qué clavel dejó en tus labios el esmalte de sus pétalos?»

Luego se imprime en la página blanquecina un madrigal admirable; hermoso como «la virgen primavera»; sutil y misterioso cual la fuerza supersensible que mueve la vegetación en el preludio del verano.

Sueño, Elérea, Agua Fuerte y Holocausto, Áurea é Ilusión, producen emociones encantadoras; llevan en la forma bellezas imponderables, y el concepto es siempre suave, delicado y puro.

Paréceme que el poeta debiera ser siempre hombre de corazón. Pedro J. Naón atesora esa calidad, sin la cual no nacen poesías ni grandes ideas.

La misión del poeta, si es que la tiene como todo individuo, no sería otra que fomentar el altruismo en sus formas más elevadas y el poder moral oculto en el arte.

Estas poesías fortifican esa idea que va iluminando con nuevos é ignotos fulgores la senda del poeta.

Últimamente el joven poeta Michelet, huérfano de riquezas y honores, laureado por la generosidad de un gran corazón y un vate divino, Sully Prudhomme, sienta que los poetas serán en lo futuro los reformadores de la sociedad.

Falta al destello de nuestra civilización pletórica, la caridad; á los poetas les sobra. ¿Quiénes más propicios para evangelizar el alma?

Reflectores de lo eterno bello, unirán á la función estética, la moralización. Su áurea llave abrirá todos los corazones.

*

He ahí, espiritual, amable y bondadosa amiga, mis

reflexiones é impresiones sobre el poeta que ahora podremos admirar juntos.

Saludo de corazón á usted y á su amiga.



Del «Boletín Bibliográfico Uruguayo» El libro que el joven escritor Alberto Nin Frías va á entregar al público en estos días, está destinado, lo creemos, á interesar á los lectores que busquen en las producciones intelectuales algo más que la forma fácil y vistosa y el argumento aparatoso y seductor con que tantos autores consiguen un éxito halagüeño y á veces demasiado persistente.

Los ensayos y escritos que constituyen el libro, versan principalmente sobre filosofía, religión y literatura; pero á diferencia de las producciones críticas ó imaginativas de la mayoría de nuestros autores, y aunque en ellos se reflejen copiosas lecturas, son, sobre todo, subjetivas, personales.

Alberto Nin Frías se educó y se crió fuera de su patria: en Inglaterra, en Bélgica, en Suiza. Su educación intelectual es una mezcla de la inglesa y la francesa; la educación y el carácter de sus sentimientos son ingleses, bien ingleses, y ellos no han evolucionado porque resultan perfectamente adaptados á su temperamento personal, y á esto difícilmente se sobrepone nadie, sobre todo si su voluntad es inteligente y no lo extravía.

Todo esto se deduce de los interesantes ensayos, cuentos y demás escritos que Alberto Nin Frías ha reunido en este volumen, y que son una hermosa promesa para la literatura uruguaya, en la que no abundan, por cierto, los escritores de fondo tan sano y de instrucción tan copiosa, desde los comienzos de la producción, como los que él revela.

De José Enrique Rodó Á Alberto Nin Frías, en quien veo una de las mejores esperanzas de la juventud que ama el trabajo intelectual y la vida del espíritu.

Montevideo, 1900.

De Juan Zorrilla de San Martín Á Alberto Nin Frías en retribución del preciado obsequio de sus interesantísimos *Ensayos de Literatura y Filosofía contemporáneas*, por las que cordialmente lo felicita, y como testimonio de la alegría con que lo ve marchar con paso firme á la conquista de la gloria literaria.

De Benjamín Fernández y Medina Á mi joven amigo Alberto Nin Frías, cuyas excelentes prendas morales, como inteligencia y amor al estudio, es una gran promesa para el país.

Los cuentos de Nin Frías son una feliz combinación del poder imaginativo con la intuición de la realidad y el deseo de expresar sentimientos y enseñanzas morales.

De Daniel Muñoz Y me ha sorprendido en usted no sólo el ver cuán bien escribe, sino el apreciar cuán bien piensa y con cuán sutil intuición ha entrado usted en el comentario de la obra de Rodó, en la cual el pensamiento filosófico ara hondo.

El Siglo, 15 de Febrero de 1899.

De Ruperto Pérez La aparición de estos ensayos constituye á nuestros ojos una revelación — — **Martínez** — — tanto más lisonjera cuanto que la persona que la produce apenas ha traspuesto los primeros años de la vida. Y al expresarnos así no incurrimos en exageraciones complacientes.

El vigor del estilo; la dificultad de un tema como el que ha escogido y desarrolla (la religiosidad de Taine desde el punto de vista religioso); el entusiasmo que despliega el novel escritor en tareas tan delicadas y escabrosas; la unción casi mística con que nos habla del ilustre crítico y de la gratitud que le debe su espíritu ansioso de luz y de belleza; el análisis mismo á que desciende más de una vez para comprobar su tesis, todo esto y otros muchos detalles nos dicen que el señor Nin Frías, no obstante su temprana edad, posee facultades que si se siguen cultivando seriamente como hasta aquí, harán de él un brillante escritor, digno de seguir las trazas del maestro á quien glorifica y cuyo genio quisiera que sirviese de égida á estas sociedades vírgenes de América.

Al leer estas páginas saturadas de fe, respetuosas y tiernas, revive en nuestra memoria el pensamiento exacto de Carlyle: «La ciencia sin veneración es estéril y puede ser venenosa. El hombre que no sabe venerar, que no tiene la costumbre de venerar y adorar, aunque sea Presidente de cien sociedades reales y lleve en su cabeza toda la mecánica celeste, toda la filosofía de Hegel, siempre se comportará como un par de lentes detrás de los cuales no existen ojos.»

Revista de Derecho, Jurisprudencia y Administración, Mayo 30 de 1901.

De Alfredo Theulot El ensayo sobre *Las ideas religiosas de Taine*, ha puesto en evidencia una de las más hermosas cualidades de la obra y del carácter del gran filósofo. Creyó en la religión de la verdad, la amó con un ardor que tuvo sus límites en la fe y hasta dudar de su propia duda.

De "Vida Moderna" Alberto Nin Frías es discípulo de Taine y, como su maestro, ama la ciencia y el arte por sobre todas las cosas. De su corta

carrera por el campo de la filosofía y de las letras, ha llevado hasta el silencio de su gabinete hondas enseñanzas y aplausos merecidos. Paciente trabajador, amante de la soledad y de la meditación, este espíritu joven y sano, formado al calor de las ideas y de los rígidos principios del Norte, ha salvado su sensibilidad de latino, que en otros menos fuertes que él, hubiera perdido al adaptarse al medio.

Educado en Inglaterra, llega á la patria poseído de la fe en sí mismo, que alienta á la poderosa raza. No conoce el pesimismo más que de nombre; no le agitan ideales enfermizos, y en el fondo de todos sus escritos hay tanta ingenuidad encantadora y tanta alegría del vivir, que no podemos menos de recordar la frase repetida hasta el cansancio: *mens sana in corpore sano*.

Julio de 1901.

De José Luis Antuña He saboreado las tres nutridas columnas que ha escrito Nin Frías traduciendo sus impresiones sobre *Vida Nueva*, y me sorprende la erudición de buena ley, la seguridad del criterio, el corte genuinamente literario y el valor de sus propias ideas. Y digo que me sorprende, porque todo eso más parece producto de una inteligencia sazónada, enriquecida por prolongado estudio, que de un cerebro joven... Debe de haber influido notablemente en esa precocidad de inteligencia la educación seria y positiva de los colegios de Londres, entonada en el ambiente del propio hogar, modelo de cultura... No encuentro sólo encomiable la argumentación del novel escritor y la forma brillante, sin efectos rebuscados, que predomina en su trabajo, sino también las ideas que se esbozan como fondo de su producción. Considero digna de aplauso la manifestación de sus convicciones filosóficas, netamente espi-

ritualistas, en una época en que la juventud parece tender á la avalancha del materialismo.

El Diario, Mercedes, 4 VI, 1899.

Del Dr. J. F. Thomson Es un gran placer para mí ver que hombres de su habilidad y su preparación están dispuestos á investigar los grandes problemas del progreso humano y estudiarlos sin prejuicios... No le perderé de vista, vigilaré, deseando que su influencia se extienda en una sociedad necesitada de hombres de su temple.

Acuérdese del dicho que *constantia basis virtutem*, y vaya adelante en su noble labor.

(Traducido del inglés.)

De Federico Schulz Los ensayos críticos de Alberto Nin Frías pertenecen á ese género literario tan común entre los escritores ingleses. Para cultivar este género literario es menester una argumentación lógica y profunda, expresada en un estilo conciso y vigoroso que permite desarrollar en breve espacio el pensamiento del autor y la crítica de su obra. El estilo de Nin Frías reúne esas dos condiciones apuntadas, siendo además dulce y sugestivo: «J'aime le suggestif, comme disent à bouche pleine les yankees intellectuels (1).» No sólo ameniza, sino que también incita á pensar en lo que escribe, libre de prejuicios sociales y de tradiciones teológicas.

Es de notar su sencillez literaria, su serenidad en los juicios y la delicadeza de sus sentimientos que demuestran una cultura superior, porque, como lo ha dicho Taine: «la lumière de l'esprit produit la sérénité du cœur.» Y en

(1) Del *Taine religioso*, por A. Nin Frías.

efecto, tiene formada una concepción elevada de la vida, de la moral y de la religión.

En sus estudios aporta ejemplos y observaciones propias en apoyo de lo que investiga, y una de sus felices cualidades de pensador, es su facilidad en penetrarse de la idea matriz de las obras maestras, estudiando luego su posible aplicación á nuestros problemas sociales.

Al servicio de su talento tiene una voluntad firme y una gran fe en el *esfuerzo individual*, que es el secreto del triunfo. Aspira á ser el divulgador de las ideas de Taine entre los americanos, como en otro tiempo Francisco Bilbao lo fué de las ideas liberales; Sarmiento y José Pedro Varela esparcieron la simiente de la educación del pueblo; como al presente José E. Rodó recomienda leer á Renán para amarlo como él lo ama; Vaz Ferreira descubre la belleza de las ciencias psicológicas, y nuestros sociólogos popularizan á Comte, Spencer y Stuart Mill.

De *La Tribuna Popular*.

De Hermann Löhnert Mucho me alegro y me interesa singularmente que usted dé á conocer sus ideas é ideales sobre educación y religión, á sus jóvenes compatriotas. Que sus ideas son dignas de aplauso, no lo pongo en duda; que usted haya encontrado buena acogida de parte de personas importantes, me ha alegrado muchísimo.

Su propia personalidad, estimado amigo, es por demás una prueba de que es posible reformar el corazón y la inteligencia en su continente; la aprobación que sus escritos han hallado, también lo indica.

(Traducido del alemán).

Del señor Barzellotti El señor Giacomo Barzellotti, profesor de la historia de la filosofía en

la Universidad de Roma, calificó estos ensayos de interesantísimos escritos.

De "La Prensa" de Alberto Nin Frías, un estudioso y un intelectual, acaba de publicar, reunidos en un tomo editado por Barreiro y Ramos, sus ensayos de crítica é historia, en los que con intuición eminentemente filosófica, estudia y analiza á José Enrique Rodó en su *Vida Nueva*; á Enrique H. Taine, el maestro y padre del intelecto de Nin Frías; propone la fundación de una Sociedad «Cervantes», para propagar la cultura y la lengua españolas; presenta á los estudiosos una lista de los cien mejores libros, que, á su juicio, pueden llenar las exigencias del que ame la buena lectura, y, por último, hace apreciaciones sobre la historia de España con una fina observación de pensador y de sociólogo.

Siguen en el folleto pensamientos, crónicas dramáticas, cuentos, prosa poética y notas de viaje.

Es un libro ameno, útil é interesante.

Revela en el autor método en el estudio, asimilación y retención de ideas, y una admirable preparación de sus facultades para la deducción y aplicación de sus conocimientos.

La lectura de los *Ensayos* conviene á todos, porque Nin Frías se demuestra teólogo, científico, estadista, filósofo, poeta y pensador.

La bibliografía nacional se ha enriquecido con un volumen hermoso y necesario.

Del "Boletín de la *Ensayos de crítica é historia* y otros escritos, por Alberto Nin Frías.—
Biblioteca Pública de Un volumen. Montevideo, 1902.—En esta interesante colección revela su autor dotes superiores para la alta crítica literaria, juzgando con precisión y claridad tendencias morales y sociales de tanta

trascendencia como las que informan las obras de Enrique H. Taine. El señor Nin Frías, que en su laboriosa juventud revela tan importantes facultades, hace adivinar una poderosa intelectualidad en sus obras de edad más avanzada.

La Plata (R. A.), año IV, núm. 44.

De "La Tribuna" Bajo el título de *Ensayos* ha editado la tipografía de Barreiro y Ramos, de Montevideo, un libro del señor Alberto Nin Frías, joven escritor uruguayo que se ha educado en Europa, donde su señor padre tenía la representación diplomática de la vecina República.

El libro está formado de una colección de artículos generalmente ligeros, sobre los temas más variados, que dan idea de las aptitudes que podría desarrollar el autor si continuara cultivando las letras, pues muestra ya notables disposiciones y formas nuevas y peculiares, en que se revela muchas veces un discípulo aprovechado de Taine.

El autor dice que abandonó hace tiempo las playas del dogmatismo, esforzándose por llegar á la verdad siguiendo las vías de la Naturaleza. Como el niño que juega en la ribera, ve desarrollarse delante de sus ojos el océano inexplorado y sueña con grandezas desconocidas, el joven escritor ha querido penetrar en los vastos dominios de la ciencia, y nos ofrece las primicias de sus impresiones primeras en un libro digno de ser leído con simpatía.

Buenos Aires, año XII, núm. 8473.

De "La Semana Social" Alberto Nin Frías publicó sus ensayos. Es una preciosa colección de sus escritos, que presenta en un tomo artísticamente impreso en los talleres de Barreiro y Ramos, los reyes del libro, en nuestra República.

En los ensayos Nin Frías reúne sus apuntes, sus crónicas, sus impresiones de estudiante. Yo traduciría esa palabra por: pensador, sociólogo, filósofo y estadista.

Es un raro ejemplo de actividad intelectual, de asimilación de sanas ideas y de comprensión intuitiva de las verdades que el joven escritor va adquiriendo en esa lucha del espíritu por la conquista del desiderátum filosófico y científico, la plena posesión de la verdad.

Quizás pueda, con arreglo á doctrinas distintas en materia filosófica de las que profesa el autor de *Ensayos*, criticar su desviación, aunque sincera y de buena fe, de la verdadera senda que llevaría al amable discípulo de Taine á la clarividencia de esa filosofía inmortal que acepta como fin y principio de todas las cosas á la verdad increada; pero debo reconocer que Nin Frías es justo en sus apreciaciones, y que muy poco le costaría escudriñar un poco en su espíritu para darse cuenta de que una sola es la verdad. ¿Dónde está? Ésta es la cuestión para él.

Buenos Aires, año II, núm. 9.

× De «El País» × El señor Alberto Nin Frías, de Montevideo, autor de un volumen titulado *Ensayos de crítica y de historia*, es muy joven sin duda, pero su juventud está en razón directa de su inteligencia. Recién salido de la Universidad, conserva todavía la admiración ingenua del escolar por muchas cosas é ideas que el hombre ha consagrado sin haberlas analizado prolijamente. Pero el camino que se ha trazado demuestra con claridad que el señor Nin Frías mira á largas distancias y que antes de recorrerlo ha consultado sus fuerzas. La crítica filosófica parece ser la materia predilecta del joven escritor.

La crítica á lo Sainte-Beuve, á lo Hipólito Taine, á lo Emerson; la crítica razonada que, al estudiar la obra de

un escritor, tiene en cuenta la época, el ambiente y los sentimientos en que se ha desarrollado; la crítica inductiva, que concibe como un arquitecto y realiza como un artista, es la que ha tenido la virtud de exaltar las facultades intelectuales del señor Nin Frías, educado en la inflexible disciplina de un colegio de Oxford.

Por fortuna, su espíritu está dotado de una elasticidad que le permite efectuar, en el período en que es difícil salvar las fronteras de la nación que lo ha formado, excursiones tan proficuas como frecuentes.

El señor Nin Frías no ignora nada de lo que acontece en Francia, en Alemania y en Italia. Su curiosidad es inmensa, y su afán de perfeccionamiento insaciable. Su juicio acerca de los principales acontecimientos contemporáneos, de los problemas de sociología moderna, del rumbo que imprimirá el destino á muchas de las cuestiones de actualidad universal, podrá ser á veces erróneo, pero nunca poco reflexivo; por el contrario, vese que medita detenidamente sus opiniones y que antes de sentarlas definitivamente, procura abonarlas del modo más eficaz que le es posible.

A cada paso nos encontramos con pensamientos que tienen todos el sello de la madurez, con ideas que agradan por lo oportunas, con proyectos que sorprenden por su novedad y su arraigo posible; con conceptos, en fin, que constatan en el autor oriental el germen de un pensador verdadero.

Creemos también que no debe abandonar las regiones de la crítica pura por las de la literatura propiamente dicha. Sus cuentos son muy inferiores á sus ensayos, y la belleza de su estilo menor que la de algunas de sus reflexiones.

El señor Nin Frías promete publicar brevemente su segundo libro; acontecimiento que nos permitirá ser más explícitos que ahora.

Año IV, núm. 1292.

× De «La Luz» × El exquisito joven y reputado escritor uruguayo señor Alberto Nin Frías, ha tenido la gentileza de obsequiar, para nuestra biblioteca, un ejemplar de su espléndida obra, titulada «Ensayos de crítica é historia», verdadera joya literaria, digna de brillar en las más modernas bibliotecas.

En el próximo número publicaremos un hermoso capítulo de esta obra, que recomendamos á nuestros lectores, por ser una bella composición.

Gracias mil por el obsequio, y que «Ensayos» brille en el mundo de las letras, para bien y apoyo de la juventud estudiosa.

Año I, núm. 29. — Vélez Sarsfield, D. Federal (R. A.).

De «La Aurora» El talentoso y novel escritor Alberto Nin Frías acaba de dar á la publicidad su primer libro titulado *Ensayos de crítica é historia y otros escritos*, cuyo argumento básase en literatura, historia y religión, y en las cuales, con variedad de ideas avanzadas, revélase un perfecto conocedor de esos ramos del saber humano, que constituye en el hombre una segunda vida, toda de intelecto y de entusiasmo por las ciencias.

Joven todavía al dar su primer paso en la literatura patria, lo hace despojado de toda mistificación, y con sanas y puras ideas, se lanza al desarrollo de difíciles y delicados asuntos con una argumentación convincente y poco común en escritores de ese género.

El viril entusiasmo que despliega en el desenvolvimiento del asunto que se propone, lo dan á conocer un pensador profundo de la verdad, de sanas condiciones y ardoroso escudriñador de las principales fuentes de donde emanan toda la ciencia y el bien de la sociedad, para los que él vive y trabaja.

No dudamos que la aparición de Nin Frías en el

mundo de la literatura patria es un paso más en el progreso de la completa civilización de nuestra raza, ya que, por desgracia, esta tierra es tan poco fecunda en buenos escritores como el de que nos ocupamos.

Al ser honrados por el autor con un tomo de sus «Ensayos de crítica é historia y otros escritos», no podemos sustraernos al deseo de transcribir uno de los artículos, titulado: «Ensayo sobre la paz y la guerra en el Uruguay actual», el que, por ser de actualidad, no dejará de llamar la atención de nuestros lectores.

Año I, núm. I. San Fructuoso.

Del Dr. Justo Cubiló Un libro que deleita y hace pensar, que reprocha y consuela, que eleva y esparce el ánimo, vale la pena de ser leído.

Es lo que hace algunos meses pensé del libro de Alberto Nin Frías, *Ensayos de crítica é historia y otros escritos*, obra que hace respetuosamente amable para todo lector, hasta el noble hogar á cuyo calor han debido germinar las generosas ideas de su joven autor.

— **De «Lumen»** — Alberto Nin Frías, espíritu selecto y reflexivo, que retrata en su prosa sencilla los caracteres de su modalidad artística, de su educación inglesa fría, pero razonada.

Año I, núm. I.

De «El Estandarte Evangélico» Recibimos y agradecemos, un tomo intitulado *Ensayos de crítica é historia*, cuyo autor es el joven uruguayo Alberto Nin Frías, bibliotecario de la Cámara uruguayo y secretario recientemente nombrado de la Asociación Juventud Protestante.

El joven Frías es una inteligencia robusta y nutrida con la savia de las facultades de Inglaterra, Bélgica y Suiza, donde hiciera sus estudios y amoldara su carácter.

Hojeando rápidamente el libro, se ve que su autor es un pensador, y que no escribe meramente por escribir, sino que lleva un fin: el de alumbrar las inteligencias.

En el «Rincón de la Juventud» publicamos unos de los artículos de la cosecha de sus *Ensayos*. Alberto Nin Frías, si se resolviera á emplear su talento en pro del evangelismo, tendríamos en él un Lamennais.

¡Adelante, juventud uruguayo!

Año XXI, núm 8.

De «El Atalaya» Hemos leído con vivísimo interés el volumen de Alberto Nin Frías, titulado: *Ensayos de crítica é historia y otros escritos*, recientemente dado á la publicidad; volumen que desearíamos fuera muy leído, por el espíritu cristiano que en él campea, y que es tan hermoso como excepcional, sobre todo entre las actuales producciones literarias en nuestro país y en los demás de nuestras tradiciones y nuestra habla.

El señor Nin Frías se declara en él protestante-liberal; declaración que de su parte tiene tanta más importancia cuanto que, según él mismo lo manifiesta, y sobre todo lo evidencia el libro, ha llegado á ese orden de ideas por una evolución tranquila y gradual, que es la mejor garantía de la seguridad y firmeza de su posición.

No es, sin embargo, la fila en que el joven escritor se alista, la que nos interesa: sus ideas, tan galanas como abiertamente expuestas, hablan á nuestro corazón, conmoviendo sus fibras con la intensidad propia de algo que en él encuentra eco perfecto: es lo que quisiéramos ver difundido; es lo que desearíamos ver más que principiado, en este medio que nos parece como á él poco propicio; es lo que, eso no obstante, esperamos ver próspero y avasallador en un futuro no lejano.

Desde las filas, pues, del protestantismo que se llama

evangélico, en el que estamos luchando por ideales muy semejantes á los que nuestro distinguido compatriota acaba de declarar son los suyos, podemos sin reservas estrechar su mano amiga, en la esperanza de que ha de permanecer fiel al propósito de su corazón.

Año II, núm. 49.

De C. Vaz Ferreira Felicita al autor muy sinceramente por el elevado y desinteresado orden de ideas á que dirige sus meditaciones; tendencia tan digna de simpatía y estímulo, como rara en nuestro medio intelectual.

De Javier de Viana ... Es la suya una de esas obras que exigen lectura reposada.

Escrito con hermoso estilo y producto de un cerebro bien nutrido, su libro seduce y atrae, y no es menester esfuerzo para llegar á ese estado de *simpatía* que Guyau reclama en el crítico para bien juzgar.

Del doctor Luis Alberto de Herrera Le agradezco el envío de su libro. Lo he leído con gusto y pienso que usted jamás tendrá que arrepentirse de haberlo escrito. Creo sea éste el más sólido de los elogios...

Su libro me gusta porque rebosa salud: eso es lo que precisamos los pueblos latinos que vivimos en perpetua epilepsia de ideales.

De Pedro Naón * ... Me encuentro con el inapreciable obsequio de su libro *Ensayos de crítica é historia*, verdadera revelación para mí de su vigorosa y acentuada personalidad naciente.

Lo he leído con fruición, seducido por la delicadeza y fecundidad del espíritu que lo anima, como por la madurez y altura del pensamiento que lo sustenta.

De Miguel Leogardo Muchas de las producciones que engalanan su hermoso libro, las conocía ya por haberlas leído en distintas revistas y periódicos, y por cierto que al leerlas de nuevo han dejado en mi espíritu huellas de profunda simpatía, de esa simpatía única, típica, que brota de las almas abiertas á las gratas emociones de la verdad y de lo bello.

Veo en su estilo, en su manera particular de escribir, que más que un literato es usted un pensador que cava hondo, muy hondo, sin preocuparse mayormente en muchos casos de la forma artística.

De Ramón — — — Es usted un laborioso artífice de la palabra escrita y un convencido con algo de iluminado, de su misión moralizadora en la sociedad convulsiva de nuestros días.

Se encamina usted, á mi ver, por el sendero del bien, tratando de prodigarse en enseñanzas y en ejemplos de meritorios esfuerzos. Donde superabundan los descreimientos y las bajezas, es noble propósito bregar sin desmayo por la prevalencia de los ideales de virtud.

Para realizar obra de tan generosos anhelos, cuenta usted con elementos sobrados de preparación y tino en la selección de los temas de sana doctrina que lo orientarán en el sentido de la verdad.

Tarea de apostolado cumple usted, sin duda, en el ejercicio de actividades adaptables á su temperamento y á sus facultades, y lo hace con ingenio y con encanto, tanto en la forma del estilo cuanto en la sinceridad de las tendencias.

De Álvaro Armando «Alberto Nin Frías, actualmente es uno de nuestros jóvenes más preparados en gayos saberes y amables decires, sin pizca de pedantería ni barruntos de induc-

ción. Cuyo poliglotismo harále señor de varias literaturas y asimilador afortunado de las almas colectivas correspondientes. Cuya seriedad sentida de intelectual amantado en nobles ambientes éticos dotarále de una aureola tanto más sugerente cuanto más despreocupado y venal fuere el medio social en que hubiere de actuar.» Hablando Vasseur de «El Árbol», composición en prosa poética, la llama «cosa lapidaria, de un gusto horaciano, de un sabor clásico, sencillamente magistral.»

De C. Guido Spano Carlos Guido Spano, envuelto ya en tenues sombras de crepúsculo, saluda afectuosamente al caballero Alberto Nin Frías, distinguido autor del libro *Ensayos de crítica é historia*, que con tanta galantería le ofreciera su juventud iluminada. Bien empieza las tareas de la fecunda actividad intelectual quien se acerca á beber en las fuentes más puras de la sabiduría. Si nuestra sed nunca se sacia en ellas, por lo menos sus aguas dan vigor al espíritu para poder un día elevarse con plena independencia de extrañas sugerencias, á las alturas donde impera la verdad augusta y silenciosa.

De María Eugenia ... Usted tiene el consorcio supremo: mente, corazón. Algo fácil es hallar personas de espíritu brillante, durante cuyos discursos pasaría desapercibida la mano alargada del ruego; algo fácil es hallar caritativos incapaces de alumbrar con sus ideas y hallar tal vez personas á la vez buenas y niñas; lo difícil es aquel bella y equilibradamente tornasolado con la gran luz inmortal del pensamiento y la suave y honesta del corazón, y usted lleva por el momento este consorcio, único capaz de producir sabor de vida...

De otra carta de la poetisa:

«¿Cómo agradecer el honor que me hace su ya ilustre

personalidad de crítico, opinando sobre mis versos? Su juicio es hermosísimo, como todo lo que usted escribe es bello, interesante y erudito. He encontrado en él mucho de valiosamente leído y verídico...»

De Julio Herrera — ... Su acento, su garbo moral, su personalidad serena y pensadora, los — — — y Reissig conceptos elevados que he escuchado de su alma de alto relieve griego, han recorrido el diapasón sensitivo de mi psique, pronto á reconocer los Mesías que alumbran con luz propia... sacudido todavía por el vivísimo placer que experimento al oír vibrar su alma del molde augusto de la de Taine, Renán y Guyau. Figurará usted como una silueta europea, como un apóstol de las grandes prédicas sociales y estéticas que abren camino hacia la Historia, dejando á un lado raquitismos de medianías é insuficiencias de ambientes atávicos y refractarios á lo grande, á lo nuevo, á lo proficuo.

Por mi parte, me propongo levantar en todo lo que me sea posible, con mi esfuerzo, la interesante y original personalidad de usted, tan necesaria hoy más que nunca en nuestro medio artístico, moldeado como se halla en la más vasta erudición y en el más sutil de los talentos.

(Párrafos de una notable carta del *Shelley* sudamericano.)

De Guillermo Stock Su libro contiene sentimientos nobles, elevadas ideas, juventud con fuerza y esperanza.

De Pedro Dorado Lo he leído con gusto, y aun cuando no aplaudo todas las cosas que en él se dicen, con un grandísimo número de ellas estoy de acuerdo. *Es obra de mucho pensamiento y de tanta cultura*, que parece impropio de persona tan joven como usted.

ción. Cuyo poliglotismo harále señor de varias literaturas y asimilador afortunado de las almas colectivas correspondientes. Cuya seriedad sentida de intelectual amantado en nobles ambientes éticos dotarále de una aureola tanto más sugerente cuanto más despreocupado y venal fuere el medio social en que hubiere de actuar.» Hablando Vasseur de «El Árbol», composición en prosa poética, la llama «cosa lapidaria, de un gusto horaciano, de un sabor clásico, sencillamente magistral.»

De C. Guido Spano Carlos Guido Spano, envuelto ya en tenues sombras de crepúsculo, saluda afectuosamente al caballero Alberto Nin Frías, distinguido autor del libro *Ensayos de crítica é historia*, que con tanta galantería le ofreciera su juventud iluminada. Bien empieza las tareas de la fecunda actividad intelectual quien se acerca á beber en las fuentes más puras de la sabiduría. Si nuestra sed nunca se sacia en ellas, por lo menos sus aguas dan vigor al espíritu para poder un día elevarse con plena independencia de extrañas sugerencias, á las alturas donde impera la verdad augusta y silenciosa.

De María Eugenia ... Usted tiene el consorcio supremo: mente, corazón. Algo fácil es hallar personas de espíritu brillante, durante cuyos discursos pasaría desapercibida la mano alargada del ruego; algo fácil es hallar caritativos incapaces de alumbrar con sus ideas y hallar tal vez personas á la vez buenas y niñas; lo difícil es aquel bella y equilibradamente tornasolado con la gran luz inmortal del pensamiento y la suave y honesta del corazón, y usted lleva por el momento este consorcio, único capaz de producir sabor de vida...

De otra carta de la poetisa:

«¿Cómo agradecer el honor que me hace su ya ilustre

personalidad de crítico, opinando sobre mis versos? Su juicio es hermosísimo, como todo lo que usted escribe es bello, interesante y erudito. He encontrado en él mucho de valiosamente leído y verídico...»

De Julio Herrera — ... Su acento, su garbo moral, su personalidad serena y pensadora, los conceptos elevados que he escuchado de su alma de alto relieve griego, han recorrido el diapasón sensitivo de mi psique, pronto á reconocer los Mesías que alumbran con luz propia... sacudido todavía por el vivísimo placer que experimento al oír vibrar su alma del molde augusto de la de Taine, Renán y Guyau. Figurará usted como una silueta europea, como un apóstol de las grandes prédicas sociales y estéticas que abren camino hacia la Historia, dejando á un lado raquitismos y medianías é insuficiencias de ambientes atávicos y refractarios á lo grande, á lo nuevo, á lo proficuo.

Por mi parte, me propongo levantar en todo lo que me sea posible, con mi esfuerzo, la interesante y original personalidad de usted, tan necesaria hoy más que nunca en nuestro medio artístico, moldeado como se halla en la más vasta erudición y en el más sutil de los talentos.

(Párrafos de una notable carta del *Shelley* sudamericano.)

De Guillermo Stock Su libro contiene sentimientos nobles, elevadas ideas, juventud con fuerza y esperanza.

De Pedro Dorado Lo he leído con gusto, y aun cuando no aplaudo todas las cosas que en él se dicen, con un grandísimo número de ellas estoy de acuerdo. *Es obra de mucho pensamiento y de tanta cultura*, que parece impropio de persona tan joven como usted.

De Alfredo Bastos Agradeciéndole el bello libro que acaba de publicar, cuya lectura encanta y revela un espíritu tan juvenil cuanto opulento de estudio y meditación.

Del doctor E. M. Cavazzutti Felicita al autor «por su vasta cultura y alta idealidad, tan necesarias al adelanto de los pueblos de la América latina.»

De J. Damianovich Con gratitud acuso recibo de su último libro *Ensayos de crítica é historia y otros escritos*. He hojeado, pues, sus páginas y encuentro que sus ensayos se van aclarando y muestran ya algunas chispas de estrellas.

Usted se ilustra visiblemente cada vez más y desenvuelve su ilustración haciendo más distintas y firmes las ideas. ¿Admitiría usted que le dijera desde luego que es un literato precoz?

¿Será para usted la literatura medio, fin, ó una y otra cosa? ¿Será tanto como ese todo que antes se llamaba la filosofía? Me parece que á eso va, y, á mi juicio, con buen rumbo. Así es que encuentro en la página 105 esta profunda observación:

«La literatura da forma estable y duradera á las ideas, sentimientos y acciones. Ella es el vehículo de todo progreso. Dado lo contrario, jamás hubiera Buckle atribuído á esa grandiosa literatura científica de la segunda mitad del siglo XVIII, una de las causas, y no la menor, de la Revolución francesa.»

De lo que he leído, encuentro entusiasta y simbólico su homenaje al autor de *Quo vadis?*; melancólico y justiciero su recuerdo de Bauzá, y bien sentido y descrito cuanto narra referente á sus pagos (Tacuarembó).

Simpatizo también con la faz individualista de su filosofía, pues como decían nuestras leyes antiguas: «la persona del hombre es la cosa más grande del mundo.»

De la «Revista de Aragón» Don Alberto Nin Frías, escritor sudamericano, lleno de juventud y entusiasmo, ha publicado una obra de contenido algo heterogéneo, con el título de *Ensayos de crítica é historia y otros escritos*. En ella, el citado escritor demuestra muy gallardamente una gran riqueza de conocimientos...

Es un discípulo, y, más que discípulo, fanático de Taine, y en él ve un admirable estético, cuya importancia no nos hemos de meter á examinar...

AÑO IV.

Del Dr. Benjamín del Castillo Continúo aún la lectura de su libro — pues leo muy despacio; — quiero compenetrarme bien de sus brillantes ideas, de la sana doctrina y la buena lógica que predominan en él.

No parece obra de un joven, sino de un envejecido en las bibliotecas, de un observador de siglos, á quien los años hubieran dado la suprema autoridad de juzgar, de sentir y de pensar, de esa humanidad que usted desea ver regenerada, simbólico renacimiento que usted anhela sobre todo para nosotros los americanos, oprimidos por una tradición que impera aún desgraciadamente como un inevitable atavismo de raza.

De la «Revista de Derecho, Historia y Letras» El escritor uruguayo Alberto Nin Frías ha impreso un libro en que nos ofrece sus *Ensayos de crítica é historia*, cuya lectura agrada é instruye. He aquí un escritor que madura.

Buenos Aires, Octubre 1900.

Del señor Jaime Ros Agradezco profundamente el obsequio de su libro, que leeré con fruición, sean cuales fueren sus ideas religiosas, pues sé

distinguir entre las ideas y las personas; y *à priori* puedo garantizarle que crecerá la simpatía que usted supo despetar en mí, por su idiosincrasia...

Siendo usted un joven talentoso y estudioso, no dudo que llegará á la clara percepción de la verdad teológica; pues llegará á convencerse de que, siendo la verdad inmutable, por su naturaleza intrínseca, mal puede hallarse en aquella religión que tiene por distintivos la mutabilidad, como lo demuestra, con luz meridiana, el gran filósofo Balmes.

Lo felicito, pues, por su triunfo literario, y de corazón le deseo una larga serie de esos triunfos.

De la viuda de Enri- Señor: Tenga la bondad de excu-
que Hipólito Taine sar el retardo de ésta; hallé su li-
bro á la vuelta de una larga esta-
día en África. Me ha conmovido mucho la dedicatoria
que usted ha tenido á bien escribir para mí, y las pági-
nas tan penetrantes y tan simpáticas que usted ha con-
sagrado á la obra de mi marido. Son esos mis grandes
goces, los únicos que me son aún permitidos: ver su me-
moria piadosamente conservada, en el extranjero como
en Francia, por tantos pensadores distinguidos, amigos
de sus ideas, admiradores de su talento, discípulos de sus
doctrinas. Recibo diariamente preciosos testimonios; el
suyo, por venir de tan lejos, de esa América latina que
debe ser una de nuestras aliadas naturales y un miem-
bro de nuestra familia, ha sido para mí doblemente esti-
mable. Quiera, señor, recibir la expresión de mis senti-
mientos de gratitud y de alta consideración.

Marzo 30, 1903.

De Guillermo — — Un livre, que nous intitulerions *Mé-*
langes en français. L'auteur ne nous
— — — **Bernard** est pas inconnu et plusieurs des pa-
ges de ce volume sont la simple réédition de brochures pu-

bliées précédemment. Néanmoins, M. Nin Frías l'appelle «son premier livre», et, dans un sentiment exquis de piété filiale, il le dédie à ses parents, comme les prémices de sa pensée et de sa plume. Cet *Essai* contient des aperçus très subjectifs sur la religion, les arts, la politique. Tout cela semble écrit au jour le jour, sans plan déterminé, mais avec une noble aspiration vers la vérité et la beauté idéale. La sincérité de M. Nin Frías le ramènera certainement à ce *dogmatisme dont il a déserté les plages*... Alors l'admiration excessive qu'il professe pour Taine sera bien tempérée; alors aussi, que d'horizons évanouis! Ce que l'on doit approuver sans restriction, c'est la généreuse initiative du lettré, et du patriote qui a fondé la «Société Cervantes» et qui travaille, avec une si louable persévérance, à faire monter très-haut le niveau intellectuel de l'Uruguay. Que notre digne et vaillant ami ne se décourage pas et qu'il se souvienne toujours de ce texte de Calderon, qu'on croirait être sa devise:

«... Quien vive sin pensar,
No puede decir que vive.»

M. Alberto Nin Frías est un protestant sincère, admirateur enthousiaste de Taine, et ce qui vaut mieux, un investigateur patient à la recherche de la vérité, qui finira par l'éclairer tout à fait, espérons-le, malgré les préjugés d'éducation qu'il lui reste à dépouiller. Etant donné le milieu sceptique et superficiel qui l'entoure, ce n'est pas un mince avantage qu'il ait su étudier généreusement et s'élever au-dessus du terre-à-terre dans lequel vivent ses concitoyens. L'Europe l'attire, la France l'enchanté; la société contemporaine, avec son esprit indépendant et libre-penseur, paraît le séduire, Mais, je le répète, M. Alberto Nin Frías est travaillé par le désir irrésistible de la vérité, et il souffre réellement de ne pouvoir trouver près de lui l'idéal pour lequel son âme est faite. C'est la

conclusion qui se dégage naturellement de la lecture de son livre. Je remercie l'auteur d'avoir bien voulu me citer à deux reprises différentes dans le cours de ses *Essays*; il aurait été aussi bienveillant pour M. Amédée de Margerie, s'il avait eu une notion plus complète et plus exacte de Taine et de la religion catholique.

De *Le Polybiblion*, Paris.

De «La España Moderna» El señor Nin Frías es joven, muy joven. Su labor se resiente de esta condición personal, que es, por fortuna en lo que tiene de malo, por desgracia en lo mucho bueno que también tiene, de las que indefectiblemente se modifican con el tiempo. El señor Nin, debido á su juventud, se muestra entusiasta en sus aficiones y absoluto en sus juicios. Su entusiasmo merece todo género de simpatías, porque es noble é ideal y porque contrasta de una manera notable con ese escepticismo (quizás no siempre sincero) de que hace gala ahora una parte de la juventud europea, cuya preocupación principal consiste en que no se la crea responsable del crimen de tener fe en doctrina alguna, ni de tomar en serio las conclusiones científicas de la derecha ó de la izquierda. El supremo radicalismo estriba en no afirmar nada, ni aun á la manera como los más escrupulosos y rigoristas hombres de estudio afirman y han afirmado siempre tales ó cuales verdades. Repito que el señor Nin no es así. El señor Nin cree en muchas cosas; y su defecto consiste precisamente en que cree demasiado en ellas, con ardor que más parece sentimental que reflexivo. Y no sólo cree en cosas, es decir, en ideas, sino en hombres, y del mismo modo. Taine es su ídolo; y quizás esta preferencia por el insigne autor de *Los orígenes de la Francia contemporánea*, explique la nota característica del espíritu del señor Nin. Taine es admirable como escritor, es suges-

tivo en alto grado; la historia espiritual de su vida (que la reciente publicación de su *Correspondencia* permite conocer en sus más íntimos movimientos) es edificante, y á veces asombrosa; pero es un «constructivo», que se deja llevar fácilmente por la atracción del sistema, y su trato es por esto peligroso para los jóvenes. Buckle es otro de los ídolos de Nin, aunque no en tan alto grado como Taine; y sabido es que Buckle, cuya huella será indeleble en la crítica histórica, en los esfuerzos del siglo pasado para reducir á condición científica el conocimiento histórico, vale más por la doctrina que por la aplicación de ésta á los hechos, en que contradice su mismo rigor, de mucho más alcance del que pudiera presumirse juzgando por la manera como él hubo de usarlo. Quien es capaz de sentir esas preferencias, no puede ser tenido por hombre vulgar y frívolo; y hay derecho á esperar de él que, cuando piense algo menos por cuenta ajena y algo más por la propia; cuando conquiste su originalidad por medio del trabajo, ha de darnos frutos intelectuales dignos de toda estima. El libro que ha dado origen á estas apreciaciones es, como indica ya su título, una colección de trabajos varios. No podemos detenernos en el examen de todos. Aparte un *Ensayo* sobre Taine — que revela la generosa idolatría á que nos hemos referido — los que más pueden interesar al lector español, son: el «Ensayo sobre una sociedad para propagar la cultura y la lengua española»; el de «Los cien mejores libros»; el de «Filosofía de la historia de España», y el que versa sobre el «Ariel» de José E. Rodó.

El Ensayo sobre la filosofía de nuestra historia no es más que un resumen de Buckle. Pasemos por alto los errores que contiene en punto á la cultura de los *moriscos*, á la tolerancia de los musulmanes (así, en absoluto y para todos los períodos de su historia) tocante á los filósofos y científicos; á la condición extranjera de *todos*

los directores de las reformas en tiempo de Fernando VI, etc.; y fijémonos en la tesis, que consiste en echar toda la culpa de nuestra decadencia al catolicismo. Si España hubiese sido protestante, no habría decaído. Los países protestantes son, bien se ve, los más prósperos del mundo. Este último hecho es cierto. Falta saber si la causa de su grandeza está en la religión. Esas soluciones ó explicaciones simples, monoideístas de fenómenos sociales muy complejos, son siempre falsas. No es que yo desconozca que al catolicismo le corresponde *parte* de culpa en nuestra caída y estado presente; pero, entiéndase bien, á *nuestro catolicismo*, á la manera como hemos tenido aquí y seguimos la religión. El mismo señor Nin advierte en alguna parte de su libro la diferencia grande que hay entre el catolicismo español y el de los católicos alemanes, norteamericanos, ingleses, aun los franceses mismos. De donde surge el problema de por qué es así, de qué cosa hay en nuestro espíritu nacional que explique esa diferencia, en virtud de la cual es positivo que, no obstante todas las protestas teóricas, los primeros y más tenaces obstáculos para toda innovación que signifique amplitud en la cultura ó en la tolerancia, vienen siempre del campo de los que se consideran como los más genuinos representantes de la causa católica. Los ejemplos abundan y deshacen toda la retórica de las declamaciones en contrario. El señor Nin — que es protestante — cree que el defecto proviene de la intolerancia española. Si en España hubiera arraigado libremente el protestantismo, la Iglesia católica hubiese tenido aquí un acicate de emulación, provechoso para sus mismos fines. Cosa análoga creía y dijo nuestro Ganivet. Puede que sea cierto; pero, en fin, esto no quita la insuficiencia de la causa católica para explicar eso que todavía llama el señor Nin la «Filosofía de la historia de España». Y es curioso que el señor Nin, al entrar á la determinación

(tercer apéndice, párrafo 4.º) del gobierno que conviene á España, afirme que es la monarquía. Lo mismo piensa respecto de Francia, arrastrado por Taine (¡cómo no!) y por Bourget, que también le entusiasma demasiado. Por último, el ensayo sobre «Ariel» es endeble, á pesar de lo cual me fijo en él por la importancia del libro de Rodó. Creo que el señor Nin no ha entendido el sentido de «Ariel». Rodó no niega lo grande de la civilización norteamericana, pero quiere también salvar lo grande é íntimo de la latina. En cuanto á creer que este empeño sea utópico porque sólo pueden hacerse cargo de él los intelectuales, me parece argumento de poca fuerza. ¿Quiénes hacen las revoluciones de ideas, y quiénes impulsan á las masas sino los intelectuales, en todo tiempo y ocasión?

De Julio Herrera

— — — y Reissig

RECEPCIÓN

Almas amigas y bellas
gimnastas; líras acordes
de la orquesta de Pitágoras;
Venusinos sacerdotes
de la hembra arquitectura;
Teóricos trasnochadores,
bajo la divina lámpara
del sátiro Anacreonte;
navegantes espectrales
del Océano Aristóteles:

En los Imperios Acústicos
rueda el soberbio desorden;
la Majestad de la Diosa
llena el ambiente; Caliope
palpita suave y redonda
en la plenitud del goce;
Palas auspicia el banquet

melodioso, y á sus sonos,
Orfeo mueve la danza
de los helénicos bosques.

¿Qué ha pasado, por qué ondean
los aleluyas de bronce;
por qué cruzan en Olimpia
bríosos carros voladores;
por qué se ufana de rosas
la primavera Melpómene;
por qué las ánforas vuelcan
los Amatuntes y el Orbe
se embriaga uránicamente
de los besos de la noche?

¿Qué despunta en los laureles,
quién aparece, quién corre?
Las parcas huyen, se cierran
en pavoroso redoble
las puertas negras del Tártaro,
y en los ingenuos verdores
con su pezuña galante
Pan multiplica los golpes.

De repente se hace el Ritmo
en la flamígera Corte;
Iris geometriza el curvo
baile de los tornasoles;
entra Apolo con la gracia
de las Ninfas de Sycione;
Quirón y Neso, radiantes
sobre las vías del vórtice,
interrumpen en el cielo
sus elípticos galopes.
Saturno el rojo distrae
la siembra de sus pasiones;
se empinan sobre las insulas
los lúbricos Helespontes;
la carraspera del caos
penetra en los caracoles;
cien mil grillos *cric-cracquean*
su sonata monocorde;

claros aplausos estallan,
truenan los igneos tambores;
Sagitario da la hora
de la Eternidad insomne,
y en el Citerón fantástico
se alza difusa y enorme
la silueta amaneciente
de un misterioso dios joven!

.....
¿Quién es este sol perinclito
del Parthenón de los soles?
Es griego en su vida y sabio
profundo: conoce al Hombre;
es elegante y austero;
no ignora qué magia esconde
Polimnia y en qué montaña
sueñan los graves pastores;
es músico de serpientes
y domador de leones.

.....
Alberto Nin: tú has pasado
por el Citerón; mil voces
te han acogido; tú has hecho
temblar los antiguos robles;
la Aurora blanca te ha visto
desde los regios frontones;
eres tú la sombra augusta,
eres tú la egregia torre
que á una señal del Arquero
se alzó en el gallardo monte.

Yo te ví reverberante
con tus ojos soñadores
y con tu perfil corintio
en el regazo de Jove.
Sapho te arqueaba su risa
y te suspiraba Cloe.
Yo te ví, dulce sonámbulo
de las nostalgias del Norte,
beber el néctar castálico
de la piscina; y entonces
á una pregunta solemne

que hizo Minerva á los dioses,
Renán y el divino Hipólito
sublimizaron tu nombre.

Del doctor José — Agradezco al joven Alberto Nin Frías sus felicitaciones por mi participación en la obra magna de la pacificación, y sin preocuparme de la justicia con que ha querido enrolarme entre las eminencias de mi país, le aseguro que si los jóvenes experimentan gran encanto en comunicar con un hombre eminente y se sienten mejorados y estimulados con su ejemplo, los hombres, eminentes ó no, encontramos singular encanto y nos sentimos enaltecidos y confortados cuando en el descenso de la vida nos vemos acompañados con las simpatías, con el respeto y, mejor aún, con la admiración de los jóvenes llenos de inteligencia y ávidos de saber que viven todavía en plena idealidad, y ese es mi caso en presencia de la amable tarjeta del joven Alberto Nin Frías.

Montevideo, Marzo 28 de 1903.

De Jorge P. Howard Deseo agregar unas palabras justas de aprobación y elogio á su obra literaria. He estado leyendo su volumen *Ensayos de crítica é historia*, y me motiva extremo placer el manifestarle cuán de acuerdo estoy con sus ideas sobre los múltiples temas tratados tan hábilmente en su libro. El capítulo que se ocupa del maravilloso desarrollo de Estados Unidos y las enseñanzas que encierra para nuestros amados países de Sud-América, como el ensayo sobre *La pax y la guerra civil*, debieran ser meditados por todo oriental.

Toda persona que piensa, estimará los méritos sociales y religiosos de sus escritos. Anhele aún leer mucho suyo, y espero verlo esforzarse por la libertad religiosa y política.

Deseo que la misericordiosa bendición de Dios descance sobre su pluma, y mis mejores deseos son por que tenga éxito.

Del "Esfuerzo — *Juventud triunfante.*— El semanario ilustrado *Alma Española* tiene entre — — **Cristiano"** sus columnas una sección con el título que dejamos puesto. Es una serie de breves autobiografías de hombres que en su juventud han conseguido hacerse un nombre en las letras, en la política, en cualquier otro ramo de la vida pública.

No faltarían elementos para hablar de juventud evangélica triunfante, sobre todo en los países donde el Evangelio es una potencia reconocida en la vida social, y donde numerosas formas de actividad y de servicio cristiano llaman á sí á jóvenes llenos de esperanza y entusiasmo.

Pero aun en los países donde el Evangelio está empezando su obra, hay casos de jóvenes evangélicos que alcanzan alguna distinción por su talento y sus trabajos.

A la vista tenemos una obra escrita y publicada en Montevideo por un joven evangélico, á quien la prensa de su país dedica calurosos y merecidos elogios. Alberto Nin Frías es un joven que ha hecho sus estudios en Inglaterra, Bélgica y Suiza; miembro de varias Corporaciones literarias y bibliotecario de la Cámara de Representantes de su país, añade á estos títulos el de Secretario de la Juventud Evangélica de Montevideo.

Su obra *Ensayos de crítica é historia y otros escritos*, es una colección de estudios en los cuales revela una instrucción sólida y un espíritu abierto, sano y optimista. En ellos aparece, al lado del joven inteligente y estudioso, el cristiano que espera confiado el triunfo de sus ideales religiosos, y que los proclama muy alto.

Mi libro es la resultante de mi amor al saber y mi disposición literaria; constituye la evolución de mi espíritu que ama la verdad y la busca con tesón por doquier en las religiones actuales y en las pretéritas, en la filosofía del Occidente y Oriente. Cuanto he escrito y seguiré escribiendo, hasta que en mi alma viva la completa certidumbre de un creyente, es y será fruto sincero de las impresiones del momento en que estudio, en que leo ó en que pienso.

Mi primer libro bien lo dice en su portada.

En cuanto á lo que se ha llamado idolatría por Taine y otro autor, obedece á la veneración por los maestros: en esto comparto el tierno sentir de los antiguos con respecto á aquellos que les habían iniciado en la sabiduría. Sobre este particular no variaré de opinión fácilmente.

La vida espiritual, como la intelectual, surge de la relación entre el maestro y el discípulo, hasta que en muriendo aquél, se convierta él, á su vez, en *magister*.

«Saber es existir»... «Vivir intelectualmente es aprender»... «Todo es posible al que sólo quiera lo verdadero», ha dicho con profunda razón un sabio moderno. La norma de mi entendimiento es esa. Algún día, pobre peregrino que soy, llegaré á la luz; mientras, de muchas tinieblas hablará mi espíritu y reflejará mi pluma muchas sombras.

En cuanto á mi manera de juzgar, sentir y escribir, es inglesa; la persona concedora de esa literatura así lo juzgaría. La influencia directa de Taine también se deja traslucir, y trato de acercarme al ideal del maestro: anotar sentimientos, clasificar pequeños hechos, bien defini-

dos, hacer psicología aplicada, etc. Respecto á la abundancia de citas, puedo decir que es bien peculiar de los ensayistas ingleses y, en general, de todos los literatos de aquel país, aun de los novelistas que abren cada capítulo con citas de versos ó pensamientos.

Este rasgo característico no les quita en nada su originalidad é individualidad.

He tratado en todos los casos de ser conciso, breve, y llegar á que cada frase encierre un pensamiento.

En cuanto al monoideísmo de que me acusa el señor Hispanus (*España Moderna*), no creo merecer ese reproche del todo, pues no admito como causa única de la decadencia española al catolicismo estrecho, fanático y egoísta de los prelados españoles y su clero, sino también al militarismo, al culto por la reyecía, la pereza, el clima y otros.

Estudios posteriores me han hecho ver con mayor claridad la misión y significado de la Iglesia, así como su influencia sobre los pueblos latinos, que parecen volver á la gloria. La religión ha sido y es uno de los factores de la decadencia de esas naciones, pero existen también otros de igual importancia, como la ley histórica de Vico: nacer, crecer, morir, *el ricorso* á que obedecen todos los pueblos.

Las citas frecuentes, los hechos que presento, las impresiones directas de viajes; en fin, «la opulencia de la imaginación... representa las impresiones de una observación cosmopolita vista por un joven curioso.»

ALBERTO NIN FRÍAS.



ÍNDICE

- Boletín Bibliográfico Uruguayo ».
- José Enrique Rodó.
- Juan Zorrilla de San Martín.
- Benjamín Fernández y Medina.
- Daniel Muñoz.
- Ruperto Pérez Martínez.
- Alfredo Theulot.
- Vida Moderna », Montevideo.
- José Luis Antuña (hijo).
- Doctor J. F. Thomson.
- Federico Schulz Llamas.
- Hermann Löhnert.
- Giacomo Barzellotti.
- La Prensa » de Montevideo.
- Boletín de la Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires ».
- La Tribuna », Buenos Aires (R. A.).
- La Semana Social », ídem.
- El País », ídem.
- La Luz », ídem.
- La Aurora », Tacuarembó.
- Doctor Justo Cubiló.
- Lumen », Montevideo.
- El Estandarte Evangélico », Buenos Aires (R. A.).
- El Atalaya »,
- C. Vaz Ferreira.
- Javier de Viana.
- Doctor Luis Alberto de Herrera.
- Pedro Naón.
- Miguel Leogardo Torterolo.
- Ramón V. Benzano.
- Álvaro Armando Vasseur.
- C. Guido Spano.
- María Eugenia Vaz Ferreira.
- Julio Herrera y Reissig.
- Guillermo Stock.
- Pedro Dorado.
- Alfredo Bastos.
- Doctor E. M. Cavazzutti.
- J. Damianovich.

- La «Revista de Aragón», España.
 Doctor Benjamín del Castillo.
 La «Revista de Derecho, Historia y Letras», B. Aires (R. A.),
 Jaime Ros.
 Viuda de Enrique Hipólito Taine.
 Guillermo Bernard.
 «La España Moderna», Madrid.
 Oda del poeta Julio Herrera y Reissig.
 Doctor José Pedro Ramírez.
 Jorge P. Howard.
 «Esfuerzo Cristiano», Madrid.
 «Sobre mis libros y mis estudios».



- I. Obras y escritos.
 II. Críticas, artículos, etc.
 III. Orden cronológico de los escritos y dónde se publicaron.

I. Obras y escritos:

CUENTOS

Escenas de la vida social; el mundo en que vivimos:

Amor cruel.
 Novios.
 Paseo al Prado.
 Amor juvenil.
 Montevideo nocturno.
 Conferencias.
 Hogar.
 Reminiscencias.
 Historia de una cruz.
 La muerte del filósofo.
 Poesía de una estancia.
 Hypatia.

IMPRESIONES

Á propósito de la juventud religiosa.
 La enseñanza secundaria.
 Sobre un libro de Mons. Duilhé de Saint Projet.
 Impresiones morales y religiosas.
 Un sermón del Rev. J. P. Howard.

CRÍTICA TEATRAL

Impresiones teatrales sobre:
 El «Nerón», de Cavestany.

«Malas Herencias», de J. Eche-
 garay.
 «M'hijo el doctor», de F. Sánchez.
 El Teatro Antoine: su significado y sus ideas.

PROSA POÉTICA

El árbol.
 Dios.
 El rey de la ilusión.
 La Princesse en exil.
 Alegría y Melancolía.
 Serenata.
 La Princesse lointaine.
 La muerte de una poetisa griega.
 El sueño de un músico.
 El artista muerto.

IN MEMORIAM

A la muerte de Carlos M. Ramírez.
 Pensamientos sobre Francisco Bauzá.
 Recordando á un amigo, Juan Cordella.
 A la memoria de Taine.

ENSAYOS

Ensayo sobre:
 La Vida Nueva, de José E. Rodó.

El ideal religioso y la literatura que vendrá.

E. H. Taine y sus ideas religiosas.

Una Sociedad para propagar la cultura y la lengua española. Los cien mejores libros.

La filosofía de la historia de España.

El Ariel, de J. E. Rodó.

La paz y la guerra en el Uruguay actual.

Zola.

La cuestión económica en las Repúblicas del Plata, de Ángel F. Costa.

La raza latina, el Protestantismo y el Catolicismo.

El Arroyo, de E. Reclus.

Las poesías de María Eugenia Vaz Ferreira.

La muerte (del punto de vista de una filosofía optimista).

La Sociedad Bíblica británica y extranjera y la Biblia.

Un libro de Celedonio Nin y Silva.

La revolución del 16 de Marzo de 1903 y la paz pública.

Los libros que he leído.

Una comedia de Florencio Sánchez.

PENSAMIENTOS

II. Críticas, artículos de diarios y revistas sobre el autor y su obra.

Carta de Daniel Muñoz, «El Siglo», Febrero 15 de 1899.

De José L. Antuña, «El Diario», Mercedes, 4 Junio 1899.

De la «Revista de Derecho,

CORRESPONDENCIAS

Á «El Mundo Latino».

ARTÍCULOS VARIOS

Sobre la Enciclopedia Británica.

Sobre «El carácter nacional», de Arlas Bucelli.

Sobre un proyecto del doctor Cavazzutti.

NOTAS DE VIAJE

Por el departamento de Tacuarembó.

CARTAS

Al Excmo. señor Daniel Muñoz.

Al señor Azarola Gil.

A la señorita M. Isabel Costa.

A monsieur Amédée de la Margerie.

LIBROS Y FOLLETOS PUBLICADOS

1900. Taine religioso (folleto en francés).

1900. Cervantes: Ensayo sobre una Sociedad literaria internacional (folleto).

1902, Ensayos de crítica é historia y otros escritos: libro de 309 páginas.

Jurisprudencia y Administración», Junio 30 de 1900.

De Journal des Français, 14 Setiembre de 1900.

De Mundo Latino, 26 Enero 1900.

De Revista Comercial, Mayo 24 de 1901.

De La Semana Social, de Buenos Aires, Mayo 8 de 1901.

De Vida Moderna, tomo II.

De El Escolar.

De La Prensa, de Montevideo, núm. 105.

De Rojo y Blanco, año III, número 81.

De Boletín de la Biblioteca Pública de la Provincia de Buenos Aires, año IV, núm. 44.

De El Atalaya, núm. 49, Julio 5 de 1902.

De La Razón, de Treinta y Tres.

De La Tribuna, de Buenos Aires, año XII, núm. 3473.

De La Nación, de Buenos Aires.

De La Semana Social, de Buenos Aires, año II, núm. 9.

De La Luz, de Vélez Sarsfield, año I, núm. 29 (República Argentina).

De Revista de Derecho é Historia, año V, tomo XII (República Argentina).

De Cronache della Civiltà Ello-Latina, Roma (Italia).

De Le Polybiblion, de París.

De La Revue, de París, 15 de Enero de 1903.

De La España Moderna, Enero de 1903, Madrid (España).

De La Aurora, de San Fructuoso, Abril de 1903.

De Le Polybiblion, de París, número de Abril de 1903.

De El País, año IV, núm. 1292, (R. A.).

De El Nacional, núm. 2955.

De Revista de Aragón (España), año IV, Julio y Setiembre de 1903.

De La Revue, núm. 1, IV serie, París 1904.

De El Estandarte Evangélico, de Buenos Aires, año XXI, número 8.

De La Lectura, de Madrid, Noviembre de 1902, núm. 23.

De La Tribuna Popular, Mayo 2, Marzo 11, Julio 9 y Noviembre 2 de 1902, Enero 17 y Marzo 25 de 1903, año XXIV, número 7247.

Carta del general Lucio V. Mansilla, «El Siglo», Diciembre 2 de 1901.

De la viuda de E. H. Taine, «La Tribuna», año XXV, número 7268.

Juicios y cartas de:

Benjamín Fernández y Medina.

José Enrique Rodó.

Guillermo Stock.

Jorge Damianovich.

Pedro Dorado.

J. M. Llanas Aguilainedo.

Luis R. Fors.

Federico Schulz Llamas.

Teófilo Eugenio Díaz.

Juan J. Rodríguez.

Francisco F. Oribe.

Alberto Palomeque.

Francisco Ros.

Carlos Vaz Ferreira.

Alfredo Bastos.

Doctor E. M. Cavazzutti.

Miguel de Unamuno.

Doctor Benjamín del Castillo.

Carlos Guido Spano.

J. F. Thomson.

Guillermo Bernard.

H. Spencer.

Victor Giraud.

Julio Herrera y Reissig.

Doctor Justo Cubiló.
 Pastor C. Ortiz.
 Leandro Arrarte Victoria.
 Pedro Naón.
 Álvaro Armando Vasseur.
 Jules Supervielle.
 Juan José Illa Moreno.
 María Eugenia Vaz Ferreira.
 Federico Fernández.
 Rafael Arlas Buccelli.
 Hermann Löhnert.
 Legardo Miguel Torterolo.

Eugenio Díaz Romero.
 Luis Alberto de Herrera.
 Ramón V. Benzano.
 Javier de Viana.
 Carlos Octavio Bunge.
 Julio César da Silva.
 Raúl Montero Bustamante.
 Francisco C. Millione.
 Jaime Ros.
 Doctor Giménez Pastor.
 Juan Zorrilla de San Martín.
 C. Lazzare, etc.

III. Orden cronológico de los escritos, obras y dónde se publicaron.

ARTÍCULOS INÉDITOS

EN INGLÉS:

1898. Himno.
 • Discursos en días onomásticos.
1896. Sobre Shakespeare.
 • Poema á la amistad.
 • Guillermo Tell, drama.
 • Guillermo Tell, drama ampliado.
 • Diario de viaje por Italia y Francia.
 • Apuntes de la vida de estudiante en Suiza.
 • Sobre Navidad.
 • El primer sermón de Fanelón (cuento).
1901. Composiciones sobre sociología.

EN ESPAÑOL:

1898. El rey de los honestos: alegoría política.
 • Tributo á Gladstone.
 • Reminiscencia: el último concierto de Viana da Motta.

1903. Discurso con motivo de un banquete por la paz.
 • Prosas poéticas.
 • Himno de un joven griego sobre el Acrópolis.

ARTÍCULOS PUBLICADOS

1898. Cuento: Amor cruel; «La Razón», 22 de Marzo.
 • Carta contestando á Edelweiss; «La Razón», 28 de Marzo.
 • Cuento: Novios; «La Razón», 29 de Marzo.
 • Paseo al Prado; «La Razón», 6 de Abril.
 • Amor juvenil; «La Razón».
 • Montevideo Nocturno; «La Razón», 29 de Abril.
 • Conferencias; «La Razón», 11 de Mayo.
 • Hogar; «La Razón», 21 de Julio.
 • Reminiscencias; «La Razón», 13 de Septiembre.
 • Carlos María Ramírez; «La Razón», 20 Septiembre.

1898. Ensayo sobre Vida Nueva, de J. E. Rodó; «El Siglo», 17 de Noviembre.
1899. Carta abierta al señor Daniel Muñoz; «El Siglo», 15 de Junio.
 • A propósito de la juventud religiosa; «El Bien», 20 de Septiembre.
 • La enseñanza secundaria (sobre las reprobaciones universitarias); «El Bien», 29 de Noviembre.
 • Pensamientos sobre el señor Bauzá; «El Bien», 18 de Diciembre.
1900. El Árbol, composición en prosa poética; «El Siglo», 18 de Septiembre.
 • El rey de la ilusión (en «Ensayos de crítica é historia»), página 254.
 • Ensayo sobre Enrique H. Taine y sus ideas religiosas. Publicado en francés, «Taine religioso», en forma de opúsculo. Editado por Dornaleche y Reyes. Vertido al castellano por F. Schulz Llamas y publicado en «Ensayos de crítica é historia», página 34.
 • Ensayo sobre una Sociedad para propagar la cultura y la lengua española. Publicado en «La España» de Septiembre de 1900 con el nombre de Cervantes: Ensayo sobre una Sociedad literaria-internacional; luego en opúsculo. Editor:

- Marcos Martínez. Transcrito en «La Tribuna» de 29 de Septiembre; en «Los Principios» de San José, 19 de Octubre de 1901; en «La Quincena» de Buenos Aires; en la «Revista Positiva» de México, núm. 35.
1900. Historia de una Cruz, «La Semana Religiosa», 18 de Septiembre; en «Ensayos de crítica é historia», pág. 224; en «El Escolar»; en «La Luz», año 1, núm. 80; en «El Estandarte Evangélico», año xxi; en «La Alborada».
- Sobre un libro de Mons. Duilhé de Saint Projet, «El Bien», 7 de Noviembre.
- Carta-contestación al señor Amédée de Margerie.
- Por el departamento de Tacuarembó (notas de viaje), en «Ensayos de crítica é historia», página 258.
- La muerte del filósofo, «Rojo y Blanco», núm. 21.
1901. Ensayo sobre los cien mejores libros, «Vida Moderna», Junio; «La Argentina», año III, número 122.
- Ensayo sobre la filosofía de la historia de España, «Mundo Latino»; «El Atalaya», año II, número 57; en «Ensayos de crítica é historia», página 90.

1901. Sobre el «Ariel», de J. E. Rodó; «El Siglo», 15 de Julio; en «Ensayos de crítica é historia», página 133.
- La paz y la guerra en el Uruguay actual; «Vida Moderna», Noviembre; «El Nacional», 22 de Enero; «El Mundo Latino», de Madrid; «La Aurora», de San Fructuoso, año I, núm. I; en «Ensayos de crítica é historia», pág. 140.
 - Impresiones teatrales; «El Tiempo», 1.º de Julio.
 - Sobre el «Nerón» de Cavestany; «El Tiempo», 12 de Julio.
 - Sobre «Malas Herencias», de José Echegaray; «El Tiempo», 22 de Julio; «El Mundo Latino», 7 de Septiembre.
 - Cinco correspondencias al «Mundo Latino» de Madrid, de Junio 1901 á Febrero 1902.
 - Ensayo sobre el ideal religioso y la literatura que vendrá, escrito el 9 de Noviembre de 1898, en «Vida Moderna», Septiembre.
 - Recordando á un amigo, en «Ensayos de crítica é historia», página 208; «Luz y Sombra», año I, núm. 9.
 - Pensamientos: «La Quincena» de Buenos Aires, núms. 4 y 8; «Vida Moderna», Julio de 1901, Enero y Febrero de 1903; «El Escolar»; «Litteræ», año I, núm. I; «Cada Mes», de Buenos Aires, año I, núm. III; «El Estandarte Evangélico», año XXI, núm. 9.
1902. Poesía de una estancia; novela corta.
- Publicación del primer libro del autor: «Ensayos de crítica é historia», pág. 309; editado por Barreiro y Ramos.
 - Ensayo sobre Zola; «Vida Moderna», tomo VIII, año I.
 - Ensayo sobre «La cuestión económica en las Repúblicas del Plata», por el doctor Ángel F. Costa; «Vida Moderna», Septiembre.
1903. Carta sobre Pedro Naón á la señorita María Isabel Costa; «Cada Mes», núm. II, tomo I.
- Ensayo sobre la raza latina, el Catolicismo y el Protestantismo (á propósito de «El Cáncer de la Raza Latina», de L. E. Azarola Gil); «El Atalaya», año II, núms. 102 y 103.
 - Ensayo sobre las poesías de María Eugenia Vaz Ferreira; «Vida Moderna», Mayo y Julio.
 - Un gran libro de la más admirable nación protestante; «El Atalaya», año II, número 94; «La Tribuna Popular».

1908. Impresiones sobre dos autores notables: Reclus y Merejkowsky; «El Atalaya», año III, núm. 116.
- Sobre el «Teatro Antoine»: su significado y sus ideas; «La Tribuna Popular», Septiembre.
 - Sobre «M'hijo el doctor», de F. Sánchez; «La Tribuna Popular».
 - Hypatia: cuento en prosa poética; «La Razón».
 - Cerca de la poesía de la vida: poemitas en prosa poética; «La Argentina», año III, núm. 4 (Buenos Aires).
 - Baladas en prosa poética: 1. «El sueño de un médico»; 2. «El artista muerto»; en «Litteræ».
1904. Ensayo sobre «El Arroyo», de Eliseo Reclus; «Lumen», año I, núm. I.
- Ensayo sobre la Muerte (desde el punto de vista de una filosofía optimista); «Lumen», año I, núm. 2; «El Atalaya», año III, núms. 135-140.
1904. Impresiones morales y religiosas; «El Atalaya», año III, núm. 135.
- Estudio sobre la Biblia y el Centenario de la Sociedad Bíblica Británica y Extranjera; «El Atalaya», año III, núms. 136-141.
 - El Rev. J. P. Howard y su sermón del domingo; «El Atalaya», año III, núm. 137.
 - La mujer uruguaya y la ciencia; «El Atalaya», año III.
 - Ensayo sobre el libro «La Impureza», de Celedonio Nin y Silva; «El Atalaya», año III.

FIN